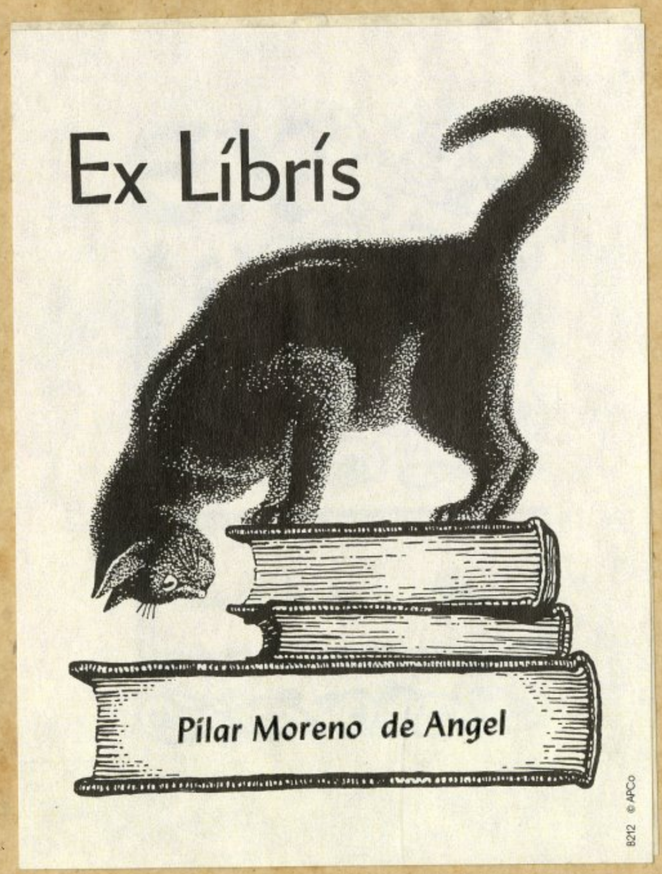


UNIVERSIDAD EAFIT

EXCUADERNACIÓN DE CASAS
BOGOTÁ
TELÉGRAFO: RISAENZ

REPUBLICA DE COLOMBIA

Gaspar DE Pinelli

UN VIAJE

POR EL PUTUMAYO Y EL AMAZONAS

ENSAYO DE NAVEGACION

BOGOTA
IMPRENTA NACIONAL
1924

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

UN VIAJE POR EL PUTUMAYO Y EL AMAZONAS

ENSAYO DE NAVEGACIÓN

Esta relación de viaje contiene tan preciosos datos, da tan interesantes noticias sobre una de nuestras mejores arterias fluviales, que estamos seguros será leída con avidez por todo colombiano amante de su patria. Los legisladores y hombres públicos quizá encuentren algo muy útil en estos sencillos relatos. Se asegura que pronto se discutirá en el Congreso el Tratado colombo-peruano. Si así fuere, este folleto, que bien merece los honores de libro, no puede ser más oportuno. Los lectores se podrán orientar y formar una idea exacta del Putumayo, cuya geografía es ignorada por casi la totalidad de los colombianos. Les pedimos lean, cuando menos, el índice de esta relación de viaje, y su indiferencia por aquel misterioso territorio se trocará seguramente en vivo interés y afectuosa simpatía.

FRAY FIDEL DE MONTCLAR

O. M. C.

Florencia (Caquetá), mayo de 1924.

Reverendísimo Padre fray Fidel de Montclar, dignísimo Prefecto Apostólico del Caquetá—Bogotá.

Muy respetado y apreciado Padre en Jesucristo:

En obedecimiento a sus telegramas del 21 y 22 del presente, voy a dejar a un lado las muchísimas ocupaciones que me abruman y a dedicarme por algunos días a remover en mi archivo particular la multitud de datos que guardo de la famosa expedición a Manaos con el doctor Tomás Márquez, y también a penetrar en las reconditeces de mi

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

memoria para revivir los acotencimientos no escritos que tengan algún interés para el objeto que desea Vuestra Reverendísima.

Para mayor claridad dividiré esta relación en tres partes. La primera comprenderá una pequeña introducción y lo que nos sucedió desde Puerto Asís a Manaos, de marzo a junio de 1918. La segunda hará referencia a lo que hicimos en esta ciudad, a nuestra salida de allá con la lancha *Yaquirana*, al regreso en la misma, sin haber podido llegar a Puerto Asís por causa de los peruanos, y a nuestra segunda permanencia en aquella población brasilera, del 1° de junio a los últimos días de septiembre del mencionado año. En la tercera explicaré las muchas peripecias y penalidades que sufrímos desde Manaos a Puerto Asís, con algunos datos sobre el Amazonas, desde el 26 de septiembre al 19 de noviembre del mismo año.

REVERENDO PADRE GASPAR DE PINELL Y SEÑOR DOCTOR TOMÁS MÁRQUEZ
Antes de emprender el viaje a Manaos.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

INTRODUCCION

I

Quién es el doctor Márquez.

El señor doctor don Tomás Márquez Bravo frisaba entonces en los veintinueve años y pertenecía al partido liberal uribista o civilista; fue Secretario privado del General Rafael Uribe Uribe, y desempeñaba este cargo cuando dicho Jefe cayó bajo la hachuela homicida junto al Capitolio Nacional.

En la capital de la República ejerció varias veces el dctor Márquez el profesorado de Derecho Internacional, fue Secretario auxiliar del Senado, Secretario del Ministerio de Obras Públicas, periodista brillante, y en 1918 desempeñaba el importante cargo de Visitador Fiscal de la Nación, y como tál vino al Putumayo. Lo que este señor ha sido después, lo sabe de sobra la Nación. Terminado nuestro viaje, fue nombrado Visitador de Consulados de Sur América. Con este motivo tuvo ocasión de recorrer y estudiar las Repúblicas del Brasil, Uruguay, Argentina, Chile y Perú. Al regresar a Bogotá, después de cumplido este honroso cargo, se declaró conservador convencido desde la alta tribuna de la prensa, en la cual libró recias y brillantes batallas en defensa del Gobierno, sistemáticamente combatido por una oposición ciega y apasionada. Pronto el Ejecutivo lo distinguió con el alto cargo de Edecán de honor del Presidente de la República, del cual se separó para entregarse de lleno a las labores periodísticas. Como director de *La Nación*, la buena causa le es acreedora a hermosas y eficaces campañas.

La comisión especial que en 1918 lo trajo al territorio del Putumayo fue la de examinar las obras del camino de Pasto a Puerto Asís, a cargo en ese entonces de la Compañía particular Micolta. Visitó también las colonias de Sucre, Alvernia y Puerto Asís, fundadas por la Misión capuchina.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Entró al territorio no poco prevenido con lo mucho que había oído contra la Misión y sus obras; pero tan pronto como estudió de cerca las empresas que llevámos a cabo los Misioneros, las dificultades de todo género con que se tropieza constantemente, y los esfuerzos sobrehumanos que se necesitan para no desmayar, de indiferente se convirtió en fervoroso amigo de los Misioneros y sus obras. El fue quien propuso que fuera la Misión la que se encargara nuevamente de la conservación y terminación del camino de Pasto a Puerto Asís; él quien apoyó la idea de Vuestra Reverendísima de procurar por todos los medios posibles la navegación del Putumayo, ya que de ella depende en gran parte el buen éxito de la colonización de las regiones del Caquetá y Putumayo, y por consiguiente el afianzamiento definitivo de la obra espiritual y moral de la Misión, especialmente respecto a los infelices salvajes.

Del cambio de ideas sobre este asunto y de la perfecta comprensión de la importancia inmensa de este tópico, nació la idea de la expedición a Manaos por el curso del Putumayo, para estudiar detenidamente sobre el terreno las dificultades que pudieran ofrecerse y el modo de sortearlas, como también las ventajas y facilidades que se presentaran para realizar una empresa de tal magnitud.

El doctor Márquez, como perito en Derecho Internacional y conocedor de las condiciones e ideas de Colombia en estas materias, se ofreció a acompañar al Misionero que Vuestra Reverendísima escogiera para ir al Amazonas y Manaos a la comisión indicada. Vuestra Reverendísima tuvo a bien señalar al suscrito. Desde ese momento nos pusimos al habla con el doctor Márquez para los preparativos de un viaje tan largo, por terrenos completamente desconocidos para nosotros, en parte poblados de salvajes y de enemigos de Colombia, desierto en su mayor extensión, todo malsano y sumamente caloroso, y del cual tántas leyendas o historias horripilantes se nos habían referido.

II

Preparativos de viaje en Pasto.

Una vez resuelto el viaje nos dirigímos a la ciudad de Pasto a informarnos minuciosamente de las condiciones del comercio: precios de fletes desde Europa y Nueva York,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Vista general de Pasto.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tiempo que emplean las mercancías en llegar por la vía de Panamá-Tumaco-Barbacoas y derechos de aduanas. También nos proveímos de lo más necesario para el tiempo que gastáramos en llegar a Manaos.

El 11 de marzo salímos con el doctor Márquez de la ciudad de Atriz, con el alma llena de alegría e ilusiones, convencidos como estábamos de que íbamos a realizar una obra grande y provechosa. Al mismo tiempo sentíamos la melancolía natural de quienes se despiden de amigos queridos que quizá no se volverán a ver y de quienes se van a internar en lugares desconocidos, llenos de peligros y sorpresas.

El doctor Eduardo Rodríguez Piñeres y su hijo Guillermo, que en aquellos días se hallaban en Pasto, con ocasión de los arreglos de límites con el Ecuador, vinieron a despedirnos hasta cerca del pueblo de La Laguna. Después de haber agradecido debidamente las muestras de sincero afecto que nos dieron, seguímos sin contratiempo alguno hasta el valle de Sibundoy. Aquel mismo día llegámos a Santiago, donde los Reverendos Padres Querubín de la Piña, Florentino de Barcelona y Anselmo de Olot nos recibieron y atendieron con gran amabilidad.

III

Visita a San Andrés—El Hermano Leonardo, Marista.

Al día siguiente me interesé en que el doctor Márquez conociera la escuela de niños de San Andrés, regentada por el Reverendo Hermano Leonardo, Marista francés. Después de la santa misa y desayuno nos dirigímos allá el Reverendo Padre Querubín, el doctor Márquez y el suscrito. El Hermano Leonardo nos recibió con muestras de grande alegría y afecto. Pronto hizo formar a los alumnos y nos obsequió con hermosas recitaciones y armoniosos cantos, algunos de éstos a tres o cuatro voces, tan bien ejecutados, que más parecían de una *Schola-Cantorum* de catedral que de semisalvajes que apenas pueden pronunciar el castellano. Hizo salir al tablero algunos de los indiecitos, y a todos nos admiró la presteza con que resolvían problemas complicados a base de las cuatro operaciones; las sumas, restas, multiplicaciones y divisiones que, intercaladas, figura-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ban en la solución integral de los problemas, las ejecutaban las más de las veces mentalmente, sin escribir los factores en el tablero, con una ligereza digna de matemáticos consumados. Un alumno dibujó en el tablero en cinco minutos las líneas principales del mapa de Colombia, con la demarcación precisa de los Departamentos y sus capitales. Otro en el mismo espacio de tiempo delineó el de la América del Sur, con las divisiones de los Estados que la componen y la situación de sus respectivas capitales. Nos informámos de que la mayoría de los escolares estaban en condiciones de exhibirse con el mismo brillante resultado. Visitámos la huerta de la escuela, y la encontrámos digna de figurar en un parque de ciudad. Todo esto nos convenció de que la fama de gran pedagogo que tiene el venerable Hermano Leonardo es bien merecida y tal vez inferior a la realidad, pues débese tener en cuenta que estos admirables resultados los obtuvo dicho Hermano con hijos de aquellos indios de quienes hace apenas unos quince o veinte años, dijo el ingeniero doctor Miguel Triana a Vuestra Reverendísima que no se cansara con ellos, porque sería inútil todo lo que se hiciera con esa gente incapaz de cambiar de costumbres y dar un paso en el camino de la civilización. ¡De cuán diferente manera se expresaría hoy el doctor Triana si visitara de nuevo el valle de Sibundoy! Felicitámos efusivamente al Hermano Leonardo, nos despedímos de él y de sus alumnos, y ese mismo día llegámos al pueblo de Sibundoy.

IV

Preparativos en Sibundoy y viaje hasta Puerto Asís.

Siete días permanecimos en aquel pueblo arreglando con Vuestra Reverendísima los principales detalles del viaje y recibiendo sus autorizadas instrucciones. El 19 de marzo, día del Patriarca San José, nuestros corazones experimentaban en toda su intensidad las inexplicables emociones que produce la separación de un padre querido y hermanos afectuosos, cuando esta separación es por tiempo indeterminado y para una empresa magna, llena de incógnitas y dificultades, de cuyo buen o mal éxito dependen grandes consecuencias para la entidad en cuyo nombre se inicia. Acudía entonces a mi memoria aquella popular copla:

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

El hermano Leonardo con sus alumnos en San Andrés.
(Valle de Sibundoy).

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

"Dicen que no se siente la despedida,
díle a quien te lo dijo que se despida."

Recibida la bendición de Vuestra Reverendísima y sus instrucciones y consejos, con los ojos humedecidos por las sensaciones del alma, salímos de Sibundoy en dirección a Puerto Asís, donde debíamos hacer los últimos preparativos, los que tenían relación con la embarcación, bogas y otras muchas cosas indispensables en esa clase de viajes.

De Sibundoy a Puerto Asís aprovechámos las ocasiones que se nos presentaban para ejercer, yo, el santo ministerio, y el doctor Márquez ayudarme en tan sagrada ocupación. Puedo afirmar con toda verdad que desde nuestra salida de Sibundoy hasta que nos separámos en Manaos, el doctor Márquez fue un verdadero misionero con el ejemplo y también con las obras que su condición le permitían.

En Sachamates administré a una enferma grave, abandonada completamente, y nos interesámos para que la sacaran a Sibundoy. Vuestra Reverendísima y el señor Alcalde, al recibir el aviso que desde allá les mandámos, dieron las disposiciones del caso para el traslado, y en Sibundoy pudo acabar sus días debidamente asistida por las Reverendas Hermanas Misioneras, y con el consuelo de dejar al amparo de dichas religiosas una hijita de tres años, la Margarita, que ahora cuenta ya nueve, y como sabe Vuestra Reverendísima, vive agradecida a los Misioneros y Misioneras y da esperanza de ser una excelente cristiana.

En Umbría pasámos un día completo, y ayudado del celo apostólico del Reverendo Padre Narciso de Batet, pude preparar a los indios de San Bernardo y también a varios blancos para administrarles el sacramento de la confirmación. El viernes 22 de marzo confirmé a ochenta y dos personas, indios y blancos, adultos y párvulos. El doctor Márquez fue padrino de todos los varones. Mientras el infrascrito y el Padre Narciso nos dedicámos a las tareas apostólicas, el doctor Márquez se ocupó en arreglar asuntos de la autoridad civil y en escoger con algunos vecinos de Umbría un lugar aparente para levantar una iglesia, trazar un buen caserío y establecer potreros, a fin de que aquel punto, terminal entonces del camino que debe llegar hasta Puerto Asís, fuera un puerto cómodo en caso de que el establecimiento de la navegación tuviera buen éxito.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Para comprender mejor las actuaciones del doctor Márquez como autoridad civil, durante esta expedición, conviene advertir que además del cargo de Visitador Fiscal Nacional, que le daba muchas atribuciones, el señor Comisario Especial del Putumayo, doctor Vicente Andrade, lo comisionó para que en su nombre hiciera visita oficial en todo el territorio de la Comisaría que recorriéramos en aquel viaje.

El 23 de marzo a las siete de la noche llegámos a Puerto Asís. Allí nos hicieron un cariñoso recibimiento, como acostumbran aquellos buenos colonos, siempre que los visitan personas que se interesan por su bienestar y adelanto; pero en esta ocasión tuvieron cuidado en extremar las manifestaciones de aprecio, ya por ser yo su Cura desde hacía tres años, ya por la simpatía que el doctor Márquez supo despertar entre aquellos vecinos en dos visitas que nos había hecho, y sobre todo porque sabían el objeto del viaje que íbamos a emprender, de cuyo éxito o fracaso dependía sin duda el adelanto o estancamiento de aquella colonia.

V

Permanencia en Puerto Asís y últimos preparativos de viaje.

Diez días permanecimos en Puerto Asís disponiendo los últimos detalles del viaje y también celebrando la Semana Santa, que acaeció entonces. Mis ocupaciones ministeriales como Cura y como encargado de la colonia fueron intensas y abrumadoras durante aquella semana memorable. Los pocos ratos que me dejaban libres las funciones sacerdotales, como procesiones, sermones, confesiones, etc., los empleaba en contratar los bogas, adquirir la canoa, disponer las vituallas, medicinas y todo lo que era indispensable para la marcha, como también en hacer entrega de la parroquia al Padre que debía reemplazarme en la colonia durante mi ausencia, e informarlo de todos los asuntos pendientes y demás cosas que podían convenirle para su gobierno. Compré una magnífica canoa, de quince metros de largo por más de uno de ancho, que bendijimos y bautizámos con el simpático nombre de *Bote Márquez*. Contraté cinco bogas, señalando a cada uno sus funciones especiales. A Lisandro Cortés Ferrín (mulato) lo nombrámos capitán, y debía entenderse en la dirección y gobierno de los demás bogas y en todo lo que hacía referencia a la responsabilidad en el manejo de la embarcación. A Antonio Vargas lo llevámos como práctico e intérprete; éste es hijo de un blanco huilense y una india inca; fue casado con una huitota en primeras nupcias, y actualmente con una macaguaje, y ha pasado la mayor parte de su vida entre los indios sionas, cofanes, macaguajes y huitotos, de manera que entiende y habla perfectamente, además del castellano, las lenguas propias de las mencionadas tribus, y conocía además el río Putumayo hasta el Caraparaná; éste debía servirnos de intermediario para con los indios que no hablaban el castellano. A Benjamín Castillo (negro) le dimos el empleo de marinero; éste se distingue por su fidelidad y por su enorme fuerza. Cuando remaba con empeño o ejecutaba otro trabajo, como rajar leña para la lancha, él solo hacia tánto como cuatro peones en igual espacio de tiempo. A José Trejo (blanco) lo designámos como mayordomo, y debía cuidar de la cocina y manejo de los víveres y medicinas. La cocina la preparámos dentro de la misma canoa, de manera que las comidas se confeccionaban sin suspender la navegación. Y por último, a Nabor Benavides (blanco) le encargámos del oficio de camarero, y debía atender a nuestras cosas: lavar ropa, tender las camas, servir las comidas, y a todo lo demás que se le mandara.

A fin de que nadie se enterara de nuestros nombres y de quiénes éramos, sino las personas que nosotros juzgáramos conveniente, resolvimos que durante el viaje ninguno usara de su nombre propio, sino del de los empleos que les habíamos asignado a los bogas, y los de doctor y Padre, el señor Márquez y el infrascrito.

El 2 de abril el Orfelinato de Puerto Asís y la colonia agrícola nos obsequiaron con una hermosa velada literario-musical como despedida. En ella los niños y colonos nos manifestaron con frases rebosantes de entusiasmo y cariño lo mucho que esperaban de nuestro largo y peligroso viaje, como también cuánto sentían nuestra separación, que no se sabía si sería larga o corta, y quizás para siempre. Estas manifestaciones eran estímulos eficaces para nosotros, al mismo tiempo que nos llenaban de gratitud y melancolía.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

PRIMERA PARTE

DE PUERTO ASÍS A MANAOS

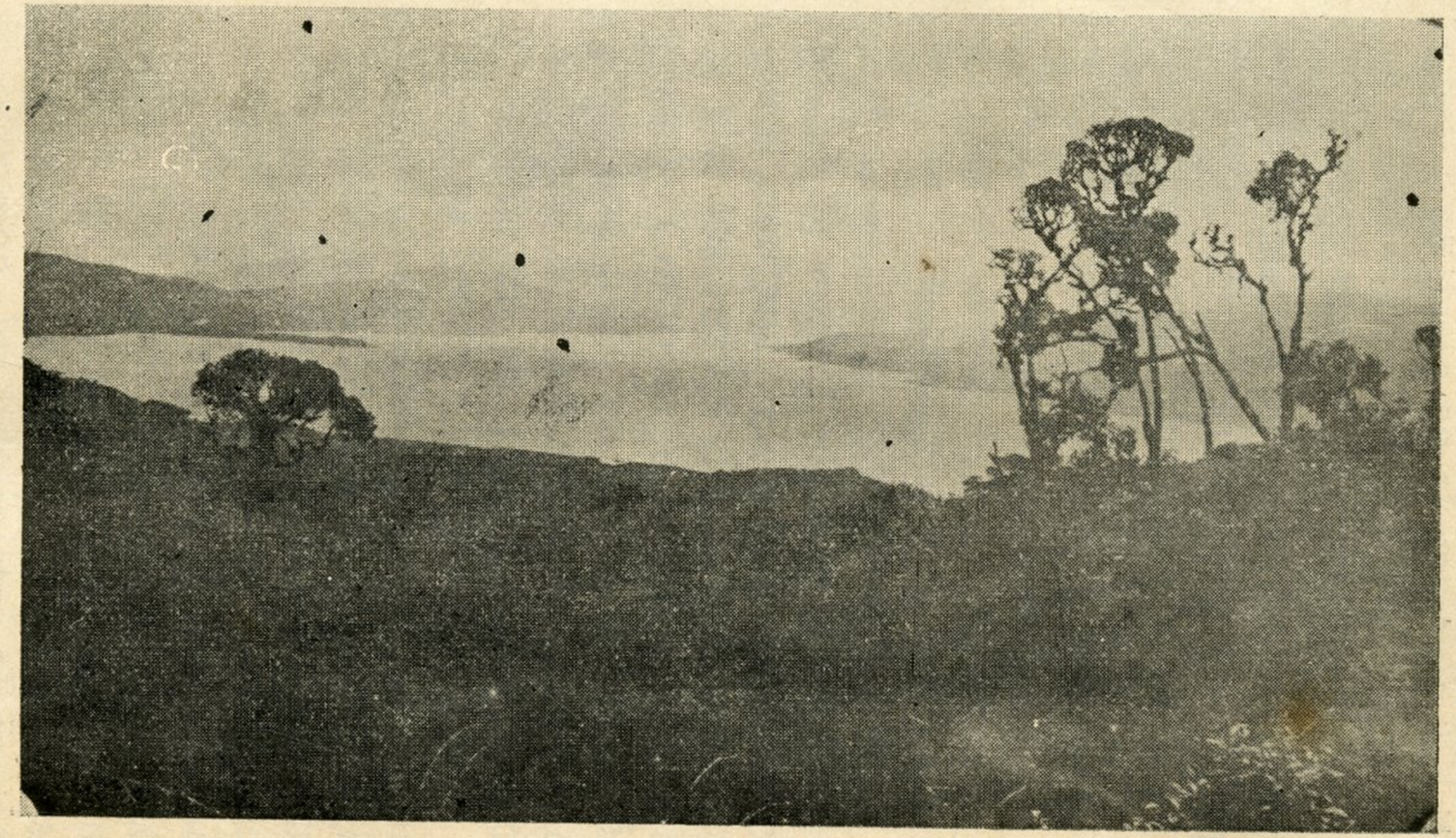
I

Salida de Puerto Asís y primeros días de viaje.

Por fin amaneció el 3 de abril, día memorable en mi vida. A las cinco de la mañana celebré la santa misa, en la cual recibieron la sagrada comunión todos los alumnos y alumnas del Orfelinato, encabezadas por sus venerables maestras las Misioneras Capuchinas, todos los que emprendíamos el viaje y muchos otros devotos y amigos. Estas comuniones se ofrecieron por el feliz éxito de nuestra expedición. Tiernos y devotos cantos de los niños y niñas y de las Madres Misioneras, conmovieron vivamente las almas de los que íbamos a partir.

Después de estar todo embarcado y acomodado en el *Bote Márquez*, a las ocho de la mañana dejábamos a Puerto Asís. La totalidad de los vecinos de la colonia salieron al embarcadero a darnos el último adiós entre contentos y conmovidos. Los Padres Misioneros que quedaban en la colonia, los niños y niñas del Orfelinato, con algunas de las religiosas que lo dirigen, y muchos colonos, nos acompañaron en varias canoas hasta una playa que llaman de *Las Lágrimas*, dos horas abajo de Puerto Asís. Allí saltámos todos a tierra, bendije a los presentes, y en medio de los gritos de ¡viva Colombia!, ¡viva Puerto Asís!, ¡vivan los viajeros!, ¡vivan los colonos! y ¡viva la navegación del Putumayo!, nos volvimos a embarcar en el *Bote Márquez* para seguir a regiones completamente desconocidas para nosotros. Al arrancar el *Bote*, un grito unánime y melancólico de "¡adiooos!" y multitud de pañuelos que se agitaban en la playa, a los cuales correspondíamos con los nuestros, hasta que nos perdimos de vista, llenaron el alma de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental



Vista de la laguna *La Cocha*, en la Prefectura Apostólica.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

los presentes de emociones hondas e inexplicables y los ojos de todos de lágrimas, que fluían espontáneamente, sin que nadie alcanzara a contener, por más que algunos se esforzaban en aparecer serenos e inconmovibles. Uno de los bogas me aseguró que era la primera vez que lloraba en su vida desde que él se consideraba dueño de sus actos. Me acordada en esos momentos de la despedida de San Pablo de los de Mileto, que se narra en el capítulo XX de los *Hechos de los Apóstoles*, y me parecía vivir una de aquellas escenas de los primeros días del Cristianismo.

Como el viaje, al mismo tiempo que estudiar la navegación del Putumayo, tenía por objeto un fin apostólico, aproveché cuantas ocasiones favorables se presentaron para ejercer el sagrado ministerio.

II

Yocoropuí.

El segundo día de viaje llegámos a Yocoropuí en las últimas horas de la mañana. Es Yocoropuí un pueblo de indios, formado con los restos de las antiguas tribus de Montapá y Sotoaró. Como sabe Vuestra Reverendísima, estos indios tienen sus hijos en el Orfelinato de Puerto Asís, y en lo espiritual son bastante civilizados. Acostumbran subir a la colonia en las principales festividades del año: Navidad, Semana Santa, Corpus Christi, etc. Algunas familias de este pueblo quedaron en Puerto Asís cuando nosotros salímos; habían subido a visitar a sus hijos y a asistir a las funciones de Semana Santa; pero otros no se movieron del pueblo. Allí encontrámos también unos ocho indios de la tribu de macaguajes de Montoyá, que todavía no eran bautizados. Por medio del intérprete Antonio Vargas y del catecismo en estampas, catequicé lo mejor que pude a los macaguajes no bautizados, regeneré sus almas con el agua de salvación, les administré el sacramento de la confirmación y presencié el enlace matrimonial de una pareja de estos nuevos hijos de la Iglesia. Confesé y di la santa comunión a los demás indios ya instruídos, y además administré diez y nueve confirmaciones y dos bautismos de párvulos. De manera que la demora de día y medio en el pueblo de Yocoropuí se puede decir que fue abundante en cosecha espiritual.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

III

Mama Cristina.

En el caserío de Yocoropuí pude comprobar una vez más, con admiración y adorando los designios misericordiosos de la Providencia, cómo Dios Nuestro Señor tiene aun entre los salvajes de las selvas, almas escogidas a quienes concede favores y finezas especiales. Había en este caserío una anciana llamada mama Cristina. Era mujer muy habladora y hasta bastante inteligente. Todos los indios la querían y respetaban mucho. En realidad, se puede decir que era la gobernadora de la tribu. Cuando ella ordenaba una cosa no había hombre ni mujer, joven o viejo, que se le resistiera, ni aun el mismo Capitán o Gobernador. Ella exhortaba a los indios a que mandaran sus hijos al Orfelinato de Puerto Asís, cuando llegaba el tiempo de empezar el curso escolar; ella se preocupaba de que las familias de la tribu subieran a la colonia en las principales festividades del año, a fin de que se fueran instruyendo en los deberes religiosos y adquiriendo hábitos de civilización en el trato con los blancos. Ella era la primera en encabezar las caravanas de indígenas que iban llegando a la colonia en las vigilias de las grandes fiestas. ¡Cuántas veces nos divirtió organizando en Puerto Asís bonitas y honestas danzas con los de su tribu! Muchas veces pensé, siendo Cura de allá, que Dios Nuestro Señor premiaría de manera visible la buena voluntad de mama Cristina. Ese año, un mes y medio antes de la Semana Santa, sin que nadie la hubiese invitado, ni se viera motivo especial para ello, se presentó a Puerto Asís y me dijo que venía a confesarse y a recibir a Nuestro Señor, porque siendo ya vieja como era (tendría sesenta años), bien podía suceder que en cualquier momento se muriera, y deseaba presentarse delante de *Taita* Dios con el alma limpia, como el agua del Putumayo. "Ya mundo para mi no bonito tiene; no gusto viviendo." Me llamó bastante la atención esta manera de hablar de la anciana, y le pregunté si se sentía enferma, y me contestó que nó. Entonces le dije que porqué no había esperado, como los demás años, la Semana Santa para venir a visitarnos; y ella me manifestó "que pensando, quién sabe sino muriendo antes Semana Santa." Tomé nota de todo esto, la confesé y le di la santa comunión, y se regresó a la tribu sin demorarse en Puerto Asís. En la Semana Santa, cuando los indios de Yocoropuí iban llegando a la colonia como los otros años, vi que no aparecía; les pregunté qué noticias me daban de la anciana, y me respondieron que se había quedado en el caserío de la tribu medio enferma; que mandaba muchos saludos a los Padrecitos y a las Madres Misioneras, y que tal vez "ya no mirando más; así ella diciendo." Al llegar a Yocoropuí con el doctor Márquez, lo primero que hice fue averiguar por la salud de mama Cristina; no pude menos de admirar los designios amorosos de Dios, cuando todos los presentes me respondieron que el día de Jueves Santo la habían enterrado. Inmediatamente nos dirigímos todos al lugar donde la habían sepultado, y en medio de la devoción y recogimiento de aquellos pobres indios, bendije el terreno donde descansan sus restos mortales; canté con la mayor solemnidad que pude un responso en sufragio de aquella alma escogida; exhorté a todos los allí presentes a que imitaran los buenos ejemplos y se aprovecharan de los óptimos consejos que mama Cristina les había prodigado. Confieso que con gran trabajo pude lograr que mis ojos ocultaran algunas lágrimas durante aquel póstumo recuerdo, dedicado a mama Cristina.

Mientras me ocupaba en el santo ministerio, el doctor Márquez hizo visita oficial al Corregimiento del Bajo Putumayo, que entonces residía en un punto llamado Santa Elena, no muy lejos de Yocoropuí. Nombró Corregidor a nuestro capitán Lisandro Cortés Ferrín, para el tiempo que durara nuestro paso por el territorio de aquel Corregimiento, a fin de facilitar el despacho de cualquier asunto que se nos ofreciera.

IV

De Yocoropuí a Tapacuntí—Furiosa tempestad.

El 6 de abril seguímos nuestro viaje, despidiéndonos de la tribu de Yocoropuí. El día 7 por la noche nos sucedió el primer percance serio. Poco duchos la mayoría de los bogas en el conocimiento de la dirección de los huracanes, no se fijaron en los primeros días del viaje hacia qué punto del horizonte quedaba la puerta de los ranchos que construían en las playas para pasar las noches. Es regla general en la región del Putumayo que nunca debe quedar la puerta del rancho hacia el Oriente, porque casi siempre las tem-

EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

pestades, precedidas de fuertes e imponentes huracanes, vienen del Oriente, y si cogen los ranchos por el lado de la puerta, los desbaratan en un momento, dejando a los viajeros en la intemperie, y lo que es peor, recibiendo sobre sus personas y camas el diluvial aguacero que acompaña a dichos vientos.

Esto nos aconteció en la memorable noche del 7 al 8 de abril. Los bogas habían construído el rancho con la puerta hacia el Oriente, y a eso de las nueve de la noche, cuando estábamos sumidos en profundo sueño, se desató un violento temporal de huracán, rayos, truenos y agua, que parecía el fin del mundo. Nos despertámos sobrecogidos de espanto, y sin haber tenido tiempo de darnos cuenta de lo que sucedía, nos encontrámos en la intemperie y recibiendo chorros de agua sobre nuestras espaldas, camas y equipajes. Iluminaban esta tragedia las siniestras claridades de los rayos que se sucedían a cada segundo, y ahogaba nuestras voces el espantoso ruido de los truenos, que hacían temblar la tierra, y mucho más a los que no estábamos acostumbrados a aguantar en el desierto y al aire libre tempestades de esta clase. Corrimos todos en confusión hacia la canoa, a ponernos bajo el amparo del pequeño rancho que durante el día nos guardaba de los abrasados rayos del sol, que con tánta intensidad se hacen sentir en la superficie de los grandes ríos en esas regiones tropicales.

Sin una pieza de ropa seca y sin poder prender fuego, pasámos aquella dantesca noche, esperando con ansia que los primeros albores del día nos permitieran saltar nuevamente a la playa a hacer algún ejercicio muscular, no sin temor de que algunos amaneciéramos con fuertes calenturas. Pero gracias a Dios todos amanecimos perfectamente, con la ventaja de que los bogas habían aprendido bien la lección de cómo deben construírse los ranchos en las playas del Putumayo.

V

Tapacuntí.

El 8 de abril, al atardecer, llegámos a la tribu de Tapacuntí. Esta tribu está formada de indios macaguajes, que casi no entienden una palabra de castellano. Estos indios son pocos en número, unos veinte, y bastante salvajes; algunos no habían visto nunca al Misionero. Allí pasámos día y medio.

Valiéndome del Catecismo en estampas y del intérprete Vargas, catequicé algo a estos pobrecitos, suplí las ceremonias y bauticé *sub conditione* a nueve adultos y tres párvulos, administré veintiuna confirmaciones y casé a tres parejas. Algunos blancos que acudieron, y también algunos indios huitotos algo civilizados, se confesaron y comulgaron, y las comuniones que distribuí ascendieron a treinta y una.

VI

Güepí—Visita a unas tribus huitotas—Algo sobre sus costumbres.

El 10 de abril a mediodía pudimos contemplar la desembocadura del río Güepí. Este lugar es punto céntrico adonde acuden los indios de algunas tribus de huitotos que viven no muy lejos de ahí. De Güepí arranca una trocha que en día y medio conduce a los lagos de Lagarto Cocha, desde donde se pueden embarcar mercancías hasta el río Napo. Algunos caucheros y balateros del Putumayo y también del Caquetá, se valen de esta trocha para ir a vender sus productos al río Napo y para introducir mercancías y víveres, sobre todo sal del Perú. Los indios huitotos en referencia son los principales cargueros y bogas de esta vía; con este oficio ganan ropa para vestirse los que no van desnudos y también pertrecho y armas.

Nuestro primer cuidado al llegar a Güepí fue levantar el censo de indios y blancos de aquellos alrededores e imponernos bien si era posible que se reunieran en un solo lugar para constituír un caserío, donde les pondría escuela y hasta Misionero, si la fundación se estabilizaba. A la vez hice avisar a todos los blancos que procuraran venir a la casa de Artemio Muñoz, donde estábamos hospedados, a fin de que asistieran a las instrucciones catequísticas que les dirigía y poder recibir los santos sacramentos.

En cuanto a los indios, les mandámos avisar que se reunieran todos en la tribu de los caimitos, distante unas cinco leguas de la casa de Muñoz, en el interior del monte, dirección oriental, en las cabeceras del Peneya, donde iríamos a catequizarlos, administrarles los sacramentos, nombrarles autoridades y tratar de persuadirlos a que se reunie-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ran en un solo punto. Cuatro días estuvimos en la casa de Muñoz, catequizando a los blancos y también a algunos indios que acudieron allí. El fruto cosechado fue de catorce bautismos de indios adultos, quince de párvulos blancos e indígenas, sesenta y dos confirmaciones, sesenta y nueve confesiones y comuniones y doce matrimonios, siete de blancos y cinco de indígenas.

Mientras me ocupaba en trabajos apostólicos, el doctor Márquez recorría los terrenos de la vecindad, con el fin de escoger el lugar más apropiado para la fundación del caserío. Después de estudiar varios puntos, se resolvió que el lugar más conveniente era el mismo en que estaba la casa del señor Artemio Muñoz. A todos los que se les habló de la fundación les pareció muy buena idea y prometieron contribuír para que pronto se realizara.

El 15, después de la santa misa, seguimos a la tribu de los caimitos, donde debían esperarnos todos los indios huitotos de los alrededores. A pie por una trocha llena de barro y atravesando terrenos en parte cenagosos, a las cuatro y media de la tarde llegámos a la mencionada tribu. Los indios nos recibieron con muestras de cariño y respeto. Algunos iban completamente desnudos. Se habían reunido ciento treinta y cinco. Levanté la estadística de todos, y el resultado fue el siguiente: tribu de sebúas, vive a orillas del río Güepí, a dos horas más arriba de su desembocadura, veintiséis indígenas; tribu de huecos, diez y nueve, que habitan en el interior del monte, en dirección suroeste; tribu de caimitos, donde nos reunímos, sesenta y cuatro indios, es la más numerosa y el punto más céntrico de todas ellas. Una hora antes de llegar donde los caimitos, se pasa por la tribu de los pacuyas, que cuenta con treinta y seis almas; así pues, el total de las diversas tribus de indios huitotos, en los alrededores de Güepí, asciende a ciento treinta y cinco indígenas. Algunos de estos indios no habían visto nunca sacerdote. Todo les causaba admiración en mí: unos me cogían la cuerda, contemplaban los nudos y se echaban a reír a grandes carcajadas; otros hacían sonar mi rosario, preguntando para qué servían aquellas pepas; otros me metían las manos en la capucha, y viendo la puntica con que termina y que nada había dentro, hacían entre ellos animados comentarios, que no podía entender; alguno me cogió de las barbas y empezó a tirar para cerciorarse si eran

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

En la *Playa de las Lágrimas.*

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

naturales o postizas, y cuando me defendía haciendo manifestaciones de dolor, se convenció, no sin gran admiración, de que eran naturales. Vi uno que preguntaba al intérprete alguna cosa con mucha insistencia y manifestaba grandes deseos de satisfacer su curiosidad, y cuando el intérprete respondía, se quedaba mirándome con cierta atención y admiración, como de quien va imponiéndose de cosas que ignoraba y le interesan mucho. Movido yo también por la curiosidad llamé al intérprete y le pregunté de qué trataban, a lo cual me respondió que aquel indio le interrogaba si *Fusinamuy*, nombre que ellos dan al Padre Misionero, era hijo de mujer y hombre como ellos, o había salido de algún lugar especial, si moría y si se hacía viejo. Todas estas cosas causaban en mi alma una impresión de tristeza y compasión, puesto que revelaban una suprema ignorancia y salvajismo; pero al mismo tiempo mi espíritu se llenaba de consuelo porque veía la confianza que ponían en mí y el respeto que les inspiraba; todo lo cual me hacía esperar con fundamento que nuestra estadía entre ellos sería fructuosa para sus almas. En efecto lo fue, como se comprueba con los datos que pronto se verán. Confieso con toda sinceridad que los días que permanecimos entre esos pobres salvajes, han sido los más agradables en mi vida de Misionero. Cuatro días permanecimos en este lugar, que los pasé ocupado con tánta intensidad y gusto, que casi ni comía ni dormía. Durante el día me ocupaba en catequizar por grupos no muy numerosos, a fin de que todos se aprovecharan; me valí del intérprete y del Catecismo en estampas. Por las noches tomaba datos e informaciones para los bautismos, confirmaciones y matrimonios. El señor Artemio Muñoz, que entendía y hablaba bien el huitoto, fue mi mejor auxiliar en la delicada tarea de las informaciones matrimoniales. El fruto de mis trabajos fue el siguiente: bautismos de párvulos, veintisiete; bautismos de adultos, cincuenta y dos; confirmaciones, ciento cuatro; matrimonios, veintiséis.

Al mismo tiempo que me dedicaba en cuerpo y alma a las tareas apostólicas, el doctor Márquez se ocupaba en ver la manera de organizar la autoridad civil entre aquellas tribus en la forma más eficaz para reunirlos a todos en Güepí, a fin de que pudieran mandar los hijos a la escuela, e irse civilizando, grandes y pequeños. Se estudió el De-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

creto 1484 de 1914, sobre gobierno de los indios del Caquetá y el Putumayo, y basados en el mismo establecimos el Concejo del pueblo de Güepí, formado por individuos de cada una de las tribus. En mi calidad de representante de la primera autoridad eclesiástica de la Misión, formé y presenté las ternas de que habla el Decreto; y el doctor Márquez, como representante de la primera autoridad civil de la Comisaría, extendió los nombramientos de Comisarios y Vicecomisarios y les dio posesión. Les explicámos por medio de intérpretes las atribuciones y deberes de cada uno; entregámos con gran solemnidad, en presencia de todos los indios, una vara adornada a cada uno de los miembros del nuevo Concejo; les exhortámos a que se pusieran a las órdenes del señor Muñoz, a quien dejábamos instrucciones detalladas para el porvenir, a quien el doctor Márquez nombró Corregidor del Bajo Putumayo, con la condición de que empezaría a ejercer el cargo cuando calculara que nosotros hubiéramos pasado de Yuvineto, hasta donde seguiría ejerciendo nuestro capitán Ferrín. En todas las tribus fueron muy bien recibidas nuestras disposiciones, y en medio de grandes ¡hurras! prometieron todos los allí presentes seguir con docilidad las órdenes que les transmitieran el Gobierno y la Misión.

Los resultados de todas estas medidas no fueron infructuosas, puesto que permitieron fundar la escuela y hasta la residencia de Güepí o San Fidel del Bajo Putumayo. La escuela subsiste todavía, pero la residencia del Misionero hubo que suprimirse por falta de recursos en el año de 1921.

A instancias nuestras, la noche antes de salir de Caimitos nos obsequiaron aquellos pobres salvajes con unos cuantos bailes y cantos de los que acostumbran en sus grandes fiestas. Ellos celebran con bailes algunas épocas del año, como la cosecha del chontaruro y algunas otras frutas de las que más consumen.

En sus bailes imitan sonidos y algunos movimientos de ciertos animales, como el tigre y el jabalí; y sus danzas las apellidan con el nombre de lo que quieren imitar; así, tienen el baile del tigre, el de los puercos y otros.

En las épocas en que es de rito bailar, hacen grandes provisiones de comida, como carne de cacería, peces, fariña (que es el almidón de yuca brava, tostada) y cazabe (que

consiste en una especie de tortas de almidón de yuca). Los huitotos preparan el cazabe en tortas muy gruesas, que quedan crudas por dentro, lo cual hace que sean de aspecto, gusto y a veces hasta olor desagradables. Otras tribus de razas distintas preparan el cazabe en tortas delgaditas y bien tostadas, las cuales son bastante agradables, cuando uno se ha acostumbrado a comerlas. Me llamó la atención el que los huitotos no preparan chichas fuertes que los emborrachen; como bebida usan lo que llaman *casaramano*, que es el caldo que queda después de cocinada la yuca brava, con la que preparan la fariña y cazabe; probablemente agregan a este caldo algún otro ingrediente, cosa que no pude averiguar bien. Si alguna vez se emborrachan, es con las preparaciones de tabaco, de que trataremos más adelante. Para sus reuniones y fiestas tiene cada capitán de tribu una casa grandísima, de forma circular cónica. Estos caserones tienen las paredes y el techo de una hoja de monte que los indios llaman *huasipanga* (paja de casa). Estas hojas son parecidas a las de ciertas palmeras, aunque la planta que las produce no se levanta del suelo más de vara y media, y ni siquiera tiene la forma de arbusto. Las paredes de estas habitaciones forman a la vista una sola pieza con el techo y parecen más bien grandes colmenares que habitaciones humanas; y como para que aparezca más gráfica esta semejanza, en todo su alrededor las puertas se hallan muy inmediatas y por ellas entran y salen constantemente los de la tribu cuando celebran sus fiestas. Es costumbre entre estos indios el que cada familia tenga la puerta propia para entrar y salir en este gran edificio, aunque en su interior no hay división alguna; pero sí cada familia tiene allí su fogón, y nadie hace uso de los fogones ajenos. Las puertas tienen cada una su abra o tapa, de la misma clase de hojas de las paredes, y se cierran automáticamente, cayendo de arriba para abajo, de manera que cuando nadie entra o sale por ellas, ni siquiera se nota que haya tales puertas. Cuando las tribus se hallan reunidas en esas grandes casas, para pasar las noches guindan sus hamacas unas encima de otras, formando una especie de escaleras, que casi van a dar al techo. Causa admiración la destreza con que suben y bajan al acostarse y levantarse en esos colgantes y elevados lechos. Ordinariamente cada familia vive en una pequeña casa de su propiedad, en el monte, y sólo acu-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

den a las mencionadas reuniones cuando el capitán invita a ellas por medio del toque del *maguaré*, instrumento singular, del que también hablaremos. A veces el capitán invita únicamente a la gente de su tribu, y otras a todas las tribus amigas de los alrededores; y tienen toques especiales par cada clase de invitación. En una de esas grandes casas, la del capitán de los caimitos, tuvo lugar la reunión que nosotros procuramos. Hechas las precedentes explicaciones, que dan alguna idea del escenario en que nos encontrábamos, volvamos a la invitación que hicimos a los indios para que nos divirtieran un poco con algunas de sus danzas antes de despedirnos. Lo primero que nos contestaron al oír nuestra petición fue que no podían complacernos porque no tenían carne, ni pescado, ni cazabe, ni casaramano, y que sin estos elementos no acostumbraban bailar. Insistimos nosotros, diciéndoles que se imaginaran que tenían todas estas cosas, y nos divirtieran un poco. Por fin, después de largas conferencias entre capitanes, accedieron, y pronto armaron una gran algarabía con sus cantos y saltos acompasados, acabando siempre con fuertes gritos y ¡hurras! en señal de satisfacción y aprobación.

Por lo que pudimos observar, sus bailes son honestos. Los hombres forman un gran círculo, cantando todos a la vez una rudimentaria tonadilla, muy corta, que repiten mientras dura el baile, aunque la letra cambia constantemente haciendo referencia al tema del mismo baile; como por ejemplo, en el baile del tigre, a escenas referentes a las costumbres y cacería de este animal; y por el estilo en los demás. Las mujeres van entrando en el círculo de los hombres, formando otro concéntrico, y acompañan el tono del canto con chillidos agudos e intermitentes, formando una armonía no tan desagradable. Al irse a terminar el baile, prorrumpen todos en estruendosos gritos y hurras e imitan con sus chillidos y movimientos a los animales a quienes dedican la danza, y en medio de grandes carcajadas se deshace el grupo. Dirige los bailes uno de los capitanes, teniendo en la mano izquierda tres pajaritos de madera, labrados en una sola pieza y pintados de varios colores, en los que sobresale el verde, y en la derecha, una especie de cetro, también pintado. No pude saber el significado preciso de dichas insignias. Para llamar a reunión e ir a empezar el baile, el capitán que dirige la fiesta hace sonar la

garatda. Este instrumento es una especie de lanza larga de palo fino, que tiene en la parte alta como un tamborcito en forma de óvalo aplanado, vaciado en el mismo palo de la lanza, o constituye una sola pieza con ella. Vacian el tambor abriéndole una grieta en uno de sus lados, la cual tapan después con una tira de corteza de árbol del mismo color de la madera de la *garatda*. Para que ese tambor suene, colocan dentro dientes de mono, y antes, cuando eran antropófagos, ponían los dientes de los que se comían. Al sacudir el palo, los dientes chocan con las paredes del tamborcito, produciendo un ruido parecido al de los granos de maíz dentro de un canuto de guadua. Ellos llaman a este ruido la voz de *Fusinamuy*, o sea la voz de Dios. Sin esta voz que los llama por medio del capitán, nadie se da por entendido para empezar el baile. Nos divertímos un buen rato, contemplando y comentando estas escenas; pero como en este mundo no hay alegría sin contratiempo, también esta vez me tocó pasar mi buen chasco y casi susto. Fue de la siguiente manera: cuando estaban bailando con el mayor entusiasmo y nosotros los contemplábamos con regocijo, salieron de en medio del círculo danzante dos de los principales, y muy serios, sin dejar de cantar y moverse al mismo compás de los otros, se dirigieron hacia mí, me cogieron de los brazos y me invitaron con sus ademanes a que siguiera a bailar con ellos en el círculo general. Yo, avergonzado y casi espantado, me resistí al principio, pero viendo la actitud de enojo que iban tomando mis invitantes, no me quedó más remedio que seguirlos a hacer el payaso un rato. Al ver esto el doctor Márquez, corrió a encerrarse dentro de su toldillo, y allí se estuvo riendo a mandíbula batiente, mientras yo pasaba mis apuros procurando ajustarme a las voces y saltos de mis importunos anfitriones. Al terminar el baile, el capitán me pasó una ración de coca que me vi precisado a probar, para que viera que no despreciaba su obsequio, y por cierto me causó tan mala impresión, que con dificultad pude reprimir el vómito que me provocó.

La coca es entre ellos un elemento de primera necesidad y un obsequio de los preferidos, como para los blancos los puros habanos. Tuestan sus hojas verdes a fuego lento en una olla grande de barro, hasta que se deshacen al tacto; cuando la coca va dando punto, queman hojas secas de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

yarumo, del que nace en los rastrojos de la montaña, el cual no crece mucho y es de hoja muy tiesa. Al estar la coca bien tostada, la echan en un pilón estrecho y largo y la pilan hasta reducirla a polvo fino; en este estado la mezclan con ceniza de hojas de yarumo, más o menos en cantidad igual a la coca; ciernen esta mezcla en un pañuelo, y el polvo finísimo que va resultando es la coca que ellos toman continuamente y con la cual se obsequian. La cargan en bolsitas de caucho, algunas de forma casi artística y lujosa, especialmente las que usan los capitanes. La coca la toman llenándose la boca con el polvo mencionado, el cual se va mezclando lentamente con la saliva, y de esta manera lo van ingiriendo poco a poco. A ésta operación la llaman *mambear*. Cuando *manbean*, que es casi continuamente, tienen los carrillos hinchados como si sufrieran de dolor de muelas, los dientes negros, y hablan como lo haríamos nosotros con la boca llena; de manera que un indio *mambeando* es una figura asquerosa. Dicen que la coca en esta forma les quita el hambre y el sueño; a veces pasan todo el día caminando o trabajando, sin tomar otro alimento que dicho polvo.

Cuando quieren tratar algún asunto que les parece importante se reúnen de noche los principales de la tribu por invitación del capitán, y cuando son varias las tribus reunidas, sólo los capitanes; se ponen en cuclillas alrededor de un mate que contiene una bola de tabaco y agua; de vez en cuando sumergen el dedo en el agua, lo frotan sobre la bola de tabaco, y haciendo señal de asentimiento con la cabeza, lo van lamiendo, al mismo tiempo que con la garganta producen un sonido gutural semejante a un leve mugido, como aplaudiendo al que habla, si lo que dice es de su agrado.

Aquella noche memorable, acabadas las danzas, cuando ya la mayoría de los indios estaban tendidos en sus hamacas, el capitán nombrado Comisario Mayor llamó a los Vicecomisarios, se pusieron alrededor del mate en la forma indicada y charlaron largo rato con grande animación. Estaba contemplando aquella escena, cuando se me acercó el capitán Comisario y me invitó a que los acompañara en la reunión, a fin de persuadirse de mi amistad; lo seguí inmediatamente, y sin saber lo que decían, cuando los del corrillo ponían el dedo en el tabaco y lamían, yo hacía lo mismo. Cada vez que esto hacía, ellos se alegraban en gran

manera y manifestaban su contento con gritos más fuertes que de ordinario; para mí era lo contrario; cada vez que me lamía el dedo, sentía un escozor en la garganta como si tomara ají, removiéndoseme desagradablemente el estómago, hasta producirme náuseas. Llamé al intérprete y le hice explicar lo que aquellos magnates decían con tánta solemnidad. Me refirió que hacían comentarios sobre todo lo sucedido durante los cuatro días de nuestra permanencia con ellos; comparaban sus tradiciones con las explicaciones catequísticas que yo les había hecho y con las láminas que habían visto en el Catecismo, y que mutuamente se animaban a cumplir las órdenes que les habíamos dado. A mi vez supliqué al intérprete que les diera las gracias en nombre de la Misión y del Gobierno por la buena voluntad que manifestaban y por la cariñosa acogida que nos habían hecho. Después de una hora de aguantar aquella posición forzada y cayéndome de sueño, conseguí que levantaran la sesión, en otras circunstancias tal vez interesante, pero mortificante en demasía entonces. Antes de acostarme quise imponerme por el intérprete de cómo se preparaba aquel tabaco, y obtuve de él la siguiente explicación: "cogen hojas verdes de dicha planta, la hacen hervir hasta que se ablande; en este estado, exprimen el jugo en una olla y botan el bagazo. Hacen hervir este jugo hasta que empieza a espesarse, luégo le mezclan un poco de *casaramano* y siguen cocinándolo hasta que se condensa como miel; en este estado, lo dejan enfriar y se endurece. De este modo usan el tabaco mascándolo, y es tan fuerte, que en ocasiones los emborracha completamente."

VII

El maguaré.

Ahora digamos algo del famoso *maguaré*. Es un instrumento de madera especial, muy fuerte y vibrante; de forma larga y ovalada; mide una vara y media o dos de longitud y unos 150 o 200 centímetros de circunferencia los más grandes; lo vacian a fuego lento, y por la parte externa superior le dejan dos agujeros cuadrados u ovalados, de unos 30 centímetros de circunferencia, a una vara de distancia, unidos entre sí por una hendidura de una pulgada de ancho, que comunica con el vacío interior. Ese instru-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

mento lo colocan encima de un andamio de palos, a una altura de uno o dos metros del suelo; para hacerlo funcionar le dan golpes a los bordes de la hendidura con un mazo de madera revestido de caucho, y el sonido que produce lo perciben ellos a muchas leguas de distancias. Ordinariamente tienen dos maguarés juntos, ya en un mismo andamio, ya en otro, pero siempre muy inmediatos; el uno, que es muy grueso, lo llaman el hombre o macho, llegando a pesar a veces de treinta a cincuenta arrobas, y su sonido es ronco y bajo; el otro es más pequeño y delgado, de sonido más alto y agudo, y lo distinguen con el nombre de mujer o hembra. Para sus toques, combinan los sonidos de uno y otro, como se hace con las campanas. Estos ingeniosos aparatos les sirven de telégrafo y teléfono sin hilos; se hablan a largas distancias unas tribus con otras, se piden auxilio cuando se creen en peligro, se invitan a fiestas, y los que todavía son antropófagos, se invitan a comer a los blancos o indios enemigos que hayan caído en sus manos, lo cual lo verifican en medio de bailes y fiestas macabras. Para la preparación e instalación de los *maguarés*, usan un ritual muy largo y complicado, del que no me pude enterar bien por falta de tiempo.

Por la misma razón de escasez de tiempo, tampoco pude imponerme de otras muchas costumbres de esos salvajes. Por casualidad me enteré de una que me hizo comprender el grado de salvajismo en que yacen. Vi un hombre acostado con la cabeza vendada y el rostro pálido; le pregunté qué tenía, y me contestó que estaba guardando dieta; me hice explicar en qué consistía su enfermedad, a ver si podía aliviarlo con algún remedio. Por la explicación que me dieron, vine en conocimiento de que estos indios, cuando les nace un hijo, el padre es el que se acuesta y guarda cuarenta días de dieta, durante los cuales no come sino carne de aves y manjares de los que acostumbran para los enfermos. Durante este tiempo cuida al recién nacido, le hace unas cuantas embadurnadas con resinas silvestres y otras tántas lociones en alguna quebrada de aguas cristalinas. Mientras tanto la madre trabaja en los quehaceres domésticos y en buscar y preparar los alimentos para el ma-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

El bote *Márquez* con su tripulación y pasajeros.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

rido, como si en ella no se cumpliera aquella sentencia del capítulo 3°, versículo 16 del sagrado libro del Génesis.

También por lo que pude ver, esa pobre gente tiene muy poco aprecio por el valor del tiempo, y nunca se preocupa en calcular el esfuerzo del trabajo con el resultado del mismo. La prueba de esto es el hecho siguiente: cuando se aproximan sus fiestas, a fin de hacerse a cacería, cercan una grande extensión de monte con palitos bien tupidos; cuando la tienen bien cerrada, abren algunos agujeros por donde puedan salir los animales que hayan quedado dentro, y en cada uno de estos pasos arman una trampa, en la cual quedan cogidos algunos animalitos, que en ningún caso compensan el tiempo gastado y el trabajo ímprobo que les cuestan todas estas cosas.

VIII

De Güepí al istmo de Caucaya—Tagua—Visita al Caquetá.

En la mañana del 18 de abril nos despedímos de los huitotos de Güepí. Muchos de ellos nos acompañaron en un buen trecho de camino, y todos nos dieron al despedirnos muestras de reconocimiento y cariño. Ese mismo día llegámos a la casa de Artemio Muñoz, a orillas del Putumayo, y nos preparámos para seguir el viaje al día siguiente. El 19 dejábamos a Güepí en medio de la tristeza y manifestaciones de cariño de los blancos, que por última vez se habían reunido en la casa de Artemio Muñoz para oír la santa misa y despedirnos. En medio día nos pusimos a la desembocadura del Caucaya, istmo de La Tagua, sin otro contratiempo que habérsenos olvidado en Güepí una carabina y un paraguas. Como estos objetos nos hacían gran falta en el viaje, resolvimos mandar a nuestro capitán Ferrín a que nos los trajera; por fortuna en una de las islas del río encontramos un potrillo que nos sirvió a las mil maravillas para este objeto. En el Caucaya, mientras esperábamos el regreso del capitán Ferrín, resolvimos estudiar el istmo que separa el Putumayo del Caquetá. Fuimos hasta este último río por una muy rudimentaria trocha, que nos condujo a la desembocadura y antiguo puerto de La Tagua. Medímos la distancia entre el Caquetá y el Putumayo, resultando 21 kilómetros. Atravesámos dos quebradas bastante grandes, que creímos fueran las cabeceras del Caraparaná, pero luégo nos convencimos de que eran los orí-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

genes de los ríos Cejerí y Curillá, afluentes del Putumayo, que quedan mucho más arriba del Caraparaná. En este istmo nos sobrevino de noche otra tempestad como la de que he hablado, pero con circunstancias mucho más agravantes. La primera la pasámos en una playa y en el río, donde no había peligro de morir aplastados por un árbol; en ésta, al horror producido por los rayos y truenos constantes, se agregaba el que las frecuentes caídas de los árboles derrumbados por el espantoso huracán, hacían retumbar la montaña, como si sonaran grandes cañonazos cerca de nosotros. Los árboles de nuestro alrededor, que nos cobijaban con sus ramas, traqueaban con una pertinacia que nos tenía a todos sobresaltados; rezábamos a la Virgen, auxiliadora de caminantes y navegantes, con un fervor edificante. Como lo chusco se mezcla siempre con lo serio, y lo sublime con lo ridículo, también en esos momentos de angustia y ansiedad nos tocó presenciar una escena, que después de pasado el peligro nos divirtió en gran manera: el intérprete Vargas, acostumbrado como está a los usos de los indios, en los momentos en que estábamos afanados por los horrores de la tempestad, no pudiéndose contener, salió del ranchito donde estaba con los otros bogas y empezó a soplar hacia los cuatro puntos cardinales, haciendo gesticulaciones y profiriendo extraños gritos, como dicen que lo hacen los brujos de las tribus donde él ha vivido. Por el momento poco caso hicimos de aquellas raras ceremonias, porque la preocupación principal de todos era el temor de morir aplastados por los grandes árboles que nos rodeaban, o carbonizados por algún rayo de los que se sucedían sin interrupción; pero cuando ya pudimos reflexionar con serenidad, el pobre Vargas y sus brujerías fueron el tema principal que nos divirtió durante varias jornadas.

El estudio que en aquella ocasión hicimos de aquel lugar, sirvió no poco para que la Comisión que el Gobierno Nacional nombró en 1920, lo escogiera como el punto más aparente para la fundación de la Colonia Penal del Putumayo, decretada por la Ley 24 de 1919.

IX

Del Caucaya al Caraparaná—Entrada a la zona ocupada por el Perú.

El 25 de abril seguímos por el Putumayo con deseos de llegar pronto a Yuvineto, ya que de lo que allí nos sucediera dependía en gran parte el éxito o fracaso de nuestra expedición, y sobre todo el rumbo definitivo de nuestro viaje. Si allí se nos impedía el paso, tendríamos que regresar para tomar alguna trocha que nos condujera al río Napo e Iquitos; y esto implicaba el tener que separarnos de los bogas con quienes estábamos ya familiarizados y quienes deseaban más que nosotros conocer el Amazonas y Manaos. Además, esta contrariedad nos impediría conocer y estudiar las condiciones del Putumayo para la navegación.

En todo el trayecto del Putumayo hasta el Caucaya poco molesta el mosco *jején* durante el día, ni tampoco el zancudo por la noche; pero de ahí para abajo, el Putumayo es casi inhabitable por las inmensas nubes de jején, zancudo y arenilla, especialmente en ciertos trayectos del río. Cuando uno se halla recogido dentro del toldillo, esperando que amanezca, parece como si se encontrara rodeado de un avispero alborotado, tal es el ruido que producen dichos insectos; y si al acostarse no se tiene la precaución de arreglar el toldillo de modo que quede bastante separado del cuerpo, no se limitan a hacer ruido, sino que al través de la tela van acribillando a picotazos al pobre mortal que no ha sido suficientemente precavido, en términos que por más dormido que uno esté lo despiertan y se ve precisado a defenderse. Hace algunos años que en un folleto del General Rafael Reyes leí que eran tántos los moscos del Putumayo, que bastaba dar un palmetazo con las manos, para que quedara en ellas una pasta formada por la muchedumbre de moscos que con esta sola acción se aplastaban y que de noche era preciso cubrirse completamente con una gruesa capa de arena, dejando únicamente en descubierto las narices para no asfixiarse, a fin de poder dormir y evitar las picaduras de los zancudos. Al leer estas afirmaciones me sonreí, pareciéndome una enorme exageración, pero confieso ingenuamente que después de haber pasado por dicho río, la exageración no me parece tan grande. En confirmación de lo que acabo de decir, referiré las precauciones que teníamos que tomar para poder celebrar la santa misa; pero antes voy a permitirme una pequeña digresión, que no me parece fuera de lugar. La piedad de los expedicionarios era ejemplar; todos los días, al laventarnos, lo primero que hacíamos era celebrar la santa misa, que oían todos; el doctor Márquez la ayudaba auxiliado con el Cate-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cismo, y además comulgaba diariamente y muchas veces también algunos de los bogas. Cuando llegábamos donde había gente, lo primero que hacíamos era brindarles los servicios y auxilios espirituales, como bautizar, confirmar, confesar, casar, etc. Por las noches nunca nos acostábamos sin haber rezado en común el santo rosario y todos practicaban con gusto y devoción estos actos de piedad. Pues bien, del Caucaya para abajo, para celebrar la santa misa nos vimos precisados a destinar al capitán de la tripulación, para que con un abanico de plumas de cola de pava espantara las moscas que durante el santo sacrificio se prendían de la cabeza, pescuezo y manos del celebrante, con una pertinacia desesperante; y el doctor Márquez, para hacer de acólito, se veía precisado a taparse la cara y manos con una gasa que algo lo defendía de la voracidad insaciable de esa terrible plaga. Durante el día, en la canoa, o teníamos que taparnos completamente la cara y las manos, lo cual nos producía un calor insoportable, o era preciso rodearnos de espirales de humo de nidos de comején que encendíamos, cuyo mal olor nos atontaba pronto la cabeza, al mismo tiempo que nos hacía lagrimear en abundancia. Con todo, a pesar de estas penosas precauciones, llegámos a Manaos con las manos tan llenas de puntos negros, que se podían confundir con las de los descendientes de Cam.

Después de estas explicaciones, que dan alguna idea de los trabajos que pasámos desde nuestra salida del Caucaya, volvamos a seguir la relación del curso de nuestro viaje. En tres días y medio de navegación nos pusimos del istmo de La Tagua a Yuvineto. Este lugar, considerado militarmente, es muy estratégico, está en el vértice de un inmenso ángulo que forma el cauce del Putumayo. Hay dos casas grandes desde las cuales se domina perfectamente el río en una extensión de más de una legua, tanto hacia arriba como hacia abajo. En aquel tiempo había allí ocho soldados y un Teniente, todos en apariencia palúdicos y en un estado de abandono que no parecían militares. Más de una hora antes de llegar, ya divisámos las casas, y aunque ninguno de los que íbamos conocía el punto, pronto comprendimos lo que en realidad era. El rato que tardámos en llegar lo pasámos en animados comentarios de lo que nos podía suceder, al mismo tiempo que estábamos todos poseídos de la más viva curiosidad y zozobra. Atracámos al desembarcadero, donde se nos acercó un soldadito que tenía la cabeza y el cuello cubiertos con una especie de cofia, cuyas extremidades en forma de faldones le colgaban por el pecho y la espalda, indumentaria muy común en las regiones del Bajo Putumayo para defenderse de los mosquitos. Le preguntámos por el jefe y nos respondió que lo iba a llamar, al mismo tiempo que nos interrogó quiénes éramos. Le manifesté que era un Misionero, el doctor Márquez un compañero de viaje, y los demás los bogas. Inmediatamente se fue a comunicar al jefe lo que había oído, y que deseábamos hablar con él. Pronto bajó un individuo de aspecto antipático, con barbas negras como de enfermo, rostro blanco alabastrino, efecto del paludismo, en el cual resaltaba mucho la negrura de sus desgreñados pelos. Nos preguntó quiénes éramos y a dónde íbamos. Nuestra respuesta fue, poco más o menos, la misma que dimos al soldado. Nos exigió pasaportes, pero como no traíamos, dijo que siquiera le mostráramos algún documento que acreditara nuestra personalidad, pues aunque él creía que éramos gente respetable y honrada, bien podía suceder que fuéramos unos bandidos o espías. Al oír esto, respondí inmediatamente que no éramos bandidos y que sí podía acreditar mi carácter de Misionero, cuyos títulos traía, y diciendo esto le mostré mis documentos eclesiásticos; pero como estaban todos en latín, tan pronto como les hubo dado un vistazo, me respondió que a él aquello no le servía, y me exigió que le presentara algún documento escrito en castellano. Después de un minucioso registro en mis papeles, no encontré otro para el caso que el nombramiento de Viceprefecto Apostólico. Con disimulo pregunté al doctor Márquez si presentaba o nó aquel documento, y fue de parecer que debía mostrarlo. Lo leyó, se quedó pensativo y no dijo nada. Entonces se dirigió al doctor haciéndole la misma exigencia; y éste, como no encontrase otro documento a propósito, se vio precisado a presentar un telegrama de Bogotá, en que se le llamaba Visitador Fiscal de la Nación. Desde que se impuso de los papeles aludidos, cambió un poco de modales. Le preguntámos si podíamos pasar, que era lo que más nos interesaba, y nos contestó que sí. La respuesta nos regocijó sobremanera, y desde este momento se acabó la ansiedad que nos dominaba y que no podía menos de aparecer en el exterior. Interrogámos a dicho señor si los que

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

vivían allí eran militares, y nos contestó que nó, que eran caucheros de la casa Arana, y para hacernos creer mejor lo que nos decía, nos contó que en el Putumayo no se cosecha caucho fino sino una mezcla de varias gomas o *jebes*, con las que se forman tiras gruesas de caucho llamadas *rabos del Putumayo*, cuatro de los cuales constituyen *un pago*, o sea una arroba de caucho; y que para extraer esas gomas no cortan los árboles, sino que pican uno de los lados del tallo en forma de espinazo de pez. Con todo, nos dijo que él tenía el título de Inspector del tráfico, y como tál debía averiguar y registrar todo lo que subía y bajaba por aquel sitio; y en efecto, nos hizo examinar la canoa y los equipajes, pero lo hicieron con tal timidez, que no se dieron cuenta de nada; manifestó además que se llamaba Valdés Ramos y que sólo desde enero estaban allí, habiendo permanecido ese sitio abandonado durante mucho tiempo. A pesar de lo que nos decía aquel señor, nos llamó en gran manera la atención y nos hizo dudar de que las cosas fueran como él decía, el hecho de ver en las chaquetas viejas que tenían puestas los tres o cuatro muchachos que aparecieron en el embarcadero, unos ribetes colorados como los que se usan en los uniformes militares. Ofrecí al señor Ramos mis servicios apostólicos y me contestó que nada había que hacer, pues todos eran racionales (así llaman por allá a los blancos para distinguirlos de los indios), habían recibido el bautismo y eran casados. No nos invitó a subir a la casa, ni a nada, lo cual no nos disgustó, pues la catadura de toda aquella gente poca confianza nos inspiraba. Como referiremos a su debido tiempo, supimos después que el señor Ramos no era tal Valdés sino el Teniente Barriga, y los demás que vimos no eran peones de la casa Arana sino soldados del Gobierno del Perú, y que estuvieron deliberando un buen rato si nos apresaban o nó.

Después de la escena apuntada, que duró una hora y media, seguímos viaje, dando gracias a la Santísima Virgen de poder continuar todos por el Putumayo al Amazonas.

Impresionados por el mal aspecto de la gente de Yuvineto, por la soledad de aquellos lugares en donde no se encuentra un alma, y por lo mucho que habíamos oído contar sobre crímenes en el Putumayo, desde aquel momento resolvimos andar día y noche y no quedarnos nunca a dormir en aquellas desiertas riberas. Arreglámos en la misma

canoa una especie de camarote donde podíamos dormir los dos pasajeros, aunque con alguna estrechez; y a los bogas les ordenámos que uno fuera guiando la canoa como piloto, mientras los otros dormían, dejándola deslizar al solo impulso de la corriente, y que a cada cuatro horas se relevaran; así anduvimos durante todo el trayecto del Putumayo, ocupado por el Perú. Al amanecer saltábamos a las playas o montes a celebrar la santa misa, y volvíamos a embarcarnos inmediatamente después de concluído el augusto sacrificio.

Durante quince noches, algunas muy oscuras, que navegámos en esta forma por regiones desconocidas, no tuvimos sino dos sustos regulares. Fue el primero en un gran remolino situado entre Yuvineto y Caraparaná. Las vueltas de la impetuosa corriente cogieron al bote, impulsándolo a que girara al mismo compás de las aguas, a pesar de los esfuerzos del piloto; éste, no dándose cuenta exacta de la clase de fuerza inusitada que quería arrebatarle la nave, tan dócil de ordinario a la dirección de su remo, gritó angustiado: "¡Se hunde la canoa!" Despertámos todos sobresaltados, pero, por dicha nuestra, cuando empezámos a preguntar de qué se trataba, ya la destreza del capitán había logrado sacarnos de aquel baile aterrador. El otro nos sobrevino entre el Igaraparaná y el Yaguas, y tuvo causas muy distintas. A las diez de la noche se desató una de aquellas imponentes tempestades de que hemos hecho ya mención, la cual levantaba encrespadas olas, que al mismo tiempo que casi hacían zozobrar la canoa, impedían su marcha descendente. El aguacero era tan fuerte, que al mismo tiempo que nos empapó, iba llenando la frágil barquichuela. Intentámos arrimar a una orilla, pero como la anchura del río en aquellos lugares se acerca a dos kilómetros, e íbamos bajando por la mitad del cauce, y la corriente impetuosa nos empujaba a seguir esta misma dirección, para conseguir la que deseábamos, los bogas tuvieron que acometer una lucha peligrosa y casi desesperada, que la oscuridad de la noche convertía en heroica. Mientras los animosos tripulantes luchaban a brazo partido con las olas y la corriente, el doctor Márquez y el que esto escribe, con una actividad febril, nos ocupábamos en sacar agua de la canoa con mates y tazas. En aquel sitio las orillas del río son bajas e inun-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

dadizas, y como éste estaba en gran creciente o *conejera*, como llaman en el Putumayo a las grandes avenidas, cuando creíamos alcanzar tierra por los árboles que ya tocábamos, tuvimos todavía que hacer mil maniobras para poner la canoa en varadero. Venciendo no pocas dificultades, conseguímos prender una lámpara de petróleo que llevábamos. Guiados por esa luz pudimos evitar que la embarcación se nos hiciera pedazos entre aquellos árboles, pero al mismo tiempo nos hizo ver una gran culebra de tres o cuatro metros de largo, que se deslizaba junto a la canoa, con la cabeza levantada, como si quisiera subir o pasar la noche con nosotros para reponerse del susto que los bogas le habían dado inadvertidamente en sus agitadas maniobras en medio de aquellas ramas. Esta inesperada visión nos acabó de enardecer a todos para seguir venciendo dificultades y llegar pronto a tierra firme. Por fin, después de tres cuartos de hora de lucha tenaz, pusimos pies en *barrialosa* y acabámos de pasar aquella noche con un frío más que regular. Auxiliados con el petróleo y la lámpara logramos prender fuego, que nos sirvió no poco para consolarnos y reanimarnos.

En tres noches y dos días y medio llegámos al Caraparaná. Una hora antes de llegar a la confluencia de dicho río nos encontrámos con el colombiano César Niño, quien nos dio muchos datos y explicaciones de aquellos sitios. Orientados por estos informes determinámos subir hasta El Encanto, donde está la agencia principal de la casa Arana, y también ir a visitar a unos Padres Misioneros ingleses que vivían en San Antonio, a unas seis horas por tierra desde aquel punto. El encuentro de aquel colombiano podemos afirmar que fue providencial; de lo contrario, casi con seguridad habríamos pasado por la desembocadura del Caraparaná sin darnos cuenta de que habíamos llegado allí. Este río cae al Putumayo de Oriente a Occidente, y el Putumayo corre de Occidente a Oriente, en largos trayectos, y especialmente en aquel donde recibe el Caraparaná. A la vista, su desembocadura hace el efecto de un brazuelo del Putumayo; y uno que no conozca el terreno, si no pasa muy cerca de la orilla, lo cual no sucede cuando se navega aguas abajo, ni siquiera sospecharía que aquello sea un río distinto. Al pasar muy cerca de su desembocadura, el color de las aguas del Caraparaná indica que son de otro río.

X

Entrada al Caraparaná—El Encanto—Visita a los Padres Franciscanos en San Antonio—Censo de la población indígena del Caraparaná e Igaraparaná. Algunas costumbres de los indios—Curiosidad que despertó nuestra visita en aquellos sitios.

En catorce horas de navegación aguas arriba por el Caraparaná llegámos a El Encanto. En este trayecto del río habían entonces unas diez familias colombianas o de colombianos que vivían con indígenas huitotos. Hablámos con todos ellos; nos contaron muchas cosas de los peruanos, sobre todo acontecimientos sucedidos hacía ya muchos años. Nos manifestaron que a ellos no les daban trabajo en la empresa Arana, pero que tampoco los hostilizaban, y que el único medio que tenían para ganar algún dinero, era vender carne de monte o peces a la agencia principal de la empresa o a sus vapores. En El Encanto el Gerente de la casa Arana, señor Miguel de Loaisa, nos recibió muy bien y nos atendió con mucho esmero. Al manifestar nuestros deseos de visitar a los Padres Misioneros Franciscanos en San Antonio, inmediatamente puso a nuestra disposición un blanco, empleado de la empresa, señor Carlos Seminario, y cuatro indios huitotos; el primero para que nos sirviera de guía, y los segundos para que nos llevaran el equipaje.

El Encanto lo componen tres edificios regulares y unas quince casas de paja, la mayor parte habitadas por indios huitotos. Los edificios pertenecen, uno a la casa de Arana, a la cual sirve de agencia y es de madera labrada con cubierta de cinc; otro, de propiedad del Gobierno Nacional, donde está el motor y maquinarias de la torre inalámbrica, sistema Telefuncke, que funciona allí; éste de cemento, con techo también de cinc; la torre es de hierro y mide unos 60 metros de altura; la maquinaria de la torre estaba a cargo de un mecánico alemán, pero el telegrafista era peruano. El tercer edificio sirve de cuartel a la guarnición militar de aquel sitio; es inferior a los otros dos en cuanto a solidez y valor, aunque superior en dimensiones. Aquella guarnición se componía de veinticinco hombres, comandados por el Capitán Udiales. Este señor, cuando supo lo que nos había sucedido en Yuvineto, se contrarió bastante y nos dijo que el sujeto que se había presentado como Ins-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

pector del tráfico no era tal Valdés Ramos sino un Teniente Barriga, su subalterno, y los jóvenes que lo acompañaban, soldados del ejército peruano; agregó que el Putumayo constituía el primer sector militar de Loreto con tres guarniciones: la de Yuvineto; la de El Encanto, residencia del Jefe del sector, y la de Taraparaná, en la frontera con el Brasil. Se lamentó de que tan mal representada estuviera su patria en la frontera de Colombia. Seguramente aquel seudo Valdés Ramos recibiría su buena reprimenda, por haberse puesto un nombre tan bonito; con todo esto, se confirmó una vez más la verdad de aquel adagio: "Más fácil es coger a un mentiroso que a un cojo." El Capitán Udiales nos facilitó un pasaporte para que en la guarnición de Tarapacá, desembocadura de Cotué, no nos sucediera contrariedad alguna. El lugar de El Encanto es muy pintoresco. Unas bellas lomitas, tapizadas de verde césped, cuyo asiento baña el río Caraparaná, formando dos grandes herraduras, constituyen el área de población. En este lugar tiene la empresa de Arana una lancha de treinta toneladas, llamada *Callao*, comandada por un portugués de apellido Tabares, y tripulada por indios huitotos. Con ella recogen el producto de todas las secciones que quedan cerca de los ríos navegables, a fin de que el vapor *Liberal*, que cada tres meses va de Iquitos a El Encanto y La Chorrera, encuentre la carga lista. Junto a la *Callao* amarrámos nuestro bote y observámos que era dos metros más largo que dicha lancha. Les llamó mucho la atención nuestra canoa a los vecinos de El Encanto, quienes no se cansaban de alabar sus magníficas condiciones, lo que nos llenaba de orgullo y satisfacción.

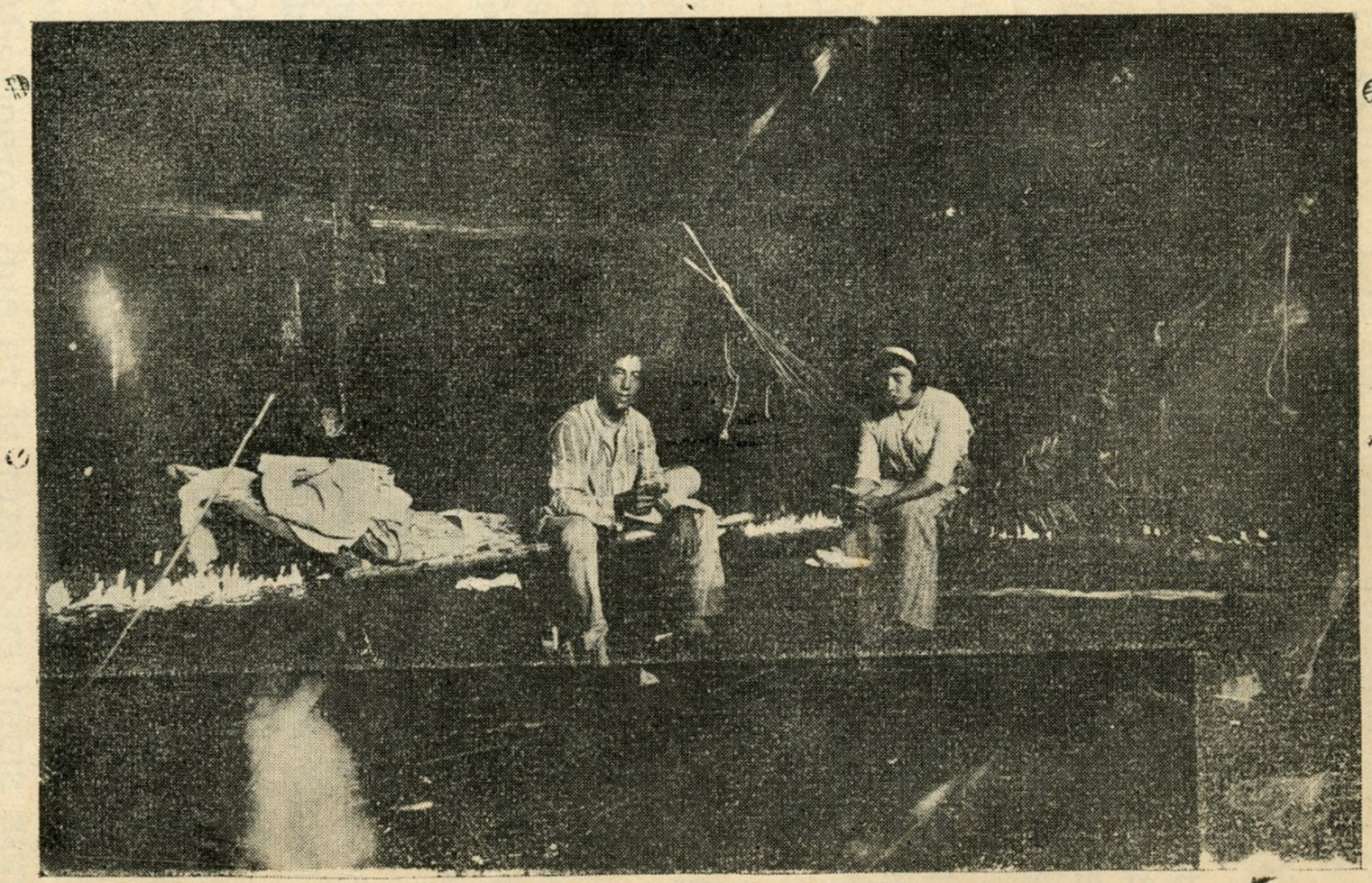
El 3 de mayo, después de un desayuno-almuerzo obsequiado por el señor Loaisa, nos dirigímos a San Antonio. Salímos de El Encanto a las nueve de la mañana, y a las dos de la tarde llegámos a la sección cauchera de Esmeralda. Durante el camino pudimos observar lo que nos contó en Yuvineto el supuesto Valdés Ramos, sobre la manera como picaban los tallos para extraer la goma. A ambos lados de la trocha, muy ancha y bien arreglada, por donde pasábamos, vimos multitud de árboles picados en forma de espinazo de pez, por todos sus lados, los que indican distinta época; pues debe saberse que a cada árbol no puede hacérsele sino cada cuatro años una de esas picaduras laterales. La sección de Esmeralda se compone de unas dos tribus de indios huitotos, manejados por un blanco. Allí se nos presentaron una multitud de indígenas completamente desnudos, sobre todo las mujeres. Los hombres, aun los más escasos de vestido, llevaban siquiera un pequeño delantal, como de una cuarta y media de largo por una de ancho, que les cubría siquiera lo más indispensable para no hacer avergonzar a los que los vieran; pero las del sexo débil, sólo llevaban unas pequeñas gargantillas en las muñecas y en los tobillos. En ese lugar nos cogió un soberbio aguacero en una de las grandes casas del capitán de la tribu. Allí tocámos largamente el *maguaré* y pudimos comprobar que es cosa cierta que los indios oyen a largas distancias los sonidos de este singular instrumento. Teníamos que pasar del Caraparaná, y no habiendo canoa en el lado donde nosotros estábamos, nos fue preciso pedirla a una tribu que vivía en la otra banda, pero a unas horas de distancia de Esmeralda. Los que nos acompañaban dieron en el *maguaré* los toques que acostumbran para estos casos, y en el tiempo preciso que necesitábamos la embarcación, llegaron los indios con ella. Antes de que nadie hablara con ellos, el doctor y yo les preguntámos quién les había avisado, y nos respondieron que habían oído el *maguaré*. A las seis de la tarde llegámos a San Antonio. Los Padres Franciscanos Cipriano Burne, Sebastián Fitzpatrick y el Hermano fray B. Edwin O'Donell, nos recibieron con sorpresa, al mismo tiempo que con gran caridad y finas atenciones. Les conté en confianza el objeto de nuestro viaje y quiénes éramos; y ellos a su vez me explicaron muchas cosas referentes a su situación y ministerio, y me suministraron datos estadísticos completos de los ríos Caraparaná e Igaraparaná. Por ellos supe que en 1912 el Papa Pío X les había enviado allí a raíz de la publicidad que se dio a los crímenes del Putumayo. Cuando dicho Pontífice publicó la Encíclica *Lacrimabili Statu*, se hizo en Londres una gran colecta para auxiliar a los salvajes del Putumayo. Lo que se colectó se depositó a interés en un establecimiento de crédito, y se dispuso que con los réditos se fundara y sostuviera una Misión católica que fuera el amparo y defensa de aquellos infelices. Esa región, según el mapa eclesiástico del Perú, forma parte del Vicariato Apostólico de Iquitos. Con todo, la Misión

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

de los Padres Franciscanos se estableció como independiente, aunque sin excardinarla territorialmente de aquella entidad. Al principio vinieron cuatro religiosos sacerdotes, cuyo Superior tenía facultades de Prefecto Apostólico. Establecieron dos residencias: una en la región del Igaraparaná, en el caserío de La Chorrera, centro principal de aquel río, y otra en la del Caraparaná, en el sitio de San Antonio, antiguo San Gregorio, cuando en esa región tenían sus empresas los colombianos Gregorio Calderón y hermanos. Los Padres fundaron escuelas en cada una de las residencias, pero casi sin ningún resultado, debido a que ni a los indios les gusta concurrir a ellas, ni por parte de la casa Arana, ni por la del gobierno del Perú, encontraron apoyo alguno para que obligaran a los indios a enviar sus hijos a educarse e instruírse. Su ministerio se reducía casi exclusivamente a bautizar indios párvulos sin uso de razón y adultos en la hora de la muerte. Me dijo el Reverendo Padre Cipriano que en seis años habían hecho dos casamientos y distribuído un número insignificante de comuniones. Desde que estalló la guerra europea casi no recibían auxilio alguno; cuando pasámos nosotros, sólo celebraban dos veces por semana por escasez de harina y de vino, por lo que les obsequié un poco de harina de la que nosotros traíamos para hacer las hostias. Antes de la guerra recibían mensualmente provisiones y recursos de Inglaterra por conducto del Cónsul de Iquitos y de la Compañía Booth, cuyos barcos hacían viajes directos de Liverpool a la capital de Loreto. Hacía ya dos años que el Reverendo Padre Superior y otro de los Padres habían regresado a Europa por motivos de salud, y ellos esperaban que les llegara de un momento a otro la orden de regresar también. Efectivamente, en el mes de octubre de aquel mismo año se fueron para su patria, quedando de nuevo las regiones del Caraparaná e Igaraparaná espiritualmente desamparadas.

Según el último censo levantado en 1917 por la casa Arana y que dichos Padres Misioneros me facilitaron, había en la región del Caraparaná 2,300 indios, todos huitotos, diseminados en las siguientes caucheras: El Encanto, centro principal; Esmeralda, con la sucursal de San Antonio, residencia de los Misioneros; Argelia, con las sucursales de Pisaguas y Sebuas; Yabuyanas; Florida, con la sucursal Nonuyas; La Sombra, con la sucursal Erayes; Esperanza;

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental



Interior de una estación cauchera del Caraparaná.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

La India e Iberia (antigua Nueva Granada), sobre la orilla izquierda del Putumayo, cuatro horas más abajo de la desembocadura del Caraparaná. Cada sección se compone de dos, tres o más tribus de indios, a órdenes cada una de su capitán respectivo. Las sucursales cuentan con menos indios. Cada capitán de tribu tiene su gran casa de reunión, como se dijo al hablar de los huitotos de Güepí, y en cada casa sus *maguarés*. Estos capitanes están sujetos a un agente blanco que reside en cada sección, y éstos a su vez reciben sus órdenes directas del Gerente de El Encanto.

En la región del Igaraparaná domina la casa Arana 6,200 indios de distintas razas y lenguas, siendo los huitotos los más numerosos. Las razas con lengua propia son seis: huitotos, boras, andoques, recígaros (que sólo cuentan 50 hombres de trabajo), ocainas y muinanes. Las estaciones de aquella región son las siguientes: La Chorrera, que es la principal, a orillas del mismo Igaraparaná; allí reside el Gerente de aquella región, que era entonces el señor Ubaldo Lores; hasta allí va cada tres meses el vapor *Libe-ral* a cargar caucho y balata. Dispone también de una lancha llamada *Aguila*, para recoger el producto de las distintas secciones; esta lancha es un poco más pequeña que la *Callao*. Sección Sur, de indios huitotos; Oriente, de indios ocainas; Occidente, con la sucursal Emerayes, ambas de huitotos; Atenas, con la sucursal Charocamena, también de huitotos; Andoques, de indios andoques y boras; Sabana, con las sucursales Nonuyes y Aimenas, de indios huitotos, boras y recígaros; Entrerríos, con una sucursal, ambas de huitotos; Ultimo Retiro, con la sucursal Porvenir, de indios huitotos y muinanes; Abisinia, con la sucursal Uvatipa, de indios boras, y Santa Catalina, también de indios boras. Me informaron además los Reverendos Padres Misioneros que en la raza bora había aún muchos salvajes, a los cuales no habían podido someter los blancos, y que para éstos eran una verdadera amenaza, de tal manera que no podían andar por las cercanías donde esos indios tienen sus centros, sin ir bien armados y en grupos, pues a uno solo, aunque vaya bien armado, le es muy difícil defenderse. En el año de 1917 hubo en el Igaraparaná un levantamiento de indios, parte de los sometidos y parte de los indómitos, quienes atacaron la agencia principal de aquella región. Durante varios días hubo un nutrido tiro-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

teo entre rebeldes y blancos e indios fieles. Los insurrectos se atrincheraron dentro de una casa rodeada de una muralla de bultos de caucho, en la que no penetraban las balas. De Iquitos acudió una compañía de soldados con una ametralladora, pero ni así consiguieron desalojar de sus posiciones a los levantiscos; sólo lo consiguieron cuando lograron incendiar el techo de la casa donde se guarecían, por medio de una pelota impregnada de petróleo, la cual prendieron y lanzaron sobre la casa. En esa ocasión los blancos del Igaraparaná se salvaron por haber hecho traición algunos de los mismos indios, quienes les avisaron con tiempo lo que se tramaba, y así pudieron prevenirse y repeler el ataque desde los primeros momentos. Muchas otras cosas me contaron los Padres sobre las relaciones de los blancos e indios. También sobre el apoyo que los empleados de la casa Arana prestaban a los Misioneros. Este apoyo fue casi siempre insignificante, por lo menos en la parte moral o a la que se refería al ministerio apostólico e instrucción pública. No hostilizaban directamente a los religiosos, pero tampoco ejercían influencia sobre los indios para que se aprovecharan de sus labores apostólicas. La presencia de los Padres favoreció mucho a los indios, pues los Padres, tanto como Misioneros católicos, eran considerados como espías ingleses, y el temor de una intervención extranjera moderó a los caucheros. La primera mejora que se implantó con la llegada de los Padres a esas regiones fue el cambio de sistema en la manera de hacer trabajar a los indios. Antes, a los jefes de sección se les daba como honorarios un tanto por ciento de lo que recogían los indios que manejaban. Con este sistema sucedía muchas veces que por el deseo inmoderado de lucro, se exigiera a los pobres indios tareas superiores a sus fuerzas, dando esto ocasión a crueldades y malos tratos por no cumplir lo que les era materialmente imposible. Desde la llegada de los Padres se abandonó el sistema del tanto por ciento y se estableció el de sueldos fijos. Cuando nosotros pasámos por el Caraparaná todos los empleados de la empresa Arana tenían sus sueldos, cualquiera que fuese el resultado del trabajo de los indios. Por lo que pudimos observar y también por lo que nos contaron los Padres Franciscanos, nos formámos la convicción de que hace algunos años no se registran casos de barbarie como los que se cuentan de tiempos anteriores.

Unos colombianos, que cuando nosotros pasámos por El Encanto vivían en el Caraparaná y después subieron a Puerto Asís, me contaron que desde nuestra visita habían mejorado los pagos a los indios. ¡Quién sabe si sea verdad tánta belleza!

Los indios que todavía viven sin sujeción a nadie son antropófagos, como lo eran hasta hace poco los que están sometidos. Más todavía: se puede afirmar que los ancianos de las tribus ya conquistadas son aún antropófagos; y si se contienen, es por el miedo de ser castigados por los blancos, si continuaran con tan inhumana costumbre. Un empleado de la casa Arana que ha pasado muchos años en las regiones del Caraparaná e Igaraparaná, me contó que uno de los trabajos más grandes que tuvieron al hacerse cargo de aquellas tribus, fue quitarles la bárbara costumbre de comerse los de una tribu a los de la otra cuando los cogían prisioneros en sus peleas. Para comerse a los que aprisionaban, preparaban estos salvajes una gran fiesta con sus bailes respectivos. Durante dos o tres días invitaban a los de toda la tribu y demás tribus amigas con continuos toques de *maguaré*. Cuando llegaba el momento de empezar la fiesta, ataban al prisionero a un palo clavado en la mitad de la casa donde se celebraba la macabra ceremonia. Organizaban un gran círculo de danzantes alrededor de la víctima y lo iban despedazando por partes a medida que el baile avanzaba, obedeciendo a ciertas señales del que lo dirigía: primero, le cortaban un brazo; después, el otro; luégo las piernas una por una, y finalmente lo remataban con un golpe en la nuca. El señor que esto me contó me dijo que algunas veces los blancos al oír los toques del *maguaré*, corrían al lugar donde se iba a efectuar tan bárbara fiesta, y valiéndose de fuetes y palos lograban despejar la casa y salvar a la víctima; y que a veces ocurría el que algunas de esas víctimas al verse libres, como que se entristecían y no querían huír, diciendo que era mejor acabar la fiesta y que se los comieran, teniendo por honor y orgullo poder demostrar a sus enemigos que son valientes y que pueden aguantar sin quejarse todo el odio y ferocidad de que son víctimas, lo cual demuestra el estado de degradación moral de aquellos infelices. ¡Oh profundidades insondables del corazón humano!

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Cuando yo contaba a los Misioneros Franciscanos la manera como en Colombia se trata a los indios, se quedaron admirados. Les mostré el Decreto del Gobierno, número 1484 de 1914, sobre la manera de gobernar a los indios del Caquetá y Putumayo, y al verlo me dijeron que ni en Iquitos se conocían y mucho menos se aplicaban disposiciones tan católicas y justas. Como se comprenderá, la premura del tiempo me impidió informarme detalladamente sobre muchas otras costumbres de los indios. Con todo, alcancé a recoger algunos datos que creo oportuno dejar consignados aquí. Aquellos indios creen en la existencia de un Sér superior todopoderoso, a quien llaman *Fusinamuy;* este mismo nombre dan a todo aquello que tiene relación directa con ese Sér, según su manera de discurrir; así, llaman también *Fusinamuy* al Padre Misionero, por considerarlo representante de Dios. Reconocen también la existencia de un sér inferior, espíritu del mal, que denominan *Taifeño*. Admiten la inmortalidad del alma y la vida futura. Rinden homenaje al sol, que llaman *hama*, y a la luna, que apellidan *fuey*. Entierran a sus muertos en la misma casa que habitaba el difunto, envuelven el cadáver en una hamaca nueva y lo sepultan con todos los utensilios de su propiedad. No tienen ceremonia especial de matrimonio. Cuando un indio desea casarse, se dirige al lugar donde reside su pretendida, desmonta un pedazo de terreno, prepara leña para su futuro suegro y da en ofrenda al capitán de la tribu de su amada, una bolsa de coca o una bola de tabaco. Pasados unos quince días, el capitán mencionado entrega al novio la mujer que pretende. En sus costumbres no existe la poligamia; solamente uno que otro capitán se ha atrevido alguna vez a tener dos o más mujeres. Todos los huitotos hablan el mismo idioma, con algunas modificaciones no sustanciales; es idioma muy sencillo y carece de artículos y conjugaciones. Ordinariamente lo hablan con una entonación prolongada bastante armoniosa.

Medio día y una noche permanecimos con los Padres Franciscanos cambiando ideas e impresiones. Muy satisfechos y agradecidos regresámos a El Encanto, por camino distinto. Pasámos esta vez por dos caseríos de indios o estaciones caucheras; la última se llamaba La Esperanza. En ambas observámos poco más o menos lo mismo que en Esmeralda. Dos o tres casas grandes de capitanes de tribu

y una o dos para los empleados blancos. Indios desnudos, algunos medio vestidos, y montones de caucho o gomas, parte en tiras largas, en forma de tallos de árboles, de unos 40 centímetros de grueso (los *rabos del Putumayo* de que se nos habló en Yuvineto).

En El Encanto nos volvieron a recibir con toda amabilidad. Mientras fuimos a San Antonio, dejámos al práctico y al camarero, que estaban un poco enfermos de *culebrillas* en los pies, para que cuidaran el *bote Márquez* y los equipajes. Al llegar nos contaron que los empleados de la agencia, desde el mismo Gerente, los sometieron constantemente a largos y minuciosos interrogatorios, para sacarles quiénes éramos y a dónde íbamos; y como nunca oyeran nuestros nombres sino los que antes habíamos convenido, como ya se explicó, pretendían saber también cómo se llamaban y cómo nos llamábamos. Como estaban bien aconsejados, supieron guardar el secreto y evadir todas las preguntas capciosas. Lo mismo, aunque en forma más culta, hicieron conmigo y el doctor. Me acuerdo que el señor Loaisa, seguramente para disimular más sus verdaderas intenciones, buscaba las ocasiones propicias para encontrarnos los dos solos, y cuando lo consiguió me hizo un gran panegírico de la Orden de San Francisco y de lo mucho que en el Perú quieren a los Franciscanos, por haber sido estos religiosos de los que más se distinguieron en la catequesis y civilización de las tribus incas; pero al mismo tiempo que me hablaba de estas cosas, al parecer inocentes, introducía preguntas capciosas sobre lo que habíamos hecho en Colombia, estábamos haciendo y pensábamos realizar, especialmente en las regiones del Caquetá y Putumayo. Así, nos veíamos precisados a responder con mucha circunspección, para no comprometernos ni contradecirnos.

La tarde antes de salir de El Encanto llegaron los indios de una sección, todos cargados con bultos de caucho; les causó gran admiración ver a un Padre con barbas; pronto me rodearon y conversaban con gran animación del Fusinamuy (Misionero) colombiano. Algunos referían que habían conocido a otros Padres iguales, y les alcancé a oír los nombres de los Padres Basilio y Jacinto (Capuchinos). Iba correspondiendo al saludo afectuoso de cada uno, con cariñosas palmaditas sobre sus desnudas y sudorosas es-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

paldas. Cuando en esta forma departíamos alegremente con esos salvajes, se oyó un grito de un empleado de la agencia, y en un instante me dejaron solo.

Tuvimos ocasión de visitar La Chorrera y región del Igaraparaná, adonde se puede ir en una jornada de a caballo por buena trocha; pero como comprendimos que poco les gustaba nuestra presencia en aquellos sitios, resolvimos proseguir nuestro viaje sin más demoras.

XI

Del Caraparaná al Amazonas—Región desierta y causas que impiden colonizarla—Canoas de tribus no conquistadas—Encuentro trágico-cómico con Samuel Rogeroni — Entrada en el Putumayo, colonizado por el Brasil. Puesto fiscal brasilero—Continuación del viaje en lancha brasilera—Indios del Igaraparaná en el Brasil—Nostalgia de sus tribus y su regreso—Llegada al Amazonas.

El 5 de mayo salímos de El Encanto. Todos los empleados de la casa Arana nos despidieron con grandes atenciones. Este día pernoctámos en una casa de colombianos del Caraparaná, donde se reunieron todos los connacionales que vivían cerca de aquel sitio. Algunos de éstos tuvieron interés especial en que les bautizara y confirmara sus hijos y en que el doctor Márquez fuera su compadre, a lo cual accedimos gustosos. Como algunos de ellos hacía muchos años que vivían por allá, nos refirieron multitud de acontecimientos que habían presenciado, sobre algunos de los cuales habíamos oído ya vagas referencias, pudiendo de este modo aclarar informes sobre hechos importantes publicados y tal vez escritos con espíritu apasionado o tendencioso. Nos informaron también que todavía había algunos colombianos que servían como empleados en la casa Arana. Calculámos que entre los empleados de la casa peruana y los que vivían aparte, en casas propias, darían un total de 35 a 40 colombianos residentes en aquella región.

En doce días y algunas noches nos pusimos del Caraparaná a Cotué. Este trayecto del río está casi todo desierto; encontrámos solamente unas doce casas a largas distancias, algunas—más o menos la mitad—eran de colombianos; una de un venezolano, y las demás de peruanos. En casi todas ellas ejercí el santo ministerio, bautizando, confirmando y presenciando uno que otro matrimonio. Las

causas principales de tan exigua población en el trayecto del Putumayo ocupado por el Perú, han sido los procederes de la empresa Arana, la cual se considera dueña absoluta de las tribus más numerosas de aquella comarca. Cuando algunos de esos indios se han ido a trabajar con otros empresarios independientes que han querido establecerse en aquella región, la casa Arana los ha mandado capturar, con comisiones especiales, a veces de indios mismos, dejando de esta manera sin brazos apropiados a los pequeños industriales que a la vez serían colonos. Además, como la única navegación del Putumayo es la de la empresa Arana, basta que ésta se niegue a transportar productos y a vender víveres y mercancías, para que nadie pueda establecerse ventajosamente en aquellos lugares. Como no hay mal que por bien no venga, esta conducta de la empresa peruana no hay duda de que ha favorecido a Colombia, pues cualquiera ve que es mucho más fácil hacer un arreglo de límites con mutuas concesiones, tratándose de terrenos despoblados, que no si el arreglo versara sobre regiones bien colonizadas por ciudadanos peruanos. Seguramente las circunstancias apuntadas no habrán dejado de influír en el Tratado de límites firmado en Lima el 24 de marzo de 1922.

Desde la desembocadura del Igaraparaná hasta cerca del Yaguas, vimos varias canoas viejas, rundimentarias, vaciadas a fuego y sin pulir por la parte exterior, abandonadas en medio de palizadas o entre las malezas de las orillas del Putumayo. Al averiguar quién construía y usaba aquellas embarcaciones, supimos que eran potrillos de los salvajes que no han entrado aún en relaciones con los blancos, y que para fabricarlas se sirven de hachas de piedra y del fuego. La aparición de embarcaciones de esta clase en cualquier río o quebrada es señal cierta de que no muy lejos hay infieles; y los caucheros o cualquiera persona que ande por aquellos parajes debe tomar precauciones para evitar sorpresas desagradables. Las grandes y súbitas avenidas de los ríos y quebradas suelen arrastrar esas embarcaciones por descuido o imprevisión de sus dueños, dejándolas abandonadas e inservibles en aquellas riberas.

El 13 de mayo, después de siete días de no encontrar a nadie ni ver huellas humanas, advertímos que subía una gran canoa por la orilla izquierda del río, e inmediatamente dirigímos hacia ella la nuestra, movidos por el deseo que

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

teníamos de saber cuánto nos faltaba para llegar al Amazonas. Nuestra sorpresa fue grande cuando notámos que así que nos vieron, arrimaron a la orilla y algunos de los que iban en la canoa saltaban a tierra, como huyendo de nosotros o preparándose para atacarnos, al mismo tiempo que uno de los que quedaban en la embarcación se levantó súbitamente y apuntó hacia nosotros. Todos instintivamente gritamos: ¡no disparen!, pero antes de acabar de pronunciar estas palabras, oímos la detonación y vimos que se dirigían apresuradamente en su canoa hacia nosotros. Durante algunos momentos fuimos presa de viva ansiedad y temor, pero pronto nos tranquilizamos, porque nos dimos cuenta de que recogían algo flotante en la corriente. Habían disparado con una carabina a un pato real que nadaba en dirección nuestra, y le habían destrozado el cuello. Nos acercámos a saludar a aquellos individuos, quienes nos dijeron que venían del Napo y entraban por primera vez en el Putumayo. El patrón se llamaba Samuel Rogeroni, ecuatoriano de prosapia italiana, y sus peones eran indios incas de aquel río. Nos regaló el pato que acababa de matar y nos dijo que al vernos se había asustado creyendo que éramos gente de la casa Arana, que íbamos a impedirle sus trabajos, y que por esta razón había hecho desembarcar parte de sus peones para que pudieran ver, escapar y dar cuenta, si algo les sucedía. Nos informaron del lugar donde estábamos, que era a unas pocas leguas más abajo de la confluencia del Igaraparaná. Conversámos un rato, nos reímos del miedo mutuo que nos habíamos causado y nos despedímos con la mayor cordialidad.

Hacía cuatro días que nuestro camarero no podía moverse a causa de una maligna erupción de *culebrilla* o *sabañones* que le invadían las piernas, y nos vimos precisados a demorarnos un día en una de aquellas desiertas playas, a fin de curarlo con más detención y cuidado, pues a pesar de que todos los días le aplicábamos remedios a mañana y tarde, la infección se iba haciendo más extensa, pero con las especiales aplicaciones que ese día le hicimos, pudimos atajar el mal y lograr que no tardara mucho en reponerse. Aprovechámos esta ocasión para lavar la ropa, limpiar completamente el *bote Márquez*, y también enviar a cacería al práctico y marinero, quienes volvieron con algunos monos y paujiles que buen servicio nos hicieron.

El 17 de mayo, a las tres y media de la tarde, atracámos a Tarapacá, puerto militar peruano, situado en la desembocadura del Cotué, banda derecha del Putumayo. Por este sitio pasa la línea limítrofe entre Perú y Brasil, acordado en 1852, aunque con la protesta de Colombia. Esta línea arranca de Tabatinga, sobre el Amazonas, cerca de la confluencia del Yavarí, y en dirección norte va a dar a la bocana del Apoporis en el Caquetá; corta el Putumayo en la desembocadura de Cotué, por la banda derecha; y por la izquierda, a una legua y media más arriba en la confluencia de una quebradita que no tiene nombre. Constituyen a Tarapacá dos casas regulares con una pequeña guarnición de un Teniente, un Sargento y tres soldados. El Teniente de ese entonces se llamaba Oscar Ceballos Ortiz; nos recibió con algún recelo, pero le presentámos el pasaporte que en El Encanto nos falicitó el Capitán Udiales. A la vista de ese documento se volvió más amable, le puso su *visto bueno* y nos preguntó si llevábamos algún indio de las regiones del Caraparaná e Igaraparaná o de cualquier otro punto del Putumayo ocupado por el Perú. Le respondímos que nó; nos exigió los nombres de todos los que íbamos y nos dio el *pase* sin ninguna dificultad. Nos despedímos costésmente, y desde este momento entrámos en territorio colonizado por los brasileros. Desde este punto a la desembocadura del Putumayo, unas 40 leguas por el curso del río, hay una multitud de fincas a lado y lado; probablemente pasan de ciento.

Ya entrada la noche, llegámos a la casa de un brasilero, llamada *El Retiro*, pernoctámos allí y pasámos en ella la Pascua del Espíritu Santo, que fue al día siguiente. El dueño de *El Retiro* se llamaba Martiniano Cardoso; nos contó que había acompañado al General Gamboa en La Pedrera y que con anticipación había advertido a dicho Jefe de las intenciones de los peruanos y muchas otras cosas referentes a aquellos sucesos. También nos habló largamente del río Caquetá y de sus pobladores de la parte baja, de la Compañía colombiana Félix Mejía Angarita, establecida en aquellas regiones, y de otros muchos asuntos que sería largo enumerar. Allí oí hablar por primera vez la lengua portuguesa. Al oírla me hizo el efecto de una mezcla de catalán chapurrado y castellano mal pronunciado, de manera que en seguida entendí perfectamente el por-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tugués, aunque no puedo decir lo mismo respecto a hablarlo. El lunes del Espíritu Santo, a las dos horas y media de haber salido de *El Retiro*, llegámos a Ipiranga, puesto fiscal brasilero, en la banda derecha del Putumayo. Hay en ese lugar aduana con su resguardo y una buena lancha de vapor. El Secretario—*scriváo* en portugués—encargado de la Jefatura, señor Miguel Texeira de Melho, nos recibió muy bien y nos informó que el Jefe, señor Juan Miguel Pinto Riveiro, estaba ausente en uso de licencia. Hablámos largo sobre el objeto de nuestro viaje, que le pareció a él magnífico, y nos animó mucho a que lo efectuáramos, diciéndonos que en Manaos encontraríamos con toda seguridad muchos que secundarían nuestros deseos; nos dio datos muy interesantes sobre el comercio y comunicaciones de aquella región, y puso a nuestras órdenes la lancha del resguardo para que nos llevara hasta el Amazonas. Pasámos un día en este lugar, donde se reunió bastante gente de las fincas vecinas, que tan pronto como supieron que había llegado un sacerdote acudieron a hacer bautizar algunos niños. Bauticé una docena, y con motivo de esto y de los compadrazgos organizaron una gran fiesta que terminó con animados bailes al son de victrolas. Al día siguiente continuámos viaje en la lancha *Sergipe*, que así se llamaba la del resguardo, y en dos días llegámos al Amazonas. Varias veces parámos durante ese trayecto para que la lancha tomara leña o llamados por los habitantes de las fincas ribereñas, que deseaban hablar con el Comandante de la embarcación, señor Luis Suárez Ramos, hombre muy estimado en todo aquel trecho del río. Todas estas demoras las aprovechaba para administrar el santo bautismo a los que lo solicitaban. Bauticé unos veinte. Con el señor Suárez Ramos, hombre muy práctico y conocedor de esas regiones, tuvimos largas e interesantes conversaciones sobre comercio, geografía y costumbres locales. Entre otras cosas me contó un hecho que pinta a las mil maravillas la inconstancia de los pobrecitos indios y que recuerda las rebeldías del pueblo de Israel, cuando a pesar de las gracias continuas que Dios Nuestro Señor les concedía en el desierto, suspiraban nuevamente por las ollas de Egipto, prueba de que a la desgraciada humanidad seduce tánto el espejismo de los recuerdos como la esperanza de un bien, incapaz en todo caso de satisfacer el corazón humano creado para co-

sas más grandes. El hecho es el siguiente: un día se presentaron al Jefe del puesto fiscal brasilero don Juan Miguel Pinto Riveiro, unas veinticinco familias de indios boras escapados del Igaraparaná; le dijeron que querían establecerse en el Brasil, y le contaron horrores respecto del trato que les daban en sus tribus. Este señor, hombre muy honrado, de corazón noble y profundamente cristiano, se compadeció de ellos y los colocó en una finca que tiene en Atú, sobre la orilla izquierda del Putumayo, unas seis leguas más abajo de Ipiranga, y les dio facilidades para que pudieran establecerse con toda comodidad. Construyeron cuatro o cinco casas grandes, como las que acostumbran en sus tribus. Les proporcionaba víveres, mercancías y medicinas para alimentarse bien, vestirse mejor y curarse en sus enfermedades. Cualquiera supondría que lo más natural era que los indios agradecidos perseveraran a las órdenes de este señor, que los quería y trataba como si fuera su padre. No obstante, no fue así; después de algún tiempo de disfrutar de aquel buen trato empezaron a tener largas conversaciones con el Comandante del vapor *Liberal*, cada vez que pasaba por aquel lugar; y un día, en medio de la estupefacción de todos los que lo presenciaron, aquellos infelices salvajes, con muestras de alegría y como quien alcanzaba un triunfo, se embarcaron todos en el vapor peruano para volver al Igaraparaná a sujetarse a la misma cautividad que antes habían abominado. ¡Desengaños de la vida! ¡Cuántas veces a los pobres Misioneros les suceden lances de esta clase! Podría contar más de un caso semejante de los que me han ocurrido. A veces cree uno estar rodeado del afecto de aquellos a quienes hace el bien y para quienes se sacrifica, y cuando menos lo sospecha, se encuentra solo y abandonado. No obstante, esto es de gran provecho para el alma, puesto que enseña de un modo absolutamente convincente que sólo Dios no se muda y que únicamente a aquel que a Dios y por Dios trabaja nada le falta. En la desembocadura del Putumayo al Amazonas pasámos cuatro días esperando que pasara el vapor de la Compañía de *The Amazon River*, que hace viajes mensuales de Belén del Pará a Iquitos, y viceversa. Nos informaron que dentro de pocos días bajaría a Iquitos el vapor *Cuyabá*. Esos días los pasámos en Puerto Amé-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

rica, caserío situado en una isla del Amazonas, frente a la bocana del Putumayo, cuyo dueño era entonces un peruano llamado Aníbal Carranza. Visitámos también algunas fincas vecinas y el caserío de San Antonio—Santo Antonio de Icá, que llaman los brasileros,—que es el núcleo de población más antiguo y principal de aquellos alrededores; consta de unas quince o veinte casas, con una iglesia pequeña, cubierta de teja y bastante desmantelada, y de unos cien habitantes.

Este caserío está situado en una altiplanicie sobre la margen izquierda del Amazonas, media hora más abajo de la confluencia del Putumayo. Varias veces han tenido que cambiarlo de sitio, debido a los derrumbes producidos por las crecientes y mermas del gran río.

XII

Distancias del río Putumayo—Sus principales afluentes—Trochas comerciales y estratégicas—Censo etnográfico—Facilidad con que los indios vencen las dificultades que ofrece el andar por las selvas vírgenes.

Antes de dejar el Putumayo creo conveniente dar algunos datos más sobre este famoso río. Durante todo el viaje fui tomando con brújula los rumbos de la corriente; en general, su dirección varía entre Sureste y Noreste. Las distancias aproximadas calculadas por el andar de la canoa, en una legua por hora, bajando y midiéndolas por el curso del mismo río, el cual tiene muchas y grandes vueltas, son las siguientes: de Puerto Asís a San Miguel, 25 leguas; de San Miguel a Güepí, 14 leguas; de este último punto a Caucaya, 12 leguas; de Caucaya a Yuvineto, 29 leguas; de Yuvineto al Caraparaná, 42 leguas; de éste al Igaraparaná, 82 leguas; del Igaraparaná a Cotué, 84 leguas; de Cotué a la confluencia del Putumayo, 40 leguas; total, de Puerto Asís al Amazonas, 328 leguas.

Son muchos los grandes ríos que contribuyen a aumentar el caudal del Putumayo. Por la banda derecha podemos anotar como principales los siguientes, de los cuales indicamos a la vez lo ancho de su desembocadura: el Cuembí, seis leguas abajo de Puerto Asís, 80 metros; el Puñuña, una legua antes de la confluencia del San Miguel, 30 metros; el San Miguel, fronterizo con el Ecuador, 300 metros; Güepí, 120 metros; el Peneya, tres leguas abajo

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca y Sala de Patrimonio Documental

Estación cauchera del Caraparaná. Llegada de los peones con el fruto de su trabajo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

del istmo de La Tagua, 100 metros; el Yaricaya, a diez leguas y media del Peneya, 50 metros; el Anquisilla, a doce leguas del anterior, 100 metros; el Yuvineto, 100 metros; el Campuya, veinte leguas abajo del Yuvineto, 200 metros; el Eré, a veinte leguas del Campuya, 50 metros; el Inca, a cincuenta leguas del Eré, 30 metros; el Algodón, a quince leguas del Inca, 100 metros; el Mutú, a treinta leguas del Algodón, 100 metros; el Esperanza, a treinta y cinco leguas del Mutú, 50 metros; el Yaguas, a diez y ocho leguas del Esperanza, 150 metros; el Cotué, a diez leguas del Yaguas, 200 metros; el Puritú, a diez y ocho leguas de Cotué, 100 metros; el Molino (Muinho en brasilero), a siete leguas de Puritú, 70 metros, y el Yacurapá, a doce leguas del Molino, 200 metros. Por la banda izquierda recibe: el Cocayá, una hora abajo de Puerto Asís, 40 metros; el Piñuña grande, a quince leguas de Puerto Asís, 80 metros; La Concepción, cuatro leguas abajo de San Miguel, 50 metros; el Caucaya, 100 metros; el Cejerí, a cuatro leguas abajo del Caucaya, 50 metros; el Curilla, a cuatro leguas del Cejerí, 80 metros; el Caraparaná, 200 metros; el Esperanza, a cuarenta y ocho leguas del Caraparaná, 50 metros; el Buriburi, a veinte leguas del Esperanza, 100 metros; el Igaraparaná, que es sin duda el mayor afluente del Putumayo, 300 metros; el Pupuña, a cuarenta leguas del Igaraparaná, 100 metros; el Porvenir, a veinticinco leguas del Pupuña, 100 metros; el Yapacuá, a once leguas antes de la desembocadura del Putumayo, forma un gran lago, y el Carará, que forma también un gran lago, le cae siete leguas antes de la confluencia en el Amazonas. Todos los ríos indicados son navegables en sus cursos inferiores por vaporcitos o lanchas; algunos en extensión de muchas leguas. El Putumayo desde Yuvineto para abajo se explaya tanto, que en algunos lugares llega hasta dos kilómetros de anchura. Con todo, como el terreno es siempre sinuoso, de repente, después de algunas de esas explayadas, su cauce se estrecha tánto entre lomitas, que queda reducido a 200 o 300 metros, formando a la vista del viajero un efecto tan raro, como si el río se acabara. En estas angosturas el río alcanza grandes profundidades y su corriente es muy impetuosa, aunque no ofrece dificultad alguna para la navegación a vapor. Especialmente hay dos de estos estrechos que son muy notables y se conocen ambos con el nombre de *Paso de las*

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Termópilas. El primero queda cuarenta leguas más abajo de la confluencia del Caraparaná, y el segundo a cincuenta leguas más abajo de la del Igaraparaná.

En cuanto a trochas que comunican al Putumayo con otros ríos, las más notables de Puerto Asís para abajo son: la de Güepí a Lagarto Cocha, y la del istmo de La Tagua, de las cuales se ha hablado ya; la de Yuvineto a Pantoja, sobre el río Napo, que tiene unas diez y seis leguas aproximadamente; por ella se comunican con mucha frecuencia las guarniciones militares peruanas establecidas en aquellos puntos. De Remolino, sitio entre Yuvineto y Caraparaná, va otra a las cabeceras de este último río. Esa trocha tiene aproximadamente unas cuatro leguas, y por ella los de Yuvineto pueden acortar mucho las distancias para trasladarse a El Encanto. De las mismas cabeceras del Caraparaná arranca otra que va a dar a Las Delicias o Puerto Pizarro, en la confluencia del río Caguán con el Caquetá. Le calculan de seis a ocho leguas. De la desembocadura del Campuya también sale una que va al río Tamboryaco, afluente del Napo en su banda izquierda, pero es muy larga y poco transitada. Del Caraparaná párte otra hasta el caserío de Mazán, en el Napo, y de allí a la capital de Loreto. De ésta se sirven los de El Encanto y Chorrera para mandar recados urgentes a Iquitos. En La Chorrera hay otra que comunica este punto con El Cohuinarí, afluente del Caquetá en su banda derecha; por ésta se pueden comunicar los peruanos con el Bajo Caquetá con mucha facilidad. Hace algunos años que desde el Igaraparaná arrastraron por trocha al Cahuinarí una lancha que todavía está allá, aunque inservible. Toda la región que ocupan las tribus conquistadas del Caraparaná e Igaraparaná está llena de magníficas trochas, y ya hemos dicho que de El Encanto a La Chorrera se puede ir a caballo en una jornada. La parte colonizada por el Brasil está también cruzada de trochas en todas direcciones.

Los habitantes del Putumayo, de San Miguel al límite brasilero, son muy escasos. En Güepí y sus alrededores, hasta Yuvineto, contando blancos, indios huitotos y macaguajes, no pasan de 300 personas. En Yuvineto con la guarnición militar hay unas 20 almas. En las regiones del Caraparaná e Igaraparaná se cuentan 8,500 indios, manejados por la casa Arana, y algunos que todavía no se han

dejado dominar. Se ignora el número de éstos, pero por cálculos muy bien formados, se ha llegado a la convicción de que los de la cuenca del Putumayo son muy pocos, mucho menos de la tercera parte de los ya conquistados. En estas mismas regiones viven unos 150 blancos: 100 empleados de la casa Arana y unos 50, la mayor parte colombianos, diseminados, trabajando independientemente. Nos informó el señor Samuel Rogeroni que en las cabeceras del Algodón habitaban unos 150 indios orejones, que él manejaba. Se nos dijo que en el Yaguas y su cuenca había unos 60 indios de varias procedencias, manejados por un señor Mariano Córdoba, peruano, con quien hablámos y quien nos confirmó esos informes. El ya citado Rogeroni nos dijo también que en las cuencas y riberas del Cotué, de donde venía cuando lo encontrámos, había hallado varias viviendas de salvajes no sometidos, que daban idea de ser unos 200 o 300. En el trayecto del Igaraparaná al Cotué, en distintas viviendas a las orillas del Putumayo, hallámos unas 50 personas entre indios y blancos. Los blancos son peruanos, colombianos, y cerca del Cotué, brasileros. En el trayecto colonizado por el Brasil ya indiqué que había como unas cien haciendas; en estas haciendas hay bastantes blancos y también indios, y algunas parecen caseríos. De modo que sin temor de equivocarme, creo que se pueden calcular en 2,000 los habitantes de ese trayecto del Putumayo. Muchos de los indios que viven en esas haciendas son oriundos del Igaraparaná. A pesar de que la guarnición de Tarapacá en Cotué tiene un cuidado especial en no dejar pasar ningún indio sin pasaporte de la casa Arana, muchos se han trasladado al Brasil burlando esta vigilancia. Para conseguirlo han tenido que andar largas jornadas por entre la selva virgen, pero esto para ellos no es problema muy difícil de resolver, ya que los indios en el monte encuentran toda clase de recursos, como nosotros cuando andamos en países poblados y civilizados. Es admirable el modo como se orientan y vencen dificultades. El sol es su brújula segura durante el día, y la luna y las estrellas les guían admirablemente de noche. Encuentran frutas y plantas para alimentarse; cuando no hallan aguas corrientes, apagan su sed con agua de guadua y con sabrosos líquidos de distintos bejucos. De un árbol cuyo nombre no recuerdo sacan una especie de mechas o teas que

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

arden sin apagarse fácilmente, y con ellas se alumbran para andar de noche. Sus flechas y lanzas les sirven a las mil maravillas para proveerse de carne. Cuando en la marcha se encuentran atajados por algún gran río, lejos de desanimarse, con la mayor naturalidad del mundo cortan una palma de las que llaman *chuchanas*, que ordinariamente forman en su tallo abultadas y prolongadas combas, se sientan encima de una de éstas, y sirviéndose de una astilla de la misma chonta como canalete o remo, atraviesan el río con la misma facilidad que un blanco en buena canoa. Su mayor cuidado cuando andan de huída es no dejar huella alguna con que los puedan seguir, pues los indios del Caraparaná e Igaraparaná saben que la casa Arana tiene un cuerpo de vigilancia formado de indígenas fieles a la empresa, a quienes tratan muy bien, los cuales cuidan de perseguir a los que huyen, empleando a veces meses enteros en esta ocupación, y si los llegan a coger son castigados con severidad, para escarmiento propio y de los demás.

Dejemos ya el Putumayo y volvamos al Amazonas, para llegar pronto a Manaos, pues esta relación se va alargando demasiado.

XIII

De la confluencia del Putumayo a Manaos—Diversos nombres del Amazonas, Putumayo y Caquetá—Encuentro con el Reverendísimo Padre Prefecto Apostólico del Alto Solimoes—División eclesiástica del Estado del Amazonas—Seguridad de conseguir lancha en Manaos—Motores que enseñan a remar—Recibimiento de Obispo—Entrada a Ríonegro—Llegada a Manaos y pérdida del equipaje.

Los peruanos dan al Amazonas el nombre de Marañón desde su origen hasta que se junta con el Ucayali, cerca de Iquitos; de allí en adelante recibe el propio nombre de Amazonas. Los brasileros lo denominan Alto Solimoes, de Tabatinga a Teffé; Baixio Solimoes, de Teffé a Manaos, y Baixio Amazonas, de Manaos al Atlántico. Al Putumayo lo llaman los brasileros Icá, y Yapurá al Caquetá. El Amazonas forma tres grandes brazos en la desembocadura del Putumayo. Para chimbar en canoa el de la confluencia se gasta hora y media. Estos datos dan una pequeña idea de la inmensidad de aquel gigante que con razón lo llaman Mar Dulce o Mediterráneo de Sur América. El Putumayo

se convierte en un pigmeo en presencia de aquel coloso; al perder su nombre forma un regular delta, como avergonzándose de la pequeñez que hasta entonces había ostentado, con una majestad imponente ante quienes lo navegábamos por primera vez y no conocíamos río mayor. Después de tener la retina acostumbrada a las anchuras del Amazonas nos parecía imposible que aquél fuera el Putumayo, que antes habíamos conocido. En los cuatro días que esperámos el vapor *Cuyabá* en Puerto América, determinámos dejar colocados en casas honorables de buenos amigos a nuestros fieles compañeros el capitán, el práctico y el marinero, a fin de que nos aguardaran allí hasta nuestro regreso. El plan nos salió muy bien, porque tan pronto como expusimos nuestros deseos a esos buenos amigos, nos manifestaron que recibirían a nuestros bogas con mucho gusto, aunque ellos lo habían tenido mayor en no separarse de nosotros. Desde que nos embarcámos en la lancha *Sergipe*, en la frontera brasilera, nuestro *Bote Márquez* siguió a remolque. Muchos querían comprarlo, aun el mismo Jefe del resguardo; pero como ignorábamos la suerte que nos esperaba al regreso, resolvimos dejarlo recomendado a un buen amigo de San Antonio.

El 27 de mayo a las nueve de una hermosa y despejada mañana, llegó ostentando sus galas el esperado *Cuyabá*. Nos embarcámos con presteza, despidiéndonos con profunda pena de tres de nuestros inmejorables bogas y de todos los buenos amigos que nos habían distinguido con sus atenciones y servicios durante aquellos pocos días. A las diez de la mañana zarpó el *Cuyabá*. En cuatro días con sus noches recorrimos la distancia que nos separaba de Manaos, y durante este tiempo pudimos admirar la belleza y grandiosidad de aquellos paisajes que se iban sucediendo sin interrupción. Llenos de alegría y esperanza hacíamos animados comentarios sobre la manera como empezaríamos nuestras gestiones en la capital del Amazonas. Al amanecer del segundo día fuimos gratamente sorprendidos con la presencia en el vapor de los religiosos Capuchinos. No hay para qué decir que tanto ellos como yo lo primero que hicimos fue darnos el fraternal abrazo de los hijos de San Francisco y preguntarnos quiénes éramos y a dónde íbamos. Pronto supieron de mí lo que convenía; y yo de ellos que eran el Reverendísimo Padre Evangelista

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

de Cefalonia, Prefecto Apostólico del Alto Silimoes, y el muy Reverendo Padre Yocundo de Solliera, miembro de aquella Misión; que el Reverendísimo Padre Evangelista iba a Manaos en asuntos de su Prefectura, y el Padre Yacundo a Florianápolis, grande hacienda cercana a donde estábamos, en funciones de su ministerio. Efectivamente, a poco rato el muy Reverendo Padre Yocundo se despidió de nosotros. Por el Reverendo Padre Evangelista supe muchas cosas eclesiásticas, civiles y comerciales del Brasil, y especialmente del Amazonas y Manaos, que era lo que más nos interesaba. En lo eclesiástico supe que el Estado del Amazonas comprendía cuatro Prefecturas Apostólicas y el Obispado de Manaos. Las Prefecturas son: Alto Solimoes, cuya capital es Tunantins, situada a dos horas en vapor más abajo de la desembocadura del Putumayo y dentro de la región que Colombia reclama. Comprende esta Prefectura la cuenca brasilera del Amazonas, desde los límites con el Perú hasta las vertientes del Tutahy, por la banda derecha; y hasta las aguas del río Negro, por la izquierda. Encierra pues dentro de sus límites las regiones del Bajo Putumayo y del Bajo Caquetá, que coloniza el Brasil, pero que figuran en el mapa de Colombia. Esta Prefectura está a cargo de nuestros hermanos los Padres de la Provincia italiana de Umbría o Seráfica. La de Teffé, a cargo de los Padres franceses de la Congregación del Espíritu Santo y Sagrado Corazón de María; su capital es Teffé, la ciudad más antigua del Amazonas, situada sobre las orillas de un lago del mismo nombre, y en la banda derecha del Amazonas y a 372 millas de Manaos. La de Ríonegro, a cargo de los Padres Salesianos; su capital es Santa Isabel, y comprende la cuenca media de dicho río, desde la frontera de Colombia para abajo. Y la de Ríoblanco, administrada por unos Padres Benedictinos alemanes; Boavista es su capital, y abarca la región de O. Ríobranco, afluente del río Negro en su banda izquierda. Lo restante del Estado de Amazonas forma el Obispado de Manaos. Las notas características de estas entidades eclesiásticas son: una inmensa extensión de terreno palúdico y malsano, muy poca población, diseminada en pequeños caseríos, a largas distancias unos de otros y en multitud de cauchéras (seringaes, como dicen los brasileros), que constituyen grandes haciendas. Tienen como única vía de comunicación los ríos; disponen de muy pocos recursos económicos para establecer sólidamente el culto externo, y fomentar las obras de progreso moral y educación cristiana. En tiempos en que el caucho valía, los recursos abundaban, pues según me contó el Reverendísimo Padre Evangelista, los caucheros pagaban muy bien y con gusto crecidos derechos eclesiásticos por cualquier ministerio, pues por un bautismo daban una libra esterlina, por un casamiento quince o veinte libras, y así en los demás ministerios; pero desde que el caucho se desvalorizó, los pocos sacerdotes que hay en aquellas regiones pasan trabajos para poder vivir, según su posición; y les es casi imposible fomentar obras materiales y empresas que impulsen el incremento religioso, y por último, y esto es lo más grave, hay una escasez desconsoladora de clero. En ese tiempo la Prefectura Apostólica de Solimoes contaba tan sólo con cinco sacerdotes; y tres de estos tenían que estar en Manaos atendiendo a la residencia y parroquia de San Sebastián; de modo que en la Prefectura quedaban solamente el Reverendísimo Padre Prefecto Apostólico y el muy Reverendo Padre Yocundo. La de Teffé tenía once sacerdotes; y si no recuerdo mal, ocho la de Ríoblanco. En Manaos hablé con el Reverendísimo Padre Lorenzo Giordano, Prefecto Apostólico de Ríonegro, y al preguntarle por el número de Misioneros de que disponía, me contestó señalando su persona: "Aquí le presento la mitad de mi clero." En el Obispado de Manaos del Amazonas eran diez y seis los sacerdotes seculares que prestaban servicios ministeriales, con la circunstancia de que seis de éstos eran ya muy ancianos. Tengo entendido que de estos diez y seis la mayoría eran extranjeros: portugueses e italianos. Estos datos pueden hacer comprender a cualquiera versado en asuntos de gobierno eclesiástico, cómo estará aquella región inmensa en cuanto a religión, y por consiguiente en sana moralidad.

Mucho nos ilustró el Reverendísimo Padre Evangelista en cuestiones civiles, políticas y comerciales de aquellos lugares, pero para no hacerme interminable dejemos esos asuntos para mejor ocasión.

Por los datos que nos dio aquel Prelado, nos persuadimos de que con absoluta seguridad conseguiríamos en Manaos lancha para subir a Puerto Asís, pues nos pintó las cosas tal como en realidad las encontramos: el comercio en

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ruina, las transacciones completamente paralizadas, multitud de lanchas y vapores, deteriorándose en los puertos por falta de movimiento, y sus dueños deseosos de encontrar ocasión propicia de poderlos mover aunque fuera sin pingües ganancias, con tal de evitar su destrucción. Contando pues nosotros con recursos, podríamos estar seguros de que muy pronto tendríamos numerosas ofertas para realizar el viaje en buenas condiciones. Con estos razonamientos nos llenábamos de regocijo y entusiasmo, por comprender que podríamos cumplir pronto y con brillo nuestra comisión.

Además, el Reverendísimo Padre Prefecto del Alto Solimoes nos hizo conocer moralmente las principales casas comerciales de Manaos y nos ofreció presentarnos a los dueños de algunos de estos establecimientos, quienes nos darían informaciones completas para orientarnos bien y poder obrar con verdaderas probabilidades de éxito. En efecto, así lo hizo al llegar a aquella ciudad, y debido a sus valiosas recomendaciones encontrámos desde un principio simpatías y apoyo de parte de personas de gran influencia en aquella sociedad en favor de nuestra empresa. Todos estos favores nos llenaron de gratitud hacia tan bondadoso Prelado, gratitud que me complazco de un modo especial en dejar consignada en estas líneas.

Dos casos chuscos presenciámos en ese trayecto de navegación. Fue el primero que habiendo subido a bordo en uno de los puertos intermedios un viajante comisionista de motores de gasolina para pequeñas embarcaciones, uno de los pasajeros dijo en alta voz a los que estaban escuchando el panegírico de esa mercancía de labios de dicho señor: "Si quieren aprender a remar compren esos motores." Oír esto el comerciante y encolerizarse fue simultáneo; pidió explicaciones; el autor de la frase, con la mayor frescura, por toda explicación le contó algún caso que a él mismo le había sucedido, en confirmación de su aserto. Todo esto provocó la hilaridad de los presentes, la cual mortificó más y más al impaciente vendedor. Por fin, viendo que la cosa iba tomando mal cariz, el capitán del buque intervino, puso en silencio a los altercantes y todo quedó en santa paz.

El segundo caso fue de otra naturaleza, aunque de mayores proporciones, por haber sido todo un pueblo el chasqueado. Estaba el señor Obispo de Manaos pasando visita pastoral en el pueblo de Coary, acompañado de un Reverendo Padre Jesuíta, y había anunciado a los vecinos de Codajás que en el primer vapor que bajara se embarcaría para aquella población. Pero ocurrió que nuestro vapor llegó a Coary el día de la festividad de Corpus al amanecer, cuando faltaba todavía mucho para la hora en que el Ilustrísimo había anunciado al pueblo la misa de aquel día. Agregábase a esto la circunstancia de que otro vapor llamado *Tupania*, procedente de río distinto, había atracado a Coary la noche anterior y no salía hasta la tarde de aquel día. Por todos estos motivos el señor Obispo resolvió celebrar con toda solemnidad la fiesta de Corpus y embarcarse en el vapor *Tupana*. Como no hubiera telégrafo ni teléfono entre esas dos poblaciones para avisar oportunamente la última resolución del Prelado, resultó que los de Codajás salieron a recibir al señor Obispo en el primer vapor que llegó, que era el nuestro. Encontrámos el muelle lleno de gente, y hasta una banda de música. Así que el vapor atracó prorrumpieron en estruendosos ¡vivas! al señor Obispo, y la banda a tocar el himno nacional brasilero. Al poner el puente, una multitud, encabezada por las autoridades locales, invadió la nave en busca del señor Obispo, y por más que los marineros les dijeron que no venía, no les creían. Un Coronel brasilero que venía en el vapor, hombre de muy buen humor, viendo que la gente se empeñaba en buscar por todas partes a quien no estaba ahí, me cogió del brazo, me llevó a un pasadizo por donde entraba la gente, y empezó a decir en alta voz: "Aquí está el señor Obispo, pasen a besar el anillo"; al oír esto me quise retirar corriendo, pero él me lo impidió, teniéndome con su robusto brazo, mientras la gente admirada y desengañada decía: "Este náo, es nosso Bispo. Nosso Bispo náo tem barba, es de mais edade e viste outra classe da sotaina. Este es um Padre Sáo Franciscano." A viajeros y vecinos de Codajás nos produjo risa el percance, y mientras nosotros quedábamos contentos y agradecidos por el inmerecido y solemne recibimiento, los pobres codajenses se retiraban a sus casas a esperar la ocasión oportuna de manifestar a su Obispo el afecto filial que como buenos católicos le profesan.

El 31 de mayo a las diez de la mañana dejábamos el Amazonas para entrar en el río Negro.

Es imponente la unión de los ríos Negro y Solimoes. A la vista se duda de cuál de los dos ríos sea más ancho; poco

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Salette Patrimonio Documental

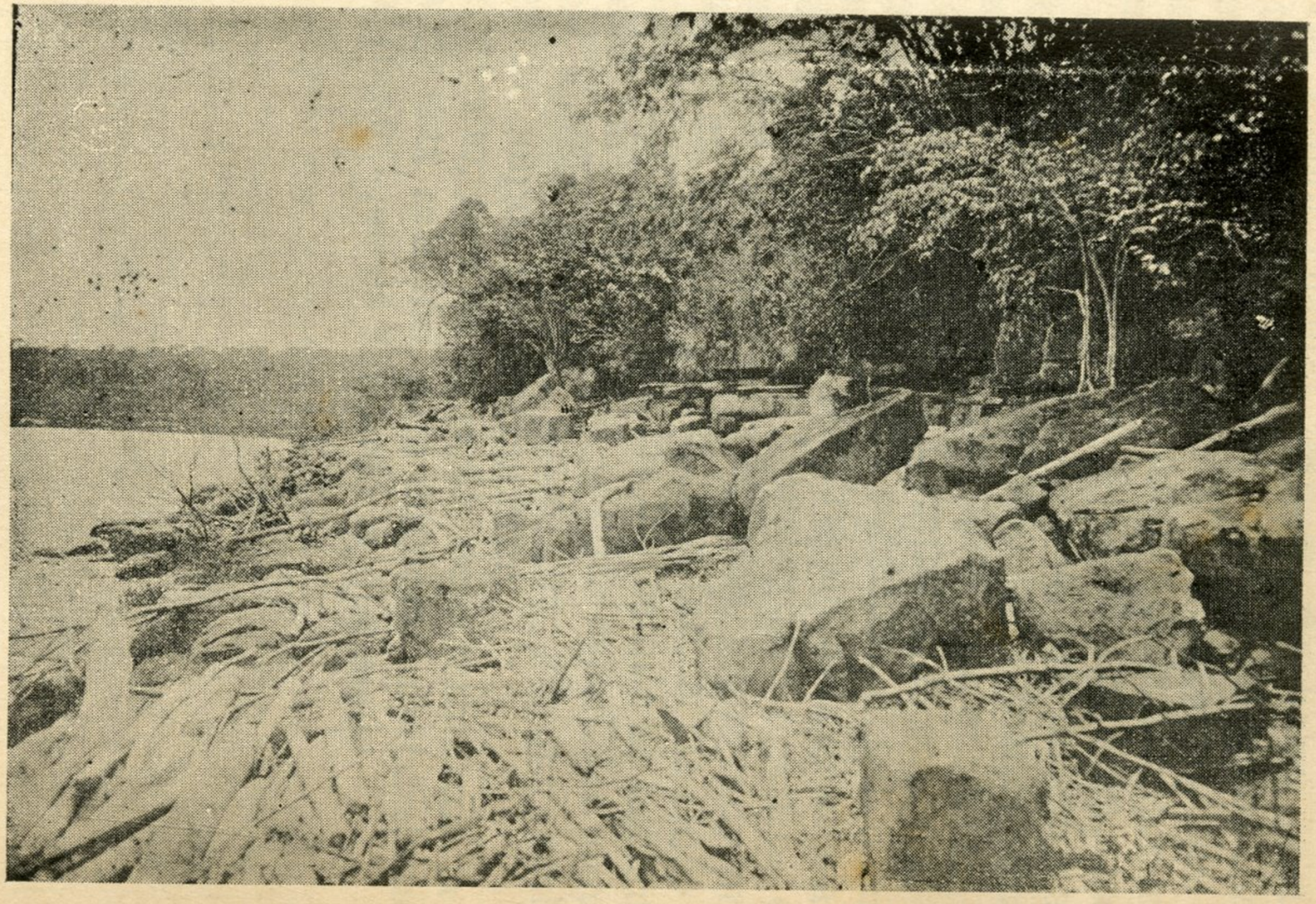
les faltará a uno y otro para alcanzar una legua. Como las aguas de cada uno son de distinto color, parecen como dos enormes serpientes que se disputaran el cauce del Amazonas de ahí para abajo. Las aguas del río Negro tienen un color negro subido, y las del Amazonas, en tiempo de creciente, como era cuando nosotros llegámos, son completamente turbias, de un amarillo terroso. En su confluencia la corriente del Solimoes es más impetuosa que la del río Negro, y esa impetuosidad hace que represe las aguas de su rival, de modo que el contacto de las dos corrientes, con sus colores distintos, forma una línea recta, como tirada a compás, que alcanza todo el cauce del río Negro y hace el efecto como si las aguas de este último quedaran estancadas en ese punto; pero mirando un poco más abajo desaparece la ilusión, porque se ven las negras y amarillas olas confundirse, y formar un solo color amarillo, más oscuro. A esta línea la llaman *barra del río Negro*.

No cabe duda que este gran río debe su nombre al color de las aguas. En él se nota un contraste muy singular. Cómo si quisiera compensar la mala impresión de mugrosidad que sus aguas producen al que las contempla por primera vez, parece que se complace en mostrar en sus playas y lecho una arena blanquísima, admirando uno el que puedan coexistir y compenetrarse sin desmerecer tan opuestas cualidades.

A la hora y media de haber entrado en el río Negro atracámos al puerto de Manaos con el alma llena de esperanzas y la voluntad resuelta a hacer cuanto de nosotros dependiera, para conseguir lo que tánto anhelábamos. El Reverendísimo Padre Prefecto del Alto Solimoes nos llevó al convento de Capuchinos y no quiso que fuéramos a hospedarnos a otra parte. Con los Padres permanecimos todo el tiempo que duró nuestra estadía en aquella ciudad.

Antes de cerrar esta primera parte, quiero dejar consignado un desagradable percance que nos sucedió al llegar a la ciudad deseada. Fue que al ir a desembarcar no permitieron que sacáramos de a bordo los equipajes, alegando que antes tenía que registrarlos un empleado de la aduana. Nos manifestaron que la misma compañía de vapores cuidaba del desembarco de equipajes y de hacerlos trasladar al respectivo domicilio, si lo deseaban los pasajeros, dejando su dirección. Así lo hicimos nosotros. Espe-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental



El salto de la Chorrera en el Igaraparaná.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Caja de Patrimonio Documental

rábamos que nos llevaran pronto al convento nuestras cosas; pero viendo que se demoraban mucho, fuimos a la oficina de la Compañía, esperando encontrar allí lo que hasta entonces habíamos aguardado inútilmente. Nuestra sorpresa fue grande cuando después de haber pasado la vista por todos los bultos desembarcados del vapor *Cuyabá*, advertímos que no estaban nuestros equipajes. Nos dijeron que no podía ser otra cosa sino que dichos bultos habían seguido en el mismo vapor hacia Belén del Pará. Recibímos gran contrariedad con esta noticia; nos pusimos al habla con el Encargado del Consulado colombiano, para ver si había modo de recuperar lo que tánta falta nos hacía. Este señor nos llevó al Gerente de la Compañía de vapores. Después de contarle lo que nos había sucedido, nos dijo que no tuviéramos cuidado, pues él pondría un radiograma al vapor *Cuyabá*, ordenándole que transbordara nuestros equipajes al que subía de Belén para Manaos, y que muy pronto los tendríamos en nuestro poder. Así fue; a los cinco días nos trajeron al convento todos los bultos que se habían ido en el *Cuyabá*, pero faltando dos cobijas españolas muy bonitas y una botella *thermos*, cosas que aunque reclamé con insistencia, nunca pude recuperar.

Con lo escrito, que no es poco, dejo terminada la primera parte de esta relación, para empezar inmediatamente la más importante, que es sin duda la que sigue.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

SEGUNDA PARTE

NUESTRA PERMANENCIA EN MANAOS—DE MANAOS AL CARAPARANÁ, Y DE ESTE PUNTO A MANAOS, EN LA LANCHA "YAQUIRANA."—SEGUNDA PERMANENCIA EN MANAOS

I

Cuatro palabras sobre Manaos y el Estado del Amazonas.

Manaos es la capital del Estado del Amazonas, sin duda el más extenso de la Confederación brasilera, como también el más despoblado. Es fronterizo con cinco naciones: Guayana inglesa, Venezuela, Colombia, Perú y Bolivia. Esta circunstancia obliga al Gobierno federal a mantener en el Amazonas multiud de puertos aduaneros y de guarniciones de fronteras, contribuyendo éstos a su vez a dar vida a Manaos, centro de esa inmensa región, que con toda propiedad se podría llamar la hoya de los mayores ríos del mundo. La extensión del Estado del Amazonas se calcula en un millón seiscientos setenta y tres mil kilómetros cuadrados (1.673,000), y su población solamente en 350,000 habitantes. Manaos en tiempo de su mayor auge, o sea antes de la guerra auropea, contaba 75,000 almas; durante la catástrofe mundial su población disminuyó no poco, debido a las grandes dificultades para comunicarse con el resto del mundo, lo cual impedía al comercio la exportación del caucho fino o *borracha*, como dicen los brasileros, que es la principal riqueza de aquellas regiones. En 1918 no pasarían de 50,000 los habitantes de Manaos. En todas las calles, en las puertas de muchas casas, se leía: "Alúgase" (se alquila). Manaos es ciudad moderna, situada sobre la margen izquierda del gran río Negro, a muy poca distancia de su confluencia con el Amazonas, desde donde se gasta una hora subiendo en vapor. Dista igualmente de la desembocadura de los grandes afluentes amazónicos Purús y Madeira, los ríos más comerciales de aquel Estado. El Purús nace en el

Perú y corta en dos mitades iguales el territorio del Acre, recibiendo como afluente el río de este mismo nombre, lo cual hace que el Purús sea la vía principal por donde se sacan los productos de aquel importante territorio federal, el más rico del mundo en la calidad y abundancia del *ziringa* o caucho fino. Hasta el Perú se puede navegar sin interrupción. El Madera es tal vez el afluente mayor del Amazonas, y además del gran movimiento comercial de sus riberas, en el curso brasilero, por él baja al río gigante el comercio de una gran parte de la República de Bolivia, donde nace este río, y recibe el famoso Madre de Dios. Para salvar algunos raudales inaccesibles a la navegación se construyó el difícil ferrocarril Madeira-Mamoré, que tántos millones de pesos y miles de vidas consumió.

Esta situación privilegiada fue la causa principal del rápido crecimiento de Manaos, cuando el caucho alcanzó precios fabulosos. Se puede afirmar que en veinte años aquella ciudad alcanzó a ser el puerto fluvial más comercial del mundo. Antes de la guerra europea eran cinco las grandes compañías transatlánticas que mensualmente llegaban hasta Manaos, y algunos hasta cada quince días. Una inglesa, otra alemana, una italiana, una brasilera y una francesa. En la aduana de Manaos, entre buques de alta mar y vapores fluviales se recibían y despachaban por término medio diez y seis embarcaciones diarias. Con la guerra quedó casi completamente paralizado aquel movimiento. Cuando nosotros estuvimos allá pasaron muchos días sin que entrara ni saliera embarcación alguna. El puerto de Manaos cuenta con un muelle flotante construído por la Manaos Harbour Limited, con un complemento de almacenes, cables de transporte, grúas de embarque y desembarque, etc., etc., que bien se puede afirmar es una verdadera obra monumental, cuyo costo debe contarse por millones. El río Negro, como todos los del Amazonas, crece durante seis meses, de diciembre a mayo, y merma durante el resto del año, alcanzando de diez a doce metros la diferencia del nivel de las aguas. Cuando el río crece, el muelle va ascendiendo, y cuando decrece baja, sin obstáculo alguno para el movimiento de embarque y desembarque. Cuando llegámos a Manaos era el tiempo de la mayor creciente del río, y desembarcámos al nivel de las calles de su población. En cambio, cuando regresámos en septiembre, para ir del punto donde

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

antes desembarcámos a las calles, tuvimos que subir una larga pendiente de unos cien metros de extensión. Aquella ciudad tiene bellas avenidas, anchas y rectas calles, asfaltadas unas, adoquinadas otras, y todas limpias, de buen aspecto. Algunos de sus edificios son regios, distinguiéndose entre ellos la Beneficencia Portuguesa, el Palacio de Justicia y el Teatro Amazonas. Tres son las iglesias principales: la catedral, con dos esbeltas torres; la parroquia de San Sebastián, a cargo de nuestros hermanos los Padres Capuchinos, y el Santuario de los Remedios. Es notable por su perfección escultórica el *monumento de Amazonas*, erigido en conmemoración de la apertura del río Amazonas al comercio y navegación universales. La circundan bellos paseos, bien sombreados y confortantes. Su altura sobre el nivel del mar es de 32 metros. Su temperatura más común es de 30 a 35 grados, pero varía de 25 a 35. La mucha humedad de aquella inmensa región de los grandes lagos y ríos da la impresión de un clima más ardiente de lo que es en realidad. Aunque la mayoría de los habitantes de Manaos son brasileros, como es natural, las numerosas colonias extranjeras la convierten en ciudad cosmopolita. Son las principales: la portuguesa, con 10,000 almas; la italiana, con 4,000; la española, 2,000; y son notables la turco-siria, alemana, china y otras. Las principales casas de comercio son portuguesas y francesas; alguna es española.

II

Nuestras primeras diligencias en Manaos — "The Amazon River" y sus líneas fluviales—Conducta digna de gratitud del señor José Vaz D'Oliveira. Ansiedad por la demora en las comunicaciones cablegráficas y alegrías que éstas nos proporcionaban—Tiempo que se gastaría de Europa y Norte América a Manaos y Puerto Asís, y viceversa—Costo por tonelada entre esos puntos.

Nuestro primer cuidado al llegar a Manaos fue comunicarnos con Vuestra Reverendísima. A las pocas horas de estar en la ciudad pusimos el siguiente cable:

"Prefecto Apostólico—Pasto (Colombia).

"Conseguido vapor.

"Gaspar, Márquez."

Dimos como cosa hecha la que con toda seguridad creímos poder conseguir, con el fin de que Vuestra Reverendísima activara lo necesario en Colombia; mientras esperábamos la respuesta y recursos para poder obrar, íbamos informándonos de todo aquello que creíamos nos podía servir, para hacer bien el arreglo definitivo. El Reverendísimo Padre Prefecto del Alto Solimoes nos presentó pronto al primer comerciante y hacendado del Amazonas, señor Comendador Joaquín Gonsalves de Araújo, dueño de los famosos Almacenes Rosas, los más bien surtidos de aquella plaza. Con él tuvimos largas conferencias y nos aconsejó que tratáramos directamente con la The Amazon River Steamship Navigation Company, para el alquiler de la lancha. Esta gran Compañía de navegación está subvencionada por los Gobiernos Federal y Estadoal, y tiene establecidas líneas regulares de Manaos a casi todos los puertos fluviales del Estado. Estas diversas líneas se conocen con los siguientes nombres: línea *Solimoes-Yavari*, va hasta Tabatinga y Remate de Males, frontera con el Perú. Línea Itacoatiara-Parintins, hasta esta última ciudad sobre la banda derecha del Amazonas, en el límite con el Estado de Pará. Línea Yapurá (o Caquetá), llega a Jatuarana, lugar situado cerca de la desembocadura del Apoporis, frontera con Colombia. Línea Antazé, hasta el puerto de Castello, sobre ese río, que cae al Amazonas por su banda derecha entre los ríos Negro y Madeira. Línea de Ríonegro, recorre este río hasta el punto de Santa Isabel, donde empiezan Las Chorreras. Línea de Madeira, hasta Puerto Velho y San Antonio, lugar de donde arranca el ferrocarril Madeira-Mamoré. Línea Turuá, por Amazonas y río de este nombre, hasta Cruzeiro do Sul, capital de la Prefectura Civil de Jurúa, en la parte occidental del territorio federal de Acre, y línea de Purús-Acre, por los ríos de estos mismos nombres, hasta la parte oriental de aquel territorio. Además, desde que empezó la guerra europea, la Amazon River estableció un servicio mensual de vapores de gran tonelaje desde Belén del Pará a Iquitos. Para todas estas líneas dispone dicha Compañía de multitud de vapores y lanchas. Tienen unas que llaman *chatas*, impulsadas por grandes ruedas hidráulicas, en vez de hélice, las cuales pueden cargar hasta cien toneladas, sin calar más de dos pies.

El Comendador Gonsalves se ofreció a vendernos y comprar también las mercancías que fueran necesarias para organizar el viaje, tan pronto como hubiéramos con-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

seguido la lancha. A pesar de que traíamos precios detallados de todos los artículos que de Colombia podían exportarse al Amazonas, nos manifestó que para poder hacer un negocio en grande era necesario que el comercio conociera primero las muestras. Nos aconsejó que no compráramos lancha alguna hasta no ver prácticamente el resultado del primer viaje; que por esta vez nos limitáramos a alquilarla. Estos consejos nos parecieron muy prudentes, y resolvimos seguirlos. El 4 de junio, no habiendo recibido contestación alguna al cable que dirigimos a Vuestra Reverendísima, pusimos este otro:

"Montclar—Pasto.

"Urge cargar buque."

Seguímos estudiando en diversas casas y con el auxilio de buenos amigos las condiciones comerciales y lo que más nos convenía hacer. El Encargado del Consulado de Colombia, señor José Vaz D'Oliveira, de nacionalidad portuguesa, establecido en Manaos hacía muchos años y comerciante muy práctico, nos ayudó, con un interés y actividad dignos de toda gratitud y encomio; nos presentó a las principales casas navieras y comerciales, nos exponía las ventajas e inconvenientes que fundándose en la experiencia y circunstancias del lugar veía en las muchas propuestas que hacíamos y se nos hacían por diferentes casas comerciales y dueños de embarcaciones; nos preparó un muestrario, bastante completo, de granos y telas, de los que se consumen y venden en Manaos, con sus correspondientes precios; y además, catálogos y valores de herramientas, medicinas y de otros objetos de los cuales no se podían preparar muestras; podemos decir que fue nuestro brazo derecho y nuestro mejor amigo y servidor en aquella ciudad, amistad y servicios que sabemos agradecer como se merecen. Deseo que estas líneas sirvan como expresión sincera de la gratitud que hacia el digno señor José Vaz D'Oliveira guardan nuestros corazones.

Llegó el 8 de junio y aún no habíamos recibido contestación alguna de Colombia. Como el Brasil era beligerante, creímos que nuestros cables no eran entregados, por juzgarlos sospechosos. Varias veces fuimos a la oficina del cable a informarnos, y siempre nos contestaron que nada sabían ni podían preguntar. Este silencio nos tenía bastante angustiados. El 9 de junio el doctor Márquez recibió cable de su familia, que nos tranquilizó completamente, pues comprendimos que sí estaba expedita la comunicación. Por fin el 11 de junio recibímos el primer cable de Vuestra Reverendísima, en que nos preguntaba el precio de algunos artículos. Inmediatamente nos pusimos en actividad, averiguámos lo que se nos pedía y estudiámos la manera de contestar sin gastar mucho dinero, pues en cuestión de recursos estábamos ya en la última expresión. Resolvimos contestar así:

"Montclar—Pasto.

"Sitúenos veinte mil dólares ($ 20,000), respondemos de ganancia apreciable. Detalle precios, dispendioso, inútil. Urge recursos sostenernos."

El 14, cuando ya esperábamos alguna respuesta de Vuestra Reverendísima, vino al convento de San Sebastián un empleado de la Oficina del cable a decirnos que en Pasto no entregaban nuestra comunicación por no tener el nombre completo del destinatario, y que debía ponerse además la calle y número de su casa de habitación. Dada nuestra situación económica, cualquiera puede suponerse la impresión que esta noticia nos causaría. Fui personalmente a la Oficina, y después de conferenciar largamente con el Jefe de la misma, resolvimos cambiar la dirección de Montclar por la de Prefecto Apostólico, y con esto quedó obviada aquella dificultad. Pasaron nuevamente varios días sin que recibiéramos de Colombia respuesta alguna. Cierto es que mientras tanto no perdíamos el tiempo, pues nos íbamos informando más y más por diversos conductos de la manera como nos podrían salir mejor nuestros planes. Hacíamos, deshacíamos y rehacíamos cálculos fundados en lo que habíamos visto y oído, pero en definitiva a ningún resultado práctico podíamos llegar, pues nos faltaba la base: recursos y comunicación de Vuestra Reverendísima. Amaneció el día de San Luis, y nuestras angustias se convirtieron en rebosante alegría. Recibimos a la vez tres cables de Vuestra Reverendísima, uno del 11, diciéndonos que yo girara por cuatro mil dólares ($ 4,000) y el doctor Márquez por dos mil ($ 2,000); otro del 17, preguntándome si recibíamos los cables, y otro sin fecha, avisándonos que era

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

indispensable expresar los precios de los artículos que nos indicaba en el primer cable. Nos pusimos en seguida en movimiento; intentámos hacer los giros; consultámos a varios comerciantes y banqueros cómo los podríamos realizar, y todos fueron de parecer que desde allá era imposible. El Gerente del London River Plate Bank me aconsejó que comunicara a Vuestra Reverendísima que por medio de una casa comercial o Banco de Colombia, situara los fondos en la Gerencia del River Plate de Nueva York, y de este modo sería fácil recibirlos en Manaos. Después de tratar detenidamente todos estos asuntos con el doctor Márquez, convinimos en contestar a Vuestra Reverendísima así:

"Prefecto Apostólico—Pasto (Colombia).

"Imposible girar. Deposite London River Plate Bank en Nueva York. Domésticos promedio quince centavos metros; género blanco, veinticinco; kerosín, cinco dólares ($ 5) caja. Demanda aquí papas, harina, quesos, granos."

Mientras llegaba la contestación definitiva, seguímos nuestras investigaciones. La Compañía Amazon River nos manifestó que para poder mandar uno de sus buques hasta Puerto Asís, era necesario garantizarle veinte contos de reis de flete, o sea, más o menos, cinco mil dólares ($ 5,000). Otros empresarios particulares se brindaron a hacer el viaje con sus lanchas por tres mil dólares ($ 3,000). Ibamos estudiando y comparando propuestas. Al mismo tiempo averiguábamos el costo de los fletes de Manaos a Europa y Norte América y viceversa, así como el tiempo que los buques gastaban en esas travesías; si el Brasil permitía el libre tránsito por el Amazonas de mercancías extranjeras para otras naciones y qué comisión se cobra en Manaos para el transbordo, almacenaje y reexpedición de esas mercancías. Sobre estos últimos puntos obtuvimos los siguientes datos: desde que empezó la guerra europea, y sobre todo desde que el Brasil entró en ella, era imposible calcular tiempo y precios por el transporte en buques marítimos, por el sinnúmero de contingencias que podían suceder. Antes de la guerra los precios de los fletes eran los siguientes: de Nueva York a Manaos, siete libras esterlinas (£ 7) la tonelada y ocho libras esterlinas (£ 8) desde Europa. El Brasil

concede paso libre por el Amazonas a las mercancías aun extranjeras que vayan a Colombia. Los derechos de desembarque, almacenaje y reexpedición en Manaos para las mercancías de tránsito, las recarga en un medio por ciento sobre el flete de Europa y Norte América. Los agentes encargados de estas operaciones cobran el 1 por 100 sobre el valor de las facturas.

Los días que empleaban los buques desde Europa y Norte América a Manaos y viceversa eran quince por término medio. En aquellos días la última carga que había llegado a Europa les resultó a treinta y cinco dólares ($ 35) la tonelada.

Según las propuestas más favorables que se nos hicieron, calculámos que de Manaos a Puerto Asís la tonelada nos resultaría a treinta dólares ($ 30). Llegámos también a la conclusión bien fundada de que estableciéndose una línea directa de Europa a la desembocadura del Putumayo, línea que podía prolongarse hasta la plaza de Iquitos, se haría la notable economía de diez pesos ($ 10) por tonelada. Además, por los informes que tomámos en nuestro viaje, nos persuadímos de que era muy fácil encontrar en el Bajo Putumayo, colonizado por el Brasil, o en el Alto Solimoes, quien se encargara de organizar una empresa de navegación de Puerto Asís a la confluencia del Putumayo en condiciones muy favorables para el comercio de Colombia; y si se lograba que a esta empresa la subvencionaran los Gobiernos colombiano y brasilero o el del Estado de Amazonas, los fletes para el comercio podrían ponerse en condiciones ventajosísimas. No faltó quien ofreciera sus lanchas e intereses para una obra de esta clase.

El 25 de junio, cuando esperábamos de un momento a otro el aviso de que teníamos a nuestra disposición los recursos tan deseados, el Jefe de la oficina cablegráfica me mandó decir que había recibido una comunicación sobre el último cable que habíamos puesto, y que para podernos entender era necesario que fuera a hablar con él. Inmediatamente me trasladé a su oficina, y resultó que la Junta de censura cablegráfica de Valparaíso quería saber la nacionalidad del Prefecto Apostólico y la mía, y quién era el Prefecto Apostólico; además, exigía una explicación sobre el contenido del cable. Satisfice todas las exigencias de la Junta de censura y me regresé con la confianza de que el cable llegaría a manos de Vuestra Reverendísima. El 10

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

de julio, viendo que no recibíamos todavía comunicación alguna de Colombia, fuimos nuevamente con el doctor Márquez a la oficina del cable, a ver a qué causas podía obedecer tánta demora en los despachos dirigidos a esta República. Nos contestó que nada sabía, ni podía saber, por cuanto tenían prohibido preguntar si se había entregado o nó una comunicación. Nos dijo que él opinaba que el cable había llegado a su destino, pues pidieron explicaciones y se las dimos, al parecer satisfactorias. Nos insinuó que podíamos averiguar si se había recibido o nó el último cable por medio de la línea Madera-Western, que tenía otra Junta de censura, advirtiéndonos, empero, que la palabra costaba once francos. Por la primera, nos importaba nueve francos cincuenta y cinco céntimos. A él le pareció inútil preguntar por la misma línea, por la sencilla razón de que, si no habían entregado el primer cable, tampoco entregarían los demás que hicieran referencia al mismo. Salímos de la oficina desconsolados y abatidos, sin un centavo en el bolsillo, con deudas de alguna consideración ya contraídas y sin saber qué hacer. Resolvimos esperar unos días más, antes de tomar determinaciones definitivas. Como siempre en esta vida se alternan las tristezas con las alegrías, a los dos días de sucedidas estas aflictivas escenas, recibímos cable de Vuestra Reverendísima, en los siguientes términos:

"Pasto, 11 julio.

"Gaspar Pinell—Manaos.

"Situados casa indicáronme once mil dólares ($ 11,000). Traigan objetos indicados cable, mayor cantidad domésticos, añadan clavos, alambre, varillas acero, cinc. Avisen precios papas, etc.

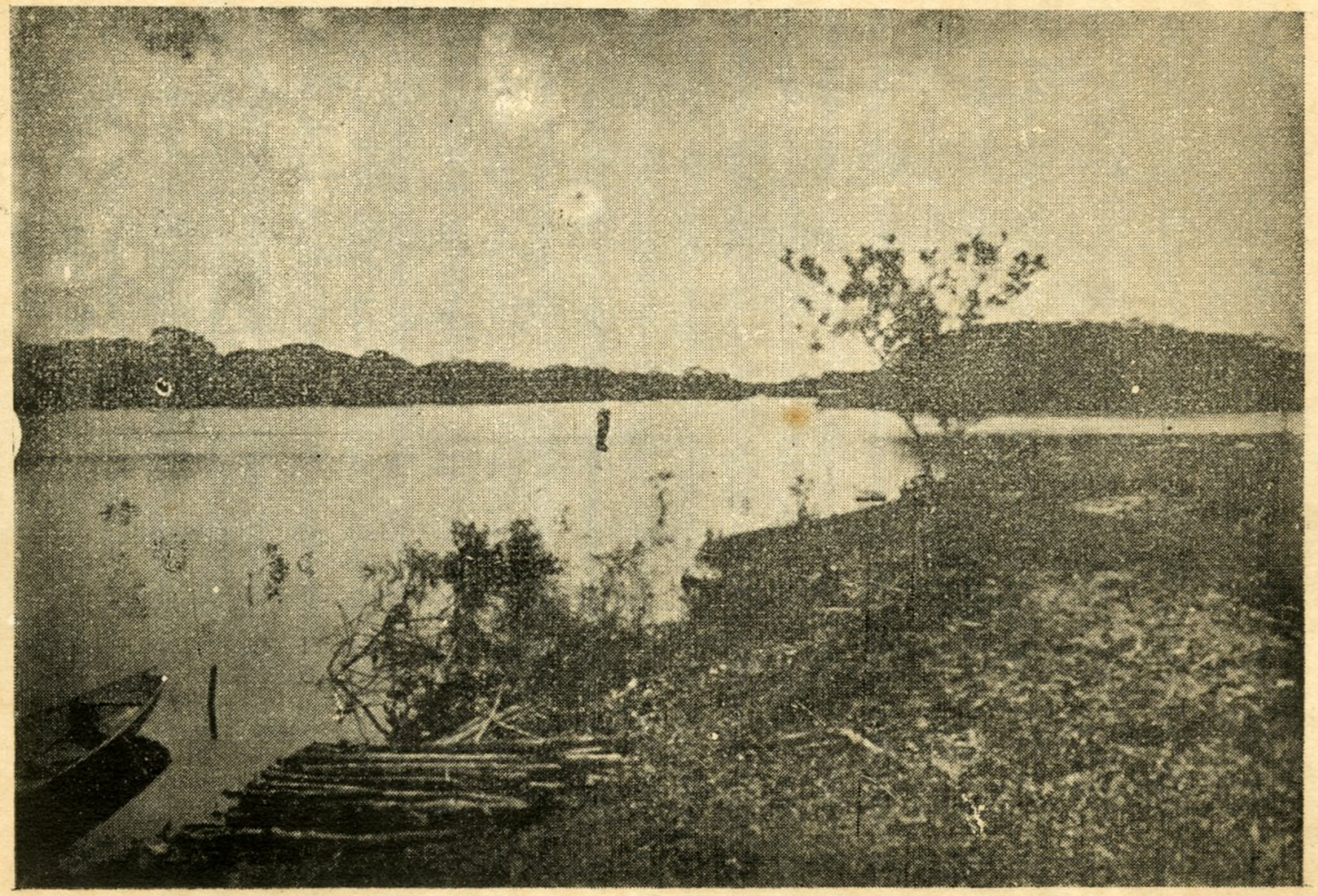
"Fidel Montclar"

Con estas noticias se convirtieron nuestras penas en gozo, y esa noche no pudimos dormir.

III

Ultimas diligencias y dificultades para recibir recursos—Gran crisis en Manaos y todo el Estado del Amazonas—Propaganda a favor de artículos colombianos y de la navegación del Putumayo—Artículos colombianos que no sería negocio exportar—Abundancia de ganado en la región de Ríoblanco. Terrible fiebre palúdica.

El 13 de julio, llenos de entusiasmo, fuimos al London River Plate Bank a mostrar el cable en que se nos comuni-



Orillas del Bajo Putumayo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

caba el depósito, y ver qué debíamos hacer para recibir el dinero. Nos dijeron que no tenían noticia alguna, pero que tan pronto como les comunicaran algo nos avisarían. Con esta esperanza seguímos haciendo preparativos, aunque con cierto miedo y desconfianza.

En ese tiempo escaseaban mucho los víveres en Manaos, la pobreza tomaba proporciones de calamidad pública. El Gobernador del Estado recibió cable de la Argentina, que era la principal proveedora de harina, aununciándole que en adelante no podría remitir sino la mitad de la acostumbrada hasta entonces. El Congreso Estadoal, reunido en aquella época, en vista de la triste situación del comercio y de toda la población del Amazonas, resolvió pedir al Gobernador Federal que interviniera para aminorar los males del Estado. Los Cónsules y colonias extranjeras, apoyados por todo el comercio de la ciudad, resolvieron también telegrafiar a Río Janeiro para que en alguna forma los ayudaran a resolver aquel alarmante estado de cosas. Aprovechámos aquellas circunstancias para hacer propaganda en favor de los artículos de Colombia y navegación del Putumayo. El doctor Márquez escribió algunos artículos en ese sentido en los principales diarios de la ciudad. Hablámos con el señor Gobernador del Estado sobre estos asuntos; se interesó mucho por ellos y nos prometió que haría gestiones ante el Congreso Estadoal, a fin de que prestara atención a las ventajas que les podría traer esta nueva línea. Conferenciámos en una reunión de los principales comerciantes importadores y exportadores, y todos fueron de parecer que el asunto era digno de tenerse en cuenta, pero creían necesario que ante todo hiciéramos un viaje de prueba para cerciorarse si los artículos de Colombia podrían competir en calidad y precios con los de su clase importados de la Argentina, Portugal y otras naciones europeas.

Por nuestros estudios, llegámos a la conclusión de que según los precios de antes de la guerra algunos artículos de Colombia, como las papas, por ejemplo, no podrían competir en Manaos con las introducidas de Portugal y otros países; pero sí en el Alto Amazonas, y con mayor razón en Iquitos. En cambio otros artículos, como la cebada, alcanza muy buenos precios por el gran consumo que tienen en la fabricación de cervezas. Recuerdo que el dueño de una

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cervecería me dijo que si le traíamos la lancha llena de cebada, él nos la cargaría con la clase de mercancía que escogiéramos. También nos convencimos que hay mucho de leyenda en lo que se cuenta por acá, de los precios fabulosos que alcanzan en el Amazonas algunos comestibles. Oí decir alguna vez a persona muy respetable por su edad y dignidad, que en Manaos se había llegado a pagar por un novillo mil dólares ($ 1,000), pero por lo que vimos, la carne es uno de los alimentos de precio más módico. Vale más en Puerto Asís que allá. Esto es debido a que en la región de Ríoblanco, a cuarenta y ocho horas de navegación de la ciudad de Manaos, existen grandes pampas, a semejanza de los llanos del Yarí y Casanare, divididas en multitud de grandes haciendas de particulares y hasta del Gobierno Federal, en las que se crían miles de reses sin mayor costo. Según la última estadística oficial que pude consultar, la del año de 1913, en esa época había en Ríoblanco 200,000 reses. Suponiendo en un 20 por 100 anual de aumento, que es lo menos que se puede suponer, actualmente habrá allá una cifra muy cercana a medio millón de reses, aun teniendo en cuenta las que se han consumido y las que se hayan perdido por causas fortuitas. El Estado del Amazonas, según los cálculos oficiales, consume al año unas 25,000 reses; de esas 15,000 la sola ciudad de Manaos; pero allí no solamente degüellan ganado de Ríoblanco, sino que, debido a las mejores facilidades de transporte, mandan mucho del Bajo Amazonas, y no sólo a Manaos sino a otros pueblos y ciudades del Estado. Estos datos explican el porqué allá la carne es tan barata. En Ríoblanco una res de diez a doce arrobas cuesta sólo doce dólares ($ 12). Una de las preocupaciones de los hacendados de Ríoblanco, según oímos del principal de ellos, nuestro buen amigo el Comendador Joaquín Gonsalves de Araújo, es buscar plazas de consumo para el ganado. Algunos han intentado ya exportarlo a la Guayana inglesa. La región de Ríoblanco es fronteriza con dicha colonia británica, y según datos fidedignos, en una semana se puede ir de Boavista, capital del Municipio de Ríoblanco, a Georgetown, aprovechando los ríos Takutú y Mahú, de la región brasilera, sirviéndose luégo de un camino de herradura de ocho leguas, que conduce al río Repunnuny, afluente del Essequibo, por los cuales se navega hasta Georgetown, capital de dicha colonia. Todo esto convence de que no puede ser buen negocio mandar ganado de Colombia a Manaos.

La causa de la gran ruina en que se hallaba el Estado del Amazonas, y sobre todo la ciudad de Manaos en aquellos días, era la falta absoluta de transportes para Europa y Norte América. Todas las casas de comercio tenían sus almacenes abarrotados de caucho fino, castaña, fríjoles de playa y demás productos que se exportan de allí, sin poder mandar ni recibir nada del Exterior. Los principales comerciantes tuvieron varias conferencias, en las que llegaron hasta proponer la formación de una compañía de buques veleros, que hicieran la travesía de Manaos a Lisboa. Seguramente la terminación de la guerra europea los haría desistir de aquellos propósitos. Las grandes casas comerciales despidieron la mitad y algunos las dos terceras partes de sus empleados, para poder sostenerse. Daba verdadero pánico contemplar cómo se iba poniendo día por día la situación. Mucha gente hasta bien vestida y que se presentaban como personas de alguna posición, se hallaban en la mayor miseria. Varias veces nos pedían limosna gentes de esta clase. En estas angustiosas circunstancias iban pasando los días sin que de Colombia recibiéramos lo que tánto esperábamos. Y esto, como era natural, nos tenía bastante intraquilos, y hasta llegámos a temer que el comercio de Manaos nos tuviera por unos embaucadores.

El 15 de julio, viendo que nada decían de Nueva York al River Plate Bank, suplicámos al Gerente que pusiera un cable por nuestra cuenta, preguntando por nuestros recursos. La respuesta se hizo esperar mucho. Viendo el Gerente que nada contestaban, me pidió el cable de Vuestra Reverendísima, para en vista del mismo tener una conferencia cablegráfica con la sucursal de Nueva York.

En todas esas llegó el día de la Virgen del Carmen, la que sin duda quiso probar mi paciencia y resignación, permitiendo que en esa fecha me diera una fiebre tan violenta, que los Padres creyeron que se trataba de fiebre amarilla. Ya estaban pensando en llevarme al hospital destinado especialmente para esa enfermedad, que para los enfermos es casi siempre mortal allá; pero gracias a Dios, a los dos días empecé a mejorar y muy pronto mi restablecimiento fue completo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

IV

Contrato de la lancha que debía subir a Puerto Asís—Recibo de recursos. Amigable alegato—Dificultades de última hora.

Mientras convalecía de mi enfermedad, el doctor Márquez iba terminando las condiciones del contrato de alquiler de la lancha que debía hacer el viaje a Puerto Asís. La primera que contratámos fue una llamada *Angelina*, de cincuenta toneladas, muy bonita y hasta lujosa, pues tenía hermosos camarotes y luz eléctrica. El precio convenido fue el de once contos de reis, o sea más o menos dos mil setecientos cincuenta dólares. Como era natural, este contrato quedaba siempre subordinado a la condición de si recibíamos recursos, porque hasta entonces obrábamos sólo con esperanzas.

Por fin el 22 de julio, después de casi dos meses de angustias y alegrías, confianzas y decepciones, el Gerente del River Plate Bank nos llamó para entregarnos cuarenta y seis contos, cincuenta y cuatro mil novecientos seis reis (46:054.906), que fue lo que produjeron al cambio de esa época y descontando gastos de giros los once mil dólares que Vuestra Reverendísima nos depositó. Desde ese momento nos reanimámos y empezámos a trabajar activamente y en firme. El doctor Márquez se encargó de la parte oficial del viaje, como despachos consulares y de la capitanía del puerto, pasaportes, etc.; y yo de las compras y cargamento de la lancha. El doctor Márquez fue personalmente a hablar con el Cónsul del Perú para saber con toda certeza si por parte del Gobierno de aquella nación habría inconveniente para el paso de la lancha en el Putumayo, y el Cónsul le manifestó que había recibido un radiograma de Iquitos indicándole que tratara a los colombianos como ciudadanos de la nación más favorecida. También cuidó el doctor de poner en firme el contrato del alquiler de la lancha. Juntos fuimos a ver la *Angelina*, que teníamos ya contratada, aunque sin las formalidades legales. Al presentarnos para cumplirlas, su propietario nos dijo que no podía hacerlo, porque el capitán del puerto, en la revisión que mandó practicar, ordenó que se hicieran algunas reparaciones en la caldera de la *Angelina*, las cuales demorarían por lo menos de quince a veinte días. Nos ofreció otra llamada *Yaquirana*, más pequeña, de cualidades inferiores a

la primera. Después de tratar largamente el asunto, convenimos en llevar la *Yaquirana* de cuarenta y cinco toneladas. El contrato se ajustó en las siguientes condiciones: la lancha haría viaje redondo de Manaos a Puerto Asís, y viceversa; llevaría la carga que le entregáramos en esos dos puertos. Debía demorar en Puerto Asís quince días, si lo creíamos conveniente; y admitir de ida doce pasajeros: cinco de primera clase y siete de tercera; y de regreso: tres de primera clase, corriendo la alimentación de todos a cargo del contratista. Nosotros le pagaríamos dos mil seiscientos veinticinco dólares de alquiler: la mitad al salir de Manaos, una cuarta parte en Puerto Asís, y el resto al cumplirse el viaje.

Arreglado ya el contrato en firme, lo que más nos preocupó fue salir cuanto antes. Entonces pusimos el siguiente cable:

"Fidel Montclar—Pasto.

"Llegaremos mediados agosto. Papas, doce dólares ($ 12) carga. Cebada cruda, ídem."

Así las cosas, al doctor Márquez se le ocurrió que sería muy bueno que él se fuera directamente a Bogotá por la vía Pará-Nueva York, mientras yo subía por el Putumayo con la lancha, y así podría influír a tiempo ante el Gobierno Nacional y el Congreso para alcanzar alguna subvención, a fin de que los viajes se repitieran. Por fortuna, Dios me inspiró en aquellos momentos que me opusiera con toda resolución a aquella idea. Meditando algunas veces sobre lo que después nos sucedió, he llegado a convencerme de que mi oposición en aquellas circunstancias ha sido una de las determinaciones más acertadas de mi vida. El estaba empeñado en poner en práctica sus deseos, y yo en que no lo hiciera. Las razones en que me fundaba para impedirle su determinación eran la posibilidad de que nos sucediera algún percante en la parte del Putumayo ocupada por el Perú. En este caso creía indispensable su presencia para defenderme y defender a la Misión ante el Gobierno y Nación colombianos, de cualquier cargo de temeridad o incorrección que se nos pudiera hacer. El sostenía que nada nos podía suceder, pero como soy siempre algo pesimista en empresas de esta magnitud y de óptimas consecuencias, a las cuales no les pueden faltar dificultades, ni de parte

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

del infierno, y hasta entonces todo nos había salido a las mil maravillas, no convine de ninguna manera en que nos separáramos. Viendo que no lo podía convencer, amenacé con deshacer todo lo hecho e irme yo también por Belén del Pará, o regresarme sin lancha por Iquitos. Cuando me vio tan resuelto desistió de sus planes y accedió a venirse conmigo. Los acontecimientos posteriores pudieron convencer al doctor, por desgracia, si mi pesimismo fue o nó prudente.

Después de mucho bregar, pudimos fijar para el 28 de júlio, por la noche, el día de nuestra salida de Manaos con la lancha, pero como suele suceder en circunstancias de esta clase, a última hora se nos presentaron un mundo de dificultades, al parecer insolubles, y de las que nos fuimos librando con paciencia y constancia. Las principales fueron: primera, el señor Giovanni Rossetti, que así se llamaba el dueño y alquilador de la *Yaquirana*, se excusó del viaje y de comandar la lancha, como habíamos convenido, alegando que tenía un hijo enfermo, a quien había que operar en breve. Tuvimos gran alegato con él por este motivo. Como era un hombre muy vivo, activo, y sobre todo un comerciante muy experto, queríamos a todo trance que fuera él y no otro el responsable del viaje. Por fin, aunque con bastante disgusto, aceptamos el reemplazo que nos dio, que fue el portugués señor Augusto Viera. Segunda: al ir a sacar los despachos aduaneros y de la capitanía del puerto, se nos comunicó que estaba absolutamente prohibido, desde que el Brasil entró en la guerra, la salida para el Exterior de herramientas y fierros; por lo tanto, no podríamos llevar los que teníamos ya comprados y listos para embarcar. Apuros y carreras en busca de influencias para vencer aquellos obstáculos, que sólo después de no pocas diligencias lográmos vencer. Tercera: el Cónsul del Perú dijo que para librar el despacho necesitaba contestación a un radiograma que había puesto a Iquitos. Nuevas zozobras y desconfianzas de buen éxito. Después de alguna espera inquietante alcanzámos el anhelado despacho. Cuarta: el señor Rossetti, encargado de obtener los pases de la Jefatura de Policía, nos mandó decir que para poderlos sacar era necesario que presentáramos el pasaporte y la carta de identidad. Carta de identidad teníamos, pero no pasaporte. Nuevas carreras a la casa de Rossetti y a la Jefatura de Policía para arreglar aquel embrollo. Con no poco trabajo pudimos

obtener los pases. Quinta: a última hora el capitán que venía a comandar la lancha se dio cuenta de que en algunos despachos faltaba el *visto bueno* del Cónsul peruano. Nuevas dificultades que por fin pudimos vencer, y a las doce de aquella memorable noche del 28 de julio pudimos salir de Manos con la lancha *Yaquirana*. Todas las contrariedades que acabo de apuntar nos sucedieron en la tarde última de nuestra permanencia en aquella ciudad. Rendidos como quien sale de un gran combate, pero contentos con la victoria alcanzada, al oír la sirena de la *Yaquirana*, que daba la señal de marcha, sentímos una satisfacción tan grande, que bien la podemos contar sin temor de equivocarnos como una de las mayores de nuestra vida. Nos considerábamos ya en Puerto Asís, pudiendo dar buena cuenta de nuestras gestiones y saboreando la gloria que nuestro éxito nos proporcionaría; pero ¡oh mezquindad de las alegrías humanas! ¡Cuán distintos fueron los resultados de lo que nosotros nos los imaginábamos al alejarnos de Manaos, donde tántas emociones agradables y desagradables habíamos experimentado en los dos meses de nuestra permanencia! Lo último que hice momentos antes de dirigirnos al puerto para emprender viaje, fue poner a Vuestra Reverendísima el siguiente cable:

"Salímos. Alisten mil bultos."

Nos acompañaron a la lancha para despedirnos, sin tener en cuenta las altas horas de la noche, nuestros hermanos los buenos Padres Capuchinos, que tántas atenciones nos prodigaron en aquella ciudad, y hacia quienes conservaremos eterna gratitud y reconocimiento; el Cónsul de Venezuela y Encargado del Consulado de Colombia, incomparable amigo señor José Vaz D'Oliveira; el dueño de la lancha, señor Rossetti, y otras muchas personas, de quienes conservamos gratos recuerdos.

V

Visitas a las bibliotecas y museos—Información sobre el Caquetá, el Putumayo y otras regiones amazónicas—Ejemplos que nos estimulaban—Instrucción religiosa de los colombianos e ignorancia catequística de algunos moradores del Amazonas—¿Qué es la santa comunión?—Agricultura en el Amazonas. Colonización e inmigración—Visitas de Julio Arana—Nombres y apellidos en el Brasil—Títulos honoríficos—Respeto y tolerancia religiosos—Práctica edificante.

Antes de empezar a escribir lo que nos sucedió después de nuestra primera salida de Manaos será bueno ano-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tar algo más de lo que hicimos por allá. Los muchos días que las dificultades apuntadas nos impidieron dedicar a los asuntos directos de la navegación, los aprovechamos para informarnos sobre las costumbres sociales, tradiciones y demás cuestiones interesantes que nos pudieran ser de alguna utilidad. Visitámos varias veces la Biblioteca Estadoal, donde hallámos documentos admirables sobre el Amazonas y su colonización, alegatos entre Portugal y España sobre estas regiones, y relaciones diplomáticas del Brasil con sus vecinos, con mapas antiguos ilustrativos. En el Museo de Numismática admirámos preciosidades inestimables en monedas antiguas: vimos unas dos de la Judea del tiempo del Redentor, y a una de ellas la acompaña una leyenda que dice: "Por treinta monedas como ésta fue vendido Jesucristo."

Tuvimos ocasión de hablar con varios colombianos que hace muchos años viven en aquellas regiones y conocen perfectamente el Bajo Caquetá. Nos dieron informaciones minuciosas de aquellos lugares, supimos detalles pormenorizados sobre los sucesos de La Pedrera, sus causas, desarrollos y tristes efectos. En la biblioteca del Consulado y en otras particulares encontrámos una verdadera bibliografía sobre el Putumayo desde el tiempo de su descubrimiento hasta el Libro Rojo y el intento de refutación por los peruanos. Vimos documentos privados que nos enteraron cómo se formó la The Peruvian Amazon Company Limited y se posesionó de los ríos Caraparaná e Igaraparaná. En ese entonces dicha Compañía estaba en liquidación. Su Gerente era don Julio Arana, residente en Manaos. He tenido informes posteriores de que ya se terminó dicha liquidación, y ha quedado como dueño único de aquellos ríos la casa Arana y Hernández. Conocimos y tratámos largamente con el Reverendísimo Padre Lorenzo Giordano, Salesiano, Prefecto Apostólico de Ríonegro, quien nos dio abundantes datos sobre el territorio de su Prefectura. Esta colinda con Colombia y con el Vicariato Apostólico de los Llanos de San Martín; nos contó que varias veces se había visto y tratado con los Padres de aquella Misión colombiana, cómo éstos han tenido algunas veces necesidad de ir a Manaos a proveerse de lo que les hacía falta.

Obtuvimos también informaciones que nos hicieron comprender las labores y esfuerzos de algunos colombianos ilustres para defender de la invasión de sus vecinos la región amazónica de Colombia, intentando establecer la navegación oficial o particularmente en los ríos que lo permitieran. Me hice a la copia de una colección de cartas privadas del General Uribe Uribe, que son un testimonio indiscutible de cuánto ese señor se interesó para que Colombia no dejara de ser ribereña del Amazonas. Estos ejemplos nos estimulaban en no desfallecer hasta conseguir nuestros intentos, por más contratiempos que se nos presentaran; y sobre todo para el doctor Márquez tenían una fuerza especial, por cuanto con esta obra, no sólo trabajaba, por la grandeza de su patria, sino que al mismo tiempo le ofrecía ocasión de honrar la memoria de seres para él muy queridos. Respecto al General Uribe Uribe, recuerdo la siguiente anécdota: unos peruanos, que sin duda ignoraban lo que dicho General fue en Colombia, me dijeron, como quejándose de falta de diplomacia, que les habían mandado con carácter diplomático a un inconsciente y alcohólico llamado Uribe Uribe, quien en la misma ciudad de Lima se había atrevido a insultar al Perú y comprometer a Colombia con motivo de la cuestión de límites. Al oír estas razones, pensaba en mis adentros: ¡cuán errados y despreciables son los juicios de los hombres y cuánta prudencia y reflexión se requiere para poder formar concepto acertado sobre alguna persona, y sobre todo para exteriorizarlo en forma dogmática!

En fin, conocimos multitud de datos históricos, geográficos, etnográficos, etc., del Caquetá, del Putumayo y demás ríos de aquellas regiones, que seguramente nunca habríamos conocido si nuestra permanencia en Manaos hubiese sido más corta y menos accidentada. No quiero dejar de anotar un hecho muy honroso para Colombia: fuimos a visitar la Casa de Misericordia u Hospital de Caridad de Manaos, donde se refugian enfermos pobres de todo el Estado de Amazonas. A veces se encuentran allí individuos de distintas naciones. Nos mostró todo el establecimiento el capellán del mismo, un sacerdote portugués muy ejemplar. Al enterarse de que era yo un Misionero de Colombia, me dijo: "Lo felicito por la suerte de vivir en Colombia, país que debe ser muy católico. Cuando me llaman a asistir algún enfermo, sin que él me lo diga conozco al instante si es colombiano, por la instrucción religiosa que poseen todos

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

los que dicen ser de allá. Algunos pueden ser hasta muy malos, pero en todos se nota una gran superioridad en formación cristiana, comparándolos con los que aquí se juntan de otras partes. Con éstos a veces tengo que empezar por enseñarles la señal de la cruz." Al oír esta espontánea manifestación tan honrosa para Colombia, como es de suponer me llené de santo orgullo, ya que me complazco en considerar a Colombia como a mi segunda patria, y como a tál la amo y le he probado mi amor con sacrificios que no he tenido ocasión de hacer por la inolvidable España. Las palabras del capellán de la Casa de Misericordia me recordaron un hecho que confirma plenamente el concepto que exteriorizó sobre ignorancia religiosa de algunos habitantes de aquellas regiones: como el doctor Márquez recibía todos los días en la misa la santa comunión, una vez cuando el doctor acababa de comulgar, un muchacho de doce a quince años se acercó a uno de los bogas, y le preguntó: "¿Qué es lo que el Padre da a aquel señor en aquel papelito blanco que le pone en la boca?" Al oír esto el boga, medio escandalizado y admirado, le respondió: "¡Qué papelito, si es la santa comunión!" El muchacho, que seguramente no había oído hablar de tal cosa, volvió a preguntar: "¿Y qué remedio es la santa comunión?" Este hecho tan desconsolador es rigurosamente histórico, y nos sucedió en una casa que no era de indios. El da por desgracia idea del estado de instrucción religiosa de algunos moradores de la hoya amazónica.

En aquellos días se hacía en Manaos y en todo el Estado del Amazonas una propaganda intensa en favor de la agricultura en periódicos, hojas volantes y demás medios de difusión, en que se exhortaba a todos los dueños de caucheras, haciendas y terrenos, a que cultivaran la tierra y suspendieran la extracción de caucho por algún tiempo, mientras se pudiera exportar el que estaba almacenado, a fin de aliviar de este modo la carestía de víveres e irse haciendo a nuevos medios de riqueza y desarrollo de aquellas regiones. De algunos años a esta parte, sobre todo desde que empezó la guerra europea, la agricultura y ganadería se han desarrollado en el Amazonas en notable escala. En las orillas de esos ríos se ven por todas partes grandes potreros con ganados, y también producen ya arroz, azúcar, fríjoles y otros artículos alimenticios que antes ha-

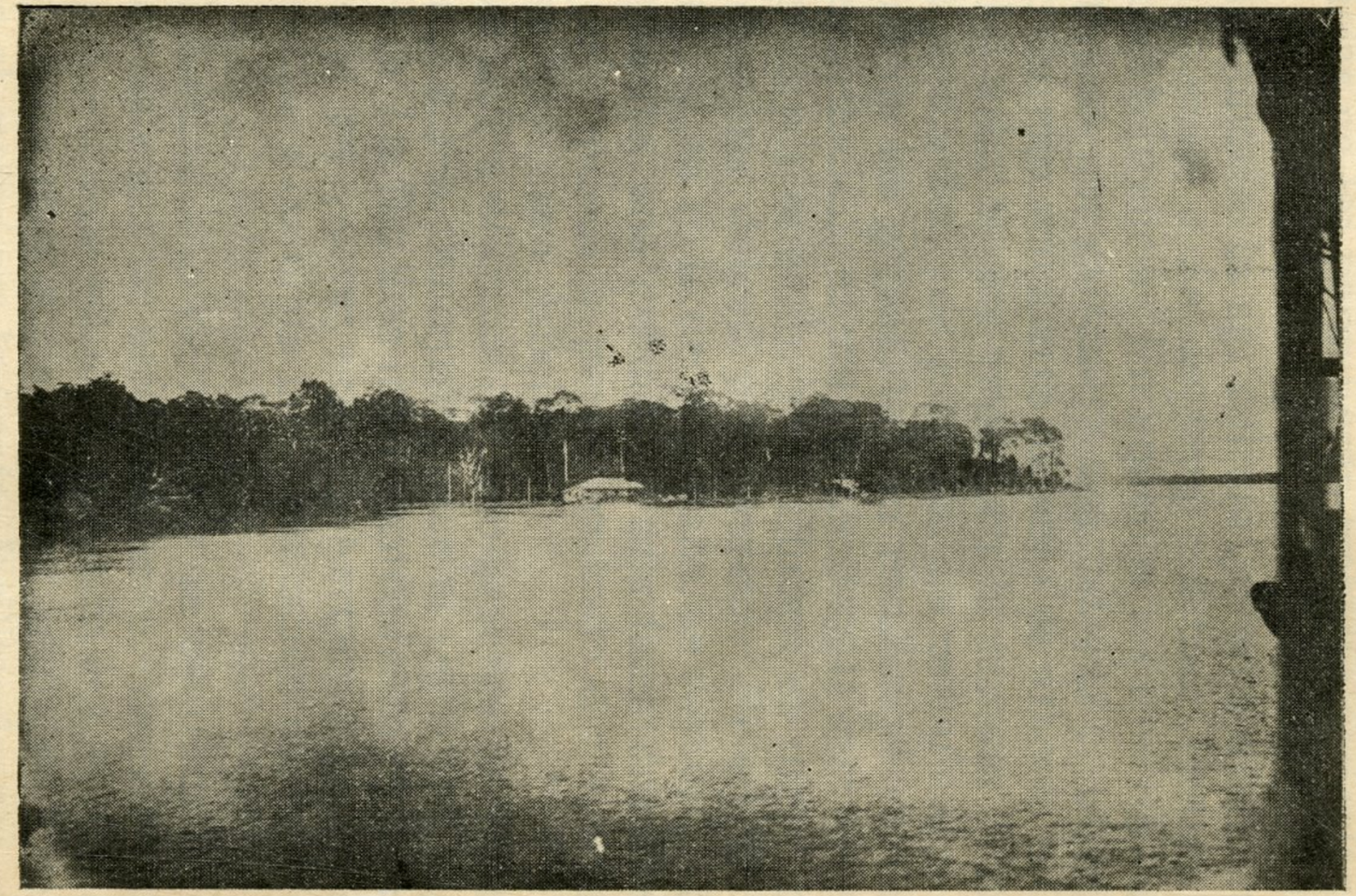
bía que importar casi en su totalidad. Existe en aquellas regiones un frijolito de grano y mata muy pequeños, pero muy fino y sabroso. No se levanta del suelo más de una cuarta y carga más vainas que hojas. Lo siembran en las grandes playas arenosas del Amazonas y sus afluentes durante los meses de verano, cuando estos ríos están en su mayor seca. En tres meses se logra siembra y cosecha, constituyendo un alimento de primera clase, al mismo tiempo que un artículo de exportación. Las ventajas que ofrece son grandísimas, pues no tiene más trabajo que sembrarlo y cosecharlo, por cuanto la misma naturaleza se cuida de preparar los campos de cultivo con sólo la merma de las crecientes de los ríos.

Otro de los asuntos que preocupa mucho la atención de los pensadores del Amazonas, es la colonización o inmigración. Las características de aquel Estado son la grande extensión de terreno (1.673,000 kilómetros cuadrados) y el exiguo número de población (350,000 habitantes). Estos pocos habitantes no son suficientes ni siquiera para la extracción del caucho y otras riquezas naturales que con abundancia les brindan aquellas inmensas regiones. Esto hace que descuiden los trabajos agrícolas y que por consiguiente sufran mucho por falta de alimentos sanos. Opinan muchos que la falta de alimentación sana y nutritiva es la causa principal de las enfermedades de aquellos ríos, pues dicen haberse comprobado que la región amazónica es el país tropical más sano del mundo, por comparaciones hechas con las mismas zonas del Asia, Africa y Oceanía. Hay ríos en aquella región que tienen fama de ser muy mal sanos y de que nadie entra en los mismos sin salir con fiebres y otras graves enfermedades, pero según conceptos científicos, no son aquellos sitios la causa de las enfermedades sino la falta de higiene y mala alimentación de sus moradores. La base de la alimentación de la gran mayoría del pueblo del Amazonas, especialmente en ciertas épocas del año, es el *pirarucu* o *paiche* (especie de bacalao secado al sol) y la fariña de yuca (almidón tostado y seco), confeccionada de una manera muy rudimentaria. Hay caucheros que pasan meses seguidos tomando sólo estas dos clases de alimento. Con una sana inmigración, preparada y desarrollada práctica y científicamente, se encontrarían los re-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

medios para estos males. Los inmigrantes con sus labores agrícolas proveerían de sanos alimentos a los caucheros y habitantes de las ciudades, y ellos a su vez se harían a recursos con el fruto de su trabajo; pero para conseguir estos fines sería necesario escoger bien el personal de inmigrantes y los puntos donde deberían establecerse. Los que con mayor atención habían estudiado estas importantes cuestiones creían que la región que debía escogerse de preferencia para establecimientos de núcleos de población de inmigrantes eran las orillas del río Solimoes, o sea el mismo Amazonas, desde Manaos a la frontera con el Perú, por ser el río más céntrico y vía obligada del comercio para varias naciones. Todos, eso sí, convenían en que los nuevos colonos no debían colocarse en sitios despoblados completamente, sino muy cerca de los núcleos de población ya existentes, por la sencilla razón de que los inmigrantes solos se aburrirían pronto viendo que el fruto de sus labores no tiene valor alguno, por cuanto al poco tiempo todos cosecharían los mismos productos y no encontrarían a quién vender lo que no alcanzaran a consumir, acarreándoles esto la falta de medios para proveer a las demás necesidades de la vida. En cambio, al lado de una población ya formada, ellos favorecerían a sus moradores con el fruto de su trabajo, y éstos a aquéllos con sus consejos y ejemplos de vida práctica de la región, al mismo tiempo que con sus compras. Algunos llegaban ya hasta señalar los siguientes puntos como los más indicados para este objeto: una faja de terreno elevado cerca de la ciudad de Manacapurú, a unas sesenta millas de Manaos, donde calculaban espacio para quinientas familias. Otra elevación cerca de la desembocadura del río Teffé, donde se podrían colocar también quinientas familias. Este punto es muy estratégico, por reunirse allí los tres ríos: Amazonas, Teffé y Caquetá. Todo el espacio entre la desembocadura de los ríos Juruá y Tutahy, afluentes de la banda derecha del Amazonas, donde podrían distribuírse holgadamente más de tres mil familias de colonos. En la boca del río Putumayo, junto a San Antonio, calculaban espacio para trescientas familias; y finalmente, en las tierras firmes o elevadas de San Pablo de Olivensa, opinaban que se podían establecer de tres a cuatro mil familias. Creo oportuno llamar la atención de los colombianos sobre la importancia y situación de estos dos

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental



Orillas del Amazonas.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

últimos lugares. Como en el Amazonas hay todavía terrenos baldíos o del Gobierno, que tienen caucho fino, aconsejaban que a los colonos, a la vez que terrenos para la agricultura, se les diera algún pedazo de monte donde pudieran arreglar su *estrada* de caucho o de castaña, a fin de poderse dedicar a la industria de la extracción cuando las circunstancias no les permitieran trabajos agrícolas, y también para que las familias pudieran repartirse el trabajo, dedicándose unos a la agricultura y otros a colectar productos del monte, a fin de tener en todo tiempo medios seguros de subsistencia. En aquellos lugares las caucheras están repartidas por *estradas;* una *estrada* consiste en una porción de terreno con cierto número de árboles de caucho. También los árboles que producen la famosa castaña del Amazonas se dividen por *estradas*. La castaña del Amazonas, después de las gomas, tal vez constituye el primer artículo de exportación; es muy parecida a la castaña europea, aunque de mayor tamaño, y en Europa es muy apreciada para confeccionar dulces y conservas. Ni en la recolección del caucho, ni en la de la castaña, se cortan los árboles; por consiguiente, una *estrada* es una finca durable y productiva, que se puede ir perfeccionando con nuevas siembras de esos preciosos árboles.

Como medios eficaces de colonización se aconsejaban los siguientes como principales: que el Gobierno pagara los transportes de las familias inmigrantes hasta el lugar de las colonias; que los proveyera de herramientas y semillas para la siembra, y les diera la alimentación hasta la primera cosecha.

Para la repartición de terrenos se examinaban detenidamente los sistemas de arrendamiento, donación y venta; y después de detenido estudio, ilustrado con ejemplos prácticos de la Argentina y otras naciones, sentaban como indiscutible que el mejor era la venta, facilitando por supuesto los medios de pagar el importe de los lotes, ya con fruto de los mismos, ya con dinero adquirido con el producto del lote, para lo cual se señalarían plazos razonables y acomodados a las circunstancias. No obstante, todos los que defendían la tesis de la venta, consideraban necesarias dos excepciones: los indios y las Misiones religiosas. Para los indios se aconsejaba un régimen especial, que no les permitiera vender sus terrenos sin estar asesorados por la auto-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ridad o personas respetables que pudieran suplir su falta de comprensión en esta clase de transacciones. Se aconsejaba, además, respecto de los mismos indios, que sus centros estuvieran siempre cerca de las colonias de los blancos, a fin de que éstos pudieran servirse de las habilidades de aquéllos en las industrias de la montaña y de los ríos; y los indios a su vez fueran adquiriendo hábitos de civilización y aprendieran a aprovechar el tiempo y a hacer fructificar su trabajo.

Se aconsejaba también de un modo especial a los empresarios de ferrocarriles y obras públicas, que ante todo procuraran la fundación de colonias agrícolas y pecuarias bien organizadas, para el fácil abastecimiento de víveres y carne fresca, a fin de evitar la mortandad enorme de peones, como sucedió en la construcción del ferrocarril Madera-Mamoré.

Respecto a la selección de colonos, la opinión más aceptada por los hombres prácticos y de estudio era que debían preferirse los nacionales a los extranjeros; y entre los nacionales a los de los Estados de Ceará y Parahyba; faltando los nacionales, debía acudirse a los extranjeros que más se adaptaran a las necesidades y condiciones del Estado. Sentadas estas premisas, pasaban a examinar las naciones extranjeras de donde convenía traer inmigrantes, y después de haber examinado las condiciones peculiares de los portugueses, alemanes, austriacos, polacos, italianos, españoles, turcos, japoneses y chinos, y sabido que franceses e ingleses no inmigran, llegaban a la conclusión de que la mejor inmigración para el Amazonas era la portuguesa, por la identidad de raza, religión, lengua, costumbres, tradiciones y leyes con los blancos criollos de aquel Estado. Recuerdo que respecto a los alemanes, los cuales han colonizado casi íntegramente, en mayor proporción que otras razas, los tres Estados más al Sur de aquel país: Paraná, Santa Catarina y Ríogrande do Sul, había en ese entonces gran eferverscencia, achacándoles el intento de considerar esos Estados como colonias alemanas, y hasta dijeron que el Gobierno se había visto en la necesidad de tomar medidas serias para obligarlos a usar la lengua portuguesa en los actos oficiales y públicos, como en las escuelas, oficinas, sermones, conferencias, etc. Muchas otras cosas que nos parecieron muy prácticas y útiles, escuchámos sobre esta

importante materia, pero para no hacerme interminable, dejo la explanación de este asunto para mejor ocasión.

A poco de haber llegado a la capital del Amazonas, nos vino a visitar el señor don Julio Arana, dueño principal de las regiones del Caraparaná e Igaraparaná, y nos dijo que de El Encanto le habían comunicado por radio nuestro viaje; se puso enteramente a nuestras órdenes, nos visitaba con bastante frecuencia, aparentando siempre interesarse mucho por el éxito de nuestra empresa, haciéndose lenguas de las ventajas que traería a sus negocios la libre navegación del Putumayo. Sin faltar a las reglas de caballerosidad y cortesía, nos guardábamos muy bien de valernos para nada de las influencias y ofrecimientos de dicho señor; y cualquiera que sepa la historia y conozca el estado actual del Putumayo, comprenderá fácilmente la razón de nuestra conducta.

Quiero anotar también una costumbre de los brasileros, que nos llamó la atención: es la manera como usan de nombres y apellidos y los tratamientos que emplean en las relaciones sociales. Ordinariamente cada persona usa dos o tres nombres de santos y tres o cuatro apellidos; y en el trato y correspondencia ordinarios, en vez de los títulos de señor don, que usamos los españoles y sus descendientes, emplean el de Excelentísimo e Ilustrísimo; en cambio noté que para nombrar a los señores Obispos, anteponen solamente el título de don a sus nombres. Entre los hijos del país es título muy honorífico y común el de Coronel de la Guardia Nacional, como en Colombia el de General, y entre los portugueses, muy estimado y distintivo de grandeza, el de Comendador. Inspira vivas simpatías el trato fino, caballeroso y digno de la buena sociedad amazonense. Existe allá absoluta tolerancia de cultos y gran respeto exterior a toda religión. Noté que al pasar los tranvías repletos de gente por delante de una iglesia católica, todos los hombres se descubrían con veneración y sin respeto humano, y hacían también lo mismo al pasar por frente de cualquier capilla o casa de oración, aunque no fuera católica. Me edificó en Manaos una práctica que demuestra lo arraigada que está la fe católica en el corazón del pueblo, consistente en que todo el mundo al dar las doce y la puesta del sol, se paran y los caballeros se descubren aun en medio de las calles y plazas más concurridas, el tiempo necesario para rezar el *Angelus*.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

VI

De Manaos al Caraparaná—Visitas a Teffé y Tonantins—Encuentro con los compañeros de viaje—Reloj viviente y su fin trágico—Sastre improvisado. Entrada al Putumayo, ocupado por el Perú—Inesperado encuentro con la "Callao"—"Bote Márquez" destrozado—Se nos obliga a arribar a El Encanto.

Cuando daban las doce de la noche del 28 de julio, salímos del puerto de Manaos con la *Yaquirana* cargada de telas y herramientas. Hasta cierto punto del Amazonas llevó a remolque algunos botes de pescadores. Es costumbre allá que los que viven de la pesca ruegan a los capitanes de vapores y lanchas que salen, que remolquen sus embarcaciones hasta los lugares donde pretenden hacer sus pesquerías, y ellos dan en cambio a la nave que les hace este servicio una cantidad de pescado fresco del primero que cogen.

El 1° de agosto llegámos a la ciudad de Teffé. Visitámos allí al Reverendísimo Padre Prefecto Apostólico, llamado Alfredo Barrá, francés. Estuvimos cambiando ideas con él sobre la empresa que nos proponíamos realizar. Mucho le gustó, y nos dijo que le trajéramos de Puerto Asís algunos bultos de harina de trigo para las hostias. Fuimos a ver el Orfelinato que aquella Misión tiene establecido en Teffé, y seguímos viaje. El 5 de agosto nos encontrámos nuevamente en Tonantins con el Reverendísimo Padre Evangelista de Cefalonia, a quien tántos favores debíamos y de quien nos despedímos en Manaos la noche del 5 de julio. En Tonantins paró la *Yaquirana* a coger leña, y mientras tanto aprovechámos la ocasión para ir a conocer la ciudad antigua, que está situada a orillas de un lago bastante grande, a media hora del Amazonas, adonde se va por un caño navegable en todo tiempo. El mismo Reverendísimo Padre Prefecto nos llevó en una lanchita de motor de kerosene que tiene para sus correrías apostólicas y que él mismo maneja. Nos mostró en aquella ciudad el local donde funcionó un colegio dirigido por los Padres Misioneros, el cual tuvieron que cerrar por falta de recursos. Nos explicó el plan que tenía de edificar una gran iglesia en la orilla del Amazonas y trasladar allá la ciudad de Tonantins, a fin de que fuera puerto de tránsito y tuviera más vida. Nos refirió que su proyecto había encontrado gran oposición, y que eran muchas las dificultades que tenía que vencer para realizarlo; tánto que lo obligaron a ir a Manaos a tratar el asunto con el Gobierno del Estado. Nos llenó nuevamente de atenciones y nos dijo que si no fuera por el compromiso que tenía con el muy Reverendo Padre Yacundo, de ir a bendecir dentro de pocos días la nueva iglesia de San Pablo de Olivensa, vendría con nosotros a Puerto Asís. Me expuso un plan que se le ocurría, si acaso la comunicación con Colombia quedaba expedita, y era el de mandar a temperar a los Misioneros que enfermaran al clima frío de las cordilleras de nuestra Misión, en vez de mandarlos a Italia, como se veía obligado a hacer. Le manifesté que me parecía magnífico su plan, y que por nuestra parte estábamos dispuestos a recibir con los brazos abiertos a cualquier Misionero que mandara. Parámos en Tonantins medio día y una noche. Al amanecer del día siguiente nos despedímos llenos de gratitud del Reverendísimo Padre Evangelista y de un Hermano lego que lo acompañaba, y a las cuatro horas llegámos a San Antonio y Puerto América. Allí encontrámos a los compañeros que habíamos dejado recomendados. Grande fue su alegría y la nuestra. Nos contaron multitud de cosas que les habían sucedido; los comentarios que los vecinos de aquellos lugares, especialmente los que eran de nacionalidad peruana, hacían sobre nuestro viaje. Benjamín, el marinero, pasó aquel tiempo en la casa de un señor Francisco Larrañaga, colombiano pastense, hermano del que fue dueño de las caucheras del Igaraparaná. Ferrín, el capitán, estuvo sirviendo en la lancha *Sergipe;* y Vargas, el práctico e intérprete, se fue a vivir con unos indios incas, en las orillas de un gran lago cerca del Putumayo. Todos estaban satisfechos del buen trato y atenciones que les habían prodigado los habitantes de aquellos lugares. En San Antonio recogimos también otro compañero, del cual todavía no he hecho mención: fue un gallo que en compañía de otros embarcámos en Puerto Asís, con la intención de que nos proporcionara un buen caldo en alguna playa del Putumayo; pero resultó que se hizo muy confianzudo y amigo de todos los viajeros, y cada mañana cantaba a la misma hora, precisamente en la que nosotros habíamos determinado levantarnos y celebrar el santo sacrificio de la misa. Estas acciones del noble animal le acarrearon pronto las simpatías de todos; le pusimos el nombre de *Reloj*, y resolvimos conservarle la vida, volverlo

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

a Puerto Asís y dejarlo morir de viejo, en agradecimiento de sus buenos servicios y para que nos sirviera de recuerdo del viaje. A la bajada lo dejámos recomendado en San Antonio, en la misma casa en donde dejámos el *bote Márquez*, con la intención de recogerlo cuando subiéramos, como lo hicimos. Lo embarcámos en la *Yaquirana*, recomendando en gran manera al cocinero que no cayera en la tentación de torcerle el pescuezo. Hablámos también al capitán sobre el nuevo pasajero; pero a pesar de todas las precauciones, pronto se cumplió para el pobre pollo aquel refrán de que "unos componen y otros descomponen," pues a los pocos días, estando divirtiéndose con otros de su especie, el cocinero necesitó los servicios de alguno de ellos para el almuerzo, y echó mano del primero que topó, sin fijarse que era el de las recomendaciones hasta que ya le había quitado la posibilidad de volver a cantar a las tres y media de la mañana. Cuando nos enterámos de lo sucedido, sentímos una verdadera contrariedad, pero pronto nos consolámos, practicando aquello de que "a mal que no tiene remedio, buena cara," y más en este caso, que pronto nos ayudaría a ponerla lo sabroso de sus carnes bien condimentadas por el cocinero. En San Antonio amarrámos también a remolque de la lancha el *bote Márquez*, creyendo no hacer ya más uso del mismo hasta Puerto Asís, aunque por mal de nuestros pecados de él tuvimos que valernos para arrimar allá. Muchas veces me ofrecieron compra, pero como presintiendo algo, aunque sin fundamento razonable, nunca quise acceder a tales propuestas, algunas por cierto muy tentadoras, lo cual se explica fácilmente, teniendo en cuenta que esa magnífica canoa llamó en gran manera la atención de los brasileros por sus dimensiones, buena construcción, solidez y calidad del palo de que estaba hecha. El 8 de agosto atracámos al puerto fiscal brasilero de Ipiranga, sobre el Putumayo, del cual he hablado ya en la primera parte de esta relación. Todos los vecinos de aquel lugar nos recibieron con grandes pruebas de afecto y alegría, pero de un modo especial nos las dieron don Juan Miguel Pinto Riveiro; el secretario que nos había obsequiado en la bajada, señor Misael Texeira de Mello, y el capitán de la *Sergipe*, señor Luis Suárez Ramos, de quien tan buenos servicios habíamos recibido. Pronto examinaron los despachos de la lancha y nos dieron el *pase*. Pasámos allí

unas cuantas horas tratando asuntos referentes a la libre navegación con el señor Riveiro, hombre muy simpático y emprendedor. Este señor ofreció establecer por su cuenta y riesgo una agencia en la desembocadura del Putumayo si se establecía definitivamente la comunicación con Colombia. En ella recibiría las mercancías que vinieran de Europa y cuidaría de despacharlas a Puerto Asís; y hasta anunció deseos de poner lanchas de su propiedad y hacer él mismo los viajes a Colombia. En la boca del Putumayo se nos habían hecho también propuestas parecidas por otros hacendados y dueños de lanchas. Estas cosas, como era natural, nos llenaban de entusiasmos y esperanzas. Tanto nosotros como los brasileros creíamos que si alguna dificultad se presentaba por parte del Perú, sería en Tarapacá o Cotué, lugar muy cercano a Ipiranga, como queda indicado. Por este motivo el señor Riveiro se vino en nuestra lancha y desembarcó en la casa brasilera más cercana a la frontera del Perú, para estar listo a ayudarnos en caso de inconveniente en el paso. Al llegar a la vista de Tarapacá debía la *Yaquirana* izar la bandera peruana en el mástil principal.

Al ir a sacarla el capitán del depósito de banderas, la encontró completamente apolillada, en forma que parecía más bien un objeto de burla y desprecio que bandera destinada a saludar a una nación amiga. Por lo visto, hacía mucho tiempo, tal vez años, que no había salido a la luz del sol. Todos, tripulantes y viajeros, experimentámos un verdadero disgusto. Al considerar que no quedaba otro recurso y no se podía perder tiempo, me improvisé de sastre, cogí aquel trapo roto, lo doblé en dos partes iguales, disminuyéndole la mitad del tamaño, corté el doble y cosí las dos mitades una encima de la otra, a fin de que mutuamente se disimularan los rotos, y de esta manera quedó más o menos pasable, aunque no como era de desear. Por fortuna al ir a tracar al puerto de Cotué, el sol se acababa de poner, y el marinero encargado de las banderas dijo que según disposiciones del ramo, a la puesta del sol se arrian banderas, y lo hizo con toda presteza. El señor Teniente peruano Oscar Ceballos Ortiz, ya conocido nuestro, nos recibió bien, examinó los despachos y nos dijo que podíamos seguir. Sólo nos exigió una lista con los nombres de pasajeros y tripulantes; otra de las mercancías que llevábamos,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

y la condición de que admitiéramos a bordo un soldado de los suyos, con un oficio para el Capitán de El Encanto, y que facilitáramos a su subalterno que pudiera entregar el oficio al mencionado Capitán, y a él le recomendó que en el trayecto del río que ellos llaman peruano no dejara vender mercancía. Convinimos en todo y seguímos viaje. Tan pronto como dejámos a Tarapacá, el doctor Márquez me dio algunas chanzonetas, burlándose del miedo que manifesté en Manaos cuando me opuse a que él se fuera a Bogotá por vía distinta. Me limité a contestarle que ojalá todo saliera como deseábamos, pero que me parecía mejor que dejara aquellas chanzas para cuando hubiéramos pasado a Yuvineto, porque de lo contrario se exponía a que se volvieran contra él sus propios chistes cuando menos lo creyera. Dos días seguímos río arriba sin otra novedad que una varada de la lancha el día de San Lorenzo, precisamente en los momentos en que iba a empezar el santo sacrificio de la misa. La ofrecí con la mayor devoción que pude, para que pronto nos desvaráramos, y ¡cosa admirable!, así que empecé a rezar las Avemarías del fin de la misa, empezó también la lancha a continuar su camino. A las nueve de la mañana del domingo 11 de agosto vimos que por un brazuelo del río, por el cual nosotros no pasámos, bajaba una lancha; no sin curiosidad de saber qué lancha andaba por aquellos sitios tan desiertos, seguímos nuestra marcha por la madre del río. Tan pronto como la embarcación indicada salió del brazuelo, nos hizo señal de que paráramos, y corrió hacia nosotros. Entonces vimos que era la *Callao* de la casa Arana, en la cual iban unos doce o quince soldados bien uniformados y armados y el capitán de la guarnición de El Encanto, que ya no era el señor Udiales sino un tal Manuel Curiel. Así que llegaron cerca de nosotros, el Capitán Curiel llamó al comandante de la *Yaquirana* y le exigió que presentara todos los despachos y documentación. Los examinó todos minuciosamente y practicó un registro a todos los apartamentos de nuestra nave. Acabada esta maniobra, nos dijo que podíamos seguir. Le preguntámos si había algún inconveniente para llegar hasta Puerto Asís, y nos contestó que creía que no lo hubiera, por cuanto los despachos y documentación de la lancha estaba en forma correcta y legal; pero nos manifestó que para darnos el *pase* tendríamos que ir a El Encanto. En esos momentos

tan poco tranquilos para nosotros, dirigí algunas inquietas miradas al doctor Márquez, como diciéndole que, por desgracia, parecía que yo iba resultando profeta de desdichas. El quería disimular, procurando convencerse y convencernos de que nada nos podía suceder, pero lo cierto fue que desde entonces se le acabaron las ganas de chancearse de mis miedos. Desde el encuentro con la *Callao* tardámos nueve días en llegar al Caraparaná, debido a que nos vimos obligados a gastar tres o cuatro, preparando y embarcando leña, y no podíamos andar de noche a causa de la oscuridad y de no llevar práctico bien conocedor del río. En todo este tiempo la *Callao* nos fue escoltando, unas veces quedándose atrás, otras adelantándose, pero nunca se alejó mucho. La *Yaquirana* era mucho más rápida en su andar, pero como no encontrámos leña preparada, debido a que aquel trayecto de río está casi completamente despoblado, cada vez que se nos acababa el combustible, la *Callao* nos alcanzaba y nos dejaba atrás.

Durante estos nueve días el único percance digno de mención que nos sucedió fue el que en una noche muy oscura, estando la *Yaquirana* anclada en medio del río y con la caldera casi apagada y la tripulación dormida, se desató una furiosa tempestad de viento, relámpagos, truenos y agua, la cual hizo rodar la lancha en tal forma que anuló la potencia de las áncoras y empezó a bajar a merced de la corriente, con peligro de estrellarse contra las orillas. Al darse cuenta el capitán y demás tripulantes de lo que sucedía, se afanaron, armando a bordo una confusión más que regular, hasta que el maquinista consiguió levantar vapor y vencer la fuerza de la corriente. Gracias a Dios, descontado el buen susto que todos nos llevámos, no sucedió otra desgracia que la rotura de la popa del *bote Márquez*, que se estrelló contra la ribera; al mismo tiempo se rompió la cadena que lo sujetaba a la lancha y se fue río abajo. Nuestros bogas se dieron cuenta de lo que había sucedido, y movidos por el cariño que tenían a su querida canoa, en medio de aquella oscuridad tan tremenda, cogieron un bote de la *Yaquirana* y se fueron a alcanzar al *Márquez*. Después de unas dos horas de lucha con la oscuridad y la corriente, llegaron trayendo su malferida nave, en la cual, sin ellos sospecharlo, tenían que librar recias campañas antes de ponerla en Puerto Asís, donde existe todavía.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Al subir íbamos recordando con gusto las impresiones de la bajada, sobre todo la mortificación tremenda que las nubes de moscos nos causaban en la canoa. ¡Qué diferencia! Lo que en canoa recorrímos en ocho o diez días de bajada, en lancha lo subimos en cuatro o cinco; y las molestias de la navegación en lancha son casi insignificantes. Anotámos algunas coincidencias curiosas. Aquel año la Asunción de la Virgen cayó en jueves, como la Ascensión del Señor. Los dos miércoles vigilias de esas grandes fiestas, llegámos al mismo punto del Putumayo, donde pasámos las mencionadas festividades descansando. La primera vez cuando bajábamos en canoa, y la segunda subiendo en la lancha. Tuvimos que pasar el día de la Asunción de la Virgen para hacer leña. En esas ocasiones, nuestros fieles bogas lucían sus habilidades en competencia con los tripulantes de la *Yaquirana*. Pudimos comprobar varias veces que en igual espacio de tiempo hacía más leña nuestro marinero, el famoso Benjamín Castillo, que cuatro marineros brasileros. Al ver el garbo con que aquél trabajaba, el comandante de la lancha decía: "*Ese preto damnado tem forza como cavallo.*"

En las grandes festividades que iban sucediendo durante el viaje, procuraba que todos los que andábamos juntos se acordaran de ellas, haciendo algún acto piadoso extraordinario; para conseguirlo, aprovechaba estas ocasiones para regalarles medallas, santos Cristos y rosarios; y el regalo iba casi siempre acompañado de una exhortación, a que en medio de los negocios, trabajos y contratiempos de la vida no se olvidaran del negocio más importante de su alma.

La falta de leña casi nos duplicó el tiempo en el trayecto de Cotué a El Encanto, donde no pudimos llegar antes del 19 de agosto. Los colombianos del Caraparaná, con quienes nos habíamos hecho amigos en nuestra bajada, se alegraron mucho al vernos regresar con lancha que según nuestros cálculos debía llegar hasta Colombia y dejar definitivamente expedita la vía para nuevos viajes. Casi todos hacían ya sus cálculos para ir a visitar a sus parientes en los pueblos natales, en la nueva subida de la lancha. La noche antes de llegar a El Encanto, que la pasámos en la estación cauchera de Iberia (antigua Nueva Granada), nosotros y nuestro comandante rogámos y exigímos al Ca-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio

Vista parcial de Manaos con la Catedral, Ríonegro y puerto.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

pitán Curiel que nos despachara sin entrar al Caraparaná, puesto que este río quedaba desviado de nuestra ruta. No lo pudimos conseguir, y además en esa ocasión nos insinuó que para podernos conceder libre paso, tenía que consultar a Iquitos por medio de la *Telefuncke*. Al oír esta razón comprendí que se confirmaría plenamente lo que hacía días iba presintiendo, o sea que nos demorarían allí mientras consultaban, lo cual nos causaría grandes perjuicios, por no estar esta demora prevista en el contrato de alquiler de la embarcación; y hasta llegué a imaginar ya, y lo insinué con pena al doctor Márquez, el fracaso que pronto se realizó por completo.

VII

Permanencia forzada en El Encanto—Pánico disimulado en la empresa Arana—Objeto del viaje de la "Callao"—El señor de Loaisa visita a la "Telefuncke" — Respuestas evasivas de Curiel — Alegatos infructuosos. Atenciones simuladas de la casa Arana—Notas cruzadas entre el Capitán peruano y el Comandante brasilero — Radiogramas a Manaos e Iquitos. Protesta formal contra el Gobierno del Perú a bordo de la "Yaquirana."

Tan pronto como llegámos a El Encanto, pedímos respetuosamente al Capitán Curiel que nos despachara, el cual nos contestó que para poder librar los despachos necesitaba la respuesta de un radiograma que en consulta había puesto a Iquitos. Exigió al comandante de la *Yaquirana* que le presentara una lista de carga y pasajeros, la cual debía quedar en la Comisaría Militar peruana.

Por lo que pudimos observar y nos contaron los colombianos, la noticia de que se iba a establecer libre y periódica navegación en el Putumayo, produjo gran pánico en la empresa Arana, que sin duda vio en ésta la desbandada de los indios y por consiguiente su ruina. Supimos entonces que el viaje de la *Callao* debía ser hasta Cotué, a fin de impedir que entráramos en territorio ocupado por el Perú; pero como ya nos encontraron dentro y vieron que todos los despachos eran legales, el Capitán Curiel no se atrevió a hacernos regresar sin consultar primero con otros que le ayudaran a llevar responsabilidades. Estamos plenamente convencidos que la *mano negra* que embrolló ese asunto fue la casa Arana y el Consejero de Curiel, en quien se notaba mucha perplejidad, era el señor de Loaisa, hombre sumamente astuto e inteligente, que hace más de veinte

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

años que dirige los asuntos de aquella empresa en el Caraparaná. El presenció y tomó parte en muchos de los acontecimientos de aquellos lugares, cuando las empresas caucheras pasaron de manos de los colombianos a las de los peruanos. El estaba allí, cuando las comisiones mandadas por gobiernos extranjeros visitaron aquellas regiones a raíz del gran escándalo mundial que produjo el denuncio sobre crímenes en el Putumayo. Ha tenido que entenderse con muchos empleados del gobierno del Perú, algunos de los cuales han sido acérrimos enemigos suyos, hasta el punto de pegarle alguna vez. No faltan quienes lo sindican como el criminal mayor del Putumayo o autor moral de los mayores crímenes; pero el caso es que él ha salido siempre ileso de todas estas borrascas, sin que hasta la fecha se le haya comprobado hecho alguno criminoso. Este fue el hombre de confianza del Capitán Curiel durante el tiempo en que nos ocurrieron los sucesos que relatamos. No obstante, él sabía disimular tan bien, que si nosotros no hubiéramos sabido de antemano con quién tratábamos y no hubiéramos discurrido sobre segundas intenciones, nos habríamos persuadido de que nos ayudaba con grande interés a vencer dificultades. Supo que yo había dicho que seguramente porque perjudicaría intereses particulares, la libre navegación tropezaría con graves obstáculos, pues pronto me mandó con el doctor Márquez la razón de que como en el Putumayo que ellos llaman peruano no hay más intereses particulares que los de la Compañía Arana, podía yo estar muy cierto que lejos de perjudicar a dicha casa, la navegación que nosotros intentábamos establecer, antes les favorecería mucho por facilitarles en gran manera la adquisición de víveres y otros objetos de Colombia que ellos necesitaban; y noté además que desde entonces todos los dependientes de la casa tenían un interés especial en convencernos de que nuestra demora obedecía únicamente al Gobierno del Perú o a sus subalternos, y que la casa Arana estaba dispuesta a favorecernos en todo, como lo había demostrado, facilitándonos leña y víveres. A pesar de todo, nosotros no dejábamos de repetir en nuestros adentros aquel sabio refrán de que "por más que el lobo se vista de piel de oveja, lobo se queda."

A las seis de la tarde del mismo día que llegámos a El Encanto, el comandante de la *Yaquirana*, acompañado de un intérprete, individuo de la tripulación que poseía muy bien el castellano, se fue a conferenciar con el Capitán Curiel, para exigirle que nos despachara pronto; le respondió que no había inconveniente para el despacho, puesto que la documentación era legal, pero siendo la primera vez que subía embarcación para Colombia, había consultado a Iquitos si se debía mandar un gendarme hasta Yuvineto. Estas razones nos tranquilizaron bastante. Durante esa forzada demora, aprovechámos el tiempo libre para conocer bien todo lo de El Encanto. Visitámos las maquinarias de la *Telefuncke* o torre inalámbrica, y el telegrafista, un señor Salinas, nos mostró la manera como funciona esa admirable invención del ingenio humano. Transmitió y recibió algunas comunicaciones en nuestra presencia. Nos dijo que todos los días se comunicaba con Lima por intermedio de las torres de Iquitos, Manaos y otras. Nos manifestó que oía radiogramas de casi todas las Repúblicas de Sur América, y algunas veces hasta de las Antillas. Sólo de Colombia dijo que no tenía presente haber oído transmisión alguna. El lo atribuía a que seguramente no funcionaba en ese entonces estación alguna radiotelegráfica en Colombia.

Mientras estábamos hablando con el señor telegrafista, entró a la oficina el Capitán Curiel. Aprovechámos la ocasión para preguntarle si nos despacharía pronto, y su respuesta fue que no nos despachaba, porque tenía orden de no dejar pasar embarcación alguna que no viniera del puerto de Iquitos. Esta respuesta tan inesperada nos hizo sospechar que se trataba de algún plan para impedirnos el paso a todo trance.

Aproveché la ocasión de la ida de un colombiano a San Antonio, donde los Padres Franciscanos, y les escribí recordándoles la visita que les hicimos en el mes de mayo, y contándoles también algo de lo que nos estaba sucediendo.

El tercer día de nuestra permanencia en el Caraparaná, por la mañana el comandante de la *Yaquirana* fue a decir al Capitán Curiel que si él no nos despachaba pronto, le mandaría un oficio exigiéndole expusiera por escrito los motivos que tuviera para tal proceder. El Capitán peruano le contestó que tal vez a las once de la mañana llegaría la respuesta a la consulta que había elevado a Iquitos y podría despacharnos, pero que en todo caso estaba listo a escribir

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

los motivos porqué no despachaba la lancha. Ese mismo día el primer piloto de la embarcación detenida mandó un oficio al mismo Capitán Curiel, preguntándole qué requisitos se necesitaban para poder pasar en lancha brasilera por territorios ocupados por el Perú. Con el que entregó el oficio mandó razón al piloto brasilero que le contestaría. Poco después de recibido este oficio, Curiel se fue a conferenciar con Loaisa, conferencia que quiso ocultar el Capitán peruano, procurando despistar en público, pues precisamente cuando se dirigía a donde Loaisa, pasó por donde nosotros estábamos hablando con el capitán de la *Callao;* y para que nosotros lo oyéramos le preguntó en alta voz cómo estaba Loaisa y le encargó que lo saludara, diciéndole que aquel día no podía ir a visitarlo. Al salir de la conferencia con Loaisa, Curiel mandó decir al primer piloto, como respuesta a su nota, que otra vez se fijara en lo que escribía, porque la palabra *territorio ocupado por el Perú* era una ofensa que se hacía a su patria, ya que el Perú nunca ha ocupado sino lo que siempre le ha pertenecido Ese día el doctor Márquez fue a decir al Capitán Curiel que si él o yo éramos la causa de no despacharse la lancha para Colombia, o nos tenía por sospechosos, allí estábamos a su disposición; pero que en todo caso no demorara más el despacho. Le contestó que ni yo ni el doctor Márquez éramos la causa de la demora, pues bien veía que éramos personas serias y honradas, de quienes nada había que temer.

Al llegar con el doctor Márquez a la *Yaquirana*, de regreso de un paseo que hicimos por aquellos alrededores, encontrámos al comandante de la *Callao* y al primer piloto de nuestra lancha en el siguiente alegato: decía el primer piloto: "Si la *Yaquirana* no llega a Puerto Asís por causa de los peruanos, cuenten ustedes con que el vapor *Liberal* tampoco llegará a El Encanto por causa de los brasileros." El comandante le respondía: "Si la *Yaquirana* intenta subir sin despacho del Capitán Curiel, seguirémos tras ella y le impedirémos el paso, aunque sea a bala, y si se regresa a Manaos sin esperar la respuesta de Iquitos, el Gobierno del Perú nada perderá con esto; quienes perderán serán ustedes." Esto demostraba que los ánimos se iban exaltando de parte y parte, y hasta peligraba un conflicto. Intervinímos nosotros, a fin de que se dejaran de disputas, que

a nada conducían; y así se calmaron. En todas esas los de la casa Arana, seguramente para disimular sus verdaderos sentimientos, al parecer se desvivían para ayudarnos a resolver las dificultades. Nos aconsejaban con mucho interés que aguardáramos, que estaban ciertos de que llegaría respuesta favorable para nuestro paso; y nos decían que deseaban en gran manera la libre comunicación con Colombia, a fin de poder realizar buenos negocios y reanimar el comercio del Putumayo, tan decaído entonces y ahora. Nuestro Comandante, viendo que iban pasando los días sin conseguir nada, mandó al Capitán Curiel, en la tarde del 21 de agosto, un oficio en el que le preguntaba y exigía por contestación escrita, los motivos que tuviera para no despachar la lancha brasilera. A este oficio contestó Curiel con el que copio a continuación:

"V Región del Oriente—Sector número 1—Comandancia—Encanto, 21 de agosto de 1918.

"Señor Comandante de la lancha brasilera **Yaquirana**, al ancla en este puerto—Presente.

"Señor Comandante:

"En contestación de su oficio de la fecha, debo manifestarle que a pesar de existir libre navegación fluvial entre los Estados Unidos del Brasil y el Perú, sin embargo es de práctica, como requisito aduanero, que toda embarcación que pase al Alto Putumayo sea despachada por la aduana principal de Iquitos. Así pues, la demora de cincuenta horas que esta Comandancia tiene hasta la fecha, en expedir el pase de salida de la embarcación de su digno mando, obedece a una consulta que sobre el particular se ha hecho por radiograma a la superioridad en Iquitos, y que el suscrito no puede precisar su llegada.

"Dios guarde a usted, señor Comandante.

"El Capitán Comandante del sector,

"Me. Curiel"

EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Impuesto el Comandante Viera de la contestación del Capitán Curiel, resolvió que si al día siguiente no obtenía el *pase*, reuniría a la oficialidad del buque, a los demás tripulantes y pasajeros, y en presencia de todos formularía por escrito formal protesta, haciendo cargo al Gobierno del Perú de todos los daños y perjuicios que el proceder de Curiel nos ocasionaba. Al día siguiente resolvimos apurar todos los recursos, antes de tomar la dolorosa resolución de regresar a Manaos sin llegar a Puerto Asís. Nos dirigímos al Gobernador del Amazonas y al Cónsul brasilero en Iquitos por medio de la *Telefuncke*, en los siguientes términos:

"Encanto, 22 de agosto de 1918.

"Em viagem alto Isa com embarsasao mercante brazileira de meu comando, estamos detido por autoridades peruanas. Todus os papeis e carga estando legalizados, por autoridades brazileiras e peruanas de Manaos e da Fronteira. A autoridade deste lugar officiomme que so pode dar passe as embarcacao sejam despachadas en Iquitos. Consulton seu Governo. Pedimos esclarecer este asunto urgentemente. Demorados desde 19 as 14 horas.

"Fermado, *Augusto Viera*"

Estos dos telegramas nos costaron la friolera de 173 soles peruanos. Mientras tanto, el señor Loaisa nos decía que se interesaba mucho por nosotros, y que había puesto un radiograma al señor Prefecto de Loreto, diciéndole que la lancha brasilera se perjudicaba con la demora en despacharla.

El 23 de agosto a mediodía, viendo que aún no se tomaba resolución alguna por parte de los peruanos, el señor Viera mandó al Capitán Curiel el siguiente oficio:

"Ilustrísimo señor Capitão da Comandancia do Porto do Encanto.

"Levo ao vosso conhecimiento que a lancha nal brazileira Yaquirana sob meu comando prizentemente detida n'este porto por ordem de Vuestra Señoría so tenho, resolvido a so sperar até amanha as 8 horas do día a desisaó de Vuestra Señoría com nao haya resolusaó alguna. Convoco a junta de officiaes e lavro o meu protesto responsabilizando au Governo peruano por tudos os prejuijos causados da referida embarsasao. Nestos termos pede deferimento.

"Firmado,

"*Augusto Viera*, Comandante de *Yaquirama*."

En este día tanto Loaisa como Curiel manifestaron un interés especial en decirnos que tenían plena seguridad de que siendo la lancha brasilera podría llegar hasta Puerto Asís. El Capitán Curiel dijo particularmente al Comandante Viera que hacía varios días tenía telegrama sobre la *Yaquirana*, y añadió que si en la lancha no hubiera más que brasileros, estaría ya despachada, y que la causa de la demora éramos nosotros. Enterado el doctor Márquez de estas manifestaciones del Capitán peruano, aprovechó una ocasión en que estaban juntos Curiel y Loaisa para decirles que le gustaría oír una declaración de esta clase de boca de un funcionario del Gobierno del Perú, pues "yo—añadió—aunque simple particular, tengo conocimiento de que el Gobierno de mi Patria no pone obstáculo alguno a que suban lanchas peruanas a Puerto Asís. Si la declaración de que habla el señor Viera es cierta, la pondré en conocimiento del Gobierno de mi Patria." Inmediatamente tomó la palabra Loaisa y dijo que la manifestación a que se refería el Comandante brasilero la había hecho él (Loaisa), no el Capitán Curiel; pero que el sentido de ella era que no habiendo tratado de navegación entre Colombia y Perú, era imposible dar paso libre sin muchas condiciones. Que ciertamente existía un tratado de libre navegación del Putumayo entre Perú y Brasil, pero que estaba ya caducado por no haberse puesto nunca en práctica.

El Capitán Curiel, cuando recibió la última nota de nuestro Comandante, le mandó decir verbalmente "que sentía mucho no poder dar todavía el pase, pues en ningún caso debía desobedecer órdenes de sus superiores, y que por lo demás estaba listo a recibir y firmar la protesta que levantaran en la *Yaquirana*." Además, Curiel particularmente dijo a Viera que el Perú no quería cuestiones con el Brasil, pero que con todo estaba plenamente convencido que mientras no se fijaran definitivamente los límites entre Perú y Colombia, sería la última vez que subía lancha a

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca · Sala de Patrimonio Documental

Puerto Asís. Este mundo de razones contradictorias nos convencieron que no pasaríamos. Por otra parte, las vituallas y recursos de nuestra lancha iban escaseando, y el perjuicio que recibíamos por cada día de demora no prevista era grande. El 24 de agosto a las ocho de la mañana, como habíamos anunciado en la nota dirigida al Capitán Curiel, se reunió a bordo de nuestra lancha la junta de oficiales convocada por el Comandante Viera, y además todos los pasajeros y tripulantes, y se formuló oficialmente y por escrito una protesta solemne, haciendo cargo al Gobierno del Perú de los daños y perjuicios que nos causaba el procedimiento arbitrario del Capitán Curiel. Se mandó copia de esta protesta a dicho Capitán, y emprendemos nuevamente marcha de regreso a Manaos.

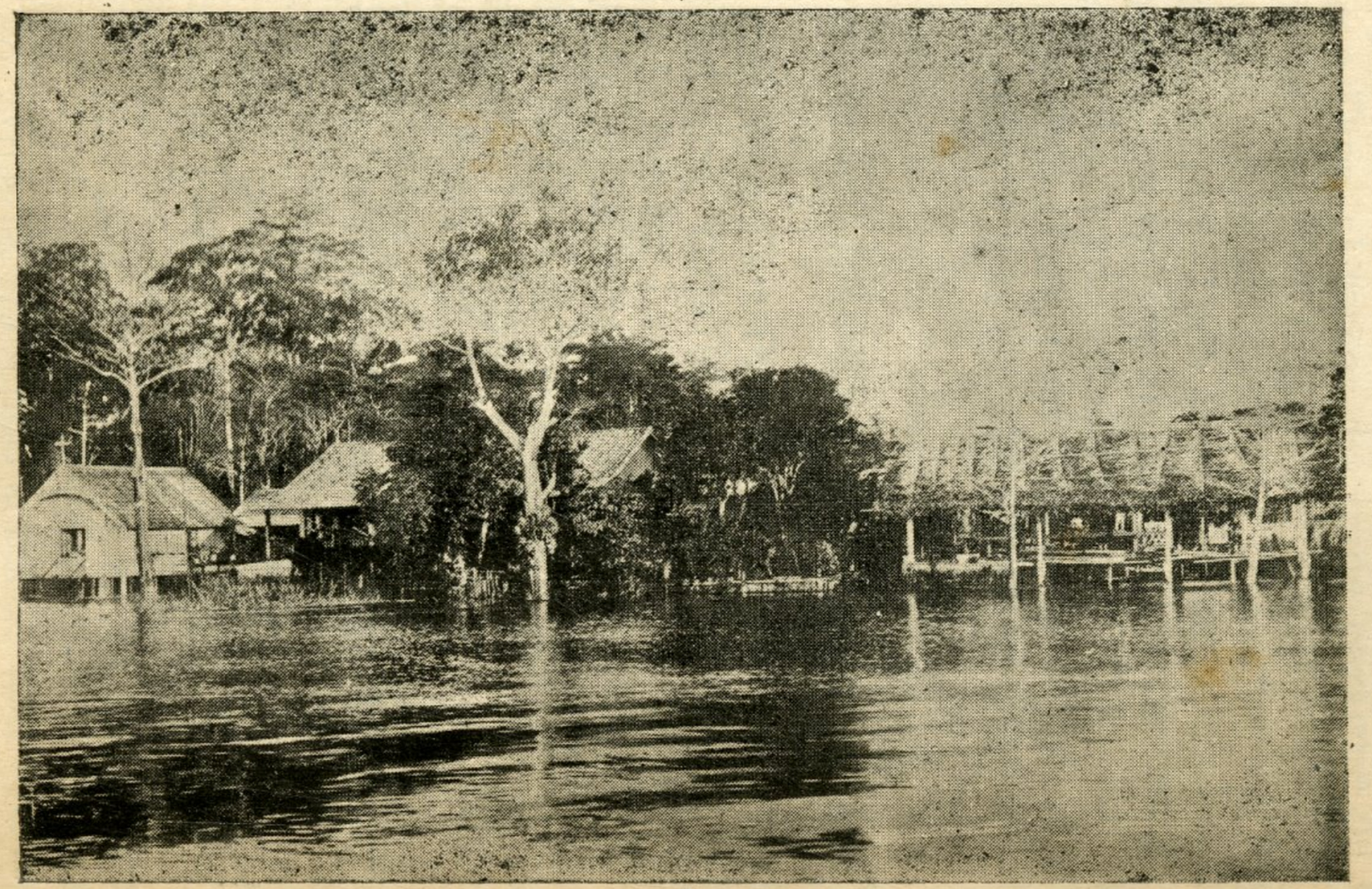
VIII

De El Encanto a Manaos—Conflicto internacional inminente—Escoltados por la "Callao"—Justa indignación en el Brasil—Nuevo acceso de fiebre. Sensación en Manaos y protestas de la prensa—Se ratifica la reclamación ante las autoridades federales.

Calcúlese cuáles serían nuestra desilusión y pena al bajar nuevamente el Putumayo sin haber podido coronar con éxito nuestros titánicos esfuerzos, estando ya tan cerca de Puerto Asís. Calculábamos que emplearíamos cinco días de El Encanto a Puerto Asís con la *Yaquirana*. La tripulación brasilera al llegar su nave a la desembocadura del Caraparaná, estuvo tentada de aceitar bien sus rifles, seguir Putumayo arriba y arrostrar las consecuencias. Bastante nos costó calmar los ánimos, a fin de evitar un conflicto internacional. La *Callao* nos volvió a escoltar, seguramente hasta cerciorarse de que habíamos pasado el Cotué, pues como nuestra lancha andaba mucho más, muy pronto la perdimos de vista y no supimos a punto fijo hasta dónde nos seguiría.

Grande fue la indignación de los brasileros al enterarse de que no habíamos podido llegar a Puerto Asís por causa de los peruanos. Sobre todo los radicados en el Bajo Putumayo y sus vecindades, a quienes tánto habría favorecido la libre navegación de aquel río, estaban furiosísimos y decían que ellos tampoco dejarían pasar el vapor *Liberal*.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental



Orillas del Amazonas.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Red de Patrimonio Documental

En Tunantins dejámos recomendado el *bote Márquez* al Reverendísimo Padre Evangelista, diciéndole que se lo regalábamos, si acaso no volvíamos por esa vía o no lo necesitábamos más.

Al pasar por la confluencia del Putumayo y el Tunantins, me dio otro acceso de fiebre, como el que experimenté en Manaos, a mediados de julio. Dos días estuve postrado en el camarote y con temor de que no me mejorara tan pronto, pero gracias a Dios, al tercer día pude pararme de nuevo.

El 3 de septiembre llegámos nuevamente a Manaos. Allí causó gran sensación la noticia de lo que nos había sucedido en El Encanto. Toda la prensa de la ciudad protestó con vehemencia contra los abusos de los peruanos. Como muestra transcribo, traduciéndolo al pie de la letra del portugués, lo que dijo *Gazeta da Tarde*, de aquel mismo día, uno de los diarios de más circulación en el Estado del Amazonas:

"Abuso del vecino peruano, a bordo de la 'Yaquirana.'

"Con destino a San Francisco de Asís, en el alto Isa, puerto colombiano, zarpó de nuestro puerto el día 28 de julio último la lancha *Yaquirana*, bajo el mando del señor Augusto Viera, y de consignación de la casa J. V. D'Oliveira, de esta plaza. La referida embarcación, que llevaba gran cargamento, fue legalmente despachada en las oficinas estadoales, federales y en los respectivos Consulados del Perú y Colombia.

"Después de salir de este puerto siguió viaje sin el menor contratiempo hasta Tarapacá, lugar donde se halla instalado un puerto peruano. La respectiva autoridad revisó los papeles de la *Yaquirana*, y viendo que estaban legalizados, despachó la lancha dejando que siguiera en paz su camino. Dos días después, todavía en aguas peruanas, fue la *Yaquirana* sorprendida por el encuentro de la lancha peruana *Callao*, armada, trayendo a bordo una fuerza de soldados peruanos, bajo el mando del Capitán Curiel, Comisario peruano del Putumayo.

"Intimado el Comandante de la *Yaquirana* a pasar, la fuerza peruana invadió la lancha, y después de examinar los papeles pasó revista a toda la embarcación, inclusive en las bodegas, a pesar de las protestas del Comandante de la *Yaquirana*.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

"El Capitán Curiel intimó al Comandante Augusto Viera a seguir con su embarcación hasta la población peruana de El Encanto, punto muy desviado de la ruta o camino que debía seguir la *Yaquirana*.

"Preguntado por el referido Comandante cuál era la razón de tamaño abuso, el Capitán respondió que si la lancha procediese de Iquitos, podría seguir sin dificultad, pero como era del Brasil, tenía orden de no dejarla pasar.

"En estas condiciones, la lancha siguió hasta El Encanto, donde estuvo aprisionada por espacio de cinco días, sin el menor respeto a nuestras leyes, a pesar de las constantes y justas reclamaciones de su Comandante, quien mostró todos los documentos sellados y legalizados. Visto esto, el Comandante extendió su protesta, en la cual hacía responsable al Gobierno peruano de tal atropello. Embarcóse de nuevo para Manaos, adonde llegó hoy. El Comandante notificó lo ocurido a las autoridades competentes, y mañana ratificará su protesta ante el Juez federal. Eran pasajeros de la *Yaquirana* el ilustre Tomás Márquez, colombiano, y el Reverendo Padre Gaspar Pinell. Esta noticia fue recogida en la casa consignataria de la referida lancha y confirmada por el digno doctor Tomás Márquez, con quien tuvimos el placer de hablar."

Lo primero que hicimos al llegar a Manaos fue ir a encontrar a un buen abogado que se hiciera cargo de presentar y tramitar nuestra protesta y demanda ante las autoridades federales. Junto con el Comandante Viera, entablámos pues la correspondiente reclamación. Como no sabíamos lo que nos sucedería y qué determinaciones tendríamos qué tomar, esta vez llevámos hasta la capital del Amazonas a toda la tripulación del *bote Márquez*.

El doctor Márquez y el suscrito volvimos a alojarnos, como era natural, en el convento de nuestros Padres, y a los bogas les buscámos un hotel.

IX

Viaje del doctor Márquez a Río de Janeiro y Lima—Mi permanencia en Manaos—Informe de Vuestra Reverendísima—Sensible separación—Gestiones para salir pronto de Manaos—Elección de vía para el regreso—Vía Putumayo como mal menor—Visita y servicios de Julio Arana—Radiograma de Iquitos y carta del señor Arana—Fecha en que el vapor "Liberal" sale de Iquitos. Inspiración del Angel de la Guarda—Arana sigue la pista de las gestiones de la Misión para establecer la navegación del Putumayo—Suposiciones sobre influencias de Arana—Gestiones de Arana para valorizar su empresa.

Después de hechas las primeras diligencias de la reclamación, resolvimos que el doctor Márquez siguiera a Río de Janeiro y de allí a Lima, si era necesario, a fin de interesar a las Cancillerías en la resolución y buen éxito de la demanda iniciada. Yo me quedaría en Manaos activando lo conveniente, para que la demanda debidamente documentada llegara pronto a Río de Janeiro, y al mismo tiempo para ver qué se podía hacer con la carga de la lancha.

Hasta esa fecha nada había escrito a Vuestra Reverendísima desde que salímos de Güepí, último punto del Putumayo que se comunica con alguna facilidad con Puerto Asís, por la sencilla razón de que estábamos persuadidos de que primero llegaríamos nosotros a Colombia que las cartas que le despacháramos por correo. Pero entonces viendo el mal suceso del pasado y lo incierto del porvenir, le escribí un informe explicándole lo sucedido hasta aquel día y las angustias y oscuridad en que estábamos respecto a lo que nos sucedería en adelante; convencido esta vez de que por bien que nos fuera en nuestro viaje de retorno, le llegaría el informe mucho antes de que nos viéramos. Con todo, el informe llegó a Sibundoy quince días después de estar yo allá.

Al cuarto día de haber llegado a Manaos, el doctor se embarcó para Río de Janeiro, quedándome con los cinco muchachos con quienes salímos de Puerto Asís. Cualquiera que sepa de amistad verdadera y haya compartido penas y alegrías, triunfos y fracasos con algún buen amigo, comprenderá fácilmente cuánto sentiríamos aquella separación en tierra extraña, sobre todo por la incertidumbre y oscuridad de unos y otros. Busqué manera de hacerme a recursos para poder salir de Manaos tan pronto como la buena marcha de la reclamación me lo permitiera. Varias veces me tocó ir a declarar ante el Juez Federal y procurar

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

que todos los de la tripulación de la *Yaquirana* hicieran lo mismo. Fui estudiando la vía más fácil para llegar nuevamente a Colombia con los bogas. Después de las debidas comparaciones, dadas las dificultades para combinar vapores, arreglar pasaportes y muchas otras debidas a la guerra europea, y especialmente a que el Brasil era nación beligerante, llegué a la convicción de que la vía más fácil y económica, aunque no la menos penosa, era sin duda alguna la del Putumayo, aprovechando el vapor peruano que cada tres meses va de Iquitos a El Encanto.

Resolví pues trabajar para hacer la siguiente combinación: embarcarnos en vapor brasilero desde Manaos a la confluencia del Putumayo; en vapor peruano de este punto a El Encanto, y en el *bote Márquez* de Caraparaná a Puerto Asís. Esta combinación nos hacía pensar seriamente en las torturas que nos causarían los moscos del Putumayo en el trayecto de El Encanto a Caucaya; pues si bajando por la mitad del río casi nos desesperaban, qué sería subiendo a paso lento por las orillas, donde se juntan a millones, amén de los inconvenientes de las enormes avenidas, que muchas veces detienen semanas enteras a los que suben en canoa y de la despoblación absoluta de aquel trayecto. Con todo, como mal menor escogimos esa vía. Para poder hacer con éxito la combinación indicada, era preciso que tuviera certeza de la fecha en que el vapor *Liberal* salía de Iquitos para el Putumayo, y también de que los peruanos nos dejarían embarcar y pasar sin dificultad. Para ese objeto creí oportuno aprovechar los servicios del señor Julio Arana, el cual muchas veces se había brindado a ayudarnos en lo que se ofreciera. Al llegar a Manaos con la *Yaquirana*, la primera visita que se nos hizo en el convento de los Padres Capuchinos fue la de ese señor, que nos vino a manifestar su condolencia por lo que nos había sucedido en el Putumayo. ¡Sabe Dios la parte que a él le correspondía en las causas de estos desdichados acontecimientos! A pesar de todo, haciendo de la necesidad virtud, me resolví a conferenciar con el señor Julio Arana para combinar el viaje. Con muchas atenciones me informó de las fechas en que el vapor *Liberal* salía de Iquitos y entraba en el Putumayo, y me brindó caballerosa y espontáneamente su recomendación para el Comandante de dicho vapor, a fin de que nos llevara sin dificultad hasta El Encanto, y también para que

las autoridades peruanas no pusieran obstáculo alguno a nuestro paso para Colombia en canoa. Le pregunté si creía él que podía haber dificultad en que alguna lancha brasilera de las del Bajo Putumayo o Alto Silimoes nos fuera a dejar hasta Yuvineto en caso de no poder tomar a tiempo el vapor *Liberal*. Me contestó que no podía darme respuesta segura a este asunto; pero me dijo que si yo quería, pondría un radiograma a Iquitos consultando, y que tan pronto como tuviera contestación me la haría conocer. Acepté y agradecí el ofrecimiento. En efecto, a los dos días me mandó al convento de San Sebastián la contestación de Iquitos, acompañada de una atenta carta; la respuesta decía:

"Itaya (Iquitos), 18 septiembre 1918. Extra.

"Arana—Manaos.

"Prefecto dice no está sus atribuciones conceder lancha Riveiro surque Yuvineto, pudiendo Padre Gaspar viajar sin inconveniente vapor *Liberal* próximo octubre.

"Firmado, *Zumaeta*"

La carta estaba concebida en los siguientes términos:

"Reverendo Padre Gaspar de Pinell—Presente.

"Muy estimado Padre:

"En este momento recibo el telegrama de Iquitos, el que original acompaño a ésta, y por el que verá usted que no hay inconveniente en que viaje en el vapor *Liberal*.

"Comprendo, como dije a usted, que las autoridades peruanas no dejarían pasar la lancha del señor Riveiro arriba de El Encanto; pero creo que si en el telegrama de pregunta no hubiéramos dicho que iría hasta Yuvineto, y sí al Encanto, no hubiera puesto inconveniente el señor Prefecto de Loreto.

"Al decir que no hay inconveniente en que viaje en el vapor *Liberal*, es de entender también que no hay obstáculo para que siga de allí en canoa y con sus remadores, pues que eso dijímos en el telegrama de pregunta.

"No avisa la fecha de salida del *Liberal* de Iquitos, sin duda porque no saben ni allí, puesto que depende del tele-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

grama que harán de Chorrera y Encanto pidiéndolo; pero yo creo que no saldrá de Iquitos antes del 10 de octubre, conforme hemos conferenciado verbalmente.

"Por estar muy ocupado, con un correo que sale hoy al Pará, no puedo ir personalmente a verlo, pero aquí me tiene usted siempre a su disposición.

"Con sinceridad y simpatía, soy su muy atento y seguro servidor,

"J. C. Arana"

El que haya seguido atentamente el curso de esta relación y conozca lo que representa Julio Arana en Iquitos y en el Putumayo, quizá podrá ver entre líneas cómo las ideas que en ella se expresan con ambigüedad estudiada respecto a la ida de lanchas brasileras al Alto Putumayo, no están muy en desacuerdo con las que se nos manifestaron en El Encanto sobre este mismo asunto, y que seguramente fueron el resorte, arbitrario por supuesto, que nos impidió llegar a Puerto Asís, y deducir de ahí que las influencias de ese señor no eran ajenas a los consejos de Loaisa, ni a las perplejidades de Curiel.

Como se ve en la carta transcrita, la fecha más probable en que el vapor *Liberal* saldría de Iquitos era el 10 de octubre. Según eso, pudimos permanecer en Manaos hasta el 2 o 4 del mismo mes, días en que por lo regular pasaba por Manaos el vapor brasilero de la línea Pará-Iquitos. Así me lo aconsejó repetidas veces el mismo señor Arana, ignoro si con verdadera sinceridad, y otros amigos. A pesar de todo lo que me decían, tenía cierto presentimiento que me impelía fuertemente a salir de Manaos antes de la fecha aconsejada, a fin de asegurar que el vapor *Liberal* no entrara en el Putumayo, sin estar nosotros en su confluencia. Después de serias reflexiones determiné hacer caso omiso de los consejos y seguir mi impulso interior, y por lo que más adelante contaremos, se verá cuán acertada fue esa determinación, la cual he atribuído siempre a influencias del Angel de la Guarda.

En esa ocasión que nos franqueámos más con el señor Julio Arana, supe por boca de él mismo que hacía tiempo seguía la pista del interés con que la Misión trataba de establecer la libre navegación del Putumayo. Me contó el siguiente hecho, que comprueba plenamente lo que acabo de afirmar. El año antes de emprender nosotros el viaje, Vuestra Reverendísima escribió al Ilustrísimo señor Obispo de Manaos exponiéndole sus ideas sobre este asunto y pidiéndole datos comerciales y de otros órdenes sobre la plaza de Manaos, que pudieran orientarlo para adelantar con éxito sus gestiones. El Ilustrísimo señor Obispo pasó la carta a su muy ilustre Vicario General, a fin de que tomara los datos correspondientes y formulara la contestación debida. El muy ilustre señor Vicario era amigo íntimo de don Julio Arana, amistad que se fomentó entre otras razones por la vecindad de las respectivas casas de habitación. Lo primero que le ocurrió a dicho sacerdote al recibir el encargo del Ilustrísimo señor Obispo, fue pasar la carta de Vuestra Reverendísima al señor don Julio Arana, a fin de que le suministrara los datos indispensables para la contestación; lo cual hizo este señor, según él mismo me explicó. Siento no poder tener a la vista en estos momentos aquella contestación para fijarme si se traslucen o nó deseos de que el Putumayo quede expedito para el comercio de Colombia. Todo esto me hace suponer que las gestiones de Arana para nuestro fracaso venían estudiándose y desarrollándose con mucha anticipación y sagacidad. Así, cuando recibió la noticia de que nosotros pasámos por El Encanto con rumbo a Manaos, se enteró de que habíamos llegado a aquella ciudad y de lo que nos proponíamos hacer; él por su lado iría moviendo resortes que condujeran con seguridad al resultado que lamentamos. Lo expuesto son apenas suposiciones, pero dejámos al criterio de los lectores el juzgar si son o nó fundadas.

En ese tiempo me impuse también de las diversas gestiones que ha hecho Julio Arana para sacar a su empresa del Putumayo del estado de quiebra en que se halla, o por lo menos se hallaba, pues él mismo me dijo que entre Pará e Iquitos tenía íntegras las zafras o cosechas de dos años, sin que pudiera conseguir valorizarlas y explotarlas. Este es un dato que puede persuadir a cualquiera de que si pagaran siquiera medianamente bien, a los miles de indios que tienen ocupados en el Caraparaná e Igaraparaná, dado, además, el poco valor del caucho que sacan, porque no es del fino, la empresa tendría necesariamente que obtener pésimos resultados económicos. Supe entonces, no

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

por boca de Arana, sino por otros que seguían muy bien sus gestiones, que este señor no hacía mucho que había hecho una gran propaganda, por medio del cinematógrafo, de sus caucheras del Putumayo, para venderlas bien o para levantar capital con qué poder dar más lucrativa ocupación a sus miles de indios. Yo mismo pude ver una colección de vistas muy bien tomadas, que me confirmaron plenamente este aserto. Fueron completamente negativos los resultados de su propaganda; pero por lo que pude ver, ese señor no pierde ocasión para buscar medios de revivir su empresa. En esos días se había organizado un sindicato inglés, cuyo Gerente, según me informaron, era un señor colombiano, Norzagaray, a quien conocí personalmente, para explotar la balata, en la región de Ríobranco, pues según decían, esa goma, muy abundante en aquellas regiones, era más útil que el caucho para algunas industrias especiales, como correas de máquinas, cubrir cables submarinos, etc.

Los del sindicato traían instrucciones especiales para sacar la goma sin cortar los árboles, y para prepararla en forma de cueritos delgados, que la hacía muy valiosa. El señor Julio Arana, como era natural, se enteró de todos estos proyectos, buscó pronto quiénes fueran a contratarse de peones con aquellos empresarios, para que aprendieran pronto y bien esa nueva industria y mandarlos después al Putumayo, a fin de que la enseñaran a los indios de su dominio. Así se realizó en efecto, y según informes posteriores que he tenido, la balata que sacan y preparar los indios del Caraparaná e Igaraparaná es muy apreciada en el comercio y ha servido en gran manera para evitar la ruina total de la casa Arana. Con todo, por las informaciones que pude adquirir, estoy en la convicción de que aquella empresa no está en estado floreciente, y que su dueño la vendería con gusto si hubiera quien le ofreciera lo suficiente para quedar en buen predicamento en Loreto. Al imponerme por medio del cable, de que el Senador Arana era adverso al tratado de límites con Colombia, he llegado a pensar que tal vez su oposición se deba a fines de negocio, esto es, intentar con su proceder inducir al Gobierno de Colombia a que le compre al precio que él desee, todos los intereses que él tiene en el Putumayo; pues no se compagina esa actitud con lo que él mismo me dijo más de una vez; estoy persuadido de que con sinceridad, comprendía

las ventajas que traería para Colombia y el Perú, sobre todo para Loreto, su tierra natal, un tratado de límites y libre navegación, que pusiera fin al estado de tirantez e incomprensión que tánto perjudicaba a ambos países y que, como peruano, deseaba de veras se llegara pronto a esa amigable y honrosa solución.

X

Oliveira, nuestro apoderado—Armisticio europeo—Radiograma del doctor Márquez—Período álgido de la crisis del Amazonas—Bogas en la cárcel. Desaparción del práctico Vargas—Motivos que nos impelían a salir pronto de Manaos—Ansiedad en Puerto Asís—Las Cancillerías de Colombia, Brasil y Perú, preocupándose de nosotros.

El 26 de septiembre salió de Manaos el vapor *Cidade de Teffé* con rumbo al río Yavarí, y en él tomámos pasaje hasta la desembocadura del Putumayo.

Antes de dejar definitivamente a Manaos, recomendé todos nuestros asuntos al señor José Vaz D'Oliveira, Cónsul de Venezuela y Encargado en ese entonces del Consulado de Colombia, quien hasta el presente ha tomado tánto interés en lo que se le recomendó, como si fuera cosa propia. Antes de separarnos del doctor Márquez, constituímos ambos nuestro apoderado legal al señor D'Oliveira, con amplios poderes para poder obrar como nosotros mismos, quedando encargado de todos nuestros intereses pendientes, mercancías, reclamación, etc. En esos días se firmó el armisticio entre los beligerantes de la guerra europea, circunstancia que nos perjudicó en gran manera para la realización de las mercancías de la lancha, pues con la sola noticia de la suspensión de hostilidades, los precios disminuyeron en un 20 o 30 por 100. El señor Oliveira nos fue dando cuenta exacta a su debido tiempo del curso de los asuntos que le habíamos recomendado con completa escrupulosidad, acreditando una vez más su merecida fama de perfecto caballero portugués. Que Dios Nuestro Señor recompense abundantemente sus inapreciables servicios y bondades.

El doctor Márquez se encargó de estudiar las facilidades que ofreciera el viaje por la vía de Belén del Pará y otras del Sur, lo mismo que si el asunto de nuestro reclamo era muy demorado o de fácil resolución, y comunicarnos pronto sus impresiones para nuestro Gobierno. Con rela-

UNIVERSIDAD EAFIT | Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ción a estos encargos nos puso desde Marañón el siguiente radiograma:

"Asunto demorado, si es posible cojan vía Putumayo o Iquitos."

Esta comunicación confirmó plenamente lo acertado que anduve al escoger la vía Putumayo.

En el tiempo de nuestra segunda permanencia en Manaos, la crisis general había llegado a su período álgido. Todos los días se registraban raterías, y como nuestros bogas eran desconocidos allí y los policías veían que no se ocupaban en trabajo alguno, cada rato cogían a uno u otro como sopechosos. Varias veces tuve que ir a sacarlos de la cárcel haciendo ver a los agentes de seguridad que se trataba de personas honradas, explicándoles los motivos de la situación en que se encontraban. Por otra parte, los gastos diarios de los cinco bogas en el hotel eran considerables. Además, pasámos el gran susto de perder por unos días al práctico Vargas. Como nunca había vivido en ciudad sino a sus anchas en medio de las tribus de los indios, el encontrarse encerrado entre cuatro paredes del hotel o en el perímetro de la ciudad, que para él se convertía en cárcel; la muchedumbre que continuamente veía, con la cual no podía tratar con aquella franqueza con que estaba acostumbrado con las tribus del Putumayo; el traje bien ajustado con que debía presentarse en público, el cual contrastaba con la cusma que hasta entonces había sido su vestido ordinario, los botines que comprimían aquellos pies, hechos a posarse con la anchura máxima de los dedos; el tener que comer en mesa con la etiqueta indispensable en un hotel y el continuo ruido de tranvías y tráfico de la ciudad, lo molestaron y aburrieron de tal manera, que no pudiendo aguantar más, sin despedirse ni avisarnos, salió de Manaos y se fue a vivir unos días en las riberas del río Negro. Yo y los demás compañeros de viaje que ignorábamos su resolución, y que no habíamos sospechado siquiera la intensidad de la nostalgia que lo afligía, creímos que se había perdido o que algún cauchero brasilero lo habría conchavado para llevárselo a su estrada y mil conjeturas más, que nos tenían sumamente inquietos.

Por otro lado, se nos hacía muy extraño que habiendo dejado hijos, todavía pequeños, en poder de sus parientes, pues hacía poco que había quedado viudo cuando salímos

de Puerto Asís, se desentendiera de tal manera de ellos, que ya no pensara en volverlos a ver pronto. Durante tres o cuatro días mandé a los demás bogas que lo buscaran por toda la ciudad y sus alrededores y que averiguaran por él en todos los lugares donde sospecharan que podrían recibir alguna noticia. Viendo lo infructuoso de las averiguaciones de mis compañeros, pensé dar aviso a la policía, explicando lo que nos sucedía. Cuando estaba ya para cumplir esta resolución, se presentó mi hombre manifestándome que se había ido a pasar unos días en las orillas y playas del río, porque no podía aguantar más tánto ruido y tánto encierro y también porque la nostalgia del agua, de la vista del río y de la soberana libertad que en sus riberas se goza para bañarse cuando a uno le da la gana y para comer plátano asado y buen *peje* fresco a su gusto, sin necesidad de platos, ni cucharas, le habían impelido a irse a pasar unos días con unos amigos a que se había hecho, a fin de acabar con la tristeza que lo tenía abatido. Me dijo que lo perdonara por no habérmelo avisado antes, pues no lo hizo porque daba por seguro que yo no accedería a sus deseos, tan necesarios e imperiosos. Y que además procedió así, porque había comprendido que nuestro viaje no era inminente, teniendo el buen cuidado de regresar antes de nuestra salida. No hay que decir que lo perdoné con gusto, no sin la consiguiente reconvención de que otra vez fuera más prudente en sus procederes, para evitarnos angustias y dolores de cabeza. Todo lo expuesto y muchas otras razones en relación con Vuestra Reverendísima, Puerto Asís y Colombia, hacían que procuráramos salir cuanto antes de aquella ciudad.

A fin de hacer las cosas en la mayor reserva, convinimos con el doctor Márquez no poner desde Manaos comunicación alguna sobre lo sucedido, y él quedó encargado de comunicarlo todo a Vuestra Reverendísima desde Belén del Pará. Sea que el cable no llegara o que hubiera descuido en el cumplimiento del convenio, lo cierto fue que Vuestra Reverendísima nada supo de lo sucedido hasta mucho tiempo después, lo cual le ocasionó grandes sinsabores y ansiedades pensando en la suerte que nos había tocado, viendo que no llegábamos a Puerto Asís en la fecha calculada y que no recibía noticia alguna. A este silencio se debió que nuestros nombres anduvieran por las Cancillerías de Colombia, Brasil y Perú, averiguando por nuestro paradero.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

XI

Lo que hicimos a bordo de la "Yaquirana"—Rumbos y dibujo del Putumayo. Colombianos en el Amazonas—Treinta y ocho hijos y diez y ocho nietos. Creyendo ser brasilero, sin renegar de Colombia—Distancia en millas náuticas de Manaos a Iquitos, Cotué y puntos intermedios—Ciudades, pueblos y caseríos del Amazonas—Grandes afluentes del mismo—Bocas del Caquetá. Dificultades que ofrece para la navegación.

Antes de dar por terminada esta segunda parte, me parece bueno explicar lo que hicimos en la *Yaquirana* durante el tiempo que anduvimos en ella. En el Putumayo fui comparando y rectificando el rumbo del río y distancias que había tomado en nuestro viaje en canoa, y además conseguí que uno de los prácticos de la lancha, el señor Manuel Pinheiro Guedes, hábil dibujante y marino fluvial muy práctico, me sacara un dibujo de todo el trayecto de aquel río que recorrimos en la *Yaquirana*.

En las orillas del gran río Amazonas encontrámos varios colombianos establecidos allá, quienes nos llenaron de atenciones y se interesaron mucho por el feliz éxito de nuestra empresa. Entre ellos merece mención especial el señor Heliodoro Córdoba, pastense; este sujeto nos contó que hacía cuarenta años que vivía en aquellas regiones, donde se había casado dos veces, y contaba con treinta y ocho hijos y diez y ocho nietos. Dos veces había poseído buena fortuna y otras tantas había venido a menos. Nos dijo que sospechaba ser brasilero por no haber protestado de aquella nacionalidad en una época en que el Gobierno del Brasil dictó un decreto resolviendo que todos los extranjeros que vivían en aquel país serían considerados como nacionales si en el término de seis meses no protestaban de la naturalización, y como él no protestó, creía que era brasilero, aunque nunca había renegado de Colombia. Nos manifestó también que estaba en la convicción de que todavía sus padres vivían en Pasto, pero hacía muchos años que no tenía noticia de ellos. No hay que decir que todos estos colombianos se forjaron ilusiones y llenaron de esperanzas patrióticas, pensando ya en emprender negocios con sus paisanos de Nariño, pero con el sensible percance de la *Yaquirana* todas sus ilusiones y esperanzas quedaron en nada.

Fuimos anotando las distancias de Manaos a la confluencia del Putumayo, fronteras con el Perú y puntos inter-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Orillas del Alto Solimoes.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

medios, como también otras que pueden interesar a los colombianos.

Hé aquí las principales:

	Millas náuticas.
Del Atlántico a Manaos	1,030
De Belén del Pará a Manaos	930

De Manaos hasta Iquitos son las siguientes:

De Manaos a Manacapuru (pueblo)	60
De Manaos a Codajaz (ciudad)	168
De Manos a Coary (ciudad)	259
De Manaos a Teffé (ciudad)	372
De Manaos a Caisara, caserío y desembocadura principal del Caquetá	429
De Manaos a Fonte Bóa (ciudad)	543
De Manaos a Tunantins (ciudad)	661
De Manos a la boca del Putumayo	679
De Manaos a San Pablo D'Olivensa (ciudad) .	761
De Manaos a Tabatinga (frontera con el Perú)	902
De Manaos a Loreto (caserío peruano)	965
De Manaos a Caballo Cocha (caserío peruano) .	1,000
De Manaos a Peruaté (caserío peruano) . . .	1,064
De Manaos a Pebas (caserío peruano)	1,120
De Manaos a Iquitos (ciudad peruana)	1,232
De la boca del Putumayo a Cotué	120

Tenemos pues que de Manaos a Cotué, frontera del Putumayo, entre Perú y Brasil, hay 799 millas. Hay que advertir respecto a distancias en el Amazonas, que casi nunca se encuentran dos personas que concuerden en los datos, y esto proviene de que las medidas brasileras y portuguesas son distintas, en casi todos los órdenes, de las de otras naciones, como anotaremos más adelante, circunstancia que conviene tener en cuenta en los contratos comerciales. Respecto al caso concreto de millas, podemos señalar estas diferencias: la milla náutica y geográfica tiene 1,852 metros; la inglesa, 1,609, y la brasilera, 2,200 metros. Las distancias que hemos apuntado las tomamos de distintas rutas de los pilotos de la *Yaquirana*.

También anotámos los diversos pueblos, ciudades y caseríos que hay en el trayecto de la boca del Putumayo a

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Manaos. En la banda izquierda, por orden descendente, los principales núcleos de población son: San Antonio, en la boca del Putumayo, caserío; la ciudad de Tunantins; Badajoz, población a orillas de un lago del mismo nombre; queda retirada del río, desde el cual no se alcanza a ver; Codajaz, ciudad y municipio; Anorí, pueblo regular; Anamau, caserío, y Manacapuru, población y municipio. Por la banda derecha, en orden ascendente, se encuentran: Coary, ciudad y municipio; Teffé, la ciudad más antigua y municipio; Caisara, caserío de frente a la desembocadura del Caquetá; Fonte Bóa, ciudad y municipio. Además de los centros indicados, se encuentran multitud de fincas, algunas formando caserío, todo lo cual contribuye a dar un aspecto bellísimo a las riberas del gran río de América. En este mismo trayecto de río de que estamos hablando desembocan, a lado y lado, grandes ríos, algunos de ellos mucho mayores que el Putumayo. En la banda derecha, bajando, se encuentran: el Jutahy, a unas cien millas más abajo de la ciudad de Tunantins; el Juruá, a cincuenta millas después de la ciudad de Fonte Bóa; el Teffé, en la ciudad del mismo nombre; el Coary, también en la ciudad de este nombre, y el Purús, a ciento treinta millas de Manaos. Por la banda izquierda recibe el río Negro, muy cerca de Manaos, y el Caquetá, en el pueblo de Caisara, a 429 millas de aquella ciudad. Creo oportuno rectificar aquí un dato geográfico, que en Colombia pocos lo tienen en cuenta. Se dice comúnmente que el Caquetá tiene varias bocas, y se considera como una de ellas el brazo Auatiparaná, pero en realidad en este brazo y otros que se juntan con el Caquetá antes de Caisara, las aguas del Caquetá no corren hacia el Amazonas, sino las del Amazonas hacia el Caquetá; más abajo de Caisara caen al Amazonas otros caños que llevan aguas del Caquetá, pero propiamente tampoco merecen el nombre de bocas de aquel río, porque al juntarse con el Amazonas, llevan ya más aguas de este mismo río y otros que del Caquetá. Entre estos últimos es notable por su anchura y caudal de agua el llamado Paraná de Codajaz. Al tomar los datos que preceden sobre el Caquetá y sus bocas se nos informó también que este río presenta muchas dificultades para la navegación constante, aun en la parte baja, colonizada por el Brasil, debido a la gran anchura y a la poca profundidad de su cauce. Se nos dijo que

por estas razones la Compañía Amazón River varias veces suspendía por largas temporadas la línea que llega hasta cerca de Apoporis o frontera de Colombia.

XII

Sigue lo que hicimos en la "Yaquirana"—Tripulación legal de las lanchas fluviales en el Estado del Amazonas—Cinco clases de embarcaciones—Tripulación de la "Yaquirana"—Qué es una jangada—Ocios de a bordo—Comparación de distancias y fletes de Europa y Norte América a Pasto, entre las vías de Tumaco y Manaos—Fin trágico de la "Yaquirana"—Informe del Nuncio del Brasil.

Andando en la *Yaquirana* nos informámos también de las condiciones legales que se exigen en el Brasil para que una lancha pueda matricularse oficialmente.

En Manaos se clasifican los vapores fluviales en cinco clases, cada clase exige el personal con los sueldos mensuales que a continuación se expresan, los cuales se fijan como mínimum: primera clase, lanchas remolcadoras, hasta de 30 toneladas; carecen de espacio para pasajeros, y ordinariamente las usan para remolcar jangadas (grandes balsas de madera para construcción):

Un comandante, con noventa dólares . . . . . $ 90
Un práctico, con setenta y cinco 75
Un maquinista, con setenta y cinco 75
Dos fogoneros, con treinta 30
Un marinero para gobernar el timón.
Un mozo para los trabajos de limpieza, y un criado.

La remuneración de estos tres últimos se deja al buen sentido del dueño de la lancha.

Segunda clase, comprende las lanchas comerciales de un solo piso y hasta 30 toneladas:

Un comandante, que al mismo tiempo sea práctico, con noventa dólares . . . . . $ 90
Un práctico, con setenta y cinco 75
Un maquinista, con setenta y cinco 75
Dos marineros para gobernar el timón, con treinta cada uno 30
Tres mozos o simples tripulantes, tres fogoneros, un cocinero y despensero y un criado.

El salario de los nueve últimos se deja también al criterio del dueño de la lancha.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca. Sala de Patrimonio Documental

Además, la ley exige un contador y un médico; pero esta exigencia se elude fácilmente.

Tercera clase: lanchas de dos pisos o toldas, de 30 a 50 toneladas:

Un comandante, con noventa dólares	$ 90
Dos prácticos, con cincuenta cada uno	50
Dos maquinistas, con setenta y cinco ($ 75) el primero y cincuenta ($ 50) el segundo	125
Tres fogoneros, con treinta ($ 30) cada uno . . .	60
Tres marineros para gobernar el timón, con veinte ($ 20) cada uno	60
Tres mozos, simples tripulantes, con quince ($ 15) cada uno	45
Un cocinero, con treinta	30
Un despensero, con veinte	20
Un copero, con doce	12

Un contador y un médico, de los cuales se puede prescindir fácilmente.

Cuarta clase: lanchas de dos pisos, de 50 a 70 toneladas:

Un comandante, con noventa dólares	$ 90
Un contramaestre, con setenta y cinco	75
Dos prácticos, con cincuenta ($ 50) cada uno . .	100
Dos maquinistas, con setenta y cinco	75
Tres fogoneros, con treinta ($ 30) cada uno . . .	90
Dos carboneros, con veinticinco cada uno	50
Tres marineros para gobernar el timón, con veinte ($ 20) cada uno	60
Tres mozos, simples tripulantes, con quince ($ 15) cada uno	45
Un cocinero, con treinta	30
Un despensero, con veinticinco ($ 25)	25
Tres criados, con doce ($ 12) cada uno	36

Un médico, del cual se puede prescindir con facilidad.

Quinta clase: vapores de gran tonelaje:

Un comandante.
Un inmediato.
Un contramaestre.
Dos prácticos.
Cuatro fogoneros.
Dos carboneros.

Cuatro marineros.
Cuatro mozos.
Dos cocineros.
Un despensero.
Cuatro criados.
Un médico, que casi nunca se consigue.

Los sueldos de los empleados de esta última clase no se fijan oficialmente porque se supone que son siempre superiores a los de la clase inmediata y ordinariamente dependen de las ganancias que hagan los dueños de las embarcaciones y de los buenos servicios de los tripulantes.

Para expedir el título oficial de práctico se exige un examen riguroso sobre la geografía y condiciones especiales de los ríos para los cuales se quiere adquirir, dando por supuesto que el que lo pretende sabe dibujar y hacer los cálculos marítimos, propios de la profesión. Me acuerdo que una de las dificultades que más nos costó vencer para poder salir de Manaos con lancha, fue el no encontrar prácticos del río Isa o Putumayo. La *Yaquirana* pertenecía a la tercera de las clases mencionadas, y su personal era el siguiente:

Un comandante, señor Augusto Viera.

Dos prácticos: el primero, señor Manuel Pincheiro Guedes; el segundo, Manuel Romualdo Martínez.

Dos maquinistas: el primero, José dos Reis e Goes; el segundo, Raimundo Augusto de Silva.

Tres fogoneros: Justino Machado Sgrejo, Alviro da Silva y Catharino Macedo Silva.

Dos marineros: Eloy Alves Braga y Antonio Gonsalves Dantos.

Cuatro mozos o simples tripulantes: Francisco Havier de Macedo, Manuel María Alves Guimaraes, Raimundo Riveiro dos Santos y Manuel Pelacho Seixas.

Un despensero: Joao Lauria.

Un copero: Francisco Matheus.

Un cocinero: Joao Justino.

Estos fueron los compañeros de alegrías y desdichas en el accidentado viaje de Manaos a El Encanto y de El Encanto a Manaos, de quienes conservamos gratos recuerdos por su corrección y caballerosidad en todo, al mismo tiempo que por el interés con que cumplieron sus deberes y ayudaron en cuanto estuvo de su parte a vencer dificul-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tades para el feliz éxito de nuestra empresa. ¡Que Dios Nuestro Señor pague su buena voluntad y premie sus esfuerzos!

Incidentalmente hemos hecho mención de las jangadas; antes de seguir adelante me parece oportuno decir dos palabras sobre estas embarcaciones singulares. Una jangada consiste en una enorme balsa confeccionada con grandes trozos de madera fina para aserrar o edificar; hay jangadas de mil y hasta dos mil trozas. Ordinariamente las preparan en las cabeceras de los grandes afluentes del Amazonas, donde abundan los bosques de maderas de construcción. En la superficie de esas largas y anchas balsas arman casas de habitación los peones que las dirigen, de manera que a la vista hacen el efecto de un campamento o ranchería ambulante. Mientras se dejan llevar por la corriente andan por su propio impulso y con bastante rapidez; pero si para llegar a su destino es necesario remontar algún río o andar por aguas estancadas, tienen que valerse de la fuerza de las lanchas remolcadoras, que son las del primer grupo de la clasificación mencionada.

También aprovechábamos los ocios de a bordo para hacer comparaciones entre los fletes de las vías Nueva York-Europa, Tumaco-Barbacoas-Pasto y Nueva York-Europa, Manaos, Puerto Asís-Pasto. Para esas comparaciones nos servíamos de los datos que el doctor Márquez, como Visitador Fiscal de la Nación, había recogido en las costas del Pacífico, Barbacoas y Pasto, y de las que habíamos recogido en Manaos y en el Amazonas. De estas comparaciones sacamos las siguientes consecuencias: en 1917, una tonelad de Nueva York o Europa a Tumaco, costaba 87 dólares; y de Tumaco a Barbacoas, 38 dólares. En 1918 una tonelada de Norte América o Europa a Manaos resultaba en los casos de más recargo a 45 dólares. En una lancha que pueda ir y volver, cargada de Manaos a Puerto Asís, la tonelada por término medio no saldría a más de 30 dólares. Las distancias de Barbacoas a Pasto y de Pasto a Puerto Asís son equivalentes. Por consiguiente, en ese tiempo la diferencia a favor de la vía Europa-Manaos-Puerto Asís era de 50 dólares por tonelada. Naturalmente que al principio se presentarían muchas dificultades imprevistas, como la falta de leña preparada en los desiertos del Putumayo; algunas veces falta de carga en Puerto Asís,

y otras por el estilo, pero todas se podrían compensar con una subvención oficial a la compañía que emprendiera esta magna obra durante el tiempo necesario para solucionar estos inconvenientes que la experiencia iría presentando. Los vapores de altar mar se ponen en quince días de Europa o Norte América a Manaos; y cualquier lancha que ande siquiera cinco millas por hora, puede ponerse de Manaos a Puerto Asís en 273 horas, pues según datos bien fundados y aproximados, entre esos dos puertos no hay más de 1,363 millas.

En esta clase de ocupaciones pasábamos los ocios de a bordo mientras nos alentaba la esperanza de llegar a Puerto Asís con la *Yaquirana;* pero en otros cálculos, por cierto bien tristes, empleámos los últimos días que nos tocó andar en aquella nave de tristes recuerdos.

A veces se notan en la vida algunos encadenamientos de acontecimientos desgraciados, como si un hado fatídico se cebara en ciertos objetos y personas. De un modo especial ha sucedido esto con la *Yaquirana*, a la cual con razón podríamos apellidar la lancha de las desdichas. Cuando estaba recién construída fue quitada a su dueño por haber sido aprehendida con un contrabando. Más tarde en un afluente del Amazonas tuvo un percance, no recuerdo si con los peruanos o bolivianos, el cual costó bien caro a los que lo promovieron. Ya hemos contado lo que a nosotros nos aconteció en el Putumayo, y finalmente, hace ocho días que recibí la triste noticia de que el 17 de febrero del presente año naufragó trágicamente en Manacapurú, pereciendo en ella veintitrés personas. Según los datos que me han comunicado, cuando se hundió llevaba a bordo cuarenta y cuatro personas, seiscientos sesenta barriles o cajas de castañas del Amazonas, mil kilos de caucho fino (o *borracha* en el Brasil), y ciento ochenta kilos de pescado. Esas cifras dan una idea de la capacidad de dicha embarcación.

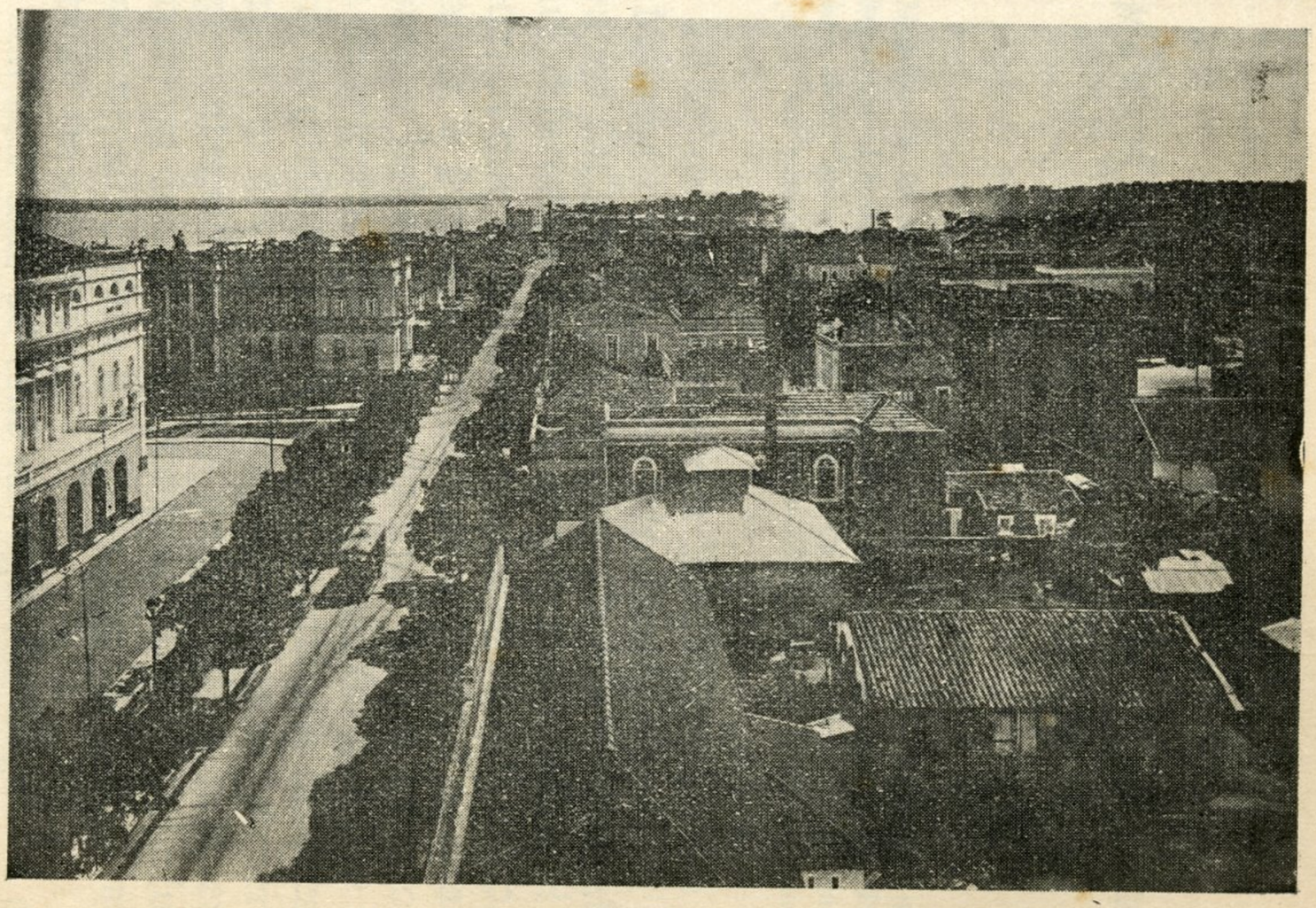
Despidámonos ya de la *Yaquirana* para volver a recordar las últimas diligencias que hice antes de dejar a Manaos, tal vez para siempre. Estas diligencias fueron: escribir al Nuncio Apostólico del Brasil, explicándole lo que nos había sucedido, e interesándole vivamente a que nos ayudara ante aquel Gobierno a establecer la navegación y vencer las dificultades por medio de la vía diplomática. Le expuse las grandes ventajas que esa medida traería a los pobres

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

salvajes del Putumayo, objeto de las tiernas solicitudes del Sumo Pontífice. Le recordaba las manifestaciones principales de esta paternal solicitud; la Encíclica *Lacrimabili Statu* y el establecimiento de la Misión de Padres Franciscanos ingleses en el Caraparaná e Igaraparaná. Le hacía presente que aquella Misión estaba por acabarse por carecer los Padres de lo indispensable para atender a las más apremiantes necesidades de la vida. Le exponía cómo con la libre navegación del Putumayo, esos miles de indios se pondrían en contacto con el mundo civilizado y éste se enteraría del yugo que soportan y podría interceder por ellos, o ellos mismos librarse por medio de un fácil traslado a otras partes donde les fuera más fácil recibir con mayor eficacia las enseñanzas redentoras del Evangelio y hacerse a las prácticas de la verdadera civilización. Le ponía de presente cómo el eco de la crueldad que se había tenido con los indios del Caraparaná e Igaraparaná no sólo conmovió el corazón paternal del Papa sino que también movió la compasión de algunos gobiernos civilizados, quienes se interesaron mandando visitadores especiales a que se informaran de lo que ocurría y de lo que se podía hacer para acabar con las prácticas reñidas con la civilización y el derecho de gentes. Y finalmente le manifestaba cómo la guerra europea frustró en parte el fruto de esas visitas, por embargar aquélla toda la atención de los gobiernos, aunque sin duda alguna tuvieron provechosos resultados, pues desde entonces se mejoraron los métodos y el trato de aquellos seres infelices dignos de mejor suerte.

Aquí pongo punto final a esta segunda parte de mi informe, dispuesto a seguir con la tercera, hasta dar fin al encargo de Vuestra Reverendísima.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental



Manaos. Gran Avenida de Eduardo Riveiro; en el fondo, Palacio de Justicia y cervecería alemana.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

TERCERA PARTE

DE MANAOS A PUERTO ASÍS, Y ALGUNAS COSTUMBRES Y DATOS SOBRE EL AMAZONAS

I

De Manaos a la desembocadura del Putumayo—Victoria que se convirtió en derrota—Fiesta de nuestro Padre San Francisco en Tunantins—Compostura del "bote Márquez"—Las "charapas" del Amazonas—Su utilidad. Su pesca-caza—Tabuleiros—Llegada a Puerto América.

El 26 de septiembre por la noche salímos nuevamente de Manaos con los cinco tripulantes del *bote Márquez* en el vapor *Cidade de Teffé*, que viajaba con rumbo a Yavarí. ¡Qué diferencia entre el estado de ánimo del día de esta salida, al que teníamos la noche del 28 de julio, cuando dejábamos a Manaos, embarcados en la *Yaquirana!* Ese día creíamos haber conseguido uno de los triunfos más grandes de nuestra vida, y en esta ocasión la triste realidad nos hacía experimentar que aquella victoria saboreada antes de tiempo, no nos servía sino para hacernos experimentar con mayor intensidad en esos melancólicos momentos todo el peso de un desastre, no por involuntario y de fuerza mayor, menos sensible para los que comprendíamos su fatal e inevitable trascendencia.

En seis días de feliz navegación llegámos a Tunantins. Como estaba persuadido de que pasarían algunos días antes de que llegara el vapor *Liberal* a la confluencia del Putumayo, resolvimos celebrar en Tunantins la fiesta de nuestro seráfico Padre San Francisco, en compañía del Reverendísimo Padre Evangelista de Cefalonia. Pasámos allí cuatro días muy bien atendidos. Durante este tiempo los bogas repararon las averías que el *bote Márquez* había recibido en la desanclada de la *Yaquirana*, que ya referimos. Una vez compuesto, se sirvieron de él para ir a la caza-pesca, que de todo tiene, de *charapas* o tortugas grandes, con tan

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

buen resultado, que en una noche cogieron treinta o cuarenta.

Digamos algo sobre la *charapa* (*tartaruga* en portugués), elemento de primera necesidad en el Amazonas. Este anfibio llega a alcanzar proporciones increíbles para quien no los haya visto; algunas pesan más de tres arrobas y tienen un metro de largo por medio de ancho. Los amazonenses se aprovechan de ella en tal forma, que todo el año les proporciona carne fresca. La saben preparar con una habilidad y destreza tan admirables, que la hacen saber a muchas otras carnes distintas, de tal modo que a veces presentan en una misma comida tres o cuatro platos diversos, que uno que no sepa, ni siquiera sospecha que hayan salido de los elementos de un mismo animal. En todas las casas de las orillas del río se ve una especie de corral, como una jaula grande, parte del cual constituye un estanque de agua no muy limpia; es el vivero de las tortugas. Allí las colocan cuando las cogen, y en esos sitios viven hasta años enteros, sin otro gasto que algunas hojas que les echan para su alimento. A medida que las necesidades de la familia lo reclaman, las van matando para su alimentación, como se hace con las aves de corral. Es muy original y divertida la manera de cogerlas: hay una época en el año, especialmente en los meses de septiembre y octubre, cuando el Amazonas alcanza su mayor merma y deja grandes y anchas playas, algunas de leguas, en que las tortugas salen de noche en manadas de cientos y a veces miles, a poner huevos en aquellos inmensos y calientes arenales. Cuando salen, hacen un ruido especial, que los oídos de los que están acostumbrados a la vida del río lo perciben a bastante distancia. Estas salidas sólo las hacen a oscuras y en playas donde no haya movimiento de gente o animales, y no se noten rastros frescos. Como estos anfibios constituyen una verdadera riqueza que conviene aprovechar, ya para la alimentación, ya para la venta, y por otra parte las orillas del Amazonas van llenándose de casas y fincas, en forma que casi no se encuentran playas desiertas, donde no ande gente o ganado, los municipios resolvieron organizar la caza-pesca de las *charapas*, en forma que al mismo tiempo que fuera abundante y segura, sin acabar con estos animales, resultara una renta para el fisco municipal. Dicha organización se efectuó así: escogieron unas playas a las cuales

llaman *tabuleiros*, donde prohiben que nadie ande, ni suelte ganado. Para que de lejos se conozcan estas playas, las señalan con banderas blancas. Cada año el municipio arrienda esas playas en licitación pública. El mejor postor queda con el derecho exclusivo de vigilar la playa, y para el efecto tiene policías a sus órdenes. Cuando llega la época de la postura de los huevos, frente a los *tabuleiros*, en la orilla opuesta del río, se constituye un verdadero pueblo provisional, de gente deseosa de proveerse de carne para todo el año y también para la venta. A veces pasan en estos campamentos semanas enteras en espera de la salida de las tortugas; las noches que por las condiciones atmosféricas es casi seguro que salgan, unos cuantos hombres prácticos y animosos se arriman a la playa a atisbar si se cumplen o nó sus deseos. Así que oyen salir las tortugas se van alistando en espera de que se hayan separado bastante de la orilla. Cuando calculan que están lejos del agua, a una señal del arrendatario de la playa, que es el que dirige estas operaciones, dada por medio de un pito, corren tras las tortugas y las van volteando patas arriba. Cuando las *charapas* se dan cuenta de que hay quien las persigue, giran y prenden carrera hacia el agua, con tal velocidad, que es imposible atajarlas, y si son muchas las que se regresan, los *viradores*, que así se llaman los que las voltean, tienen que andar muy listos en abrir paso, a fin de librarse de fuertes golpes que con aquellas grandes conchas recibirían en las canillas, capaces de hacerlos caer al suelo y dejarlos sin sentido, pues es enorme la fuerza de esos animales. Para esa especie constituye excepción aquel refrán de *paso de tortuga*, ya que cuando van de huída, su paso es más ligero que el de muchos otros animales. En algunas viradas, si los operarios son hábiles, consiguen movilizar 500, 800 y hasta 1,000 *charapas*. Al terminar la viración, por medio de un pitazo, el arrendatario del tabulero avisa a los de la orilla opuesta, quienes están ya preparados en sus canoas. Al oír la señal empiezan a *chimbar* el gran río con la mayor presteza. Así que llegan a la playa, cada uno va cogiendo y cargando las *charapas* que alcance. A veces en estos momentos se arman grandes altercados, y siempre esta operación es motivo de gran algazara y alegría. Familias enteras forman parte en esta última maniobra, consiguiendo de este modo hacer buena provisión. Hay que tener práctica y bastante

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

fuerza para coger y cargar esos animales; de lo contrario se exponen a que de un mordisco les pasen la mano o corten un dedo; o con las patas y manos, que mueven sin cesar, les desgarren las orejas, espaldas y brazos. La operación de la recogida hay que efectuarla con alguna presteza, pues la *charapa* con sus esfuerzos logra volver a sentar su pecho en la arena y entonces no hay quien la alcance. Al terminar la recogida, el arrendatario de la playa pasa a contar el número total de presas, y de cada ocho o diez separa una para sí.

La tortuga es un buen negocio en el Amazonas: por cada una de las grandes se pagan dos y tres dólares, y todos los buques y lanchas que van a Manaos compran las más que pueden. Antiguamente los amazonenses se dedicaban a la extracción del aceite o manteca de los huevos de *charapa*, operación muy demorada, pero después se dieron cuenta que les daría mejor resultado coger las *charapas*, y hace mucho tiempo que así lo efectúan, y han dejado casi por completo la industria del aceite o manteca. Ordinariamente las cogen antes de desovar, lo cual les permite aprovechar no sólo la carne sino también los huevos, que por cierto son muy sabrosos y alimenticios. Mientras yo descansaba en Tunantins con el Reverendísimo Padre Prefecto Apostólico del Alto Solimoes, mis compañeros de viaje se fueron a una de esas cacerías nocturnas, de la cual volvieron muy satisfechos, aunque algunos con las señales de su poca destreza, en las orejas y manos.

El 6 de octubre salímos de Tunantins para la boca del Putumayo en la lancha de la frontera brasilera de Ipiranga, que había ido allá a visitar al Reverendísimo Padre Prefecto y a otros quehaceres de su cargo. Desembarcámos en Puerto América a esperar el vapor *Liberal*, pensando que tardaría todavía siete u ocho días en pasar por allí. Apoyado en esta convicción, di permiso a los bogas para que se fueran a visitar sus antiguos amigos de aquellos contornos, exigiéndoles como medida preventiva que el 10 estuvieran sin falta todos conmigo.

II

Razas del Amazonas—Caboclos—Lingua geral do Brazil—Palabras del Amazonas y sus equivalentes en Colombia—Amor a las tradiciones indígenas y al Portugal—El portugués más popular del mundo—Causas del afecto al Portugal.

Como estamos ya para dejar definitivamente el Amazonas, antes de despedirme de esa simpática región, donde tánto sufrí y gocé, creo del caso decir algo más sobre sus pobladores y su lengua. El Amazonas tiene su raza y lengua propias, pero la raza está ya muy mezclada con los blancos y también, aunque en proporciones muy inferiores, con los negros. A los naturales de esa región que no sean de raza blanca pura los llaman *caboclos*, palabra portuguesa que significa cobrizo. El Amazonas y todos sus afluentes tenían sus razas indígenas peculiares. Según estudios concienzudos, se enumeran 373 tribus de indios, más o menos heterogéneos, sólo en los diversos ríos del Estado del Amazonas. La población de raza blanca es también muy diversa: hay portugueses, turcos, sirios, judíos, brasileros de los Estados centrales y del Sur, colombianos, peruanos, chinos y algunos alemanes. Los caboclos hablan su lengua propia, que llaman *lingua geral do Brazil*. Según los historiadores, en tiempo del descubrimiento, en todo el litoral del Brasil, se hablaba una sola lengua con las alteraciones accidentales, ocasionadas por las circunstancias de las diversas regiones. En cambio, en el interior del país se hablaban diversos idiomas, y una y otros tenían multitud de dialectos. La necesidad de hacerse comprender impulsó a los negociantes portugueses y a los Misioneros católicos a constituír una lengua uniforme que les sirviera para entenderse con todos los indios del litoral. Debido a estos esfuerzos, a las relaciones que se fueron estableciendo entre los indios del litoral y del interior, a la necesidad en que se vieron los indios de entenderse con los conquistadores y Misioneros, y sobre todo a las gramáticas que escribieron estos últimos, especialmente los jesuítas, aquella lengua del litoral, debidamente sistematizada y perfeccionada, se vino a convertir en la *lingua geral do Brazil*, con la cual se entendían perfectamente todos los habitantes de aquellas inmensas regiones. Esta lengua es algo parecida en el sonido al inca o quichua del Ecuador y de algunas tribus de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

nuestra Prefectura Apostólica. Ignoro las analogías que tengan, por no haber tenido lugar de hacer comparaciones. Casi todos los blancos radicados en aquellas regiones entienden y hablan perfectamente esta lengua. Gran parte de los caboclos no saben otra.

Noté una cosa muy particular en los brasileros del Amazonas de raza blanca pura, y es el grande amor que tienen a las tradiciones indígenas. Consideran como una gloria hablar correctamente la *lingua geral*. Cuentan como un hecho digno de perpetuarse en los fastos de su historia, el caso del Emperador Pedro II, que cuando fue a visitar al Papa, después de haberle hablado en el idioma diplomático, lo hizo en la *lingua geral do Brazil*, diciéndole que aquella era la lengua propia de sus súbditos. No creo fuera de lugar poner aquí una lista de nombres con que en el Amazonas se conocen algunos objetos, animales y plantas. Ignoro el origen etimológico de la mayor parte de ellos, por no haber podido consultar con personas o libros competentes; lo mismo que si pertenecen a la *lingua geral do Brazil*, o son mezcla de etimologías portuguesas e indígenas; se nota claramente que algunas son de origen portugués. A fin de que pueda comparar quien quiera, pondré dos listas: una con los nombres que se emplean en el Amazonas y otra con sus equivalentes en Colombia.

Amazonas.	*Colombia.*
Anta	Danta.
Jacaré	Caimán.
Paca	Mamita o boruga.
Cutia	Guara o tintín.
Viado	Venado.
Gado	Ganado.
Macaco	Mono.
Macaco-guariba	Mono-cotudo.
Macaco-yapusa	Mono-chorongo.
Macaco-chero	Mono-tanque.
Macaco-sagui	Mono-chichico.
Macaco-prego	Mono-chichico-blanco.
Lontra	Nutria.
Tartaruga	Tortuga grande o charapa.
Faricaya	Tortuga o charapa pequeña.
Fracuya	Idem, idem.
Juca	Tortuga más pequeña.
Juvatí (matelo en el Perú)	Tortuga de monte o morrocoy.
Motú	Paujil.
Jacu o cuyubí	Pava.

Amazonas.	*Colombia.*
Pirarucú	Paiche (pez grande como bacalao).
Surubí	Bagre (pez grande).
Tambatí	Gamitana o dorada.
Mapará	Bocachico (pez).
Peraña	Puño (pez).
Peixe-boy	Vaca-marina.
Mandyhi	Barbudo (pez).
Pacú	Garopa (pez).
Cachorro	Dentón (pez).
Matinchón o chatuarana	Sábalo (pez).
Arará	Guacamaya.
Tucano	Picudo o tucano.
Ananá o Cacachí	Piña.
Mamón	Papaya.
Jurumú	Calabazo o zapallo.
Avacacha	Mango.
Aviyú	Caimito.
Tangerina	Mandarina.
Mirití	Canangucho (palma y su fruto).
Pupuña	Chontaduro.
Asaí (himipué, entre macaguajes)	Palma sacristán o naibe.
Jahuarí	Palma de coco.
Pachuba	Bombón (palma).
Anaya	Palma real y palma milpesos.
Bacaba	Palma chontilla.
Patagua	Palma milpesos.
Caxú	Marañón (planta y fruto).
Paraná	Brazo de río.
Ygarapé	Río pequeño o quebrada.
Masaranduba	Arbol de la balata.

Al río Cotué, fronterizo entre el Perú y Brasil con el Putumayo, lo llaman Güequí.

Al revés de lo que ha sucedido en otras repúblicas de la América latina, los brasileros o por lo menos los amazonenses de raza blanca brasileros, tienen como un timbre de honor ponerse apellidos indígenas o que hagan referencia a tradiciones indígenas. Recuerdo que un gran personaje ostentaba el apellido de *Indio del Brasil*, y uno de los grandes vapores de la Compañía *Lloyd Brasileiro*, que hacen la travesía de Río de Janeiro a Manaos, lleva este nombre, seguramente como homenaje a ese personaje.

Otra cosa que también cautiva la atención es la gran veneración que todos, cabuclos y blancos, tienen al Portugal. Para ellos ir a Lisboa es la meta de sus aspiraciones; algo así como ir a París los de la América española. Es popular allá este dicho: "quem náo ha visto Lisboa náo ha visto cousa bóa." Muchos cablocos conocen aquella capi-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tal. En tiempos en que el caucho tenía precios fabulosos y en que fácilmente cualquiera podía hacer fortuna, lo primero en que pensaban cuando disponían de bastante dinero era en ir a Europa, pero antes que todo a Lisboa. Todos los periódicos de Manaos traen minuciosas noticias, aun de los pueblos más insignificantes de Portugal, como si en realidad formaran parte del Brasil o Amazonas. Las glorias portuguesas las consideran como propias. Respecto a esto, recuerdo el hecho concreto del interés que tienen en llamar a San Antonio no con el sobrenombre de Padua, como se conoce universalmente, sino de Lisboa; consideran a San Antonio como el portugués más popular del mundo y el más grande en su esfera. Por consiguiente, no quieren que se olvide que fue Lisboa y no Padua la cuna de aquel insigne bienhechor de la humanidad. El 13 de junio pudimos contemplar en Manaos la gran devoción que el pueblo tiene a aquel santo y también cómo se complacían los que hablaban con nosotros de la festividad del día, en recalcarnos que debíamos decir San Antonio de Lisboa y no de Padua.

Discurriendo sobre las causas de haber los brasileros conservado tánto afecto a Portugal, creo que se puedan señalar como no despreciables, el haberse independizado sin guerras y haber fomentado después de la independencia los vínculos comerciales con el Portugal, tal vez con más intensidad que antes. Actualmente en el Amazonas las casas comerciales más fuertes y bien organizadas son portuguesas. Esto hace que los portugueses se encuentren en el Brasil como en su propia nación; y tal vez se podría afirmar, sin alejarse mucho de la verdad, que hay más portugueses en el Brasil que en el Portugal.

III

Medidas brasileras y su equivalencia en el sistema métrico decimal—Unidad monetaria del Brasil y su equivalencia con el dólar y peso colombiano. Caimanes del Amazonas—"Baixa enorme jacaré"—Aspecto pavoroso de la muerte—Reses descalabradas—El caimán y el tigre—Pesca con flecha. Pesca de tortugas con anzuelo—Cómo se pescan la vaca marina, el paiche y el bagre.

Para el comercio hay que tener en cuenta que los pesos y medidas que se usan en el Brasil, o por lo menos en el Amazonas, son distintos de los que se emplean en Colombia, Perú y otras naciones. Por si fueren de alguna utilidad, pongo a continuación dichas medidas, y su equivalencia en el sistema métrico decimal:

Medidas de longitud.

Legua brasilera, 6,172 metros.
Milla brasilera, 2,200 metros.
Braza brasilera, 2-20 metros.
Vara brasilera, 1-10 metros.
Un cobado o codo brasilero, 66 centímetros.
Un pie de reis, 33 centímetros.
Un palmo, 22 centímetros.
Una pulgada brasilera, 0.0275 decímetros.
Una línea brasilera, 0.0023 decímetros.

Medidas de peso.

Tonelada brasilera, 793 kilos.
Quintal brasilero, 58 kilos.
Arroba brasilera, 14 kilos.
Libra brasilera, 458 gramos 05 centigramos.
Onza brasilera, 28 gramos 68 centigramos.
Octava brasilera, 3 gramos 586 miligramos.
Quilote brasilero, 195 miligramos.

Medidas de capacidad.

Pipa brasilera, 480 litros.
Canada brasilera, 2-26 centilitros.
Cuartillo brasilero, 0-66 centilitros.
Alquiere brasilero, 36-27 centilitros.
Cuarto brasilero, 9-07 centilitros.
Selamím brasilero, 2-27 centilitros.

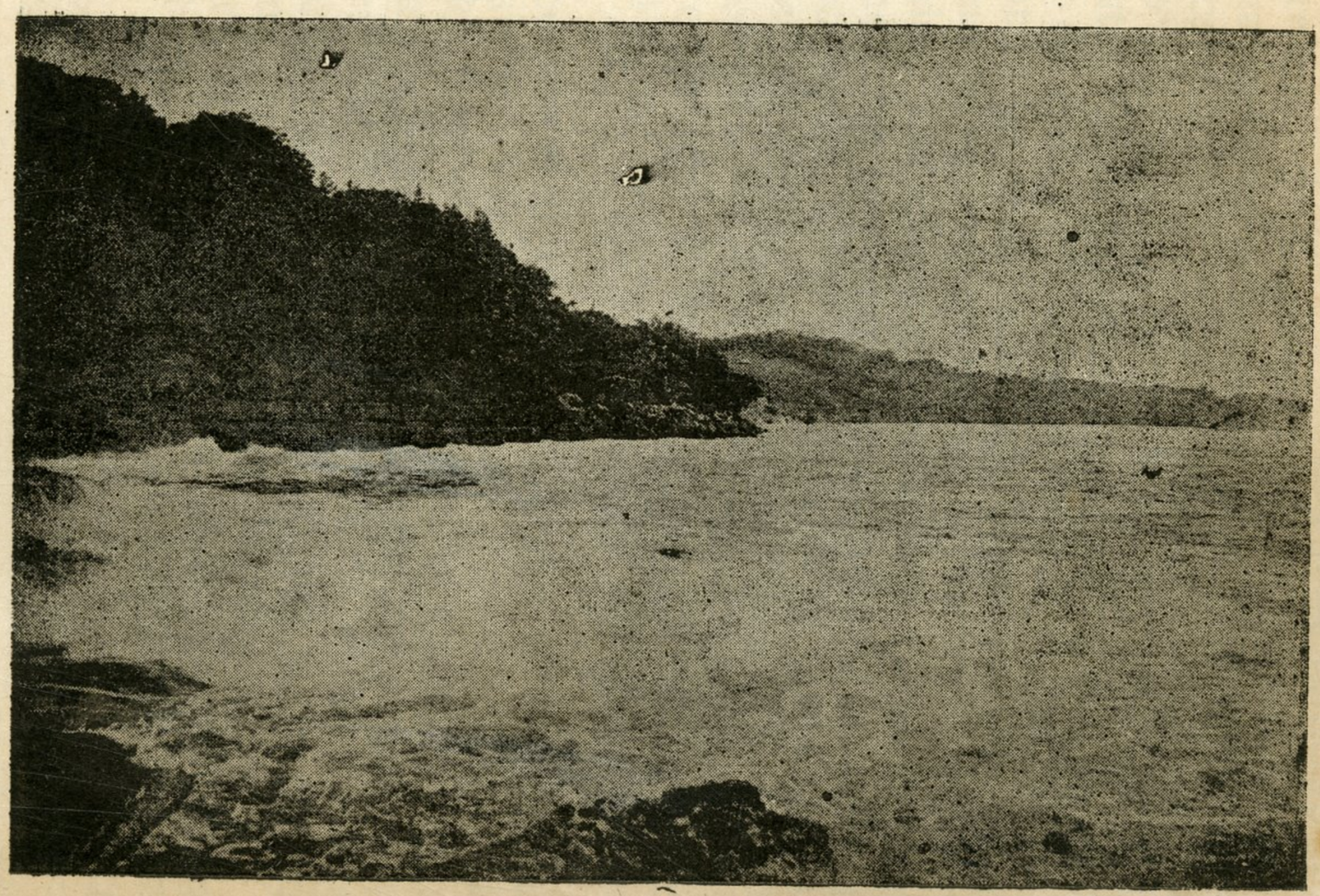
Es bueno también tener en cuenta lo que representa la unidad monetaria del Brasil con relación al peso oro colombiano o dólar americano. La unidad del Brasil es el reis; cuando el cambio está a la par, cuatro mil reis representan un dólar y un conto de reis, que equivale a decir un millón de reis; a la par son doscientos cincuenta dólares o pesos ($ 250) oro colombiano.

No quiero tampoco dejar en el tintero la impresión que nos causó el tamaño enorme que alcanzan los caimanes en

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

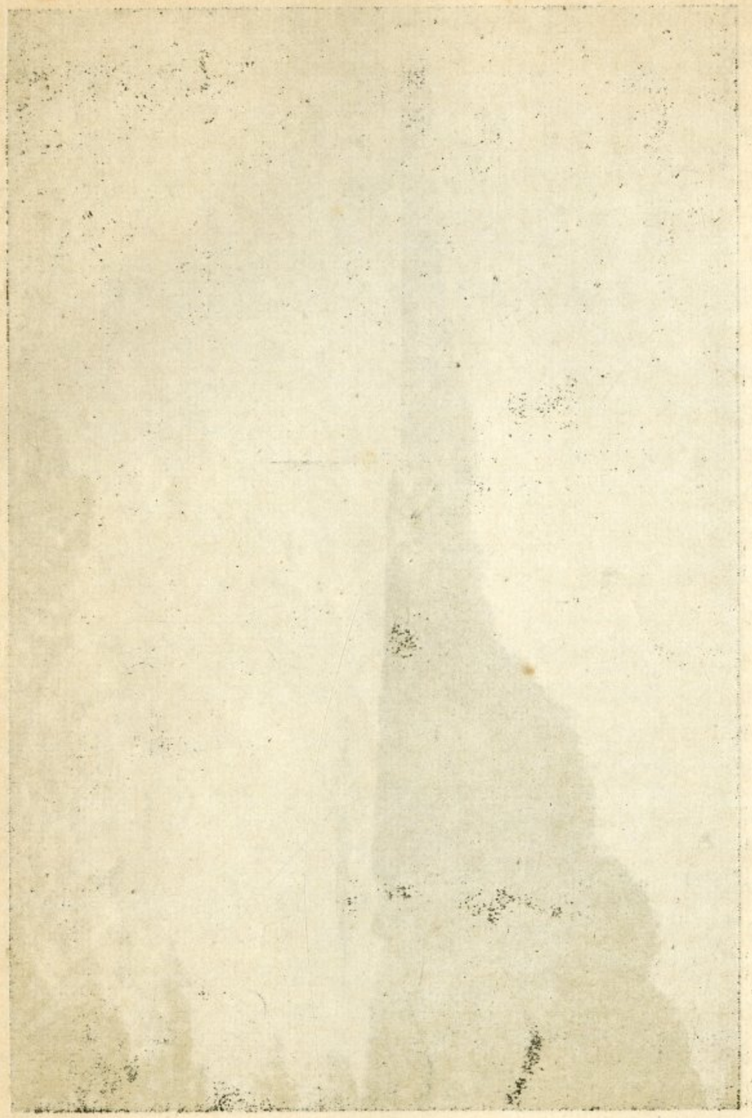
el Amazonas o *Jacarés*, como lo llaman allá. Desde la lancha nos divertíamos haciéndoles tiros con carabinas Winchester, y aunque a veces parecía que daban en el blanco, no se movían del sitio aquellas enormes cabezas que desde la altura en que nosotros estábamos nos hacían el efecto de cabezas de caballo. Por contemplar a uno de esos monstruos que se dejaba arrastrar al mismo compás de la corriente, con todo su cuerpo en la superficie de las aguas, el cual medía por lo menos unos cuatro metros de largo por un grosor extraordinario, casi perecemos todos en la *Yaquirana*, precisamente muy cerca del lugar donde hace poco naufragó. El hecho sucedió de la siguiente manera: se desencadenó un fuerte y persistente viento, que levantaba grandes olas con espuma blanca, como las que se contemplan en los temporales marítimos. En vista de las violentas sacudidas que sufría la embarcación, hasta el punto que ya nos empezábamos a marear, el Capitán creyó prudente arrimar a un remanso de la ribera, en espera de que las aguas estuvieran más tranquilas. Con cabos de alambre amarraron la lancha a un gran palo, que quedaba a diez metros de la orilla. Mientras la mayoría de pasajeros y tripulantes estábamos echados en las hamacas platicando apaciblemente, y el Capitán profundamente dormido, oímos un grito dado por un tripulante de popa: *baixa jacaré enorme;* oír esto, levantarnos todos y correr hacia donde salía el grito, fue en un instante, de modo que todos los de a bordo, excepto el Capitán que seguía durmiendo, nos reunimos en la popa de la lancha a mirar aquel monstruo enorme, que como durmiendo y dejándose mecer tranquilamente por la corriente pasó muy cerca de nosotros. El peso de todos los allí reunidos hizo que la lancha halara con gran fuerza el cable que estaba amarrado en el árbol, el cual a la vez hizo derrumbar todo el pedazo de terreno que lo separaba del río, y junto con él se sumergió en las aguas, siguiendo la corriente del río, pasando precisamente por debajo de la lancha, haciéndola levantar tanto de proa a popa, que hubo un momento que nos creímos todos en el agua y tapados por la nave. Al grito de angustia que dimos se despertó sobresaltado el Capitán, precisamente en los instantes en que la posición de la lancha era más peligrosa. Al ver aquello, sin saber de qué se trataba, se puso tan pálido que creímos se quedaba exánime, pero gracias a Dios, a los pocos

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental



El lago de la Chorrera en el Igaraparaná.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental



momentos pasó el peligro, sin que la nave sufriera avería alguna, quedando todos nuevamente tranquilos y haciendo animados comentarios de aquel extraño suceso, que junto al aspecto horrible del caimán nos hizo contemplar el no menos pavoroso de la muerte.

En muchas haciendas de las orillas del gran río se ven reses descalabradas por los caimanes: a unas les falta un pedazo de papada, otras tienen la nariz partida, y así por el estilo. Estas fieras acuáticas ordinariamente se esconden casi a flor de agua en los lugares donde el ganado va a beber, y cuando las reses están más desprevenidas, apagando tranquilamente su sed, las hieren a coletazos, que a veces son mortales. Los caimanes atacan con el filo superior de la cola, que corta como un buen cuchillo; y si con el golpe que dan consiguen hacer caer al agua su presa, inmediatamente la cogen con su horripilante y larga boca, llena de grandes colmillos, y en pocos momentos la tienen despedazada y engullida. Todas estas operaciones las ejecutan dentro del agua; en tierra son cobardes y generalmente huyen.

Se dice que el tigre tiene un poder tal vez magnético sobre el caimán. Varias personas me contaron que habían presenciado cómo el tigre despedazaba enormes caimanes, sin que éstos intentaran correr ni defenderse; parece que a la sola presencia del rey de los felinos, el de los lagartos queda desconcertado y aturdido, sin que tenga ánimos ni siquiera para correr. ¡Cosas de mi Dios!

También es muy curioso ver cómo los amazonenses manejan el arco para pescar aun en tiempo de las grandes crecientes. Usan unas flechas de acero en forma de arponcitos, atados a una piola larga y enroscada, en una de cuyas puntas lleva un pedacito de madera flotante. Para dar en el blanco y calcular distancias, disparan hacia arriba, de manera que la flecha cae verticalmente sobre la presa. La precisión en los cálculos de la distancia es admirable. Con sólo el movimiento del agua conocen qué clase de pez o anfibio es el que anda por allí, y si sube hacia la superficie o si sólo se menea en el fondo de las aguas. Cuando según sus cálculos deben aparecer en la superficie, disparan el arco en forma que al salir se encuentren con la flecha que les cae; si hacen blanco, el animal al sentirse herido se sumerge con presteza, y entonces se va desdoblando la ros-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

quita de piola que va atada a la flecha y al palito flotante. El pescador, por el movimiento del palito, que queda siempre en la superficie, conoce si el herido se aleja o queda quieto allí mismo en el fondo de las aguas. Si se aleja, lo va siguiendo con su potrillo hasta que se convence de que deja de andar. Cuando el perseguido está quieto, el pescador coge el palito boyante, y de una manera muy mañosa va tirando la piola hasta que consigue levantar su presa al alcance de un arpón grande, empatado en un palo fino y pesado, ordinariamente de chonta, atado también a una larga y gruesa piola. Al ver pues que ya puede alcanzar con el arpón el objeto de sus desvelos, se lo clava con toda la fuerza; si el animal es muy grande, al sentirse herido con el arpón prende vertiginosa carrera; entonces la habilidad del pescador consiste en saber darle soga y tirar a la vez hasta lograr cansar y apoderarse de la presa ambicionada.

Las tortugas de río, tanto las grandes *charapas* como las pequeñas *taricayas*, salen con mucha frecuencia a la superficie de la corriente, durante las grandes crecientes; sacan la cabeza y dejan ver la concha, pero al instante vuelven a hundirse, de manera que para poderlas pescar con flechas se necesita mucha destreza. Las pescan también con anzuelos: cuando conocen que en un sitio hay tortugas en el fondo del agua, conocimiento que adquieren fijándose en las burbujas que suben a la superficie, arman un manojo de tres o cuatro anzuelos pequeños, atados a otras tántas piolas delgadas enroscadas, que a su vez llevan un pedacito de palo flotante, en la misma forma de las flechas de que hemos hablado. Ponen en cada anzuelo una pepita de las que acostumbran comer las tortugas, y los echan al agua, dejándolos que vayan flotando muy cerca de la superficie, y los pescadores se quedan atisbando los palitos; muy pronto las tortugas pican las pepas, quedando prendidas del anzuelo; al instante de prenderse se sumergen con rapidez y hacen mover de manera vertiginosa los palitos, que siempre quedan en la superficie. Los atisbadores esperan que la tortuga se calme y se esté quieta para hacer la misma operación que hacen con las flechas: ir subiendo muy despacio y con habilidad especial la presa prendida en el anzuelo, hasta que puedan fisgarla con el arpón, lo cual consiguen a la profundidad de una vara, y desde aquel momento es presa segura.

La vaca marina, el paiche, el bagre y otros grandes peces los cogen también con el arpón; atan éste a un volantín de diez a doce brazas de largo, de cáñamo, algodón u otra materia bien resistente. El pescador se embarca en un pequeño bote o potrillo, sin otra carga que los aperos de pescar. Anda con el mayor sigilo que puede por los lugares donde acostumbran vivir esos grandes vertebrados acuáticos; cuando ve alguno al alcance de sus armas, empata el arpón en un palo de chonta o de madera bien pesada, y cogiéndolo en sus manos lo echa con la mayor fuerza que puede sobre el codiciado animal. Si hace blanco, el pez se aleja en vertiginosa carrera, desarrollando una fuerza extraordinaria, con la cual arrastra tras de sí al pescador con su potrillo, y entonces éste necesita habilidad especial para no caer al agua y para no soltar la presa. Esta habilidad consiste en saber dar soga al mismo tiempo que dirigir el potrillo y halar del volantín, hasta que comprende que con sus haladas puede dominar al prendido, lo cual consigue cuando éste se siente cansado y desangrado; entonces lo acerca a sí para rematarlo con lanza o machete. Para la pesca de vacas marinas usan sogas o volantines muy resistentes, a fin de poderlos amarrar en algún árbol, sin peligro que los rompan con su enorme fuerza; de lo contrario, les es muy difícil y a veces imposible sujetarlas desde el potrillo.

El *peixe-boy* (vaca marina) y el pirarucú (paiche), son una de las industrias más productivas del Amazonas; estos grandes peces los secan en anchas pencas, como el bacalao en Europa, y constituyen la carne cuotidiana de la gente pobre de aquella región.

IV

En Puerto América—Llegada inesperada del vapor "Liberal"—Ausencia de algunos compañeros de viaje—Angustias y temores—Acto casi heroico de caridad—Cacería que nos hacía perder el viaje—Apareció el perdido—Militares a bordo—La mano de la Providencia.

Volvamos a Puerto América y despidámonos definitivamente del Amazonas. El 8 de octubre, confiando tanto yo como mis bogas en que el vapor *Liberal* no saldría de Iquitos hasta el 10 u 11, como acostumbraba en los viajes anteriores, estábamos muy tranquilos creyendo que nos

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

faltaban todavía tres o cuatro días para podernos despedir del Amazonas. El 9 de octubre a las seis de la mañana celebraba la santa misa en Puerto América, sin sospechar que la hora de partir estuviera muy próxima, cuando oí una sirena de vapor que arrimaba a aquel puerto, y a todos los circunstantes que en tono de extrañeza decían: "¡El *Liberal!*, ¡el *Liberal!* ¿Porqué será que pasa tan pronto esta vez?" Como la mayoría de mis compañeros no estaban conmigo, sino paseando donde sus amigos, que yo mismo ignoraba dónde vivían, calcúlese el susto y sorpresa que experimentaría en esos momentos; pues comprendía muy bien que un vapor como el *Liberal* (tiene unas cien toneladas) no podía demorar a esperar los pasajeros que en el tránsito quisieran embarcarse. Acabé la santa misa lo más pronto que pude, e inmediatamente dispuse se buscara a los compañeros que faltaban, quienes tenían permiso de estar ausentes hasta el día siguiente. Me fui a hablar con el Comandante del vapor *Liberal*, señor Celso Prieto, Capitán de la marina de guerra peruana, le entregué la carta que para él traía del señor Julio Arana, y le expuse lo que nos pasaba. En el vapor venían un Teniente Coronel del ejército peruano, señor Teuxio; unos treinta soldados; el Jefe del Resguardo aduanero de Iquitos, señor Patriau; mucha tripulación y unos doce pasajeros particulares; todos iban al Putumayo ocupado por el Perú. Como es de suponer, nuestra angustia era grande al considerar que si perdíamos aquella ocasión no podíamos subir por el Putumayo hasta después de tres meses, y se nos dificultaba en gran manera ir por la vía del Napo, la cual suponía varaderos y trochas en donde no sabíamos si encontraríamos canoas, ni siquiera gente; y además, era imposible pensar subir en canoa por el mismo Putumayo, desde donde estábamos, porque con seguridad no habríamos resistido un viaje de tres o cuatro meses por lugares llenos de plagas, día y noche, y en donde no encontraríamos qué comer. Como dije, expliqué al Comandante del vapor *Liberal* estos afanes y zozobras, el cual me aconsejó que embarcara yo y los que estábamos presentes, que con mucho gusto nos llevaría hasta El Encanto, y que si alguno de los muchachos no aparecía pronto lo dejara recomendado a algún buen amigo y él cuidaría de embarcarlo en el próximo viaje de enero. Al oír esto le respondí que de ninguna manera podía consentir

en dejar ni uno solo de mis fieles bogas; en primer lugar, porque podría morir de pena al verse solo y abandonado en tierra extraña, sin esperanza de regresar pronto a su patria; por otro lado, nada adelantábamos con que lo subiera hasta El Encanto en el mes de enero, puesto que en aquel lugar se encontraría más solo y desamparado que en el Amazonas; y finalmente, todos los que venían eran indispensables para manejar el *bote Márquez*, único vehículo con que contábamos para trasladarnos del Caraparaná a Puerto Asís. El señor Prieto me insistió en que todas esas dificultades podrían solucionarse. En El Encanto nos facilitarían los bogas que necesitáramos, y a los que se quedaran, también les facilitarían allá la manera de poder llegar a Colombia. Insistí en que mi conciencia no me permitía dar este paso, pues toda la vida me parecería haber cometido un crimen, si dejaba alguno de los muchachos en aquel lugar, tan lejano y lleno de dificultades para salir, de manera que o nos íbamos todos o nos quedábamos todos. Estando en esas pláticas llegaron dos de los tres que faltaban. Esto nos animó no poco, y empezámos a embarcar las cosas, mientras esperábamos si llegaba el otro, que era el intérprete y práctico Vargas. Alguien nos dio la noticia de que se había ido Putumayo arriba, a la casa de unos indios amigos que tenía en las orillas de un lago, media legua distante de Puerto América. Esta razón nos tranquilizó, pensando que al pasar por frente al lago lo llamaríamos y podríamos seguir todos sin dificultad. Salímos de Puerto América, después de dos horas de parar el vapor allí; al pasar por frente al lago donde creíamos encontrar a Vargas, el vapor paró y llamó con la sirena, y pronto estuvo a bordo un indio a averiguar qué se ofrecía. Calcúlese la ansiedad con que le preguntámos yo y mis compañeros de viaje dónde estaba Vargas; nos respondió que aquella mañana había salido a cacería al monte, que hacía poco había oído unos tiros allá en una orilla del Putumayo, distante una media hora de donde estábamos, y que si nos esperábamos él iría a ver si lo encontraba. Al oír esta razón, el capitán dio orden al piloto que virara el buque y lo dirigiera hacia el lugar indicado por el indio, al mismo tiempo que sin cesar tocaran la sirena. Llegámos pronto al punto indicado y no apareció nadie. En estos apuros ofrecí una novena de misas a las almas del Purgatorio para que nos ayudaran a salir

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

con bien en este trance angustioso. El Capitán insistía en que no me preocupara tánto por un indio, que él respondía de que ningún mal le sucedería, aunque se quedara en aquellos lugares hasta el mes de enero, y entonces él lo subiría hasta El Encanto. Le contesté lo mismo de antes: que o nos íbamos todos o nos quedábamos todos; que para mí poco influía que fuera indio o blanco; me bastaba que fuera hombre y padre de familia para no abandonarlo en ningún caso, por más trabajos que tuviéramos que pasar todos por esta causa. Como el Capitán no dio orden de que parara el vapor en la orilla donde esperábamos encontrar a Vargas, fue siguiendo río abajo, y pronto volvimos a llegar al Amazonas, de donde habíamos salido hacía ya dos horas. Al darse cuenta de esto, el Comandante regañó al piloto, y le ordenó que inmediatamente girara la nave para arriba, y así se hizo en efecto. Viendo que no aparecía Vargas por ningún lado, con gran pena supliqué al señor Prieto que hiciera parar la nave y desatar el *bote Márquez*, que venía a remolque, a fin de desembarcar con mis bogas y quedarnos entregados en las manos de la Providencia, que con toda seguridad nos proporcionaría alguna solución favorable en premio del acto casi heroico de caridad que hacíamos en favor de nuestro compañero. El Capitán y también algunos de los pasajeros nos hicieron nuevas reflexiones, diciéndonos que pensáramos bien en el disparate que íbamos a cometer, las consecuencias que nos podrían sobrevenir, las dificultades que encontraríamos por la vía Napo y otras muchas cosas que seguramente me habrían inducido a no desembarcar si la voz de la conciencia no me hubiera gritado más duro que todas estas razones de conveniencia; puesto que en el cumplimiento del deber no se debe fijar uno en la magnitud del sacrificio; y deber primordial consideraba para mí en esos instantes no dejar contra su voluntad en tierra extraña a ninguno de los que se habían confiado a mi cuidado y puesto bajo mi dirección. Los otros cuatro compañeros, al ver que el vapor estaba ya parado y el *bote Márquez* listo a recibir nuestros equipajes, sintieron en sus almas toda la magnitud de la desgracia que nos estaba sucediendo, y sin fijarse en las consecuencias de lo que decían, casi todos fueron de parecer que dejáramos a Vargas, recomendándolo al señor Riveiro, jefe de la frontera brasilera, muy buen amigo nuestro, como ya queda dicho. Además, con todo el mal humor que es de suponer, empleaban expresiones duras contra el pobre indio, que sin él sospecharlo era causa de tan grave conflicto. Me vi obligado a hacerles serias reflexiones, poniéndoles de presente lo que pensaría cada uno de ellos si se encontrara en lugar del pobre Vargas, y de repente se enterara de que los demás lo habían abandonado, sin tener esperanzas de poder volver pronto a Colombia, donde con tántas ansias deseaban llegar. Les recalqué que ninguna culpabilidad tenía Vargas en lo que nos pasaba, puesto que estaba con permiso hasta el día siguiente; y les recordé que Vargas, aunque indio y humilde, era padre de familia y tenía alma y sentimientos, como teníamos cualquiera de nosotros. Me sostuve firme en mi resolución, dispuesto a sufrir resignadamente las incalculables consecuencias de aquella obra de caridad; pero cuando habíamos perdido ya toda esperanza, la Providencia solicionó aquel angustioso conflicto de la manera más suave y natural. Al empezar a sacar, tristes y desconsolados, nuestros equipajes del vapor *Liberal* para pasarlos al *bote Márquez*, vimos una canoíta que manejada por un solo individuo salía de una orilla del río y se dirigía hacia nosotros. Los pasajeros, que comprendían la gravedad de lo que nos sucedía, así que se advirtieron de aquella canoa, empezaron a gritar: "¡Suspendan el desembarque que seguramente allí viene el perdido!" Esta voz de esperanza nos reanimó. Deseábamos con ansia conocer pronto quién era el de la canoíta, y nuestra tristeza se convirtió de súbito en gran alegría, al ver que efectivamente era Vargas. Al hallarnos a todos en el vapor, que él no creía fuera el *Liberal*, quedó medio aturdido y espantado, sobre todo cuando oyó a los otros cuatro compañeros que en tono regañón le hacían cargos de que por él casi perdemos el viaje; pronto se reanimó, le contaron todo lo que nos había sucedido, y él también nos explicó que hacía mucho rato, tal vez unas cuatro horas, que oía y hasta veía el vapor, pero como no sospechaba que fuera el que esperábamos, siguió muy tranquilo en su cacería, persiguiendo una manada de *chorongos* (monos), hasta que por fin, oyendo con tánta insistencia el toque de sirena, y dándose cuenta que el barco subía y bajaba en aquel trayecto, como si buscara a alguno, le entró sospecha de que tal vez llamaban a él, y fue entonces cuando resolvió salir a la orilla del río, donde había

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca | Sala de Patrimonio Documental

dejado el potrillo que llevó de la casa de sus amigos; al llegar allí vio el vapor parado, le entró curiosidad de ir a preguntar lo que sucedía, y el resultado fue la solución satisfactoria del gran conflicto. ¡Cosas de la Providencia! Inmediatamente en medio de la más grande alegría se volvió a amarrar a remolque el *bote Márquez*, y seguimos viaje.

Antes de pasar adelatne se me ocurren las siguientes preguntas y reflexiones: ¿porqué la casa Arana adelantó ese mes el envío del vapor *Liberal*, teniendo establecido, como costumbre fija, que la salida de Iquitos fuera los días 10 u 11 de cada mes? ¿Porqué el empeño del señor Julio Arana en que yo no saliera de Manaos antes de que pasara el vapor de la línea Pará-Iquitos, vapor que no se encontró esta vez con el *Liberal*? Es difícil poder dar una respuesta que corresponda del todo a la realidad de las cosas; pero seguramente la exacerbación que produjo en el ánimo de los brasileros del Putumayo y parte del Amazonas el percance de la *Yaquirana*, exacerbación que provocó amenazas de ataque al vapor *Liberal*, no dejaría de influír en el adelantamiento inesperado de ese viaje. Los treinta militares que iban a bordo, al mando de un Teniente Coronel, seguramente no ignorarían tampoco la calentura de los brasileros. Ellos decían que su viaje obedecía al relevo del personal de las guarniciones del Putumayo; pero con seguridad que en lugar de ir a relevar aquellas guarniciones, las irían a aumentar, pues no hay duda que los peruanos creerían, como es de sentido común, que el proceder arbitrario de Curiel o de su gobierno provocaría la indignación del Brasil y de Colombia. Adelantando el viaje, pasaban por la parte del Brasil que es necesario atravesar para ir a El Encanto, en días en que nadie lo esperaba, y así les era mucho más fácil burlar cualquiera intentona de ataque. Mi presencia en el buque peruano no hay duda que contribuyó también a calmar los ánimos de los brasileros, pues viendo que me trataban bien, suponían que el Perú estaba dispuesto a dar satisfacciones por lo ocurrido.

La visita al Putumayo en esa ocasión del Jefe del Resguardo de la Aduana de Iquitos, seguramente no obedecía a otra cosa sino a ir a averiguar lo sucedido con la *Yaquirana*. El interés de Julio Arana en que yo no saliera de Manaos antes del 2 de octubre, ¿no sería para que no me

enterara de que subían soldados para el Putumayo? No lo puedo saber. De lo que sí me convencí palpablemente fue de que la Providencia nos iba guiando, infundiéndome presentimientos tan fuertes de lo que nos podía suceder, y después en efecto nos sucedía, que bien puedo asegurar que se cumplió en nosotros una vez más aquel cristiano y teológico pensamiento de que el hombre se agita y Dios lo conduce.

V

Del Amazonas al Caraparaná—Cambio de rumbo: al Caraparaná en vez del Igaraparaná—Llegada inesperada a El Encanto—Guarnición militar de La Chorrera—Ruta de navegación del vapor "Liberal," de Campuya a Iquitos. Contingencias que influyen en la rapidez de la navegación de los vapores fluviales—Idea de ponernos presos—Desaparición de mi cartera de viaje. La bandera colombiana en el Putumayo—Problemas internacionales del Perú.

El 18 de octubre llegámos por última vez a El Encanto en el *Liberal*. Durante esos días tuvimos buen viaje. En El Encanto no esperaban el vapor hasta el 25, y por lo mismo no tenían la carga lista. Otra prueba más de que la precipitación del viaje se resolvió en Iquitos, y no obedeció a que les hubieran avisado del Putumayo que la carga estaba lista. También pude comprobar que recelaban de nosotros, pues el intento del Comandante del vapor era entrar antes al Igaraparaná que al Caraparaná, y así nos lo había manifestado varias veces, pero seguramente después de conferenciar con el Teniente Coronel y con el Jefe del Resguardo de la Aduana de Iquitos, resolvió ir directamente al Caraparaná, y supongo que fue para que nosotros no conociéramos lo que tienen en La Chorrera. Oí entonces algún rumor referente a que intentaban restablecer la guarnición militar en aquel punto. Según nos informaron, antes habían tenido guarnición allí, pero hacía ya algunos años que la habían suprimido; tal vez para que no supiéramos esta nueva determinación oficial, acordaron ir primero a dejarnos en El Encanto. A pesar de todos los recelos, pude hacerme a buenos datos a bordo del vapor *Liberal*. Con uno que conocía bien el río Putumayo y hacía mucho tiempo que andaba en aquel vapor, pude recoger la siguiente ruta de navegación, que da idea exacta de las distancias, desde el Campuya, más arriba del Caraparaná, hasta Iquitos y puntos intermedios:

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Río Putumayo (bajando).

Del Campuya a la boca del río Caraparaná, cuatro horas.

De Caraparaná a Iberia (Nueva Granada), una hora veinte minutos.

De Iberia a Los Cocamas (lugar), cuarenta minutos.

De Cocamas al río Eré, dos horas.

De Eré a Cuédados (lugar, banda derecha del Putumayo), dos horas cincuenta minutos.

De Cuidado al lago Gamboa, a la banda izquierda del Putumayo, dos horas cinco minutos.

Del lago de Gamboa a Las Piedras, banda derecha del río, una hora treinta minutos.

De Las Piedras a El Estrecho, primer paso de Las Termópilas, cinco horas.

De El Estrecho a Sábaloyaco, quebrada a la izquierda del río, una hora veinte minutos.

De Sábaloyaco al río Esperanza, dos horas.

De Esperanza al Remanso, izquierda del río, una hora veinticinco minutos.

De Remanso a la finca Chaves, derecha del río, treinta minutos.

De la finca Chaves al lago de Santa Rosa, a la derecha del río, tres horas treinta y cinco minutos.

Del lago de Santa Rosa al río Inca, derecha del Putumayo, treinta minutos.

Del río Inca al río Buriburi, izquierda del Putumayo, tres horas diez minutos.

Del Buriburi a la primera boca del Algodón, derecha del Putumayo, dos horas.

De la primera boca del Algodón a la segunda, una hora.

De la segunda boca del Algodón al Igaraparaná, tres horas.

Del Igaraparaná a Puerto Punchana, orilla derecha del Putumayo, cincuenta minutos.

De Puerto Punchana (lugar) a la quebrada Trompetero, banda derecha, dos horas.

De la quebrada Trompetero a Malpaso Bobona (lugar), treinta minutos.

Bobona a la *purma*, en el Perú (equivalente a rastrojo en Colombia), de Bellavista, izquierda, dos horas cinco minutos.

De rastro de Bellavista a Pesquería antigua (lugar), a la derecha, dos horas.

De Pesquería antigua al río Mutú, a la derecha, treinta minutos.

De Mutú a Chonta-pacta (lugar), a la izquierda, o San Jerónimo, a la derecha, tres horas.

De San Jerónimo a Puerto Alfonso (lugar), dos horas treinta y cinco minutos.

De Puerto Alfonso a la quebrada Curinga, a la derecha, treinta minutos.

De la quebrada Curinga a la quebrada Aguila, a la izquierda, una hora diez minutos.

De la quebrada Aguila al río Pupuña, a la izquierda, una hora veinte minutos.

Del río Pupuña al estirón de Tabatinga, una hora.

Del estirón de Tabatinga a Malpaso de Tresesquinas (segundas Termópilas), dos horas.

De Tresesquinas a la isla Putumayo, frente a dos quebradas, banda izquierda, una hora.

De la isla del Putumayo al río Esperanza, a la derecha, y otra quebrada a la izquierda, dos horas.

Del río Esperanza al río Porvenir, banda izquierda, tres horas treinta minutos.

De Porvenir a Puerto Lomas, quebrada a la izquierda, una hora.

De Puerto Lomas a Puerto Alegría (lugar y casa), a la izquierda, dos horas.

De Puerto Alegría al río Yaguas, a la derecha, una hora.

Del río Yaguas a Puerto San Cristóbal (lugar), a la derecha, dos horas cincuenta minutos.

De San Cristóbal a Santa Clara (casa y quebrada), a la izquierda, cuarenta minutos.

De Santa Clara a Tarapacá y río Cotué, a la derecha, dos horas.

Del río Cotué a El Retiro (casa y quebrada), a la derecha, una hora.

De El Retiro a Ipiranga, aduana brasilera, una hora.

De Ipiranga a Mucuripí (finca), a la izquierda, una hora veinticinco minutos.

De Mucuripí a Itú (finca), a la derecha, dos horas.

De Itú a Puritú, río, dos horas.

De Puritú a la quebrada Juhy, a la derecha, veinte minutos.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

De la quebrada Juhy a la isla de Gamboa, cinco minutos.

De la isla de Gamboa a la isla de San Joao o Vireito, diez minutos.

De Vireito a la quebrada Apapary, a la derecha, dos horas.

De Apapary a La Unión (finca), a la izquierda, una hora treinta minutos.

De La Unión al río Molino (Muinho en portugués), tres horas.

Del río Molino a Porto-libertade (finca), a la izquierda, treinta minutos.

De Porto-libertade a Sao Sebastiáo (finca), a la izquierda, una hora.

De Sao Sebastiáo al lago Tapacoa, a la izquierda, dos horas.

De Tapacoa al lago de Carará, a la izquierda, treinta minutos.

De Carará a la boca del río Tacurapá, a la derecha, dos horas.

De Tacurapá a la boca del Putumayo, treinta minutos.

Río Amazonas (subiendo).

De la boca del río Isa (Putumayo) a Colonia Rigana (propiedad de Julio Arana), tres horas treinta minutos.

De Colonia Riojana a Matura (finca), una hora cuarenta minutos.

De Matura a Laranjal (finca), dos horas cuarenta y cinco minutos.

De Laranjal a San Pablo D'Olivenza (ciudad), cinco horas cuarenta minutos.

De San Pablo D'Olivenza a Santa Rita (finca), cinco horas cincuenta y cinco minutos.

De Santa Rita a Boavista (finca), dos horas treinta minutos.

De Boavista a Palmares (finca), cuatro horas cuarenta minutos.

De Palmares a Belem (finca), cuarenta y cinco minutos.

De Belem a Capacete (creo es puerto fiscal), ocho horas veinticinco minutos.

De Capacete a Esperanza (finca), tres horas cuarenta y cinco minutos.

De Esperanza a Tabatinga, una hora cuarenta minutos.

De Tabatinga a Leticia, frontera entre Perú y Brasil, cuarenta minutos.

De Leticia a Santa Sofía (finca), tres horas veinte minutos.

De Santa Sofía a Supe (fincas), una hora diez minutos.

De Supe a Caballo Cocha (lago, caserío), seis horas.

De Caballo Cocha a San Juan (fincas), seis horas cuarenta minutos.

De San Juan a Santo Tomás (fincas), tres horas veinticinco minutos.

De Santo Tomás a Macallacta (fincas), tres horas treinta y cinco mintuos.

De Macallacta a Callacalla, siete horas cincuenta minutos.

De Callacalla a Tipisca, tres horas cuarenta y cinco minutos.

De Tipisca a Santa Rosa de Orán (fincas), cinco horas.

De Santa Rosa de Orán a Santa Teresa, tres horas cincuenta minutos.

De Santa Teresa a Iquitos, cuatro horas cuarenta y cinco minutos.

Según estos datos, tenemos que del Campuya a la boca del Putumayo, bajando a marcha ordinaria, en río no crecido, del vapor *Liberal* se gastan ochenta y nueve horas quince minutos; y de la boca del Putumayo a Iquitos, subiendo en la misma forma, se emplean ochenta y seis horas treinta y cinco minutos, y por consiguiente de Campuya a Iquitos, ciento setenta y cinco horas con cincuenta minutos de navegación. Para poder calcular con exactitud distancias sobre estos datos, hay que tener en cuenta que en los ríos los vapores y lanchas andan por lo menos una tercera parte más y a veces la mitad, cuando bajan que cuando suben. No se puede dar un dato fijo de cuántas millas por hora ande el vapor *Liberal* o cualquier otro, pues esto depende de muchas contingencias, como son la clase de leña que consumen, la rapidez de la corriente del río, que cuando está crecido es por lo menos el doble de cuando está bajo, y por consiguiente impulsa de manera extraordinaria a las naves que descienden y neutraliza en gran parte la velocidad de los que suben.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Iban como pasajeras del vapor *Liberal* la esposa del Teniente Barriga y una indiecita sirvienta suya, las cuales estaban en Yuvineto cuando pasamos el 28 de abril. Un día se me acercó la indiecita como a quererme confiar algún secreto, la atendí y me refirió lo siguiente: "Yo lo vi, Padre, cuando bajaron por Yuvineto. El Teniente pensó ponerlos presos; dijo: 'Qué hago con esta gente? ¿Los amarro aquí algunos días?' Pero después de haber hablado con ustedes, al subir nuevamente a la casa, volvió a decir: 'Mejor, para evitar compromisos, dejo que pasen; se ve que son gente de alguna categoría.'" Acostumbré durante todo el viaje escribir cada día un pequeño apunte de las impresiones y cosas principales que íbamos viendo y nos iban sucediendo. En el camarote que ocupaba en el vapor *Liberal* iba otro pasajero peruano, el cual bajó en un punto intermedio entre Cotué e Igaraparaná. Para no estar abriendo y cerrando cada rato la maleta, dejaba debajo de la almohada la libreta del diario. Poco después de haber desembarcado aquel sujeto, fui en busca de la libreta para hacer algunos apuntes, y había desaparecido. Averigüé con los camareros si alguno sabía de ella, y me contestaron que probablemente aquel señor la habría llevado, pues ellos notaron varias veces que cuando yo no estaba en el camarote, registraba los libros de mi uso que encontraba a mano, como el breviario, etc. Un ejemplo más de que uno no puede fiarse de nadie que no conozca bien, y mucho menos viajando en tierra extraña, pues es de notar que ese señor se presentaba siempre como muy educado, y me trataba con grandes atenciones y deferencia.

Me parece oportuno referir también otro hecho que me sucedió a bordo del vapor *Liberal*. Una tarde, después de una llovizna agradable, apareció con todo su esplendor el arco iris, formando sobre el río Putumayo un poético puente de colores. Desde a bordo los principales pasajeros estábamos contemplando y comentando aquella bella visión. En esos momentos, entre espontánea e intencionadamente, dije: "Vean la bandera colombiana ostentando majestuosamente sus colores sobre el Putumayo." Al oír esto el Jefe del Resguardo de la aduana de Iquitos, me replicó: "¡Qué bandera colombiana, ni ocho cuartos; no hay riesgo de que Vuestra Reverencia la vea nunca ondear en estos sitios!" Como si me hubiesen dado una puñalada en el co-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Feracidad del Putumayo.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

razón, le contesté inmediatamente: "¡Quién sabe, señor, cosas más difíciles vemos realizarse todos los días!" Entonces varios a la vez me replicaron: "Lo que es esto, le podemos asegurar que no se realizará mientras haya un peruano capaz de tomar las armas." Yo añadí a la vez: "Pues yo también les puedo asegurar que por cada peruano capaz de tomar las armas, hay un colombiano en las mismas condiciones, y no debemos olvidar que donde las dan, las toman." A fin de evitar el exacerbar el patriotismo de nadie, nos separámos del grupo con el Teniente Coronel, quien tomando pie de esta conversación, me contó las cuestiones internacionales que preocupaban al Perú. Entre otras cosas me dijo: "Nuestro verdadero enemigo, que en realidad nos preocupa y contra quien hace años nos preparamos, es Chile; con Colombia y con el Ecuador ni queremos ni debemos pelear; nuestro ejército es suficiente para enfrentarse a las dos Repúblicas juntas, a las cuales no tememos, pero no creo que llegue el caso de irnos a las manos para arreglar asuntos que deben tratarse por la vía diplomática." Haciéndome cargo de mi situación, y para no pasar los límites de la prudencia, resolví quedarme callado, aunque no sin tomar nota del estado de ánimo que aquellas conversaciones denotaban.

Dicho Teniente Coronel me dijo que muy pronto debía salir hasta Yuvineto la lancha *Callao* a relevar los soldados que había allá, y que podría irme en ella. Muy buena me pareció la idea, pues aquel trayecto entre Caraparaná y Yuvineto es muy largo y sobre todo muy mortificante para subirlo en canoa. Con esta esperanza llegámos a El Encanto. En la desembocadura del Caraparaná dejé el *bote Márquez* y cuatro de los cinco bogas. Loaisa, Curiel y otros muchos conocidos, peruanos y colombianos, me recibieron muy bien.

VI

Por última vez en El Encanto—Despedidas y regalos—Fin funesto de Curiel. Misa con abanico—Corridos por los zancudos—Pesca inesperada—Centinelas dormidos—Disparos misteriosos—El gran "amarón"—Saetas vivientes. Zabullidos en el río—Sitio de los crueles recuerdos—Enorme cantidad de huevos de charapa—Segunda vez en Yuvineto—Un hermoso rey de los felinos.

Lo primero que hice al llegar a El Encanto fue averiguar cuándo saldría la *Callao* para Yuvineto. El Teniente

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Coronel y el señor Loaisa casi me aseguraron que sería el día siguiente, pero desgraciadamente muy pronto el Comandante del *Liberal* me desilusionó, diciendo que era imposible que la *Callao* fuera a Yuvineto antes de reunir la carga para el vapor; además, manifestó que tendría que ir antes que a Yuvineto hasta la desembocadura del Igaraparaná a dejar la carga de El Encanto, que el vapor no podía esperar ahora, y que al regreso de La Chorrera la recogería en el punto indicado.

Estas razones me hicieron perder toda esperanza de subir con lancha hasta Yuvineto, y por lo mismo resolví irme cuanto antes en canoa, á fin de no perder tiempo. Compré algunos víveres que nos hacían falta para el viaje. Saqué pasaportes par mí y para los bogas en la Comandancia del Sector Militar, a fin de que no tuviéramos dificultad alguna en Yuvineto, pasaportes que me expidió el fatídico Capitán Curiel. Me despedí de todos los conocidos, y el 19 de octubre dejámos el puerto de El Encanto, que tántos desencantos tuvo para nosotros. El señor Carlos Seminario, empleado de la casa Arana, que en el mes de mayo nos acompañó a visitar a los Padres Franciscanos de San Antonio, me obsequió para el viaje bastantes latas de conservas y aceite español. Los colombianos, tanto los que estaban en El Encanto como los que vivían más abajo en las orillas del Caraparaná, nos regalaron gallinas y víveres, al mismo tiempo que nos expresaban su pena por las dificultades y contratiempos que habíamos sufrido. Antes de dejar definitivamente a los peruanos, creo de justicia hacer constar que en el vapor *Liberal* no sólo el Comandante sino toda la tripulación en general, y los mismos pasajeros, nos trataron muy bien; sobre todo el Comandante se esmeró en llenarme de atenciones, obedeciendo seguramente a la recomendación del señor Julio Arana. Varias veces, como prueba de especial estimación, hizo servir la comida a los dos solos en su camarote, haciéndola preparar más esmeradamente que para los demás pasajeros. Me complazco pues en hacer constar mi reconocimiento por todas esas atenciones.

Respecto al Capitán Curiel, instrumento principal de nuestros desastres, no será por demás hacer notar que su fin fue de lo más desastroso que podía haber para un pobre mortal. En 1921, junto con el Capitán Cervantes, encabezaron la revolución del Departamento de Loreto contra el

poder central de Lima. Al ser derrotados por la fuerza del Gobierno legítimo, se refugió en el Napo ecuatoriano, y allí murió asesinado de la manera más villana, a fines de 1922. ¡Que Dios Nuestro Señor le haya perdonado todos sus disparates!

El 20 de octubre, después de haber administrado el santo bautismo, en la desembocadura del Caraparaná, a algunos niños hijos de colombianos, emprendimos nuevamente marcha en nuestro *bote Márquez*. Entonces nuestros fieles bogas de Puerto Asís volvieron a lucir sus habilidades, con la desventaja para todos, que ahora nos tocaba aguas arriba, y por consiguiente el tiempo en recorrer las distancias se nos duplicaba, y a veces triplicaba, y también los moscos nos triplicaban los tormentos, por cuanto el roce de la canoa y palancas de los bogas en las orillas del río, levantaban nubes de jejenes durante el día; y el no poder andar de noche nos obligaba a aguantar la música y las picaduras de los crueles zancudos. Para poder celebrar la santa misa, tuvimos que volver al método de poner un peón que espantara a los jejenes, que con una pertinacia desesperante se prendían a chupar sangre al propio tiempo que producían una comezón desesperante en mi pescuezo, cabeza y manos.

Una tarde llegámos al borde de un pedazo de monte muy bonito, y resolvimos construír rancho para pasar allí la noche; mientras duró la luz del día estuvimos muy tranquilos y contentos, pero así que empezó la oscuridad de la noche, se nos vino encima una cantidad tal de zancudos, de los que cantan fino y pican duro, que por allá a media noche, cansados y aburridos de golpearnos para espantar esas diminutas fieras, y también desesperados por el ardor que nos producían sus piquetes inmisericordes, sin que alcanzara a defendernos la ropa que nos cubría, todos fuimos de parecer que era preferible seguir viaje río arriba, aun exponiéndonos a algún percance ocasionado por la oscuridad de la noche, que no seguir aguantando aquel torturador suplicio. Así lo hicimos. En aquella hora intempestiva embarcámos todo lo que habíamos sacado al monte para seguir la marcha; pero casi siempre en este mundo las penas van mezcladas con las alegrías; al ir a desatar la canoa para empezar a andar, uno de los bogas quiso recoger un anzuelo bagrero que había echado al agua con un corazón

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

de paujil al acostarnos, y notando que no seguía con facilidad empezó a tirar duro del volantín que lo sujetaba, y su sorpresa y la alegría de todos fueron grandes al ver que estaba prendido un bagre que medía, por lo menos, dos metros de longitud; todos con gran presteza, ayudados de la luz de la lámpara, contribuímos a rematarlo y embarcarlo en la canoa. Al amanecer lo desollamos en una bonita playa, y nos dio unas ocho arrobas de sabroso alimento, que buen servicio nos hizo en aquellas soledades donde el viajero no se puede proveer sino con buenas armas de cacería y adecuados aperos de pesca.

En once jornadas llegámos a Yuvineto; al principiar nuevamente nuestro viaje en canoa no dejamos de tener cierto temor de que tal vez pudiéramos ser víctimas de algún asalto nocturno de los salvajes o de indios mal aconsejados; para evitar alguna sorpresa, resolvimos que siempre quedara en guardia uno de los bogas, mientras los demás dormíamos; pero por más que repetidas noches intentámos poner en práctica nuestro deseo, nunca lo pudimos conseguir, porque al poco rato de estar velando, el centinela quedaba más profundamente dormido que los demás, debido al cansancio del día. Algunas veces desperté en aquellas noches, y quise comprobar si efectivamente había quien vigilara, y nunca encontré boga que no roncara con gran satisfacción. Viendo que era inútil intentar la vigilancia nocturna, desistímos de nuestros propósitos, entregándonos confiados en las manos de la Providencia. Un día de esos, cuando precisamente pasábamos por uno de los lugares más distantes de donde pudiera encontrarse gente civilizada, el práctico Vargas disparó a unos patos; a los pocos momentos oímos otro tiro dentro del monte; le ordené que disparara nuevamente, por si acaso el que contestó fuera alguno que anduviera perdido en la montaña. Así lo hizo, y también a los pocos minutos volvimos a oír otro disparo, como antes. Disparamos nosotros por tercera vez, y por tercera vez nos correspondieron. Esto nos hizo entrar pronto en sospechas y comentarios de que tal vez nos seguían. A la media hora ordené que se hiciera otro tiro, y a los cinco minutos obtuvimos también respuesta, como en las veces anteriores. Después de discurrir sobre lo que sucedía y si podía tener o nó consecuencias para nosotros, resolvimos pasar unos dos o tres días, sin hacer disparo

alguno, a fin de evitar que se orientaran, si es que en efecto nos seguían o vigilaban.

Un percance digno de anotarse nos ocurrió en el trayecto entre Caraparaná y Yuvineto: una mañana lluviosa, triste y fría, con aquel frío que en esas regiones produce la humedad, subíamos por la orilla del río, llena de palos secos, ramas y barro. El Capitán Ferrín divisó una cosa negra, parecida a un gran pez que tuviera el cuerpo fuera del agua, y la cabeza y la cola escondidas en la misma; buscó la carabina para dispararle, y cuando estábamos ya muy cerca de aquel objeto y Ferrín apuntándole, el práctico Vargas dio un grito angustioso a media voz, como quien teme hacer ruido, diciendo: "No dispare, es el gran amarón (boa), que nos puede voltear la canoa." Al oír esto, todos asustados dirigímos la vista hacia aquel objeto, y pudimos contemplar, entre curiosos y temerosos, una enorme boa, de diez a doce metros, que parecía dormir el sueño que les produce la digestión de los grandes animales que devoran. La cabeza estaba debajo de nuestra canoa; lo que se veía en la orilla era un pedazo de su cuerpo, y nos tocaba pasar por encima de su parte posterior, si no queríamos regresar aguas abajo, lo cual nos habría hecho perder unas cuatro horas de viaje. No hay que decir que pasámos con todas las precauciones del caso, para no turbar el sueño de aquel monstruo, que con sólo rebullirse habría podido voltearnos la embarcación y estrangular y tragarse a algunos de nosotros. Así que habíamos dejado atrás unos diez metros aquella compañía tan poco grata, y comentábamos animadamente el peligro que acabábamos de pasar, uno de los bogas punteros, sin darse cuenta, tocó con su palanca un nido de avispas bravas, de aquellas que se echan como flechas sobre lo que atacan. Tocar el avispero y echarse encima de nosotros una multitud de aquellas saetas vivientes y encendidas, fue una sola cosa. Como el dolor de esas picaduras es insoportable, los bogas no encontraron otro recurso para defenderse que zabullirse en el río, y así lo hicieron todos, sin acordarse de la peligrosa vecindad de la boa, excepto dos que se quedaron sosteniendo la canoa. Yo me defendí a sombrerazos y encerrándome en el rancho del bote, pero siempre alcanzaron a enredarse algunas en mis barbas, y tuve que luchar un buen rato para aplastarlas, antes de que consiguieran clavar su aguijón en mis carrillos.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Con todos estos afanes, los dos bogas que habían quedado gobernando la canoa ya no podían dominarla, e iba dando la vuelta hacia el lugar donde dormía la boa de que acábabamos de librarnos. Al ver que para librarnos de las llamas avispales, íbamos a caer en aquella inmensa brasa culebral, grité con energía a los que estaban en el agua que no fueran cobardes y ayudaran a salir pronto de aquellos lugares donde tan mal nos recibían y trataban.

Haciendo de tripas corazón, como vulgarmente se dice, se embarcaron nuevamente y empujaron con tal energía, que muy pronto estuvimos lejos de aquel sitio, que bautizámos con el nombre de *Los Crueles Recuerdos*. En la primera playa a que llegámos, saltámos a reponernos de los grandes sustos que acabábamos de pasar; pero los pobres punteros sufrieron algo más que sustos, ya que los piquetes recibidos se les enconaron de tal manera que les produjeron grandes chupos, al mismo tiempo que fuertes dolores, hasta el punto de impedirles trabajar todo aquel día; les apliqué algunos remedios, con los cuales se aliviaron, y al día siguiente pudimos continuar el viaje.

Nos entreteníamos a veces en buscar nidos de charapas en las grandes playas. Encontrámos muchos, algunos hasta de ciento cincuenta huevos; alcanzámos a llenar una tercera parte de la canoa; y por fin aburridos de tánto comer y ver huevos de tortuga, los votámos al río y lavámos bien la canoa.

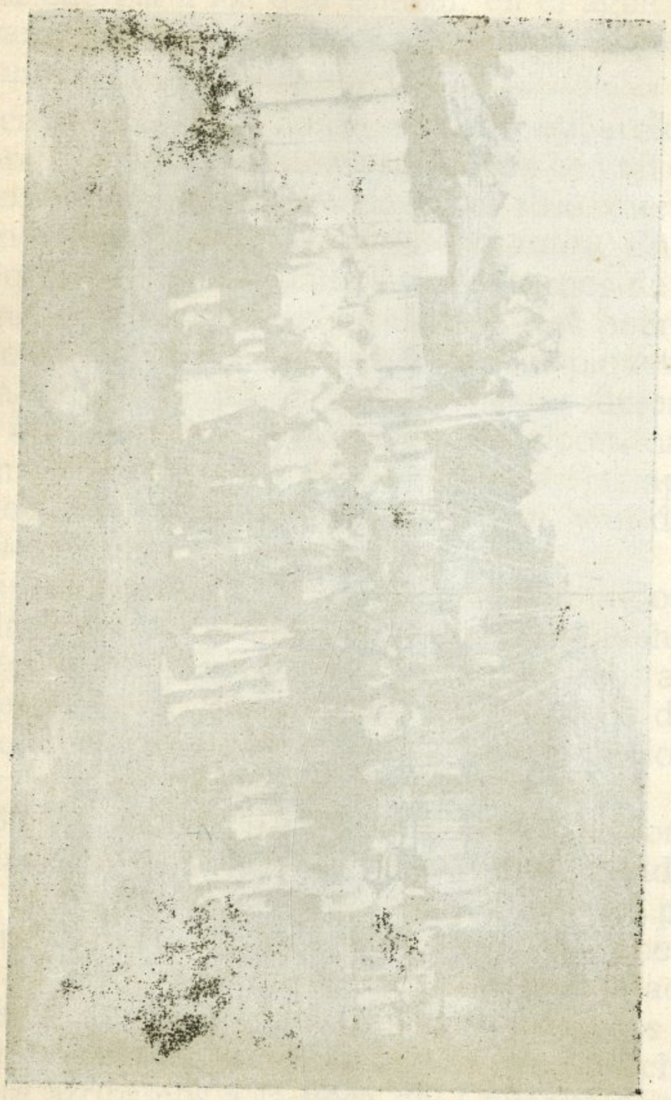
El 30 de octubre pasámos nuevamente por Yuvineto, y todavía estaba allá de Jefe el supuesto Valdés Ramos; esta vez nos recibió mejor y hasta nos invitó a pasar la noche en su casa, oferta que no aceptámos, a pesar de que eran las cinco de la tarde cuando salimos de aquel lugar. Presenté los pasaportes que en El Encanto nos dio Curiel, y aquel día anduvimos hasta las doce de la noche. El 7 de noviembre arribámos a la boca del Caucaya o istmo de La Tagua.

Entre el Carapararaná y el Caucaya, debido a que en todo ese trayecto no vive alma humana, si exceptuamos los pocos soldados de Yuvineto, con frecuencia interrumpían la monotonía del paisaje y de nuestra vida fluvial manadas de animales, que a veces chimbando el río, otras haciendo ruido en las orillas del monte o encaramados en las copas de los grandes árboles, nos proporcionaban un rato de solaz,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Raúl Echeverri Cardona

Fiestas en Puerto Asís. Esperando la lancha.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental



corriendo en su persecución, a veces dando buena cuenta de ellos; y otras, sin otro resultado que perder infructuosamente el tiempo. Algunos días matábamos tres o cuatro puercos jabalíes, de los que andan en grandes manadas, y que por acá llaman *manaos*. Con mucha frecuencia podíamos disparar a los monos de distintas clases que amenizan aquellos bosques seculares. Paujiles y pavas eran la comida más común. Hasta un grande y hermoso tigre quiso que Ferrín y Benjamín ensayaran en su bello bulto la incierta puntería. Una tarde muy hermosa, a la hora en que el sol trataba de ocultarse entre las copas de los frondosos y altísimos árboles, apareció sentado en un gran palo seco de la orilla un soberbio ejemplar del rey de los felinos, mirando el río en actitud meditabunda, como si no acabara de resolverse a pasarlo; subíamos en la canoa por el mismo lado donde él estaba; lo alcanzámos a ver a una distancia de cincuenta o sesenta metros, y nos parámos a contemplarlo un buen rato; ordené que alistaran las carabinas y dispararan tan pronto como él intentara privarnos de su vista; pero lejos de esto, no se daba por entendido, y a pesar del ruido que hacía la canoa subiendo, permanecía en la misma posición; al llegar a veinticinco metros de donde él estaba, hice parar la canoa y di orden de que apuntaran las dos carabinas a la vez y de que hicieran fuego; ni el ruido de los dos disparos, ni el silbido de las balas, que debieron pasar muy cerca de su hermosa piel, consiguieron hacerlo mover; ordené que dispararan por segunda vez, y entonces dio un brinco, se estiró desperezándose y se metió en el monte a paso lento, y mirando de soslayo, como si fuera a prepararse para tomar la revancha. El práctico Vargas nos dijo en esta ocasión que cuando se anda en el monte de cacería y se topa un tigre de aquella clase, no se le debe disparar si no se está muy seguro de inmovilizarlo del primer balazo; de lo contrario, el cazador debe prepararse a luchar con él mano a mano, porque lo primero que hace al sentirse herido es atacar al que lo hirió. Estuvimos un buen rato mirando si salía a embestirnos, puesto que la actitud con que se fue no era de susto sino de coraje y de ganas de vengarse.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

VII

Convaleciendo en el Caucaya—Todos enfermos—"Si mala muerte os di, buena sepultura os preparé"—Llegada a Güepí—Emocionante encuentro de Vargas con sus hijos—Leña para la lancha—Otra vez en Yocoropuí—"Usté derecho dueño Putumayo"—Puerto Asís a la vista—"¡Viva Puerto Asís y sus colonos!"—Te Deum en acción de gracias—Cariñosa serenata—Banquete familiar—Separación de los bogas—Protestas en Colombia—Llegada a Sibundoy—Muestrario comercial—Datos interesantes.

En el Caucaya tuvimos que parar un día, esperando convalecieran el capitán Ferrín y el camarero Nabor Benavides, de unas fuertes fiebres que hacían dos o tres días les habían atacado. Con los remedios que les hice en dos días, conseguí cortales la enfermedad, y el 9 de noviembre pudimos continuar el viaje. Casi todos nos encontrábamos enfermos, unos de fiebre y otros del estómago, que se nos descompuso a causa de la gran humedad que hacía tánto tiempo soportábamos de día y de noche. Muchas veces nos tocó dormir en la canoa, por no encontrar tierra seca dónde hacer rancho, a causa de las grandes crecientes del río. Estas mismas crecientes nos impedían andar con presteza, pues había jornadas enteras en que los bogas solamente podían mover la canoa cogiéndose de las ramas de los árboles y apoyando las palancas en los troncos secos que se veían en las orillas. Cuando la creciente es grande, cada vez que hay necesidad de chimbar el río para poder subir con más comodidad, la canoa retrocede grandes trechos, que en las partes anchas del río a veces llegan a kilómetros. Gran servicio me hizo en esos días, en que tánto sufrí del estómago, el aceite que el peruano Seminario me regaló en El Encanto. Pasé semanas enteras sin probar otra comida que pan untado de aceite y espulverizado con sal. Cada vez que sentí alivio con alguna de las cosas que nos regalaron los peruanos, acudía a mi memoria aquel dicho: "Si mala muerte os di, buena sepultura os proporcioné," parodiándolo en esta forma: "Si grandes trabajos y enfermedades os causámos, buenos remedios os dimos."

La esperanza de llegar pronto a Puerto Asís nos hacía sacar fuerzas de nuestro agotamiento físico; todos deseábamos con delirio llegar al término de nuestro viaje, los bogas para ver y consolar sus familias, y yo para sacar de angustias a Vuestra Reverendísima.

El 11 de noviembre llegámos a Güepí; allí tuvimos ya algunas noticias de Puerto Asís y de los preparativos que habían hecho para recibir la lancha. En aquel lugar administré algunos bautismos y seguímos sin interrupción el viaje. En Tapacuntí, Vargas encontró a sus hijos, después de ocho meses de separación. Escena conmovedora fue aquélla; los niñitos lo abrazaban, llorando de emoción, y él, sin poder tampoco contener las lágrimas, los cargaba y llenaba de besos y caricias. Todos comprendimos que ese espectáculo no era más que una imagen de lo que pasaría a los demás al llegar al seno de sus respectivos hogares; y sólo con imaginar lo que les esperaba, no podían ocultar su emoción, y aun contra su voluntad no pudieron menos de juntar sus lágrimas con las del compañero de viaje, participando de este modo de su justa alegría. En Tapancutí administré también algunos bautismos y confirmaciones.

El 14 de noviembre arribámos a La Concepción, donde encontrámos en tres casas recién edificadas una familia de blancos y tres de indios incas. También vimos allí tres montoncitos de leña preparados para la lancha, que nos renovaron la justa indignación contra los peruanos. En este lugar nos demorámos el tiempo necesario para administrar tres bautismos y tres confirmaciones, y seguímos río arriba con la mayor ligereza que pudimos. El 17 estábamos en Yocoropuí. Los indios nos recibieron con muestras de gran cariño y alegría; nos contaron muchas cosas de Puerto Asís, y me dijeron que estaban muy tristes porque creían que "ya no más mirando Taita Pagre Daspar; usté Taita Pagre derecho dueño Putumayo, otro nosotros no quiere, usté sí mucho quiere," y otras cosas por el estilo, que son prueba evidente que muchas veces la aparente indiferencia y frialdad de los pobres indios depende más de la falta de cultura que de la de sentimientos. En Yocoropuí administré también en esa ocasión algunos bautismos y confirmaciones. Al día siguiente de nuestra llegada, después de la santa misa que oyeron todos los indios, hice a cada uno un pequeño obsequio, y seguímos nuestra marcha con intención de ponernos en Puerto Asís en dos días. Lo conseguímos, llegando el primero a la confluencia del Cuembí, en casa de Abel Guerra, donde pasámos la noche; y el 19 de noviembre, a las siete, arribámos al puerto deseado, de donde con tántas esperanzas habíamos salido el 3 de abril.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Como nadie tenía noticia de que estuviéramos cerca, y mucho menos sospechaban que llegáramos aquel día, nuestro primer intento fue esperar a que adelantara la noche y entrar calladitos, sin que nadie se diera cuenta hasta el día siguiente; pero era tan grande el deseo que teníamos de llegar y la alegría que nos embargaba, que no pudimos esperar. Así que estuvimos a la vista de la colonia, disparámos los pocos tiros de carabina que nos quedaban. Los bogas acompañaban cada disparo con estruendosos gritos de satisfacción. Al principio los de Puerto Asís creyeron que serían cazadores, y no hicieron caso, pero observando que los tiros se repetían y que iban acompañados de fuertes voces, empezaron a poner atención, y pronto conocieron a los bogas por la voz. Al instante hicieron correr la noticia de que llegaban los bogas del Padre Gaspar y el doctor Márquez; lo cual fue causa de que pronto estuvieran en el desembarcadero todos los vecinos de la colonia. A medida que nos íbamos acercando al puerto, los bogas menudeaban más los gritos de ¡Viva Puerto Asís! ¡Viva el Reverendo Padre Gaspar! ¡Vivan los colonos!, vivas que eran contestados con entusiasmo por los que esperaban en la orilla. Como no creían que yo subiera en canoa por el Putumayo, cuando los bogas gritaban: ¡Viva el Reverendo Padre Gaspar!, los de tierra contestaban: "¡No está acá!" Los bogas agregaban: "¡Nosotros lo traemos!", pero como era absoluta la convicción que tenían de la imposibilidad de mi regreso en canoa por el Putumayo, decían: "¡No lo creemos hasta que lo veamos! ¡Si vino el Padre, que hable para que nos convenza!" En esos agradables alegatos atracámos puerto. Ahí fueron los saludos afectuosos y las curiosas preguntas de parte de los que llegábamos y de parte de los que nos volvían a ver. Nos dirigímos todos a la iglesia a cantar un Te Deum y una Salve a la Divina Pastora, patrona de nuestra Misión, en acción de gracias por haber podido regresar a Puerto Asís. Durante el trayecto del puerto a la iglesia, algunos me pasaban la mano por la espalda y los brazos, y decían: "Lo vemos y lo tocamos y casi no lo creemos; nos parece un sueño que esté nuevamente con nosotros." Después de dar gracias a Dios, les invité desde el altar a que asistieran todos a una misa que a los dos días se cantaría en acción de gracias por haber podido volver; entonces les explicaría detalladamente todo lo que nos había pasado, y con esta promesa logré que se retirara la gente aquella noche, no sin que pronto volvieran a obsequiarnos con una serenata de cantos, con acompañamiento de requintos y guitarras.

Como suponía las angustias y ansiedad en que estaría Vuestra Reverendísima, mi primer cuidado al llegar a Puerto Asís fue ponerle telegrama, avisándole nuestro arribo y pidiéndole me enviara caballerías a Umbría, para seguir pronto a Sibundoy a darle cuenta de todo lo sucedido. La contestación me hizo comprender que no me había equivocado al juzgar su estado de ánimo, pues estaba concebida en los siguientes términos:

"Felicítolo por su llegada. ¡Bendito sea Dios! ¿Dónde se halla el doctor Márquez? Lunes próximo llegarán bestias Umbría."

El día señalado cantámos la misa en acción de gracias, y al concluír expliqué extensamente a todos los presentes, que eran la colonia entera, lo que nos había acontencido desde que salímos de Puerto Asís. Al oír el relato, la indignación contra los peruanos se apoderó de sus ánimos. En esos momentos todos habrían querido ser soldados para ir a abrir paso a las naves brasileras y vengar la ofensa que conjuntamente se hizo al Brasil y a Colombia.

En Puerto Asís me enteré de las angustias y sufrimientos que pasó Vuestra Reverendísima en los dos meses que allí nos estuvo aguardando; del sinnúmero de dificultades que tuvo que vencer para aprontar los setecientos bultos de víveres destinados a cargar la *Yaquirana*, y que cuando nosotros llegámos, se estaban ya deteriorando; de las gestiones que hizo ante el comercio de Pasto para que remitiera carga; de los inconvenientes con que tropezó para hacer componer el camino, que en algunos puntos ya no daba paso. Asímismo nos explicaron los preparativos que habían hecho para nuestro recibimiento; la indignación que se apoderó de todos, cuando sospechaban que los peruanos serían la causa de que no llegara la lancha brasilera; y las protestas que levantaron ante el Gobierno de Colombia, protestas que tuvieron eco elocuente en el mismo Senado de la República por medio de una enérgica proposición aprobada por unanimidad, y reproducida poco después en la prensa de Quito, como señal de solidaridad con Colom-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

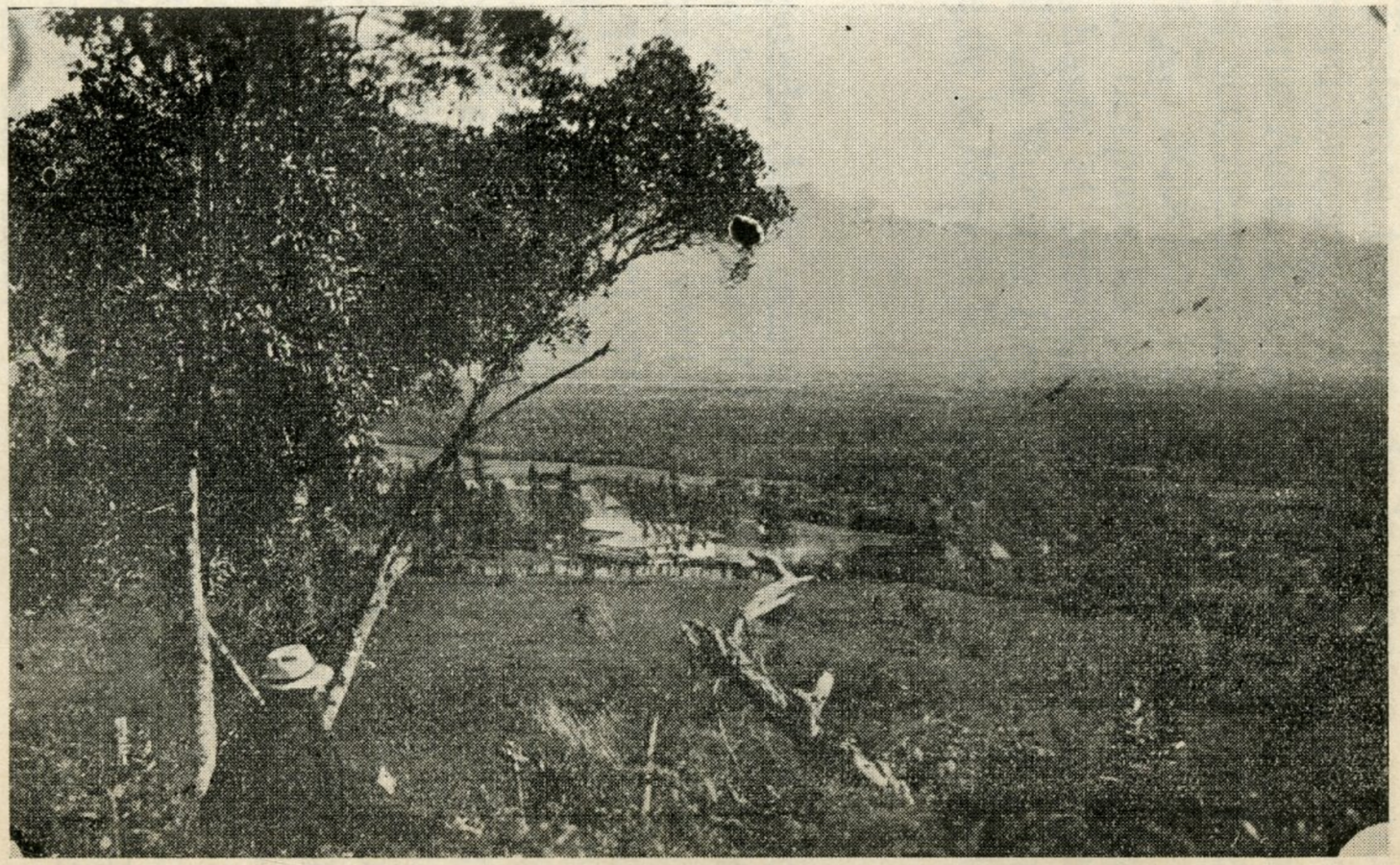
bia en sus justas quejas y reclamos contra el Perú. Otras muchas cosas nos contaron que nos convencieron de que mientras nosotros estábamos en Manaos venciendo grandes dificultades, Vuestra Reverendísima afrontaba tal vez otras mayores en Colombia.

Cuatro días permanecí en Puerto Asís restableciéndome un poco de los quebrantos de salud sufridos en los treinta y un días que gastámos del Caraparaná a esa colonia. Todos los que conocían ese trayecto se admiraban de que en tan poco tiempo lo hubiéramos recorrido. Los que habían andado por aquellos sitios en tiempos en que se hacía algún comercio entre Nariño y Caraparaná, me dijeron que en canoa grande como la nuestra no gastaban menos de sesenta días. Ciertamente, nosotros a veces anduvimos trayectos más largos de subida que cuando bajámos, lo cual se explica por las excelentes cualidades de los bogas, y sobre todo por el deseo vehementísimo que teníamos ellos y yo de llegar pronto a Colombia, deseo que nos centuplicaba las energías.

El lunes 25 de noviembre salí de Puerto Asís en dirección a Sibundoy. En aquella colonia dejé ya en el seno de sus familias a los fieles bogas hacia quienes conservo gratitud profunda y estimación sincera, puesto que todo el tiempo que me acompañaron, y en todos los lugares donde estuvimos, se portaron dignamente, al mismo tiempo que nos prestaron servicios inapreciables. ¡Que Dios Nuestro Señor y la Divina Pastora, bajo cuya protección especial nos colocámos durante aquella difícil época, les recompensen con creces su buena voluntad, grandes sacrificios y penalidades sin cuento de todo orden, que animosos y contentos sufrieron conmigo! Como prueba de gratitud, el día antes de mi salida de Puerto Asís, que fue domingo, los obsequié a todos cinco en el convento con un banquete que podríamos llamar familiar, en el cual me esmeré en atenderlos lo mejor que pude, recordándoles los buenos servicios que ellos me habían prestado durante los ocho meses que formámos como una familia ambulante, por lugares desconocidos para todos y llenos de peligros.

El 30 de noviembre tuve el consuelo de abrazar nuevamente en Sibundoy a Vuestra Reverendísima, acto que consideré como el complemento de las satisfacciones que experimenté al llegar de nuevo al seno de la Misión. Allá

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental



Vista del pueblo de Sibundoy.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

conversámos largamente de todo lo sucedido, entregué a Vuestra Reverendísima un muestrario bastante completo de artículos comerciales, con sus precios, en la plaza de Manaos, le suministré todos los datos que creí de algún interés, algunos de los cuales le sirvieron inmediatamente para contestar ciertos escritos insidiosos de la prensa liberal de Nariño. Tratámos también de la manera como se podría evitar la pérdida completa del cargamento de víveres reunidos en Puerto Asís. Por desgracia, ninguna de las medidas que se nos ocurrieron fueron eficaces para impedir el malogro total de aquellos valiosos intereses.

Lo que después ha sucedido: el ningún resultado, por lo menos hasta el presente, de la reclamación establecida, lo conoce más Vuestra Reverendísima que yo, ya que como digno jefe de la Misión le ha tocado activar aquellos asuntos.

CONCLUSION

¿Se puede decir que nuestro viaje fue del todo infructuoso? No lo creo; por el contrario, estoy firmemente persuadido que produjo ventajas no despreciables. En primer lugar, las que ofrece el conocer prácticamente las condiciones de Manaos y del Amazonas en general: artículos que se puedan exportar e importar con buenas utilidades; y cuáles no reúnen esas condiciones; medidas preventivas que habría que tomar para que los efectos lleguen allá en estado de poder competir con los de su clase, importados de Europa y otras partes; tipo de embarcación que debería adoptarse para evitar varadas y contratiempos en los ríos; lugares donde habría que estacionar gente para proveer de combustible a las lanchas; y así por el estilo otros muchos conocimientos prácticos que sólo se pueden adquirir sobre el terreno, y que son esenciales para el buen éxito de una empresa de esta clase.

También en el orden internacional creo que produjo beneficios nuestro viaje. La exacerbación de los ánimos al saberse en Colombia y el Brasil las arbitrariedades del Perú; la mayor atención que estos sucesos provocaron en el comercio del Amazonas y de Colombia sobre esa nueva vía, que podría abrirse a las justas aspiraciones de ambos países, y muchos datos que el Gobierno recibió sobre aquellas regiones, es de suponer que no dejarían de influír en

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

el adelantamiento del tratado de límites que se intentó con la Administración Pardo, y que junto con ella fracasó, así como en el que se firmó en Lima el 24 de marzo de 1922, que según decires de los que lo conocen, pone fin de manera decorosa al secular litigio de fronteras entre Colombia y el Perú. Amén de otras muchas ventajas que no pueden escaparse a la perspicacia de los que se interesan por la mejor suerte de esas importantes regiones, tan codiciadas a la vez que abandonadas, como también por la de sus infelices moradores, que sin duda son dignos de participar con mayor abundamiento de los beneficios de la civilización cristiana.

Antes de poner puto final a esta larga relación, creo oportuno manifestar que a mí no me sorprendió ni desanimó el resultado adverso de aquella magna empresa. Por el contrario, aquel resultado es para mí prueba convincente de que la obra es buena y por lo mismo necesita muchos y grandes sacrificios. Nos enseña la experiencia que todas las obras de trascendencia para gloria de Dios y bien de las almas, sufren grandes contrariedades y hasta fracasos antes de poderse llevar a cabo. Convencido como estoy del bien inmenso que la navegación del Putumayo produciría a miles de salvajes, que yacen en la esclavitud e ignorancia más espantosas, se me hacía raro que todo nos saliera tan bien al principio. Recuerdo que varias veces dije al doctor Márquez que esperaba como cosa segura grandes contratiempos, precisamente porque veía la bondad de lo que teníamos entre manos. Estaba firmemente persuadido de que el infierno entero no dejaría de mover todas sus baterías y escuadrones para impedir su pronta realización. Esta convicción fue una de las causas que más me impulsaron a no dejar separar al doctor Márquez, cuando él quería irse a Bogotá desde Manaos, por vía distinta. Tengo fe firme y absoluta en las saludables consecuencias de la navegación del Putumayo para gloria de Dios y salud de miles de almas. Estoy dispuesto a sacrificarme nuevamente y hasta dar la vida, si es necesario, para que la luz del Evangelio entre a raudales a iluminar las torvas inteligencias, y la Divina Gracia a fortalecer las embrutecidas voluntades de tántos infelices salvajes que moran en la región del Putumayo, ya que éste fue el fin principal que me propuse, cuando con insistencia pedí venir a entregar a Dios mi

vida y actividades en estas regiones que amé antes de conocer, y cuyo conocimiento ha aumentado en mí el cariño y afecto, precisamente porque en ellas moran miles de seres desgraciados, cuya redención física, moral y sobrenatural necesita de grandes sacrificios y sobrehumanos esfuerzos.

La libre navegación del Putumayo allanaría muchas de las dificultades que ahora parecen y en realidad son insuperables. ¡Quiera Dios concederme la dicha de ver realizada esta magna obra y contemplar cómo la Divina Pastora, recientemente declarada por la Santa Sede Patrona principal de la Prefectura Apostólica, apacienta todas las almas que andan diseminadas en estas inmensas selvas.

Creo haber dado cumplimiento a la orden de Vuestra Reverendísima de escribir por extenso lo que nos sucedió en el viaje a Manaos.

Bendígame y reciba los respetuosos homenajes de su súbdito e hijo en Jesucristo, que mucho lo aprecia.

Fray GASPAR DE PINELL,

Capuchino Misionero Apostólico.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

INDICE

Págs.

División del informe..... 3

INTRODUCCION

I—Quién es el doctor Márquez..... 5
II—Preparativos de viaje en Pasto..... 6
III—Visita a San Andrés—El Hermano Leonardo, Marista..... 7
IV—Preparativos en Sibundoy y viaje hasta Puerto Asís..... 8
V—Permanencia en Puerto Asís y últimos preparativos de viaje..... 10

PRIMERA PARTE

DE PUERTO ASÍS A MANAOS

I—Salida de Puerto Asís y primeros días de viaje..... 12
II—Yocoropuí..... 13
III—Mama Cristina..... 14
IV—De Yocoropuí a Tapacuntí—Furiosa tempestad..... 15
V—Tapacuntí..... 16
VI—Güepí—Visita a unas tribus huitotas—Algo sobre sus costumbres. 17
VII—El maguaré..... 25
VIII—De Güepí al istmo de Caucaya—Tagua—Visita al Caquetá..... 27
IX—Del Caucaya al Caraparaná—Entrada a la zona ocupada por el Perú..... 28
X—Entrada al Caraparaná—*El Encanto*—Visita a los Padres Franciscanos en San Antonio—Censo de la población indígena del Caraparaná e Igaraparaná—Algunas costumbres de los indios—Curiosidad que despertó nuestra visita en aquellos sitios..... 35
XI—Del Caraparaná al Amazonas—Región desierta y causas que impiden colonizarla—Canoas de tribus no conquistadas—Encuentro trágico-cómico con Samuel Rogeroni—Entrada en el Putumayo colonizado por el Brasil—Puesto fiscal brasilero—Continuación del viaje en lancha brasilera—Indios del Igaraparaná en el Brasil—Nostalgia de sus tribus y su regreso—Llegada al Amazonas..... 44
XII—Distancias del río Putumayo—Sus principales afluentes—Trochas comerciales y estratégicas—Censo etnográfico—Facilidad con que los indios vencen las dificultades que ofrece el andar por las selvas vírgenes..... 50
XIII—De la confluencia del Putumayo a Manaos—Diversos nombres del Amazonas, Putumayo y Caquetá—Encuentro con el Reverendísimo Padre Prefecto Apostólico del Alto Solimoes—División eclesiástica del Estado del Amazonas—Seguridad de conseguir lancha en Manaos—Motores que enseñan a remar—Recibimiento de Obispo—Entrada a Ríonegro—Llegada a Manaos y pérdida del equipaje..... 54

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

SEGUNDA PARTE

NUESTRA PERMANENCIA EN MANAOS—DE MANAOS AL CARAPARANÁ Y DE ESTE PUNTO A MANAOS, EN LA LANCHA «YAQUIRANA»—SEGUNDA PERMANENCIA EN MANAOS

Págs.

I—Cuatro palabras sobre Manaos y el Estado del Amazonas..... 62

II—Nuestras primeras diligencias en Manaos—The Amazon River y sus líneas fluviales—Conducta digna de gratitud del señor José Vaz D'Oliveira—Ansiedad por la demora en las comunicaciones cablegráficas y alegrías que éstas nos proporcionaban—Tiempo que se gastaría de Europa y Norte América a Manaos y Puerto Asís y viceversa—Costo por tonelada entre esos puntos..... 64

III—Ultimas diligencias y dificultades para recibir recursos—Gran crisis en Manaos y todo el Estado del Amazonas—Propaganda a favor de artículos colombianos y de la navegación del Putumayo—Artículos colombianos que no sería negocio exportar—Abundancia de ganado en la región de Ríoblanco—Terrible fiebre palúdica..... 70

IV—Contrato de la lancha que debía subir a Puerto Asís—Recibo de recursos—Amigable alegato—Dificultades de última hora..... 74

V—Visitas a las bibliotecas y museos—Información sobre el Caquetá, el Putumayo y otras regiones amazónicas—Ejemplos que nos estimulaban—Instrucción religiosa de los colombianos e ignorancia catequística de algunos moradores del Amazonas—¿Qué es la santa comunión?—Agricultura en el Amazonas—Colonización e inmigración—Visitas de Julio Arana—Nombres y apellidos en el Brasil—Títulos honoríficos—Respeto y tolerancia religiosos—Práctica edificante..... 77

VI—De Manaos al Caraparaná—Visitas a Teffé y Tonantins—Encuentro con los compañeros de viaje—Reloj viviente y su fin trágico—Sastre improvisado—Entrada al Putumayo ocupado por el Perú—Inesperado encuentro con la *Callao*—*Bote Márquez* destrozado—Se nos obliga a arribar a *El Encanto*..... 86

VII—Permanencia forzada en *El Encanto*—Pánico disimulado en la empresa Arana—Objeto del viaje de la *Callao*—El señor de Loaisa—Visita a la *Telefuncke*—Respuestas evasivas de Curiel. Alegatos infructuosos—Atenciones simuladas de la Casa Arana. Notas cruzadas entre el Capitán peruano y el Comandante brasilero—Radiogramas a Manaos e Iquitos—Protesta formal contra el Gobierno del Perú, a bordo de la *Yaquirana*..... 93

VIII—De *El Encanto* a Manaos—Conflicto internacional inminente. Escoltados por la *Callao*—Justa indignación en el Brasil—Nuevo acceso de fiebre—Sensación en Manaos y protestas de la prensa. Se ratifica la reclamación ante las autoridades federales..... 100

IX—Viaje del doctor Márquez a Río de Janeiro y Lima—Mi permanencia en Manaos—Informe a Vuestra Reverendísima—Sensible separación—Gestiones para salir pronto de Manaos—Elección de vía para el regreso—Vía Putumayo como mal menor. Visita y servicios de Julio Arana—Radiograma de Iquitos y carta del señor Arana—Fecha en que el vapor *Liberal* sale de Iquitos. Inspiración del ángel de la guarda—Arana sigue la pista de las

Págs.

gestiones de la Misión para establecer la navegación del Putumayo—Suposiciones sobre influencias de Arana—Gestiones de Arana para valorizar su empresa..... 103

X—Oliveira, nuestro apoderado—Armisticio europeo—Radiograma del doctor Márquez—Período álgido de la crisis del Amazonas. Bogas en la cárcel—Desaparición del práctico Vargas—Motivos que nos impelían a salir pronto de Manaos—Ansiedad en Puerto Asís—Las Cancillerías de Colombia, Brasil y Perú preocupándose de nosotros..... 109

XI—Lo que hicimos a bordo de la *Yaquirana*—Rumbos y dibujo del Putumayo—Colombianos en el Amazonas—Treinta y ocho hijos y diez y ocho nietos—Creyendo ser brasilero, sin renegar de Colombia - Distancia en millas náuticas de Manaos a Iquitos, Cotué y puntos intermedios—Ciudades, pueblos y caseríos del Amazonas—Grandes afluentes del mismo—Bocas del Caquetá—Dificultades que ofrece para la navegación..... 112

XII—Sigue lo que hicimos en la *Yaquirana*—Tripulación legal de las lanchas fluviales en el Estado del Amazonas—Cinco clases de embarcaciones—Tripulación de la *Yaquirana*—Qué es una jangada—Ocios de a bordo—Comparación de distancias y fletes de Europa y Norte América a Pasto, entre las vías de Tumaco y Manaos—Fin trágico de la *Yaquirana*—Informe al Nuncio del Brasil..... 115

TERCERA PARTE

DE MANAOS A PUERTO ASÍS, Y ALGUNAS COSTUMBRES Y DATOS SOBRE EL AMAZONAS

I—De Manaos a la desembocadura del Putumayo—Victoria que se convirtió en derrota—Fiesta de nuestro Padre San Francisco en Tunantins—Compostura del *bote Márquez*—Las *charapas* del Amazonas—Su utilidad—Su pesca-caza—*Tabuleiros*—Llegada a Puerto América..... 121

II—Razas del Amazonas—*Caboclos*—*Lingua geral do Brazil*—Palabras del Amazonas y sus equivalentes en Colombia—Amor a las tradiciones indígenas y al Portugal—El portugués más popular del mundo—Causas del afecto al Portugal..... 125

III—Medidas brasileras y su equivalencia en el sistema métrico decimal—Unidad monetaria del Brasil y su equivalencia con el dólar y peso colombiano—Caimanes del Amazonas—*Baixa enorme jacaré*—Aspecto pavoroso de la muerte—Reses descalabradas. El caimán y el tigre—Pesca con flecha—Pesca de tortugas con anzuelo—Cómo se pescan la vaca marina, el paiche y el bagre. 128

IV—En Puerto América—Llegada inesperada del vapor *Liberal*—Ausencia de algunos compañeros de viaje—Angustias y temores. Acto casi heroico de caridad—Cacería que nos hacía perder el viaje—Apareció el perdido—Militares a bordo—La mano de la Providencia..... 133

V—Del Amazonas al Caraparaná—Cambio de rumbo—Al Caraparaná en vez del Igaraparaná—Llegada inesperada a *El Encanto*. Guarnición miiitar de *La Chorrera*—Ruta de navegación del va-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Págs.

por *Liberal* de Campuya a Iquitos—Contingencias que influyen en la rapidez de la navegación de los vapores fluviales—Idea de ponernos presos—Desaparición de mi cartera de viaje—La bandera colombiana en el Putumayo—Problemas internacionales del Perú..... .....

VI—Por última vez en *El Encanto*—Despedidas y regalos—Fin funesto de Curiel—Misa con abanico—Corridos por los zancudos. Pesca inesperada—Centinelas dormidos—Disparos misteriosos. El gran amarón—Saetas vivientes—Zabullidos en el río—Sitio de *Los crueles recuerdos*—Enorme cantidad de huevos de *charapa*—Segunda vez en Yuvineto—Un hermoso rey de los felinos..... 139

VII—Convaleciendo en el Caucaya—Todos enfermos—«Si mala muerte os di, buena sepultura os preparé»—Llegada a Güepí—Emocionante encuentro de Vargas con sus hijos—Leña para la lancha. Otra vez en Yocoropuí—«Usté derecho dueño Putumayo»—Puerto Asís a la vista—«¡Viva Puerto Asís y sus colonos»—*Te Deum* en acción de gracias—Cariñosa serenata—Banquete familiar. Separación de los bogas—Protestas en Colombia—Llegada a Sibundoy—Muestrario comercial—Datos interesantes..... 145

Conclusión..... 152

..... 157

RELACIONES INTERESANTES

Y DATOS HISTORICOS

Sobre las Misiones Católicas

DEL CAQUETA Y PUTUMAYO

DESDE EL AÑO 1632 HASTA EL PRESENTE

AÑO 1924

BOGOTA
IMPRENTA NACIONAL—1924

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Excelentísimos señores Roberto Vicentini, Nuncio de Su Santidad, y General Pedro Nel Ospina, Presidente de la República, e Ilustrísimo y Reverendísimo señor doctor don Bernardo Herrera Restrepo, Arzobispo de Bogotá, Primado de Colombia y Presidente de la Junta Nacional de Misiones.

El Congreso y Exposición de Misiones que se celebrará próximamente en esa capital, y del que se prometen todos muy brillantes resultados, me sugirió la idea de hacer algo de historia de la Misión y Territorio que se nos ha encomendado. Comisioné al efecto al Secretario de la Prefectura Apostólica, muy Reverendo Padre Benigno de Canet de Mar, quien ha extractado y reunido en pocas páginas lo más notable acaecido en el Caquetá y Putumayo desde el año de 1632 hasta el presente. Dispuse a la vez que el muy Reverendo Padre Gaspar de Pinell escribiera la relación de un viaje a Manaos, emprendido con el fin de establecer la navegación en el Putumayo; viaje por muchos conceptos importantísimo.

Así pues, con los dos mencionados trabajos no sólo cumplo el grato deber de informar al Representante de la Santa Sede, al primer Magistrado de la República y al Ilustrísimo y Reverendísimo señor Presidente de la Junta Nacional de Misiones, sino que creo prestar un importante servicio al público, dando a conocer cosas que en mi humilde opinión pueden ser de positiva utilidad.

El primer trabajo está dividido en dos partes. Contiene la primera datos muy interesantes, relativos a los trabajos apostólicos de los primeros Misioneros, desde el año 1632 hasta 1905, en que se creó la Prefectura Apostólica del Caquetá. En la segunda se ha resumido lo que en diferentes ocasiones se ha publicado respecto a los trabajos llevados a cabo por nuestra Misión actual, y otras cosas importantes que no habían visto aún la luz pública.

La relación de viaje del muy Reverendo Padre Gaspar de Pinell contiene datos preciosísimos sobre la navegación del Putumayo y del Amazonas, ventajas que prestan estos

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ríos al comercio colombiano, peruano, brasilero, etc., y nos pone al tanto de las costumbres de las tribus indígenas de nuestro territorio.

Grande sería mi satisfacción si con los mencionados trabajos lograra que la Misión, que me honro de presidir, prestara algún servicio a la Iglesia y a Colombia, nuestra patria adoptiva.

De Sus Excelencias y del Ilustrísimo y Reverendísimo señor Primado, humilde y seguro servidor,

FRAY FIDEL DE MONTCLAR

Sibundoy (Putumayo), 28 de junio de 1924.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca

Grupo de Misioneros con el Reverendísimo Padre Prefecto Apostólico.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

PARTE PRIMERA

RESEÑA HISTORICA DE LA MISION

(1632-1905)

I

ANTIGUOS TRABAJOS APOSTÓLICOS EN EL CAQUETA Y PUTUMAYO

Datos desde 1632—Primera entrada al Putumayo—Contratiempos graves. Sangre que fecundiza el territorio—Número de tribus catequizadas.

Los datos más antiguos que poseemos referentes a lo que han sido estos Territorios de Caquetá y Putumayo, los hemos recibido de los primeros Misioneros que entraron a evangelizarlos. Los hijos del Padre San Francisco, una vez establecidos en Quito y Popayán, no se concretaron a ejercer su benéfica influencia entre los indios cercanos a sus conventos, sino que impulsados por el celo de la gloria de Dios transmontaron la cordillera que los separaba de la hoya amazónica, y establecieron su campo de apostólicas labores en la sección que hoy comprende la Prefectura Apostólica de Caquetá y Putumayo.

Desde que en 1632 hicieron el primer viaje de exploración al Putumayo, se puede seguir paso a paso la acción de esos apostólicos varones en estas regiones hasta poco antes de la guerra de la Independencia.

Tenemos a la vista un importante documento, escrito por el franciscano Padre Bartolomé de Alácano, fechado en 18 de julio de 1739 (1) y existente en el archivo de franciscanos de Quito, en el que ese Padre relata los trabajos apostólicos que habían realizado en el Putumayo los hijos del Padre San Francisco, a partir de 1632 hasta aquella fecha. Por estar dicha relación respaldada en todas sus

(1) Vid. **Varones Ilustres**, por el Padre Francisco M. Compte. Quito, 1885.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

partes por otros documentos que existen en el mencionado archivo, vamos a transcribir algunos apartes de la misma, pues estamos convencidos de que su lectura, a la vez que ilustrará la historia de esta Misión, dará a comprender la importancia de los trabajos apostólicos de aquellos antiguos Misioneros, heraldos del Rey de reyes en estas selvas.

"*Relación del Padre fray Bartolomé de Alácano, dirigida al Presidente de Quito en 1739.*

"En cumplimiento del auto de mil setecientos treinta y nueve, a continuación de la Real Cédula despachada del Pardo en veintiséis de febrero de este mismo año, en la cual Su Majestad (Dios guarde) ordena informe Vuestra Señoría del estado que tienen las Misiones que los religiosos de mi Seráfica Orden de esta Santa Provincia de Quito cultivan entre los indios payugajees y putumayos, sus principios y progresos, del número de pueblos que tienen, cuáles son, y la necesidad que hubiere de enviar religiosos.... digo: que habiendo con prolija solicitud recorrido los instrumentos auténticos, así de reales cédulas y provisiones reales de esta Real Audiencia, como de varios informes jurídicos del Cabildo de la ciudad de Pasto y demás papeles pertenecientes a los archivos de este convento y de sus Misiones, ha constado de ellos, como después que los religiosos de mi sagrado instituto conquistaron los indios infieles que habitaban las tierras que llamaban descubiertas..... con la gloria de ver tan bien logrados sus afanes, se enardecieron sus ánimos a continuar los propósitos de ganar para Dios más almas, y sujetar a la Majestad Católica más vasallos; y así se empeñaron en descubrir y conquistar las innumerables almas, infieles y bárbaras, que habitan las dilatadas orillas, islas y tierra firme que baña el gran río de las Amazonas o Marañón.....

"El año, pues, de nuestra salud de mil seiscientos treinta y dos, por los fines de agosto, salieron de este convento de San Pablo de Quito cinco religiosos de muy ejemplar virtud y celosos de la propagación de nuestra santa fe católica, que fueron el Padre fray Francisco de Anguita, Comisario de dicha Misión; el Padre fray Salvador de Casasrubias, el Hermano fray Pedro Moya y los venerables Hermanos fray Domingo Brieva y fray Pedro Pecador, hijos todos de esta santa provincia. Y habiendo arribado a la

ciudad de Ecija, de los sucumbios (que dista de Pasto treinta leguas de mal camino), solos y sin compañía de soldado o religioso de otra religión, más que la de un indio intérprete o lengua, llamado *Pata*, se embarcaron en el puerto que llaman *Quebrada del Río*, y a dos días de navegación salieron al gran río Putumayo.... (principal miembro del celebrado de las Amazonas), en que tomaron posesión de su primer descubrimiento, y al cabo de doscientas leguas llegaron a la provincia de los seños, desembarcaron en el pueblo más principal, que está algo tierra adentro, donde los recibieron los indios con grandes muestras de contento, señalándose entre todos más finos dos caciques, el uno llamado Mayoró y el otro Copayá; que habiendo pasado el espacio de un mes en catequizarlos por medio del referido indio lengua, y logrado para el cielo la primicia de un niño, que a pedimento de sus padres, murió bautizado, instigado del enemigo común, se les huyó el dicho indio lengua....

"Viéndose pues los religiosos sin lengua (aunque no sin espíritu) que los ayudase, y que por estar solos no tenían modo ni camino de pasar adelante, determinaron no volver las espaldas al trabajo, como cobardes, sino retirarse prudentes, para buscar la sazón alentados y volver al santo propósito y a las dificultades de la empresa más prevenidos; y en conformidad con su dictamen, a los principios del año treinta y cuatro (1634), con nuevas providencias y despachos más amplios de esta Real Audiencia, volvieron a entrar en la referida ciudad de Ecija de los sucumbios, los religiosos: Padre fray Lorenzo Fernández, Comisario; el Padre fray Antonio Caicedo y los venerables fray Domingo Brieva y fray Pedro Pecador, los cuales aviados por Diego Suárez de Bolaños, Teniente General de la dilatada y rica provincia de Mocoa.... se embarcaron en el río San Miguel (que es uno de los que juntándose con el Putumayo engruesan el de las Amazonas), y al cabo de ocho días de navegación llegaron a la provincia de los tupinambaes y becabas, donde por espacio de tres meses y medio cogieron muchísimo fruto, catequizando a todos sus moradores y bautizando a los niños, y también muchos adultos, quienes, cuando se sentían heridos de muerte o mordidos de alguna víbora ponzoñosa, corrían en busca de los religiosos, con ansias más de bautismo que de la misma muerte, para asegurar con su beneficio la eterna bienaventuranza a que aspiraban.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondos Patrimoniales Documentos

"Con esta bonanza, iban viento en popa, navegando las cosas de nuestra santa fe católica, cuando de repente se levantó una borrasca y tormenta deshecha movida por el demonio, pues sin saber cómo ni porqué, habiéndose una mañana salido por el pueblo los cuatro españoles, vinieron todos los indios de mano armada con estólicas, dardos y macanas, y dando en la casa de los religiosos, rompieron a unos las cabezas, y atravesando a otros, los dejaron a todos por muertos, siendo el más maltratado el Padre fray Domingo Brieva, a quien, además de dos penetrantes heridas, le hicieron pedazos una pierna, lesión que le duró hasta la muerte. Sólo al venerable fray Pedro Pecador guardó Dios para el remedio de los demás, pues habiéndole dado tres estolicazos, ninguno le llegó a la carne, de lo cual se quejaba el santo religioso con tiernas palabras de sentimiento, pareciéndole eran culpas y pecados suyos el no haber merecido derramar una sola gota de sangre por su Dios, cuando se hallaban su compañeros bañados de ella; pero despicó éste su sentimiento amoroso, esmerándose en la caridad con que los curó, ayudado de la ciencia y práctica que en el siglo había cursado de cirugía. Viendo pues que el pueblo estaba alborotado, mandó el Padre Comisario se aprestasen para salir de aquella Provincia, como lo ejecutaron, tornándose al río de San Miguel y a la ciudad de Ecija, con grandísimos trabajos por las heridas que llevaban.

"Después de convalecidos acordaron dividirse, para volver juntos a continuar la misma empresa, encaminándose el Padre Comisario, fray Lorenzo Fernández, y el venerable fray Domingo Brieva a esta ciudad de Quito a pedir nuevo auxilio y favor a la Real Audiencia; y el venerable fray Pedro Pecador a la de Popayán, a implorar la ayuda de su Gobernador, y por no habérsela dado se volvió a la ciudad de San Pedro de Alcántara de los cofanes (1), de donde, con el Capitán Juan de Palacios, pasó a la dilatadísima provincia del terror de aquellas montañas, los belicosos indios *encabellados* . . . . . .

"En este tiempo (1689) se les consignaron las Misiones del río Napo y del gran río de San Francisco (el Amazo-

(1) Con el nombre de **cofanes** y de **sucumbios** se entendían designadas las Misiones del río Putumayo y Yapurá, según consta de la Real Cédula de 7 de octubre de 1705.

nas) a los Reverendos Padres de la esclarecida Compañía de Jesús, igualmente fervorosos en la propagación de nuestra santa fe católica entre los infieles de aquella comarca; dejando así fundados los referidos pueblos (1), se trasladaron los religiosos de mi seráfico instituto a trabajar y recorrer las provincias y ríos de su primer descubrimiento, donde se aplicaron igualmente con tánto fervor a reducir sus moradores, que ya en el año de 1693 en las riberas del Putumayo lograron tener fundados los siguientes pueblos: el del nombre de Jesús de Nanzueras; y tres leguas más adelante el de Santa María de Maguajes; seis leguas más la tierra adentro, el de Santa Clara de Yayobaras, y en otra igual distancia, el de San Diego de Yantaguajes. Y en el año siguiente de noventa y cuatro, en la provincia de Los Hoyos (que quiere decir murciélagos), sobre las márgenes del río Acuyúa, que tributa sus aguas al mismo Putumayo, se fundó el pueblo de San José de los Curas, que al presente se denomina de Agüese, por la traslación que se hizo. Este mismo año se pacificaron los biguajes, y con ellos se fundó el pueblo de San Antonio de Padua. Por el mismo tiempo se dieron de paz los penes, y de oficio propio salieron de su región, y con ellos, sobre el Putumayo, se fundó el pueblo de San Bernardino de los Penes; y tierra adentro de su situación, en la distancia de dos leguas, se fundó el pueblo de Nuestro Padre San Francisco de los Piácomos. El año siguiente, de noventa y cuatro, cerca del encuentro que hace el Putumayo con el río San Francisco, se redujeron las provincias y naciones de los coreguajes, de los puñíes y muchísimas de los encabellados e icaguates, que habitan la tierra adentro, y también de los roenes. Y también de la rica y dilatada provincia de Mocoa, que baña el gran río de Caquetá, y que con distancia de cuatro días de camino confina con la de sucumbios, se pacificaron las naciones de los neguas, de los caguies y de los coreguajes, habiendo desde este tiempo tomado posesión dichos religiosos de las Misiones de dichas provincias de Mocoa y del gran Caquetá.

. . . . . .

"En este mismo año (1695) . . . . arribaron por fin al río Putumayo los compañeros que seguían al venerable

(1) Fueron siete los pueblos a que se refiere, y uno de ellos de más de seis mil almas. Vid. **Varones Ilustres**, página 49, tomo II.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Padre fray Juan Benítez, y en las riberas del río San Miguel de la Coca fundaron el pueblo de San Pedro de Alcántara, y sobre el Putumayo, el venerable y Reverendo Padre fray Juan Montero fundó el pueblo de San Buenaventura de los Amaguajes, donde habiendo trabajado en la enseñanza y doctrina de sus moradores a satisfacción de su fervoroso celo, reconociendo que ya Dios lo llamaba para sí, después de haberse prevenido con los santos sacramentos, entonó con sonora y entera voz el *Credo*, y al *Incarnatus est* expiró, cantando como cisne de la gloria. Tres leguas más adelante de dicho pueblo se fundó el de la Concepción, de los guanigajes; y tierra adentro, en distancia de cinco leguas, se fundó el pueblo de los ayamacenes, deseando reducirse a pueblos y tener cada uno religiosos que los adoctrinasen las naciones siguientes: los ayamas, los zaibarás, los ologuajes, los siameacos, los zinjes, los ziroquíes, los venuyares, los bitomees, los ibicurulos, los curusaguas, los massassees, los zensetaguas, los allamas, los thaumeas, los zorimanes, los zenzacajes, y otras naciones más retiradas.

"De los cuales progresos, que se continuaron hasta el año de mil setecientos diez y seis (1716), informada la Católica y Real Majestad del Rey nuestro señor don Felipe V..... se dignó Su Majestad conceder por Real Cédula de veinte de abril de dicho año una Misión compuesta de veinticuatro religiosos de corona y dos legos.

. . . . . .

"Por este mismo tiempo (1724) recibí en dos ocasiones cartas del cacique de Mocoa y del capitán de los indios yaguanonjas, de las celebradas provincias del gran Caquetá (que muchos años antes se habían rebelado con exterminio total de los vecinos cristianos, así de la ciudad de Mocoa como de la de Simancas, hostilizando las convecinas poblaciones de Sibundoy y de Timaná), los cuales en nombre de sus vasallos y parciales me pedían encarecidamente les enviase religiosos que los doctrinasen y bautizasen. Y conjeturando que se habría cumplido el tiempo destinado de coger en aquellas dilatadas provincias, compuestas de muchísimas naciones, el deseado fruto que en el tiempo del Reverendo Padre fray Martín de San José, con el cultivo de catorce años no se pudo sazonar, remití al Padre lector en Sagrada Teología y actual Secretario que es de esta

santa provincia, fray Martín Huydobro de Montalván, y al Padre fray Juan Miranda, para que enterados de la sinceridad del ánimo de dichos indios me la participasen, y se diese, con su noticia, providencia de más operarios, como se hizo, pues habiéndose fundado los siguientes pueblos: el de San Antonio de Padua, del gran Caquetá, con ochenta y tres vecinos de la nación de Mocoa (cuyos nombres, como el de los vecinos de los restantes pueblos, aunque tengo presentes los padroncillos no los relato en este informe por no abultarlo); el del Arcángel San Miguel, de los yaguanonjas, sobre el río de La Tagua, con setenta y seis vecinos; el de San Rafael, de los mandures, sobre el río Mandur, con noventa y dos vecinos; el de San Luis, de los andaquíes o charubaes, en las cabeceras del río Domafagua (1), con cincuenta y nueve vecinos; el de Nuestra Señora de los Angeles, de los chufias, sobre el río Chufia, con ochenta vecinos; el de Santa Clara, de los yapuas, sobre el río Yapo, ciento catorce vecinos.

"Con la noticia de estos progresos pasaron a continuarlos el año de veintiséis los siguientes religiosos: el Reverendo Padre fray Antonio Bernardino Semanate, el Padre fray Javier Soto (que con el Hermano fray Tomás Méndez pasó a las Misiones del Putumayo) y el Padre fray Agustín Terán, quienes, después de haberse compartido en los dichos pueblos, fundaron el de San Bernardino, de los coguanes, en la junta que hace el río Caguán con el gran Caquetá, con la vecindad de más de seiscientas almas.

"El año de veintiocho pacificaron las naciones de los sapallos, de los jachas, de los surones y gran parte de los tamas o puyugalees, con esperanza de que también se reducirían las restantes naciones que en numerosas tropas se dilatan por todas las riberas del gran Caquetá, hasta confinar con la de los llanos de San Juan y las de Guayana.....

"Informados los religiosos que trabajan en las Misiones del Putumayo de los progresos tan felices que tenían las provincias convecinas del gran Caquetá, con gloriosa emulación se empeñaron en la reducción de las naciones que les pertenecían, con tal eficacia que hasta el año de treinta y siete consiguieron tener reducidos y corrientes los siguientes pueblos: el de San Pedro de Alcántara, de los amoajes, en el encuentro que hace el Putumayo, y el de

(1) Indudablemente que se refiere al río Fragua.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

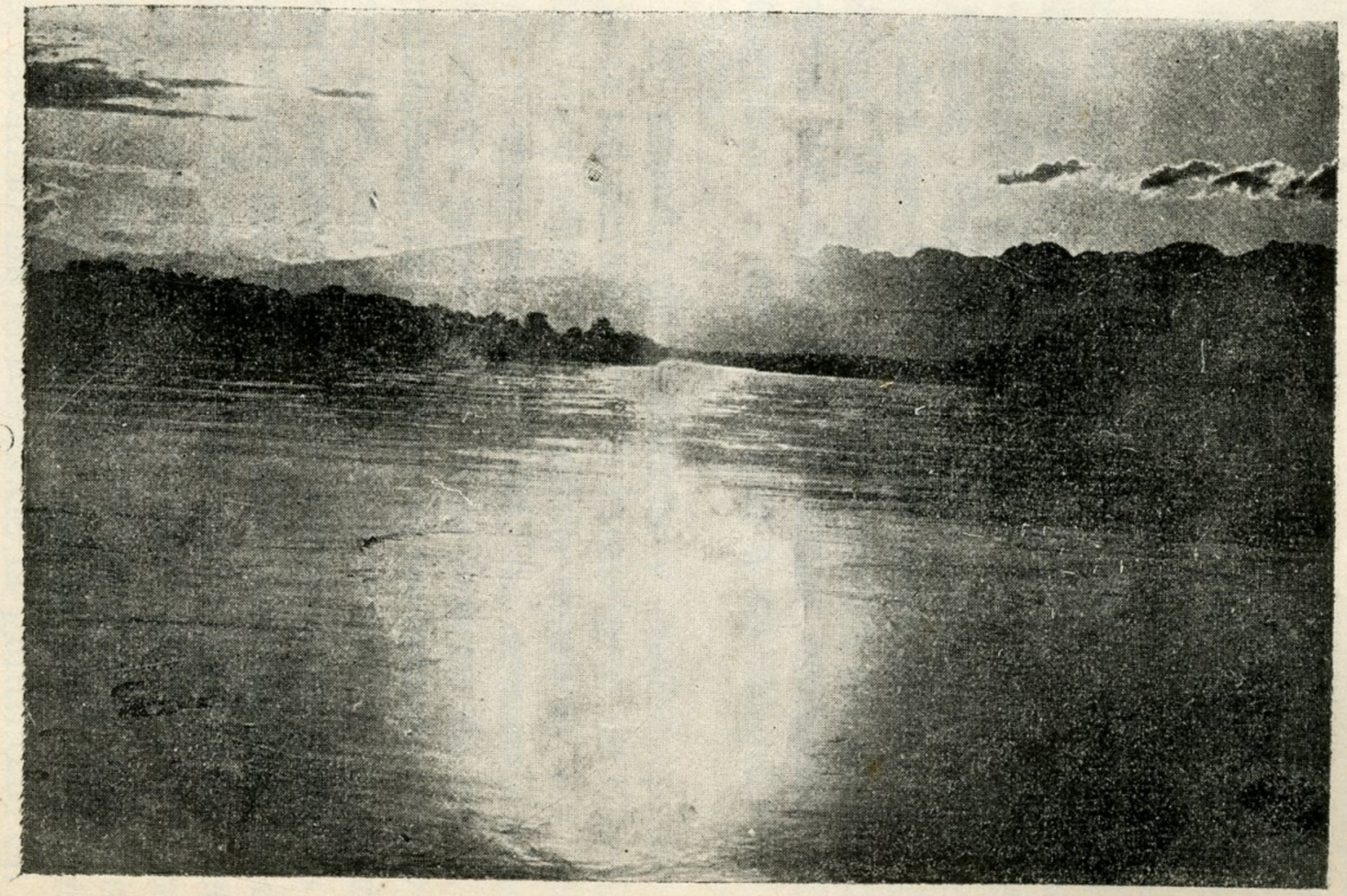
San Miguel de Sucumbios con el río de Guagnúes, con la vecindad de ciento ochenta y seis almas; el de Nuestra Señora de los Dolores, de los masaros, sobre el mismo Putumayo, con noventa y seis vecinos; el de Santiago, de los acomecas, con la vecindad de más de quinientas almas; el de San Juan Capistrano, de los guiros, con doscientos setenta y dos vecinos; el de Santa Rosa de Viterbo, de los oyos, con más de seiscientos vecinos; el de San Salvador de Horta, de los enos, con noventa y siete vecinos; el de Santa Coleta, de los enzzeguajes, con doscientas veintitrés almas; el de San Buenaventura, de los curiguajes, con ciento diez y seis vecinos. El año pasado de treinta y ocho se fundó el pueblo de Santa Cruz, de los mamos, con la vecindad de ochenta y nueve almas.

"Hanse reducido con alguna facilidad las sobredichas naciones a causa del grandísimo temor con que han quedado, habiendo observado que todos los que concurrieron a la sublevación pasada del año veintiuno, murieron desastradamente, los más ahogados por unas parópticas que hinchándoles las gargantas los sofocaban sin remedio, y los restantes a las crueles manos de los andaquíes y yaguanonjas, que pasando de guerra a sus provincias los acabaron miserablemente.

"Estos son los pueblos que hasta la presente se han fundado y los que se conservan en las dos Misiones, conviene, a saber: del gran Caquetá en Mocoa y el del Putumayo en Sucumbios, además de los pueblos, el de San José de Aguese, con noventa y cuatro vecinos, y el de San Diego de los yantaguajes, con la vecindad de ciento tres almas, que desde que se fundaron han perseverado constantes y muy leales, y también el pueblo de San Miguel de Sucumbios que, de Ecija que antes era, ha parado en pueblo corto de cincuenta y seis vecinos..... De manera que por todos son veintiuno los pueblos que entrambas Misiones están corrientes: siete en las Provincias del gran Caquetá, catorce en las del Putumayo y San Miguel de Sucumbios, fuera de las rancherías y demás naciones que entrambas Misiones están pacificadas, deseando reducirse a pueblos formados con sus religiosos, como lo han hecho los demás....."

A mediados del siglo XVIII, el franciscano fray Martín Idroxo, Comisario de las Misiones del Napo y Marañón, y Misionero Apostólico de las del gran Caquetá, informaba

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Fondo Patrimonio Documental



Vista parcial de la laguna *La Cocha,* origen del río Guamués, afluente del río Putumayo, a 2900 metros sobre el nivel del mar.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

que había convertido y bautizado cuarenta y ocho naciones de indios, y para el fomento y guarda de ellas pedía que don Francisco Ortiz de Argueta fundase una colonia con la escolta necesaria, y que se mantuviese a costa del Tesoro Real. En esta solicitud que dirigió desde Pasto y que está incorporada en la colección de documentos inéditos de la Geografía y la Historia de Colombia, recopilados por don Antonio B. Cuervo durante su permanencia en España como Ministro de la República, y en el país como Ministro de Gobierno, y publicados en 1894, dice el Padre Comisario:

"..... Muchos años há que el infatigable celo de mi religión sagrada, haciéndose cargo del apostólico ministerio de la reducción de los indios gentiles que pueblan las vastas montañas de las dilatadas provincias del famoso Caquetá, Mocoa, Putumayo y sus inmensas islas, ha solicitado con todas sus fuerzas hacer para gloria del Señor en esta espiritual Misión, copiosa cosecha de almas que llenen los graneros del cielo, sin perdonar inmensas fatigas, trabajos y peligros..... empeño que a mi religión ha costado algunas vidas.....

"El pasado de cuarenta y cuatro quiso la obediencia emplear mi persona en el ministerio de Comisario de estas santas montañas, y habiendo entrado en ellas quise, en cumplimiento de obligación, no contentándome con lo ya descubierto, penetrar lo más áspero de ellas, y navegando los caudalosos ríos hallé en el recinto de uno y otro río tánta gente, que con su ceguedad constituían para Luzbel un dilatado imperio.... que parece que siendo Su Majestad el principal ministro de estas conquistas, y conociendo la debilidad de mis fuerzas, quiso dármelos reducidos, para que mis compañeros y yo los devolviésemos a Su Majestad instruídos. Cuarenta y ocho naciones son las que, agregadas al gremio de la Santa Iglesia, quisieron renacer para el cielo, lavando las miserias de la gentilidad en el Jordán del bautismo, logrando Dios Nuestro Señor más en esta sola entrada, que ha logrado en todas las que se han hecho desde su primer descubrimiento."

UNIVERSIDAD EAFIT · Biblioteca · Sala de Patrimonio Documental

II

ESTADO PRIMITIVO DE LOS INDIOS DE ESTA MISIÓN

Crueldad de los indios — Misioneros sacrificados — Tumulto sangriento. Antropófagos—Guerras salvajes—Bailes macabros—Costumbres.

Es una verdad muy cierta que cuando entraron los franciscanos a evangelizar los indios del Caquetá y Putumayo los hallaron sumidos en el salvajismo más desesperante. Tanto es así que en 1651 escribía el Padre Laureano de la Cruz, religioso franciscano, que si los indios del territorio los recibían y trataban debíase al temor que les infundían los españoles que les acompañaban con sus arcabuces.

Era tánta la fiereza de estos indios, que en distintas ocasiones la hicieron experimentar cruelmente a los Misioneros, varios de los cuales pagaron con su vida el celo que los trajo a difundir la luz del Evangelio entre estos salvajes. Sirvan de prueba los hechos que a continuación transcribiremos, copiándolos textualmente de los originales del Archivo de franciscanos de Quito.

Queda relatado en el capítulo anterior cómo en 1635 fueron heridos y maltratados cruelmente varios religiosos que entraron al Putumayo. Veamos ahora otro caso análogo ocurrido en 1637, tal como lo refiere el Padre Laureano de la Cruz:

".... Quedáronse en mi compañía los Hermanos fray Domingo de Brieva y fray Francisco de Piña y fray Andrés de Toledo, quedando el Capitán Juan de Palacios con diez y ocho soldados y cosa de sesenta indios y alguna chusma. Procurámos lo posible conservarnos en buena paz con los indios encabellados. Acudieron como antes a los ejercicios ordinarios y procurábamos que todos estuviesen consolados. Diole gana al Capitán Palacios de que nos mudásemos de este sitio a otro mejor y más cerca del río, por las canoas y por la pesquería; hízose así (que no debiera), y mudados en pocos días se mudaron también los indios con algunos agravios que les hicieron, que aunque a nosotros no nos parecían grandes, para ellos sí lo eran, por ser gente tan hidalga que aun de sus mismos hermanos no sufren un papirote. Fuéronse retirando y ya no venían a vernos ni traían el sustento como solían, lo cual tuvimos a novedad, y novedad de mucho cuidado. Encomendámoslo a Nuestro

Señor, y cada día esperábamos el golpe, cuando el día de Santa Brígida, a 8 de octubre del 1637, tuvimos noticia de que los encabellados venían de mano armada sobre nosotros. Inquietóse la gente con esta nueva y trataron de prevenirse con sus armas; mas el Capitán, más valeroso que prudente, hizo que se quitasen todos y que no tuviesen miedo. Estando en esa quietud, aunque no sin recelos, dentro de media hora tocaron a rebato y dieron sobre nosotros tántos indios que fue misericordia de Dios no acabarnos todos. El Capitán, con su acostumbrado coraje, con sólo espada y rodela, embistió él y dos compañeros con los encabellados que le cogieron por aquella parte, y haciendo ricia en ellos, los fue siguiendo y a pocos pasos se halló cercado de una grande emboscada, que matándole y haciéndole pedazos se lo llevaron...."

El Padre Alácano, antes citado, trae en su relato los siguientes hechos:

".... El año de noventa y cinco (1695), informados los religiosos de este convento máximo de la falta de operarios que había en dichas Misiones (del Putumayo y Caquetá), por cuyo defecto se malograba mucha cosecha, pues había allá más pueblos que religiosos, resolvieron pasar a tener parte en el mérito de tan santa empresa los siguientes: el venerable Padre fray Juan Benítez de San Antonio, el Padre fray Juan Victoriano, el Hermano fray José de Jesús y el Hermano Antonio Comforte. Y habiéndose adelantado dicho Padre fray Juan Benítez en compañía del Hermano Comforte, y del pueblo de San Buenaventura de los Avijiras, arribado al pueblo de San Miguel de los Sucumbios, para de allí pasar, río abajo, a incorporarse con los religiosos que trabajaban en el Putumayo; a los ocho días de su partida le asaltaron el alojamiento unos indios piratas de una de las provincias del gran Caquetá, llamados tamas, y por otro nombre puyugajees, que habían pasado a hostilizar las riberas del Putumayo, los cuales, revestidos de una diabólica saña, quitaron las vidas a un indio cristiano, al Hermano Comforte y al venerable Padre fray Juan Benítez, religioso de vida ejemplar y de extremada mortificación, quien con espíritu profético a los vecinos de San Miguel predijo lo cercano de su dichosa muerte, la cual abrazó con tal serenidad de ánimo, que sin que le alterasen

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

los penetrantes golpes de tostados dardos y aguzadas cucharas con que repetidas veces le atravesaron los pechos, hincado de rodillas con un Cristo en las manos, entre amorosos coloquios, rogando por sus homicidas, entregó su abrasado espíritu en manos de su Creador, a diez y ocho de enero de dicho año de noventa y cinco."

Más sacrificios nos relata el Padre Alácano, pero de entre ellos sólo citaremos el siguiente:

"..... Entró a continuar la labor de las Misiones de Putumayo y de los tamas o payugajees el Padre fray Lucas Rodríguez de Acosta (fue por los años de 1716-1717), llevando en su compañía al Padre fray Mateo Valencia, al Padre fray Miguel Marín y al Hermano fray Juan Garzón; y porque llevados dichos religiosos del fervor y celo que los condujo quisieron reformar algunas costumbres desordenadas con que se habían viciado los indios hasta entonces poblados, por falta de asistencia continua de los pocos religiosos, que a tiempos recorrían sus poblaciones, y también porque pretendieron que los indios más antiguos en el cristianismo saliesen a esta ciudad a recibir el santísimo sacramento de la confirmación (como años antes lo habían hecho los penes), exagerados los dichos indios de la nueva reforma de sus costumbres en orden a la pluralidad de mujeres que cada uno quería tener, y concibiendo que el sacarlos a confirmar sería para trasladarlos a otras poblaciones, donde los tendrían más sujetos, y lo más cierto, instigados del demonio, se conspiraron a quitar las vidas a todos los religiosos y sacudir de sus cuellos el suave yugo de la ley evangélica, como en efecto lo hicieron, haciendo que padeciesen gloriosa muerte por Cristo los siguientes religiosos: el Padre Comisario, fray Lucas Rodríguez de Acosta, a quien después de haberle dado los indios ceones mortales heridas, que recibió hincado de rodillas, pegaron fuego a la casa para que muriese abrasado; el Padre fray Miguel Marín, a manos de los indios ocorazos; el Hermano fray Juan Garzón, a las de los indios encabellados, quienes no contentos con quitarle la vida, saciaron sus diabólicas ansias comiéndole a pedazos; el Hermano fray José de Jesús, Misionero de más de treinta años, a manos de los indios piácomos, que él mismo había creado. La cual tragedia sucedió el día veintidós de mayo en el año veintiuno, rebelándose todos los demás pueblos que con tántos afanes se

habían fundado en el discurso de ochenta y siete años, librándose de esa rebelión los pueblos de San Diego de los yantaguajes y San José de Aguse, en cuya fidelidad se refugiaron los religiosos que escaparon de tan deshecha tempestad, lastimados y sentidos de ver malogrados sus apostólicos trabajos, pero siempre con la esperanza en Dios de que perseverando en sus propósitos lograrían más sazonados frutos regados con la dichosa sangre de sus hermanos....."

— —

Queda para transcribir algo que los primeros Misioneros nos han transmitido, referente a usos y costumbres de aquellos indios, y vamos a seguir en este sentido nuestro relato:

"Contaré para mayor gloria de Dios—dice el Padre Laureano de la Cruz—un caso admirable y extraño (1). Cerca de la casa de nuestra morada parió una india un niño, el cual acabado de nacer dio tan grandes gritos, que me obligó a enviar los compañeros a verlo. Fueron luégo, y cuando llegaron lo habían ya sus padres enterrado vivo en un montecillo cerca de su casa; así que yo lo entendí fui allá con los muchachos y un compañero, y buscando en la parte donde lo habían enterrado, quiso Dios que lo halláramos al cabo de un largo cuarto de hora que tardaríamos en buscarlo. Desenterrámoslo, dando ya las últimas boqueadas, y bauticélo. Hecho esto, comenzó a volver en sí y tomar aliento. Hice traer un cántaro de agua, lavámoslo y llevámoslo a nuestra casa, y fue Dios servido que viviese ocho días. Con la experiencia del caso recibido creímos ser cierto lo que nos habían dicho algunas veces los mismos omaguas, que enterraban vivos sus hijos acabados de nacer o porque queriendo los padres hijo varón nacía hembra, y de esta suerte habían enterrado muchos, y supimos que la madre de este niño había enterrado ya otros dos, y de otras madres de uno, de a dos y de a tres. Reprendímosle este maleficio, y nos respondieron que siempre lo hacían así, y que era entre ellos antigua costumbre....."

(1) Vid. op. cit.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Sobre la forma como guerreaban aquellos indios, encontramos lo siguiente (1):

"..... Se deben reputar los jívaros por los más crueles infieles de esta parte de América, aunque no por los más bárbaros idiotas, como son otras varias naciones de las montañas. Son sumamente vivos, inteligentes para todo, aprenden con facilidad todo cuanto se les enseña y aun cuanto ven. En llegando a tener satisfacción de la persona que tratan, son sumamente amables y obsequiosos, desprendiéndose por esta razón de cualquier cosa que poseen. En ellos no se conoce la mentira y mucho menos el robo... No obstante estas virtudes morales, la inclinación que tienen a hacer guerra cruel y feroz a sus semejantes los pervierte y oscurece todas sus buenas cualidades, en tanto grado que pueden ser reputados por los más crueles enemigos del género humano. El andar de monte en monte, de selva en selva, de río en río, buscando otros infieles como ellos para quitarles las vidas y bailar con las cabezas de los muertos, es lo que más los divierte, enajena y encanta.

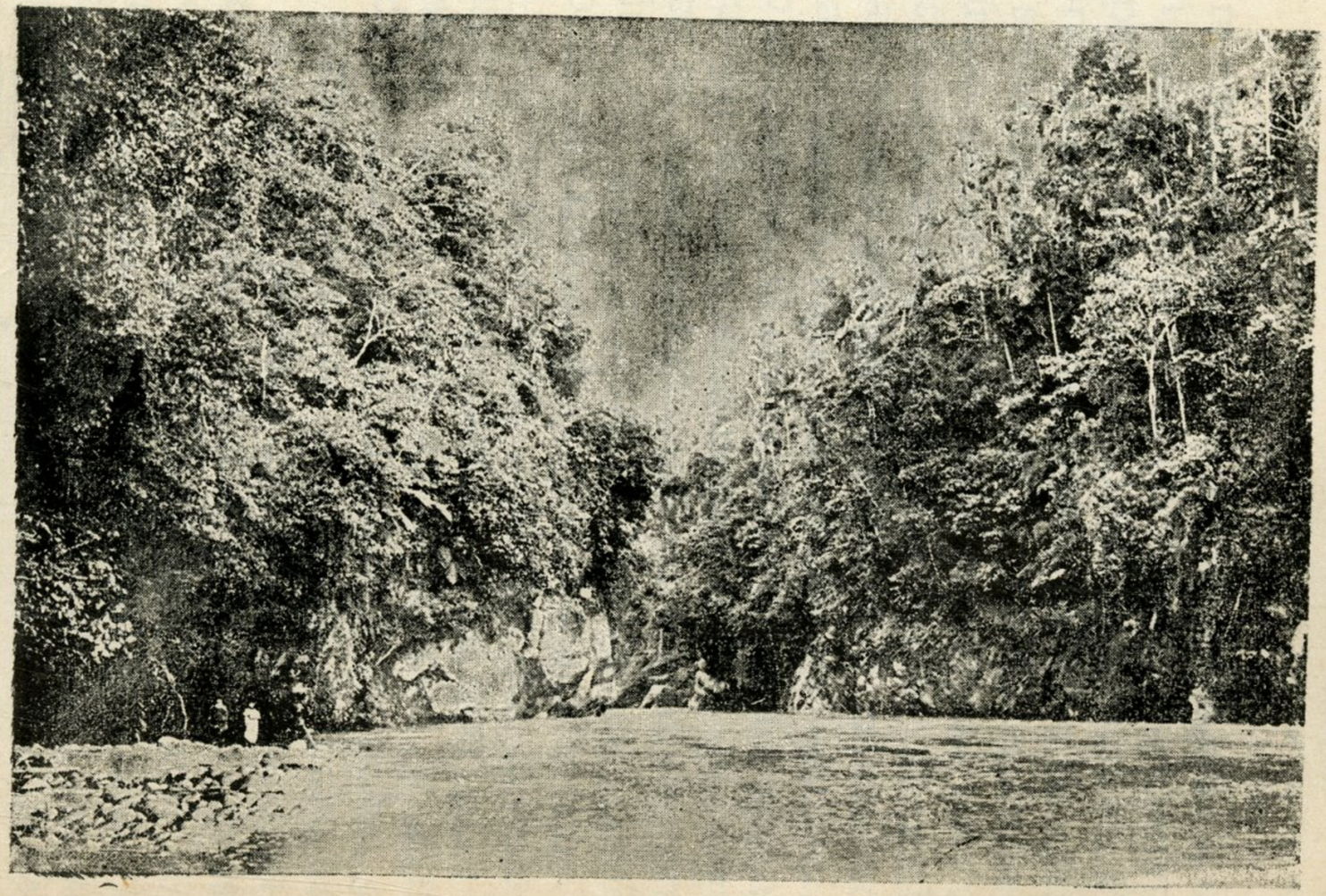
"Para satisfacer esta feroz costumbre no perdonan trabajos, desnudez, caminos largos, hambre y cuanto se puede imaginar, como que no aspiran a otra gloria que a merecer el nombre de cocarama, como lo demuestran las continuas guerras de que yo mismo tengo noticia..... En mi tiempo estos jívaros, unidos con los que habitan el río Paute, hicieron varias correrías a la otra banda del río Pastaza, en donde cometieron atrocidades, trayendo las cabezas de muchos infieles para bailar con ellas, lo que se hace de esta suerte: luégo que han muerto al infeliz, le separan la cabeza de los hombros y le quitan lo interior, quedando sólo el cuero, el cabello, narices y orejas; luégo introducen piedras calientes, y así lo guardan veinte, treinta y más años en unas ollas, de donde quitan anualmente muchas cabezas para bailar con ellas, y celebran así quince días el aniversario de sus victorias, previniéndose antes con muchas comidas y chichas.

"Sus bailes son una horrorosa abominación, y causa terror el verlos, aun a los de mucho valor y espíritu..."

---

(1) Vid. op. cit.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental



¿Cómo pasar al otro lado? El Caquetá cerca de la cordillera.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

III

CÓMO SE VIAJABA POR EL TERRITORIO

Empresa arriesgada—Exposición del General Reyes—Graves dificultades. Incomunicación—Paso arriesgado—Documento antiguo — Derrotero para entrar al Putumayo—Tres siglos sin variar el itinerario.

Era empresa verdaderamente arriesgada la de emprender un viaje a través de la región del Putumayo, cuando a principios del presente siglo entró el actual Prelado del territorio. Una casi infranqueable barrera de altísimas montañas separaba del resto de Colombia el vasto territorio. Si algún aventurero o celoso Misionero se resolvía a salvar los obstáculos que la naturaleza había acumulado, no lo lograba sino con grandes sacrificios y exponiendo con frecuencia la propia vida. La senda que comunicaba aquel mundo salvaje con el civilizado era lo más original y horroroso que pueda uno imaginarse; diríase que algún espíritu maléfico se había entretenido en distribuír precipicios y despeñaderos para impedir la entrada en aquellas soledades, donde el salvajismo vegetaba a sus anchas.

El camino para llegar a Mocoa era ni más ni menos que una serie de despeñaderos por los que había que trepar agarrándose de las raíces de los árboles y afianzando la punta de los pies en las hendiduras de las peñas, con peligro a cada momento de rodar al abismo; lo dicho sin tener en cuenta el temible páramo del Bordoncillo, a la altura de 4,000 metros, por donde había que pasar forzosamente, a través de una ciénaga con agua hasta la rodilla, y en una temperatura glacial. Aquí fuertes huracanes mezclados con agua azotaban violentamente el rostro del viajero, haciendo en extremo dificultosa esa marcha obligada por aquel trayecto, que no se salvaba con menos de seis horas de terrible sufrimiento; en esos lugares perecían todos los años algunos atrevidos viajeros, víctimas de su arrojo.

Esas graves dificultades que se experimentaban para entrar al territorio las expone con gran vigor de colorido el General don Rafael Reyes en la conferencia que pronunció en el gran anfiteatro de la Sorbona, de París, en 1914 (1). Hé aquí cómo se expresa:

---

(1) **Conferencia, páginas 7 y 8; Wellhoff et Roche, editeurs; París, 1914.**

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

"Partímos de la ciudad de Pasto, situada en la cima de los Andes, bajo la línea equinoccial. La inmensa región que se extiende deste esta ciudad, por más de 4,000 millas, hasta el Atlántico, era entonces completamente desconocida. Atravesámos a pie la gran masa de la Cordillera de los Andes, que se eleva a más de 12,000 pies sobre el nivel del mar, hasta la región de las nieves perpetuas. Al terminar ésta se encuentran inmensas sabanas, llamadas *páramos*, en donde no nace un arbusto, ni se mira una flor, y en donde desaparece por completo la vida animal. Durante un mes vagámos por aquellas frías soledades, guiados por la brújula; reina en ellas una neblina tan espesa como en las altas latitudes del Norte en el invierno; hubo días en que tuvimos que permanecer en un mismo sitio, en media oscuridad, sin poder avanzar un solo paso. El termómetro llegó a bajar a 10 grados bajo cero, lo que se hacía insoportable por la falta de abrigo y de calzado; teníamos que usar una especie de zapatos llamados alpargatas, hechos de henequén, que sólo cubren la mitad del pie, porque el calzado de cuero no puede usarse, debido a que esas sabanas están cubiertas de una espesa capa de lodo, en la que el viajero, al caminar, se hunde hasta la rodilla.

"Después de un mes de marcha por aquel desierto, en el cual perecieron, a causa del frío, dos hombres de la expedición, de los diez que a sus espaldas cargaban las provisiones, llegámos al límite de aquellas pampas solitarias, que parecen el producto de una naturaleza en formación. Estábamos en las vertientes orientales de los Andes. A nuestra vista se extendía un océano de luz y de verdura, que hacía contraste con las sombras y las soledades que acabábamos de recorrer; teníamos delante las abruptas faldas de la cordillera, que descendiendo en algunas partes verticalmente, continuaban en planos ligeramente inclinados y seguían luégo en planos perfectos por millas y millas hasta el Océano. Por las murallas graníticas de los Andes se precipitaban las aguas en elevadísimas cataratas, después seguían en torrentes por las quiebras de la cordillera, y por último, al llegar al plano, se convertían en anchos y hermosos ríos, semejantes a grandes cintas de plata sobre un campo de esmeralda, que se perdían en el lejano horizonte. En los bosques se exhibía la lujuriosa flora tropical con todas sus bellezas. Los árboles veíanse poblados con toda clase de aves de variados colores; era, en fin, la vida la que teníamos delante, y el caos lo que dejábamos atrás.

"Penetrámos en esas selvas desconocidas, abriéndonos camino con el machete, a través de la maleza y de las lianas que nos impedían el paso. Al llegar a los descensos verticales de la cordillera, en los puntos en que eran infranqueables, teníamos que bajarlos con la ayuda de cuerdas o maromas.

"Por quince días continuámos nuestra marcha a través de esas selvas vírgenes.... Después de grandes fatigas y soportando ya una temperatura de 30° centígrados, llegámos a.... la tribu de los mocoas, indios que aunque salvajes, practican la hospitalidad y no son antropófagos..."

Como dato interesante y muy curioso nos proponemos transcribir a continuación un documento firmado en 1785 por don Ramón de la Barrera, de Pasto, en el cual se señala el mismo derrotero que a principios del presente siglo debieron seguir los Misioneros para entrar al Putumayo, antes de abrirse el actual camino, que lo comunica con el resto de la República. Hé aquí el documento en referencia, que tomamos de un periódico de Pasto (1):

"ORDEN COMUNICADA A DON RAMÓN DE LA BARRERA

"Estando tratando de establecer algunas Misiones para reducción de los indios infieles establecidos en el río Putumayo, y deseando facilitar a los religiosos destinados por esta parte con este objeto todos los auxilios conducentes a su subsistencia, y al fomento de su importante comisión, se me ha noticiado de las proporciones que ofrece a mis deseos la comunicación de dicho río desde esa ciudad por la parte de Sucumbios. Por tanto, y porque el giro y correspondencia al Marañón por esa parte puede ser útil al servicio del Rey y del Estado, en las circunstancias de estarse haciendo la división de los terrenos que corresponden a Su Majestad Católica, prevengo a usted que, despreciando noticias dudosas, me comunique aquellas ciertas que tenga y pueda adquirir del camino que hay de esa ciudad al primer puerto del indicado río, expresándome la distan-

(1) **La Reconquista** número 12, de 6 de agosto de 1912. Pasto.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cia y dificultades que ofrezca su tránsito, igualmente que la navegación hasta entrar al Marañón, con todo lo demás que conduzca a fomar juicio cierto de si será fácil y conveniente atender por esa vía a los expresados Misioneros, y caso necesario, a los auxilios de la expedición de límites.

"Dios guarde a usted muchos años.

"*Juan Joseph Villalengua*

"Quito, 18 de junio de 1785."

"DERROTERO DE LAS JORNADAS Y DÍAS DE CAMINO DESDE ESTA CIUDAD DE PASTO, POR TIERRA Y POR AGUA, AL RÍO MARAÑÓN

"*Viaje por tierra*—De Pasto se marcha en cabalgadura hasta el pueblo de La Laguna, de donde se prosigue a pie a un sitio llamado *Rodrigo Pérez*, principio de un páramo sin nieve, y se rancha en chocillas que forman los indios cargueros; esta jornada es corta.

"El segundo día se pasa el páramo y se baja a Santiago, uno de los pueblos que componen el curato de Sibundoy.

"Tercero día, a Sibundoy, grande pueblo principal, donde reside el Cura, y dista del antedicho como dos leguas.

"Cuarto día, se sale de este pueblo por la tarde (porque se detienen los indios a componer y acomodar sus canastos con comestibles, que cargan sus mujeres y sus hijos menores), y ranchan a distancia de media legua en un llanito limpio de monte llamado *Chaquetes*.

"Desde Chaquetes empieza la montaña, sin que se encuentre en este quinto día, ni en los sucesivos, casa o pueblo alguno, sino el de Caquetá, de que hablaré más abajo, y se llega a pasar la noche en un sitio llamado *El Paramillo*.

"Sexto día, se pasa un riachuelo llamado *Patoyaco*, y se da fin a la jornada en el paraje llamado *Titango*.

"Séptimo día, se llega a pasar la noche en el sitio llamado *Papagallo*.

"Octavo día, se llega y rancha en Pucacusma, y desde aquí se disminuye el frío y empieza a sentir calor.

"Noveno día, se pasa el riachuelo Campucana, se disminuye la serranía y se rancha en el partidero.

"Décimo, se pasan unas lomillas y se baja a un llano caliente donde estuvo fundada la ciudad de Mocoa; se pasa por vado el río de ese nombre, y acaba la jornada en un sitio llamado *Las Cuevas*, porque hay algunas, y en ellas se duerme; y desde allí empieza el temple muy ardiente.

"Este undécimo día se camina por un llano bastante apacible, poblado de arboleda alta y clara, sin matorrales; lo atraviesan dos riachuelos que desaguan en el de Mocoa, al que le entran otros por la banda opuesta, y sigue su curso por la izquierda del camino de dicho llano, en cuyo fin se acaba la jornada; y si apuran llegan a Caquetá.

"El duodécimo, en el espacio de una hora o poco más, se entra en Caquetá, pueblo corto, como de veinte indios, en donde suele por tiempos residir un religioso del Colegio de Misiones de Popayán; está fundado en un terreno elevado a la orilla del río Mocoa, poco antes de desembocar en el Caquetá, que es allí ancho como dos cuadras, remanso y navegable, pues por él bajan canoas, y en dos días llegan a la boca de otro río, por el cual suben, y en medio día arriban al pueblo de San Francisco Solano, perteneciente a dicho Colegio.

"Tercio décimo y último día, se párte de Caquetá, y dejando el río Mocoa a la izquierda, se toma el camino a la parte opuesta, y en un día, madrugando, se llega al puerto y embarcadero de un quebradón o riachuelo de poca agua, nombrado *Uchipa-yacu*, y estando prevenida y pronta la canoa, prosiguen en ella un corto trecho, hasta una playa donde se rancha y da fin a la jornada de este día, y se acaba el viaje por tierra.

"Según queda referido, se ocupan trece días de camino por tierra, los nueve de jornadas regulares y los otros cuatro se pueden reputar como paseo, y son: el de la salida de Pasto, el del tránsito de Santiago a Sibundoy, el de la marcha de este pueblo a Chaquetes y el de la entrada al Caquetá. Un peón ágil y ligero, como *chasqui*, lo anda en seis días.

"Todo es camino abierto, trillado y traqueado, así por algunos de Pasto, como por los indios sibundoyes, que van a lavar oro y a recoger y sacar barniz, peje, coco, cera y espingo de aquellos ríos y montañas.

"En los citados pueblos de Sibundoy, y en el tercero más pequeño, llamado Putumayo (por la inmediación al

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

origen del río de ese nombre), habitan cerca de doscientos indios tributarios, robustos, montaraces y prontos a conducir cuantos tercios hubiere por sólo la paga de ocho reales, el peso de cada arroba de Pasto a Caquetá, y si pasan al citado puerto de *Uchipa-yacu*, se les añade cuatro reales por cada tercio de tres a cuatro arrobas, que es lo regular que cargan."

IV

PRELUDIOS DE ORGANIZACIÓN ECLESIÁSTICA

El Ilustrísimo doctor Manuel J. de Caicedo pide Capuchinos para el Caquetá. Primera expedición—Se establecen los primeros Capuchinos en 1893. Informe de sus trabajos en 1899.

Cuando el Ilustrísimo señor doctor Manuel José de Caicedo, siendo Obispo de Pasto, hizo las primeras gestiones para que los Capuchinos, con dependencia del Prelado diocesano, se hiciesen cargo del Caquetá, hacía tiempo que aquella dilatada región se hallaba en lo espiritual totalmente desatendida. Apenas si de tarde en tarde entraba algún sacerdote para administrar los santos sacramentos a los habitantes del Putumayo y Caquetá, más cercanos a la Diócesis aludida, y al poco tiempo regresaba a la misma.

Antes de encargarse de modo estable de estos territorios, los Capuchinos mandaron algunos Misioneros para que comenzaran a trabajar en ellos, como por vía de ensayo, residiendo en Mocoa, lugar que debía ser el centro de la Misión.

Entraron pues los primeros Misioneros en el Caquetá en 1896, sin otro compromiso que el de su deseo de auxiliar espiritualmente a indios y blancos que se hallaban dispersos en estas inmensas selvas seculares.

La situación de los territorios del Caquetá y Putumayo en aquellos años la reseña el Misionero Reverendo Padre Alfonso María de Ager, entonces Superior de los Capuchinos del Ecuador y Colombia, en un documento dirigido al Excelentísimo señor Delegado Apostólico, en el que se expresa así:

"*Estado de la Misión*—La Misión está en germen, puesto que no son sino dos años y medio que está a nuestro car-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

A la sombra de la cruz surgen los pueblos.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

go, sin ningún compromiso formal, antes bien como por vía de ensayo y con intención de formular contrato con el Ilustrísimo Prelado de esta Diócesis.

"Por el tiempo que han permanecido allá nuestros Misioneros y como fruto de las excursiones que han hecho en aquel dilatado territorio, puedo dar los siguientes datos:

"*Número de católicos e infieles*—El número aproximado de católicos es de unos nueve mil, tres mil de los cuales son blancos y los restantes indígenas. No es fácil aproximarse al número de los infieles, pero según cálculos, más o menos aproximados, ascienden a unos cuarenta mil, diseminados por los ríos y afluentes del Bajo Caquetá, Bajo Putumayo, hasta el Amazonas, y del Aguarico hasta el Napo.

"*Casas y número de Misioneros*—No tenemos otra residencia que la de Mocoa, que más que casa es una choza desmantelada, en la que residen tres Padres y dos Hermanos, que es el número total de Misioneros.

"*Recursos pecuniarios*—En cuanto a los recursos, creo que el señor Vicario dará a Vuestra Excelencia cuenta detallada. Por lo que toca a mí, sólo puedo decir que los gastos de los Misioneros han estado a cargo del Prelado diocesano.

"*Expediciones apostólicas*—Durante estos dos años y medio que hemos tenido a nuestro cargo el Caquetá y Putumayo, se han hecho trece excursiones para administrar a indios y blancos dispersos por ambos territorios, en el orden siguiente:

"Dos al Alto Caquetá, en donde existen cuatro pueblos, dos de los cuales son de indios. La distancia del último de los pueblos, o sea Santa Rosa, a la casa residencia de los Misioneros, es de 36 leguas, aproximadamente.

"Cinco expediciones al Corregimiento de Sucre, que se compone de tres pueblos, todos de indígenas, a excepción de algunos blancos (trata de los pueblos Sibundoy, Santiago y San Andrés, en el valle de Sibundoy). El último de estos pueblos dista de Mocoa unas 26 leguas.

"Tres expediciones al pueblo llamado Limón, cuyos habitantes son indígenas, y dista de la casa residencia unas 6 leguas. Los viajes a todos esos pueblos es preciso hacerlos a pie y por malísimos caminos, subiendo y bajando elevadas montañas, con peligro muchísimas veces de rodar a unos abismos espantosos, cruzando multitud de ríos y ria-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

chuelos, y finalmente, atravesando ciénagas y fangales sin cuento.

"Finalmente se han hecho tres excursiones a los ríos Putumayo y Aguarico. En los dos primeros viajes se visitaron nueve pueblos, todos ellos de indios. En el tercer viaje se han visitado ocho tribus de infieles, cuyos nombres son: macaguajes, orejones, bacuyas, pacuyas de Aguarico, cocayás, pauayacos, sáparos y piojes. El tiempo empleado en este último viaje es de cinco meses.

"*Sacramentos*—La estadística de los sacramentos administrados durante los dos años y medio que corre de cuenta nuestra la atención espiritual de estos lugares, es la siguiente:

"Bautismos, 1,010.
"Matrimonios, 263.
"Comuniones, 2,360.

"*Iglesias*—Más que templos pueden llamarse chozones lo que hay en los distintos pueblos para servir al culto divino, incluyendo en la expresión la misma capital del Putumayo, que es Mocoa. Apenas si nos ha sido posible introducir algunas mejoras, las que han estado a nuestro alcance, como procurar ornamentos, altares que sean algo decentes, y no más.

"*Obstáculos*—De lo expuesto se desprende la dificultad que hay de trasladarse los Misioneros, o sea de efectuar sus viajes, ya sea por agua o bien por tierra, lo que debe hacerse en canoa, o a pie, pasando por despeñaderos o caminos intransitables. De esta carencia de caminos se origina una gran dificultad para proveerse de alimentos, que no se consiguen sino a precios muy subidos.

"Pero lo que más puede dificultar el desarrollo de la Misión es la guerra tenaz que hacen los comerciantes explotadores que tiranizan a los indios, añadiéndose a esto el ningún apoyo que las autoridades civiles prestan a los Misioneros, a quienes, por el contrario, hostilizan no pocas veces.....

"Creo que dejo contestada su para mi grata comunicación, etc."

PARTE SEGUNDA

RESEÑA DE LA MISION Y SUS TRABAJOS DESDE 1905 A 1924

I

INDIOS DEL BAJO PUTUMAYO Y SUS COSTUMBRES (1)

Sus casas—Conocimiento confuso de Dios—Modo de curarse—Vestido—Uso del tabaco—Juego de la pelota—El tambor maguaré—Baile de los huitotos. Cómo se casan—Los brujos—Miedo que les causan y modo de sepultarlos.

La forma que dan los huitotos a sus casas es circunferencial en la base, y en la altura las hacen terminar casi en punta, adquiriendo por lo mismo, con poca diferencia, la figura de un cono. Son excesivamente grandes, como que están destinadas a contener, y con bastante holgura, quince, veinte y más familias. Y en los grandes concursos, cuando se reúnen mil y más indios, el interior de una casa hace el oficio de plaza, en donde cantan y bailan día y noche. Exteriormente no se ve un solo palo, puesto que las cubren de hojas desde la cima hasta el suelo. Hay tántas puertas cuantas son las familias; pero no se ven, salvo la principal, por la que entran y salen los forasteros; y al cerrarse ésta sucede a veces que se dan vueltas y más vueltas alrededor y no se halla la entrada. Esto tiene fácil explicación, si se tiene en cuenta que las puertas son de la misma materia que el techo y las paredes, esto es, de hojas, y que las colocan de tal manera que hacen el oficio de una válvula. Si de lo exterior pasamos a lo interior, tendremos que dichas casas no tienen semejanza sino con las grandes cavernas y guaridas de las fieras, y se necesita mucha tranquilidad de ánimo para no amedrentarse y salir corriendo. A pesar de ser muy espaciosas, al entrar uno en ellas se queda en com-

(1) Extracto del relato de un Misionero Capuchino del Caquetá, escrito en 1906. Padre Jacinto de Quito.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

pleta oscuridad. Cuando ha pasado el tiempo necesario para poder distinguir los objetos, descúbrese una red de hamacas, colocadas en todas direcciones; unas grandes, otras pequeñas y muchas encima, no de una, sino de tres y cuatro; pudiendo en verdad decir que hay tántas hamacas colgadas cuantos son los habitantes de la casa. Cuartos y divisiones, no acostumbran hacer. Hay sí grandes postes clavados de manera que se les facilitaría darles la forma dicha.

Cada familia tiene su fogón por separado, y siempre lo colocan enfrente de la puerta perteneciente a cada cuál; y como las casas son redondas, resulta que los fogones forman una perfecta circunferencia.

Conocimiento confuso de Dios—Casi todos los huitotos son politeístas. No obstante, entre los muchos dioses reconocen a uno con poder y preeminencia sobre los demás y dicen que éste arroja al infierno a los malos. Del mismo modo que tienen idea de muchos espíritus buenos o dioses, creen asímismo en la existencia de muchos espíritus malos o demonios, reconociendo a uno peor que los demás.

En medio de estas creencias hay una de no poco consuelo para el Misionero, y es que atribuyen a los dioses todo lo bueno, y a los demonios todo lo malo. Cosa de los dioses es pues tener buena cosecha de yuca brava (la dulce no la cultivan); encontrar abundante cacería; gozar de buena salud, y vencer a sus enemigos. Por el contrario, los malos espíritus son quienes hacen perder las sementeras, los que traen las enfermedades y la muerte.

Dan el nombre de Dios (Jusiñamuy, en huitoto), no sólo a los espíritus invisibles, sino también a algunos hombres a quienes han llegado a querer, o que ejercen alguna autoridad sobre los demás. Así, por ejemplo, a un hombre que se ha portado bien con ellos, en momentos de entusiasmo le dicen: "Viva nuestro dios!" El nombre que dan al Misionero, también no es otro sino el de dios. Todo lo cual comprueba el bajo concepto que tienen del verdadero Dios.

Tribu de los erayes. Cómo se medicinan—Pocos son los conocimientos que tienen de la virtud de los árboles, bejucos y otras plantas de la selva: de aquí que no hagan uso de ellos para aliviar sus dolencias; pero sí tienen mucha fe en los medicamentos que les ofrecen los comerciantes, los

que, regularmente, son de botica. Empero, y aun cuando tuvieran muchas boticas a su disposición, nunca abandonarían la hidroterapia, que para ellos es el remedio *cúralotodo*. Esta se la aplican en las fiebres, para los catarros, viruelas, dolor de muelas, etc. No diremos que para algunas enfermedades no venga bien un baño; pero la manera como éstos lo toman, en muchos de los casos les produce la muerte.

Generalmente colocan las hamacas cerca del fogón, si es que no están encima para calentarse mejor; luégo salen de este calor, llueva o no llueva, haga viento o nó, y así desnudos como están corren a arrojarse a los riachuelos, cuyas aguas, por estar bajo la sombra y no tocarlas los rayos del sol, son bastante frías. Dicho baño lo repiten cinco y más veces al día, y cuando la enfermedad los imposibilita para levantarse, entonces los hijos, mujer u otros allegados cuidan de acarrear el agua y echársela por todo el cuerpo.

A más de la hidroterapia acostumbran también otro remedio, que saben aplicar todos, porque no exige su preparación mucho talento. Este consiste en sacar ventosas, pero con los labios. Creen estos infelices que a fuerza de chupar al paciente pueden librarlo de la enfermedad, y de aquí el aplicar los labios a casi todas las partes del cuerpo, lo que hacen con mucha violencia, de modo que dejan señales idénticas a las que quedan cuando se levanta la copa del lugar donde se hizo el vacío para sacar una ventosa. De cuando en cuando a esas compresiones labiales añaden estrujones con las manos, que lejos de curar al enfermo le quitan media vida. Con estas medicinas y manera de aplicarlas, ¿cómo no han de morir y contagiarse unos a otros?

Tribu fayajena. Crueldad del cacique—El cacique Diñamuy tenía a su padre ya muy anciano; éste se apartaba mucho del odio que los demás tenían a los blancos, llegando su efecto hasta a trabar relaciones de amistad con algunos de ellos. Los comerciantes, a su vez, para atraerse al indio, hacíanle varios regalos, y también le prometieron que lo apoyarían en las guerras contra sus enemigos.

Por vía de gratitud ordenó a Diñamuy que todos los días moliera un poco de coca y el polvo lo llevara a dichos blancos. (La coca es entre los huitotos muy apreciada, y su polvo es uno de los mejores regalos que hacen a los que tienen afecto). Esta orden se cumplió durante muchos días; pero luégo la pereza y la repetición hicieron aburrir

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

al indio, y para librarse de ese pequeño trabajo dijo en sus adentros: "Basta matar a mi padre, y no tendré quién me haga moler coca para esos blancos." Así le inspiró el diablo, y lo tuvo por la cosa más fácil del mundo. Levantóse pues el indio, y cogiendo a su padre por los cabellos hizo casi girar la cabeza sobre el tronco, y en un momento lo tuvo desnucado. Añádese también que el parricida tomó del suelo al agonizante padre y fue a acabarlo de matar en el monte. Y tal era la brutalidad de Diñamuy, que cuando se le preguntaba si era verdad que mató a su padre, contestaba riéndose: "Sí, lo maté, pero porque me molestaba haciéndome moler coca para unos blancos."

Este hecho, y otros muchos que se podrían contar, prueba que el hombre sin la fe es más cruel que las alimañas.

Tribus de mereciennes. Vestido—Entre los mereciennes, advirtióse que las mujeres tenían rubor de presentarse desnudas ante los Misioneros, lo que sirvió de buen argumento para contradecir a unos caucheros, quienes decían que la causa de no vestir a las indias e indios, no era la corrupción, ni mucho menos la mezquindad de los patronos, sino que ellas aborrecían el vestido, y cuando se les daba, o lo rompían o lo abandonaban. Encontrábanse dos Misioneros entre esos indios: llegada la hora de bautizar a los niños, se les presentaron cinco o seis indias vestidas con cuzma y con sus hijos de pecho; supusieron pues que no tenían más párvulos; pero un momento después de terminada la ceremonia, vieron llegar otras en igual número; y al repetirse esto por tercera vez, preguntaron cuál era el motivo de no comparecer a la vez todos los niños a la hora señalada, y con grandísima pena supieron que entre todas las mujeres sólo había seis que tuviesen cuzma, y como buenas hermanas se las prestaban a las que debían presentarse con sus hijos ante el Misionero, entretanto que las demás se quedaban en casa completamente desnudas.

De las mujeres, en muchas de las tribus, el tres por ciento llevan una cuzma o un vestido de zaraza; las demás visten tal como vinieron al mundo. Y si es verdad que muchas de ellas se pintan las piernas, etc., fuera preferible que no lo hicieran. Los indios están en las mismas condiciones, y los más, se cubren con un pedazo de liencillo, que sólo tiene de ancho a lo sumo dos pulgadas y de largo lo suficiente. También es cierto que en algunos lugares varios

individuos de los dos sexos van vestidos, y si se quiere hasta con lujo, pero éstos son contados, y de aquellos a quienes conviene a los comerciantes tener contentos.

Uso del tabaco—Tratemos ahora del importante banquete huitoto, o sea de lo que acostumbran simplemente a llamar *tabaco*.

Su preparación es de lo más sencillo: la asistencia es de sólo adultos y ancianos, con absoluta exclusión de niños y mujeres. Sus efectos son alarmantes y horribles, y su tiempo, todas las noches infaliblemente.

Para lo primero no tienen que hacer grandes gastos ni es cosa que les quita mucho tiempo, porque basta poner en una olla un poco de tabaco mezclado con algo de ceniza, y luégo sometiéndolo a la acción del fuego lo reducen al estado de pura nicotina. Esta sustancia la colocan en un plato, que ponen al centro de la casa, visible a todos. A una señal dada *viva voce*, y algunas veces con el maguaré, van reuniéndose alrededor del plato sólo los viejos y los adultos. Las mujeres y los niños si no participan del tabaco comiéndolo, participan de todo lo que allí se trata, porque nadie habla en voz baja sino a gritos.

Por supuesto, estas reuniones siempre son presididas por el cacique, siendo el primero que empieza a meter los dedos en el plato, y lamer aquella tan fuerte sustancia. Pronto se ven los efectos del tabaco, porque llegan a acalorarse de tal manera, que uno al presenciar estos actos se persuade que están completamente ebrios y como poseídos del diablo.

Allí tratan todo lo ocurrido en el día, los planes que conviene ejecutar para conseguir sus malos o buenos fines. También renuevan los juramentos de vengarse y comerse a sus enemigos.

Estas reuniones nunca las hacen de día, sino que aguardan la noche, y las hay infaliblemente todas las noches. Hay también ocasiones en que para resolver siniestros planes, anuncian a las demás tribus una reunión general, y entonces, además del tabaco, se preparan con bastante polvo de coca, para dárselo a los extraños, en señal de amistad.

Por lo regular en esas disputas, altercados y solución de sus problemas, gastan unas dos horas, y aun hay ocasiones en que prolongan el tiempo hasta cinco y seis horas; pero una vez ha terminado, reina el más profundo silencio, porque cada cual se va a dormir.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Juego de la pelota y veneración que le profesan—A una señal de maguaré (tambor que tiene la propiedad de hacerse oír a cinco, seis y hasta siete leguas de distancia), toda la gente se pone en movimiento, disponiéndose para esta fiesta que es casi sagrada entre ellos. Calla el maguaré y empiezan a salir de las casas con dirección a un patio grande, los viejos de ambos sexos, los jóvenes y toda la gente menuda, privándose de esta fiesta únicamente los imposibilitados. Las indias, con sus pequeñuelos, se sientan alrededor del patio, haciendo el oficio de espectadoras. Los indios, hasta los que apenas pueden tenerse en pie, por su avanzada edad, se colocan sin orden ni concierto alguno, en el lugar de la palestra. Practicados así los preparativos, descuelgan del techo de la casa del cacique la pelota y sigue luégo lo bonito: estando los indios como unas estatuas y con los ojos mirando al cielo, uno de ellos arroja al aire la pelota, y como están muy apiñados, necesariamente tiene que topar con alguno; éste sin moverse de su puesto la espera con la rodilla que hace las veces de baqueta, y vuelve a arrojarla, y otra vez a recibirla, con tánta destreza y habilidad que la rodilla parece un imán. Ahora, si la pelota se desvía algún tanto, entonces la toma otro por su cuenta y se repite la escena del primero, y así sucesivamente. En esas actitudes y movimientos pasan horas enteras, y tan embebidos, que se olvidan de todo. Mas las indias si no toman parte directa, en cambio son aplaudidoras de quien mejor lo hace, y ¡ay del que la deje caer al suelo!, porque entonces es el objeto de las zumbas y cuchufletas de todos los indios e indias, tratándolo de inútil y cobarde, y el pobre a quien le suceda tal desgracia queda corrido y avergonzado, llegando a manifestar su rubor con una cara triste y cubriéndosela con las manos.

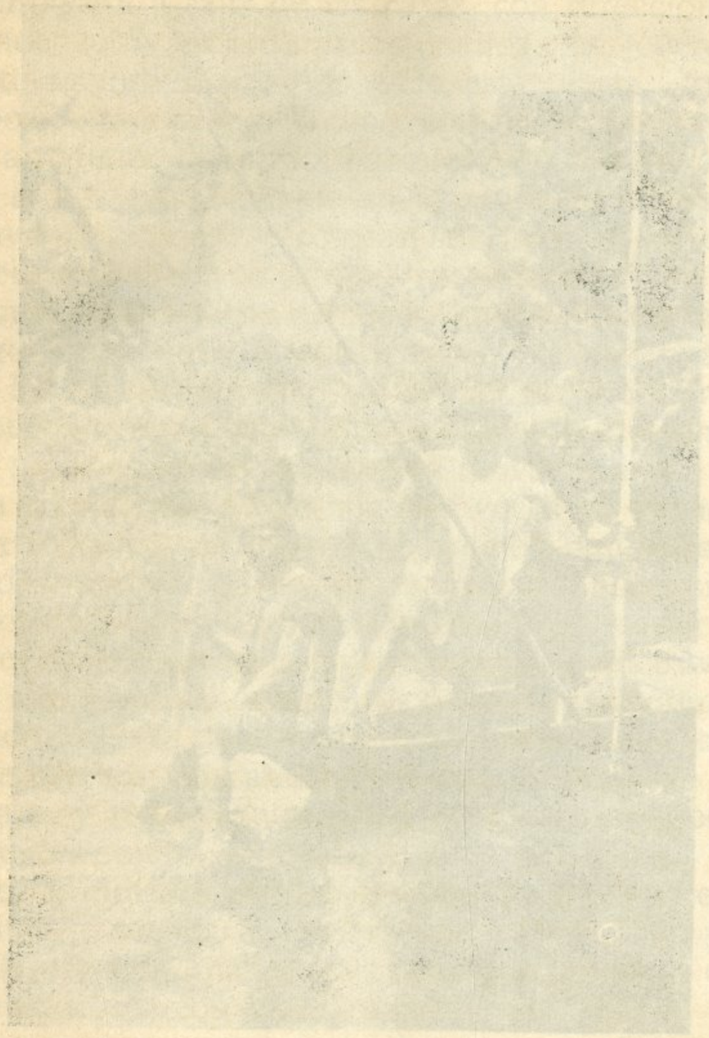
Cuando han jugado hasta cansarse y hasta sudar a chorros, cesa la fiesta y cogen otra vez la pelota (corazón de Dios como la llaman), y la guardan en el lugar que se dijo, retirándose todos a hacer los comentarios de quien lo hizo mejor o peor.

Ahora, antes de tratar de la veneración que tienen a esta pelota, no será por demás decir algo del modo como la construyen. Es muy sencillo. Primeramente cogen un pedazo de yesca y lo redondean hasta darle el tamaño de una bola pequeña; ésta la cubren con una capa de caucho,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Hemos arrimado a la playa para pasar la noche.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental



luégo con otra de yesca, y así sucesivamente, hasta que queda del tamaño de una naranja.

Grandísima es la reverencia que los huitotos tienen a la pelota. No creo sea exageración afirmar que así como nosotros veneramos las reliquias de los santos, así ellos veneran su pelota. Preguntado uno de los indios más inteligentes porqué tan rara veneración a tan insignificante objeto, se explicó del modo siguiente:

"Mis mayores, dijo, contaron que en tiempos muy remotos habían llegado a donde ellos vivían, unos blancos muy buenos; éstos tenían unas estampas con la imagen de la Santísima Virgen, y el Niño que llevaba en sus brazos sostenía con las manos una cosa redonda. Pero sin saber cómo se ha ido conservando la tradición de que aquella bola en manos del Niño Dios era su mismo corazón; de aquí que el tocar la pelota es como tocar el corazón de Dios."

Según lo dicho, es de suponer que hay entre ellos vagas reminiscencias de los primeros Misioneros, quienes les explicarían el significado de la bola en manos del Niño Jesús; empero, los pobrecitos se olvidaron de la verdad y se quedaron con un error.

Lo cierto es que nadie coge la pelota, fuera del tiempo que está en el juego, y sólo el cacique la guarda en el techo de su casa, descolgándola él mismo para el momento de la diversión.

El famoso tambor maguaré. Baile de los huitotos y sus cantos—Vamos a tratar de los bailes y cantos de los huitotos, pero antes hablemos de la famosa música con que suelen amenizar dichos entretenimientos, o sea del tambor *maguaré*.

La descripción más sencilla de este instrumento es la siguiente: supóngase un trozo de madera que tenga dos metros y medio de largo, con unos cuarenta centímetros de ancho; que sea todo él ahuecado, menos en los dos extremos; que en cada uno de éstos tenga una trompa a semejanza de las que hay en las arpas; que luégo se le hace una abertura de unos dos centímetros de ancho, comunicándose por las dos trompas, y esto es y no más el maguaré.

Ahora, la importancia que los indios dan a ese tambor, y el cuidado que ponen en construírlo, son raros. Las ceremonias comienzan desde el día que cortan el palo. Desde

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

la casa se reúnen todos los indios y van bailando dentro del monte hasta que encuentran dicho palo; sin interrumpir el baile lo cortan y sacan el trozo necesario, y luégo se lo cargan y regresan con la misma alegría con que salieron de la casa. Aquí se concluyen las danzas y luégo dan el voto para señalar quién debe construírlo. Todos pueden ser votantes, pero únicamente tienen voz pasiva los magnates de la tribu.

El comisionado para la obra tiene leyes muy rígidas, las que observa con mucha escrupulosidad todo el tiempo que dura la obra, tales como la de un ayuno riguroso, la separación de su mujer, y el no poder cruzar una palabra con los demás. Y aseguran que usando de estas precauciones, el maguaré sale muy sonoro y a contentamiento de todos.

La causa de oírse a gran distancia ha sido para nosotros hasta ahora una cosa inexplicable. Al decir que se oye hasta a seis y siete leguas de distancia, uno supone que el sonido ha de ser tan fuerte que no se le pueda soportar de cerca; pero no es así, antes bien puede asegurarse que es más mortificante y más agudo el que produce uno de nuestros bombos.

El oficio de este maguaré es el mismo de la corneta para un ejército, porque los huitotos para todo tienen sus toques especiales: los hay para reunión de caciques, para convocar a los brujos, para hacer sus asaltos a los blancos, para comer carne humana, y más que todo, para los combates.

Siempre son dos los maguarés que hay en cada tribu, uno más grande que el otro. Los tienen arrimados, descansando por un extremo en el suelo y por el otro sobre unos atravesaños. Las baquetas son unos palos susceptibles de poderse manejar con una sola mano, y tienen en la punta una porra de caucho. Regularmente tocan los dos a la vez, con la derecha el grande y con la izquierda el pequeño.

Explicado así el instrumento musical huitoto, tratemos ya de sus bailes y cantos.

Como el carácter huitoto es sumamente festivo y jovial, resulta que el baile es casi una necesidad en sus fiestas. No olvidemos también que el entusiasmo habido por el baile, lo tienen, y quizás con más ventajas, para el canto. En estas dos artes ponen especialísimo cuidado las madres

para enseñarles a sus hijos, pues apenas comienzan a dar algunos pasos y a balbucir una que otra palabra, ya les dan lecciones del uno y del otro.

Ahora bien, no teniendo fiestas religiosas, los indios hacen sus bailes cuando tienen qué comer con alguna abundancia, lo cual sucede regularmente unas cuatro o cinco veces al año, época en que dan sus frutos las palmeras de cananguchо, milpesos, chontaruro y otras. Fuera de estos tiempos señalados por la naturaleza, tienen otros bailes que pudiéramos llamar de familia, especiales, como el que precede al estreno de una casa, o en la muerte de un cacique, etc.

En los bailes generales, a los cuales acuden muchas tribus, representadas por sus caciques, hay como una especie de desafío sobre quien lo hace mejor. Y como nadie quiere ser vencido en esta clase de combates, resulta que los bailes llegan a ser objeto de admiración para el espectador.

Una particularidad también existe en los bailes huitotos, y es que rarísimas veces los hacen cogidos hombres con mujeres, sino separadamente, pero tan unidos con los de su propio sexo, que parece una verdadera sarta de monos. Allá va una pequeña idea de una danza huitota:

Rompen la fiesta, ante todo, los dos tambores maguarés. El más anciano de los indios se pone en pie, y tenemos ya el primer anillo de la inmensa cadena que vamos a formar. Un segundo se le acerca por las espaldas, y coloca las manos en los hombros del primero. Al segundo le sigue un tercero, al tercero un cuarto y así sucesivamente, hasta el último niño, que apenas puede andar. Hecha esta sarta y colocada en un lado del interior de la casa, se forma otra de mujeres del mismo modo que la de los hombres. Mas si el lugar no es suficiente para hacer un solo cordón con la gente menuda, los colocan entonces al medio y quedan bajo la vigilancia de los padres, quienes los corrigen cuando se equivocan en alguna parte de la danza.

Así dispuestos, y al son de los tambores, comienzan a dar pasos, unas veces para adelante y otras para atrás, y de cuando en cuando quedan inmóviles como por encanto; pero todo lo ejecutan con un compás y unidad tal, que más parecen ser máquinas que seres vivientes. Desde que se empieza el baile, comienza también el canto; y éste, lejos de ser mortificante, es agradable al oído, porque entre los

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

hombres y las mujeres hay voces primas y segundas, y tan bien acordadas, que resulta una armonía increíble. Con la letra y el tono del canto se llama la atención para dar los pasos y demás movimientos, resultando de aquí una uniformidad admirable durante todo el baile.

Después que han danzado lo suficiente dentro de la casa, salen fuera, y sin romper la cadena van siguiendo al rededor de ella, repitiéndose muchas veces estas entradas y salidas hasta que se cansan; luégo se entregan a comer y beber.

En las grandes concurrencias donde asisten diversidad de tribus, tienen la costumbre, además de la ordinaria (que es dibujar en todo el cuerpo figuras las más horribles, como culebras, caimanes, tigres, sapos, etc.), la de exhibir cada cual sus armas, habiendo tenido primero el cuidado de afilarlas y limpiarlas con mucho esmero.

Ahí está pues en pocas palabras una idea de los bailes huitotos, pudiéndose añadir al respecto que el número de danzas se saca por la diversidad de cantos, y éstos, en verdad, no son pocos. Si se trata, verbigracia, de dar sepultura a un brujo, necesariamente habrá las tres ceremonias: toque del maguaré, canto y baile. Está en peligro de muerte el cacique, pues las tres cosas, aunque diferentes en la ejecución, no faltarán. ¿Y quién podrá soportar los cantos infernales que anuncian el fin funesto de una víctima humana? Causa terror sólo el recordar lo que de tales escenas han contado testigos oculares.

Tribu de los jiduas. Costumbres raras de los mismos. Increíbles parecen las costumbres de estos indios y las que muchas otras tribus huitotas suelen practicar en los nacimientos de sus hijos; pero testigos oculares dan de ello testimonio. El hecho y la realidad es como sigue:

La vida que llevan las indias en poco se diferencia de la de las bestias, y a semejanza de éstas no se preocupan ni se eximen de los trabajos ordinarios en los días que preceden al alumbramiento. Cantan, bailan y se despreocupan como si tal cosa no fuera a suceder. El que más piensa en este asunto es el marido, porque a él le toca soportar las cargas de la rigurosa dieta. En efecto, la india, cuando ya *natus est homo*, y ha practicado los indispensables oficios de obstetricia, entrega el fruto de sus entrañas al marido. Este lo toma a su cuidado, y haciendo las veces de madre

se acuesta con la criatura en su hamaca, y pasa ocho días así, guardando la dieta que pudiera tener la dama más delicada. Pero antes de desempeñar estos oficios, primero se viste de luto, es decir, que se pinta de negro, quedando como un africano.

Preguntado si esto mismo observaban aquellos indios que estaban tan atareados en los trabajos de los caucheros y que debían entregar el caucho bajo pena de una buena azotaina, y hasta de la misma muerte, aseguraron que en este tiempo suspendían toda labor, y no hacían caso ni de látigo, ni de ninguna otra pena. Sigamos.

En dichos ocho días la india asume todos los oficios del marido: va a la sementera, carga yuca, recoge la leña, etc. Mas el indio una vez que ha cumplido con su dieta, se levanta de la hamaca, dirígese al río, y con un buen baño se quita la negra untura, quedándose otra vez con la ropa de Adán.

Después de todo esto toman al niño, y hasta la edad de unos dos años le acomodan un vestido tan singular que a primera vista uno duda si es o nó ser humano. Le cubren todo el cuerpo con el jugo de un árbol, que es en verdad muy pegajoso, y respetando sólo la cara del niño, riegan sobre el referido jugo la lana de otro árbol, que es muy semejante a la del balso. Vestidos así los indiecitos y encaramados en las desnudas espaldas de sus madres o enredándose por las piernas, parecen en realidad unos monitos. Con todo y teniendo sólo aquel vestido salvaje, estos indios son felices, porque estando a la sombra de sus padres no se verán privados de aquellos otros medios, que aun las mismas fieras proporcionan a sus hijos para que no perezcan.

Mas entre estas gentes ¡cuán triste es la vida del huérfano! Que si el cielo le arrebató sus padres en tiempo de no poder por sí mismo ganarse la vida, no haya duda que morirá por falta de socorro humano. Lo que comprueba una vez más que el hombre privado de la fe, desconoce los vínculos más sagrados que lo unen a sus semejantes.

Estos indios, al tratarse de consumar un crimen o conseguir algún siniestro fin, se unen y se apoyan mutuamente hasta llenar sus deseos, pero en materia de conmiseración, y cuando se trata de hacer un pequeño sacrificio por un desgraciado, en esto se asemejan muchísimo a las mismas

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

alimañas, entre las cuales viven. Y en prueba de esto tenemos el horrendo crimen, repetido muchas veces, de matar a los muy viejos, a los que tienen enfermedades repugnantes, y con más frecuencia a niños huérfanos, y enterrarlos en la espesura del bosque, o simplemente arrojarlos al agua, dando por razón que sufren y hacen sufrir a los demás.

Modo como se casan los huitotos. Los brujos—Bonísima es la costumbre que generalmente existe entre estos indios al tratarse de casorios, pues nunca se enlazan con familias cercanas, ni siquiera con gente de su misma tribu. Es asímismo rara entre ellos la poligamia.

Ahora bien, como los indios carecen de los conocimientos cristianos sobre la dignidad de la mujer y la indisolubilidad del matrimonio, tratan lo uno y lo otro de una manera salvaje, y sólo se dejan llevar de inclinaciones puramente materiales y rastreras. Depende pues el amor a sus mujeres y la duración del enlace, de la sucesión; faltando ésta, se concluyen todas las obligaciones con la compañera, y buscan otra sin acordarse ya más de la primera.

Mas los trámites que acompañan y preceden a los casorios de indios que no son caciques, son lances que encierran algún chiste, como lo vamos a ver. Muelen un poco de hoja de coca, y llevando este polvo en un pequeño talego, se dirigen a la tribu de donde quieren sacar mujer, y sin ningún preámbulo ni siquiera con el lacónico saludo acostumbrado, entran a una de las casas y cuelgan dicho talego en un poste, que suele haber en medio de todas ellas, y donde se verifica el *tabaco*, del que ya se trató. Asímismo sin decir una palabra se retiran; pero con el presente ya manifestaron a los indios el fin de la visita.

Llegada la noche se reúnen éstos alrededor del palo, y tomando la palabra el cacique, trata sobre la conveniencia de dar o nó mujer al postulante. Los ancianos y los padres que tienen muchachas casaderas, desempeñan allí papel muy importante. Tratada en el primer debate la oportunidad del casorio, viene el segundo, sobre quien se resuelve a dar su hija, aunque ésta no haya tenido ningún conocimiento de todo lo ocurrido. Si en todos estos trámites ocurre algún desacuerdo o cosa parecida, el cacique fácilmente pone la paz y se hace obedecer, si no de grado por fuerza.

Entretanto que pasan estas cosas, nuestro pretendiente estará quizás en terribles angustias, pensando en una

compañera que tal vez no conoce o en unas calabazas muy amargas.

Pasados unos ocho días, vuelve para cerciorarse del buen o mal resultado de sus aventuras. Se asoma a la puerta de la casa, clava sus ojos en el palo donde dejó el talego de coca; si ve que ya no está allí, salta de júbilo, puesto que encontró lo que deseaba; pero si aún lo encuentra colgado, con pena, o quizás con rabia, por el desprecio que le han hecho, se acerca, baja su presente y va a probar fortuna en otras tribus.

En el primer caso se queda a servir por algún tiempo al padre de la novia, y cumplido este requisito, se despide y da las gracias a los padres, hermanos y demás parientes de su mujer y la lleva a su propia tribu, en donde forma baile para divertirse por tan feliz adquisición.

Ahora dejemos que se diviertan los nuevos esposos y tratemos de la peor gente de entre los huitotos, que son los brujos.

Esta mala ralea, que desgraciadamente abunda no sólo entre los huitotos sino también entre los indios del Alto Putumayo y entre los coreguajes y macaguajes del Caquetá, son temidos de todos. Y según lo que se ha observado y lo que muchos han contado, parece no caber duda que varios de ellos mantienen explícito pacto con el diablo. Pero refiriéndonos únicamente a los brujos huitotos, podemos decir que hacen una carrera especial a fin de obtener el título de tales. Para eso abandonan sus casas, padres y hermanos, y lejos de los suyos se ponen a las órdenes de los más famosos en el arte. Transcurrido algún tiempo, regresan otra vez a su tribu, en donde ejercen tan diabólico oficio.

Regularmente son los más ociosos y los que menos se preocupan de hacer sementeras, pudiendo decir que viven del trabajo y sudor de los demás, pues en teniendo necesidad de algo lo piden a los otros, y éstos por el miedo de que al negárselo les causen la muerte o alguna enfermedad, les dan lo que les piden.

Asímismo hácenles creer que lo adivinan todo, que tienen dominio sobre los elementos, y sobre todo que pueden vengarse de sus enemigos, causándoles desgracias. De aquí el que los demás los teman al propio tiempo que les manifiestan mucho amor; pero en verdad éste sólo es apa-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

rente. Y digo que es aparente, porque en muriéndose un brujo, hacen baile en señal de alegría al verse ya libres de tan mal compañero.

El miedo a esta gente sigue todavía hasta más allá de la muerte. Todos los indios reunidos se esmeran en hacer una fosa muy honda (lo que no sucede en los entierros de los que no son brujos); metido allí el cadáver y para que no se salga (como ellos dicen), lo apisonan cuanto más pueden. Practicado esto sigue el baile, que en verdad, como dije, no es señal de pena sino de contento.

II

INDIOS DEL ALTO PUTUMAYO Y SUS COSTUMBRES

Tribus sionas—Indumentaria—Labores propias de estos indios—Instrumentos de cacería—Cacería—Pesca—El pueblo—Los caciques—Los curacas.

Los indios del Alto Putumayo son todos cristianos y de costumbres muy apacibles. No hablan todavía el castellano, por lo menos ordinariamente, si bien se dan a entender en ese idioma. El lenguaje propio de estos indígenas: sionas, tamas, coreguajes y macaguajes, es conocido con el nombre de siona.

Son estos indios bastante inteligentes, como lo demuestra la aptitud de los pequeñuelos que viven en el orfelinato de Puerto Asís y la perspicacia y agudeza de los mayores; unos y otros aprenden con facilidad lo que se quiera enseñarles, especialmente religión. Son asímismo algo tímidos, excesivamente curiosos y muy deferentes y respetuosos con el sacerdote.

Trabajan, pero únicamente cuando se ven urgidos por la necesidad de sembrar yuca y plátano, o precisados a ganar algunos reales con qué comprar un poco de tela para hacerse la cuzma, única y la más rudimentaria prenda de vestir. Fuera de estos casos, difícilmente se logrará que estos indios se dediquen al trabajo. Por otra parte, su vida ordinaria pocos quebraderos de cabeza les exige: teniendo a disposición plátano, el monte y el río, tienen ya cuanto necesitan para vivir descuidados; el monte les da la carne y el río el pescado suficiente para su subsistencia; de aquí que no se preocupen nunca del día de mañana, puesto que para ellos no ofrece ninguna inseguridad.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Interior de una casa de indios.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Indumentaria—Los hombres de estas tribus visten de un modo sumamente primitivo y económico. Toda su indumentaria se compone de una *cuzma* de lienzo, que llevan en forma de camisa sin mangas ni cuello.

En la cabeza ostentan una corona de alas de abejorro, de color verde con tornasoles dorados, que brillan a los rayos del sol; y otras veces se coronan de madreselva silvestre, o bien de plumas de colores vivos.

Llevan las orejas y la nariz agujereadas; en estas aberturas colocan unas cañas delgaditas que hacen el oficio de soporte de las plumas y demás adornos con los cuales se engalanan.

En los brazos llevan unos flecos hechos del cogollo deshilado de una palma, agregándole hojas de plantas aromáticas. Como brazaletes llevan la piel de una especie de lagartija que llaman *iguana*.

Se pintan cuidadosamente todos los días, y según sea la solemnidad, lo hacen con más o menos esmero. Consiste eso en embadurnarse cara, brazos y piernas de un subido y chillón color rojo; luégo sobre este fondo hacen diversos dibujos de color negro, más o menos curiosos, según la importancia que quieran darse.

Los útiles de que usan para esta *toilette* diaria no los abandonan nunca, vayan a donde fueren; si emprenden viaje, consigo los llevan; si van a visitar algún amigo y deben pasar la noche fuera, no los olvidan tampoco; de modo que viene a formar una de las pocas necesidades de esos indios.

Lo mismo los hombres que las mujeres son sumamente aficionados a llevar sartas de *chaquira* al cuello, o sea sartas de unos granitos de porcelana. Algunos, y aun puede decirse que la mayoría, llevan varias libras de estos granitos ensartados y colocados alrededor del cuello en forma de collar.

Con lo que acabamos de decir, y añadiendo ahora que se arrancan de raíz los pelos de las cejas y pestañas, sin dejar uno solo, y que van con el cabello rapado, creemos que se tendrá formada una idea del indio del Alto Putumayo.

Ocupaciones ordinarias de los hombres—Las ocupaciones ordinarias de los hombres pueden reducirse a las siguientes: construír la canoa, con todos sus accesorios;

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

hacer hamacas; componer instrumentos de cacería; cazar y pescar.

Lo primero que preocupa a un indio cuando resuelve casarse es conseguir una canoa, sin la cual no consideran nunca completo el ajuar del nuevo matrimonio. Esto es muy natural, pues viviendo en las inmediaciones de los ríos, la canoa es un utensilio indispensable para los viajes, pescar, moverse, etc. El modo de construírla es de lo más sencillo. Buscan en la selva (cosa que no les es difícil hallar) un árbol que sea suficientemente corpulento para su objeto. Cuando lo han escogido, ya no se trata sino de tumbarlo, cortarlo al largo que deseen, y luégo comenzar la obra de vaciarlo, para lo cual les sirve el hacha y el fuego, dirigido con cuidado. Cuando han desbastado el palo exteriormente y lo han vaciado convenientemente por dentro, está lista la canoa para el uso diario.

Las hamacas las hacen de palma. Les sirve para el caso la llamada *palmiche*. De esta palma toman el cogollo, lo golpean con habilidad y lo ponen al sol. Cuando está algo seco lo desfibran, y torciendo el hilo con la mano sobre la desnuda pierna hacen delgados y largos cordeles. Así que tienen a su juicio el material suficiente, fabrican la hamaca.

Todo indio debe ser casi por necesidad buen cazador, y en verdad que todos se dedican a la cacería, puesto que es uno de los medios más importantes de subsistencia para ellos. Al llegar el día destinado a esa faena salen de casa antes de aclarar el día, y provistos solamente de unos pocos plátanos, del machete, lanza y flechas, se dirigen al bosque.

No todo el mundo, ni mucho menos, puede entrar en la selva como lo hace el indio. Hasta los más inteligentes necesitan ordinariamente haberla recorrido varias veces para no extraviarse en ella. El hijo de la selva no necesita de tales precauciones; penetra en la misma, la recorre y se orienta con suma facilidad. Al acercarse al lugar escogido anda con cautela, sigue con singular instinto el rastro de los animales hasta clavarles sus flechas envenenadas.

Esta ocupación y la pesca son las favoritas del indio, porque son su principal medio de subsistencia.

Cacique y curaca—Estos indios tienen sus autoridades, de las cuales el cacique es la suprema. Este es la figura principal de cada tribu. Ordinariamente es medio brujo, cuando no lo es del todo, y se conserva siempre algo distanciado de los otros indios, rodeándose de un aire misterioso. A su mando obedecen sin réplica todos los indios; su autoridad es ilimitada y despótica.

Hay otra figura entre ellos, a la que asímismo respetan, es el *curaca* o médico indígena. Es éste un sujeto muy especial, vive retirado y tiene poca comunicación, en general, con los otros, quienes por otra parte tampoco lo molestan mucho, a no ser que lo necesiten cuando están enfermos.

Para llegar a obtener el grado de *curaca* es necesario seguir carrera. En efecto, cuando un indio se siente con deseos de serlo, se despide de los suyos y va a ponerse a las órdenes de alguno de los curacas más famosos, y comienza la carrera. Esta dura por lo regular un año completo, durante el cual le enseña el curaca la virtud de algunas plantas, y especialmente a *soplar*, le da una multitud de prescripciones, señalándole la clase de carne y pescado que puede comer y la que no debe probar, por contradecirse con la ciencia médica, y luégo lo *gradúa*. Este es sin duda el oficio más lucrativo para un indio, puesto que con él tiene siempre cuanto desea; basta que salga a donde están los indios, y ellos lo proveen de cuanto necesite.

Por lo demás, estos indios son sumamente mansos, honrados y fieles, de modo que se les puede confiar cualquier cosa sin peligro de que roben. Recordamos a este respecto un caso sucedido a un Misionero; es como sigue:

Hace algunos años que un sacerdote Capuchino recorrió estos pueblos cuyas costumbres venimos describiendo; en uno de ellos se dejó una cajita con medallas, rosarios, cristos pequeños y algunas otras cosas que tenía para regalar precisamente a los indios. Pasado un año bajó otro Misionero a recorrer y administrar los santos sacramentos a los mismos indios. Al desembarcar se le acercó el jefe de la familia en donde habíase hospedado el año anterior el otro Padre, y le preguntó si era hermano del que pasó el año anterior. Al saber que sí, le presentó intacta la cajita que se dejó olvidada el otro Misionero, encargándole sobremanera que se la devolviese, y le dijese que durante el año había estado muy bien guardada.

Estos indios tienen ya mucho roce con los blancos, y con ellos conviven gustosamente, por lo que es de esperar que el empuje civilizador que reciben en el Orfelinato de Puerto Asís vaya completándose con el contacto de los civilizados.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

III

LA IGLESIA ENTRE LOS INDIOS

Asistencia a la misa los domingos y fiestas—Precepto pascual—Comunión. Piedad y devoción—Enseñanza catequística y sus frutos.

Sentimos verdadera satisfacción al ponernos a escribir el presente artículo, para dar a conocer el estado moral de los indígenas, particularmente de los del Valle de Sibundoy, y abrigamos la plena convicción de que lo que vamos a relatar ha de ser sumamente grato a quien se interese por la extensión del reinado de Jesucristo entre estos indios.

En anteriores informes se ha dicho mucho respecto al deplorable estado moral y social en que se hallaban estos indígenas y al cambio notable que se ha obrado en sus costumbres e idiosincrasia; pero no podemos resistir al deseo de añadir o repetir algo relativo al mismo asunto.

No hace mucho que los indios de este valle, acostumbrados como estaban a celebrar lo que llaman *fiestas*, que era cuando se presentaba un sacerdote para celebrarles varias en una sola ocasión y administrar el bautismo a los niños, lo que sería una vez al año, se mostraban después en gran manera reacios en cumplir los deberes religiosos: cuando se les amonestaba que asistieran puntualmente a la santa misa en los días festivos, contestaban sin rodeos que no era costumbre. Para arrancar de sus rudos cerebros tamaño absurdo, ha debido ejercitar el Misionero una paciencia a toda prueba: bien conocido es el respeto casi supersticioso que les merecía todo lo que tenían sancionado por la costumbre. Llegaba a tal punto esta fanática veneración, que bastaba oponerse abiertamente a lo que tenían establecido por aquélla, para que se promovieran verdaderos conflictos.

De lo que antecede se podrá colegir el tacto y discreción que debieron emplear los Misioneros para llevarlos como por la mano, y sin que se dieran cuenta de ello, al cumplimiento de sus deberes de cristianos.

En la actualidad cumplen ya con la Iglesia en todas las fiestas, espontáneamente, y hasta con gusto, de tal modo que sólo queda en la casa algún individuo de la familia para no dejarla desamparada del todo; pues como no tienen

medios de cerrarla, correrían el riesgo de no hallar nada a su regreso, particularmente los que viven en lugares separados.

Es un espectáculo realmente interesante ver, una hora antes de la misa, los caminos que conducen al pueblo: salen al paso a cada momento multitud de indios, con su típica y llamativa indumentaria, que alegres y satisfechos se encaminan hacia la iglesia, formando grupos que, con infantil alegría y ruidosa algazara, tratan de divertirse, con envidiable buen humor, a la primera ocasión que se les presenta. Al verlos tan animados y bulliciosos, particularmente a los de Sibundoy, que siempre se habían singularizado por su apatía, se le hace a uno difícil creer que sean los mismos indios que conoció en años anteriores, pues entonces se mostraban casi insociables, aun entre ellos mismos, huyendo con salvaje esquivez de todo lo que significase expansión. Lo más que hacían era pasar horas y más horas dentro de sus casas, entretenidos en sacar algunas notas discordantes y tristes de una especie de flauta que ellos mismos se fabrican, o bien en golpear con irritante monotonía el bombo, mueble indispensable en toda choza de indio.

Con el fin de ayudar su devoción, despertándoles al propio tiempo interés en asistir a la misa, se ha procurado amenizarla con sencillos y armoniosos cantos, que a fuerza de ser repetidos se ha logrado que los cante todo el pueblo. Es en verdad conmovedor ver estos pobres indios reunidos en torno del altar para asistir al incruento sacrificio, que se eleva en olor de suavidad al Dios de los pequeñuelos y humildes. El espectáculo raya en lo sublime en el momento de la elevación: entonan entonces con entusiasmo un cántico, cuya letra es una profesión de fe a tan augusto misterio.

Al que escribe estas líneas, en más de una ocasión se le han saltado las lágrimas al oír en aquellos instantes solemnes los acentos del mencionado cántico, que parecían salidos del íntimo del corazón de la multitud que llenaba la iglesia, con los cuales daban a entender que ya no son del todo ajenos a la significación y realidad de la liturgia con que el sacerdote oficia ante ellos. Hay momentos en que se ven como al trasluz los sentimientos y creencias de estas almas sencillas, y entonces uno se ve como forzado a confesar que ya no todo es salvajismo, ni mucho menos, entre estos indios.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Otro de los espectáculos que se hace sumamente interesante, particularmente a los que visitan por primera vez el territorio, es el salir de la iglesia; se reúnen todos en la plaza, en donde quedan un rato entreteniéndose con mucha animación, hasta que les llega la hora de retirarse a sus casas. Es la única ocasión en que durante la semana se reúne todo el pueblo. Con esto se ha logrado relacionarlos a todos con bastante intimidad, medio no despreciable para que vayan encariñándose a vivir reunidos en el pueblo, en vez de tener las viviendas muy separadas.

—

Además de cumplir con la obligación de la misa en días festivos, satisfacen bien el precepto pascual todos los años. Como se deja comprender, muchísimo más difícil ha sido inculcarles y convencerles de la necesidad de cumplir con esta obligación que no la de oír la misa; así que lo conseguido hasta el presente es fruto de un trabajo enorme; no había modo de darles a entender, por mejor decir, no querían comprender esta necesidad de cumplir con lo prescrito por la Iglesia, diciendo que deseaban ser perdonados cuando les llegase la hora de morir, para así poder salvarse. A fuerza de paciencia y de amonestarlos se ha logrado cada año un notable aumento, hasta que por fin en el presente año hemos tenido la satisfacción de ver que casi todos se han presentado espontáneamente a cumplir. El día de Resurrección eran contados los que faltaban.

En los pueblos de Limón, Yunguillo, Umbría, etc., que han estado privados durante algún tiempo de la asistencia permanente del Misionero, al pasar alguno por allí se presentaron para que se los confesase, y así poder cumplir con la Iglesia.

——

Por ser la Sagrada Eucaristía el verdadero centro y foco de vida de la Iglesia, hemos procurado con todas nuestras fuerzas implantar la comunión frecuente, según los deseos y enseñanzas del Papa de la Eucaristía, el inmortal Pío X. No hemos llegado todavía a conseguir que la generalidad frecuente este sacramento, pues si bien es un ardiente deseo de todos los Misioneros, quienes no pierden

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Puerto Asís. Alumnos del Orfelinato.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

oportunidad de hacerles ver los frutos que cosecharían de la comunión frecuente, debemos reconocer que todavía las raíces del árbol de la fe han de profundizar algo más, para que se pueda generalizar práctica tan santa.

A pesar de lo dicho, hay un regular número de indios que se acerca a la Sagrada Mesa en las principales fiestas del año. Otros hay que comulgan mensualmente, y algunos, si bien en número muy reducido, diariamente. A este respecto escribía hace poco el Reverendo Padre Estanislao de las Corts, residente en Mocoa:

"Dondequiera que los indios tienen facilidad, cumplen todos con el precepto pascual. Rarísimo es el que deja de hacerlo, en cuyo caso basta indicarles la necesidad y obligación que de ello tienen para que inmediatamente se presenten. En las principales fiestas comulgan casi todos, jóvenes y viejos; en los domingos no son muchos los que se acercan a la Sagrada Mesa; comuniones diarias serán unas ocho, poco más o menos."

Esto que el Reverendo Padre escribe con respecto a Mocoa, puede aseverarse de los demás pueblos. Puedo testificarlo por mí mismo con respecto a Sibundoy y Santiago.

De Puerto Asís escribió el Reverendo Padre Narciso de Batet:

"Muy consolador es lo que puedo decirle respecto a la comunión de estos indios. El número de los que comulgan diariamente asciende a cincuenta; en las fiestas principales no bajarán de ciento treinta; por la cuaresma cumplen casi todos. La devoción que va infiltrándose en el corazón de estos pobres indios, quienes hasta hace poco ignoraban casi los rudimentos de nuestra fe, es precursora de un definitivo resurgimiento."

A esto, que a primera vista ha de parecer de muy poca significación, puesto que, como hemos dicho, son en número muy reducido los que así comulgan, nosotros le damos grande importancia por ser un verdadero triunfo de la gracia, y porque estamos firmemente convencidos de que esta humilde semilla que germina al pie del sagrario ha de multiplicarse prodigiosamente, tal vez a no mucho tardar. Nos fundamos para emitir tal aseveración, en que el reinado de Jesucristo entre estos semisalvajes está conquistando cada día más terreno; se conoce en su vida privada, que

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

es mucho más arreglada que antes y sus costumbres más morigeradas; se conoce en la vida de familia, en la que las enseñanzas religiosas han producido honda transformación, cortando abusos y atrocidades realmente abominables, que la pluma se niega a señalar siquiera, por lo monstruosas. Todo esto pues nos da esperanzas muy fundadas de que pronto han de verse subyugados por el imperio de Jesús Eucarístico, que naturalmente atraerá con fuerza irresistible a los que ahora, por no conocerle debidamente, no le buscan con ardor.

Esperamos que en breve se ha de registrar un nuevo avance en el sentido antes indicado, fundados en que ya no son ajenos a la piedad y a la devoción. Esta, si se quiere, podrá ser piedad infantil, pero dirigida y encauzada, lo que ahora es piedad infantil, se convertirá en profunda y convencida.

Que sienten ya algo en el sentido indicado, puede colegirse de la gran devoción que demuestran en la cuaresma, al practicar el ejercicio del Viacrucis. Son aquellos unos días de tal concurrencia, que aun las iglesias más capaces se llenan materialmente, hasta el punto de ser imposible moverse en ellas, quedando muchos fuera por no serles posible encontrar dónde acomodarse. Debido a esto, y para que todo el pueblo pueda tomar parte en la práctica de esta excelente devoción, a la vez que para evitar conflictos dentro de la iglesia, nos hemos visto precisados a organizar, todos los viernes de cuaresma, una procesión que, dando la vuelta por el pueblo, facilite la asistencia a todos.

La devoción de los indios podemos decir que sale de cauce en los días de semana santa y resurrección. Estos días los solemnizan a su modo. Por de pronto, en el jueves y viernes santos ayunan rigurosamente, no permitiéndose probar sino alguna que otra fruta en poquísima cantidad. Desde el día jueves, en que se expone el Santísimo Sacramento en el sagrario, apenas si abandonan un momento la iglesia; a cualquiera hora que uno vaya al templo lo encuentra lleno. Los que saben leer nos piden devocionarios para hacer sus lecturas y piadosas devociones que los exciten a considerar los misterios que se conmemoran en aquellos días; los que no pueden obtenerlos, rezan las oraciones que se les han enseñado.

La enseñanza del catecismo es, desde luégo, una necesidad de primer orden para los indios. Es medio del todo indispensable para formarlos cristianos, creyentes y convencidos. Desde que penetrámos en el territorio, dimos a esta enseñanza toda la importancia que merecía. El trabajo que nos costó dar a entender debidamente las verdades principales de nuestra religión a los indios del Valle de Sibundoy, es realmente increíble. Tenían alguna que otra noción de ellas, pero tan bárbaramente deformadas unas, y plagadas de errores todas, que resultaban de todo punto desconocidas. Las tenían tan hondamente grabadas, por haberlas revestido y arreglado a su modo de pensar, que no se preocupaban gran cosa para retener en la memoria las que nosotros les presentábamos; no había modo de que entendieran la gran diferencia que había entre unas y otras. Obra de paciencia fue el arrancarles semejantes especies, pero al fin se ha logrado.

Para facilitar más la enseñanza del catecismo, establecimos desde un principio una misa con alguna solemnidad todos los jueves, después de la cual se les explica con la mayor sencillez y claridad los puntos más difíciles, o que pudieran ser más convenientes; todos los domingos y fiestas, después de la misa, tienen también enseñanza sobre el mismo. La utilidad de estas medidas es grande, no sólo para los mayores de edad, que no han pasado por la escuela, sino hasta para los jóvenes que en ellas estuvieron: a unos se les enseña y a otros se les repasa lo aprendido, o se procura que lo entiedan mejor.

En gran parte la transformación moral de los indios es debido a esto, pues de muchas cosas que antes creían del todo lícitas, a pesar de ser verdaderas monstruosidades, han venido en conocimiento de su ilicitud y las evitan ya en gran parte. Recuerdo que a este respecto me relataba un Misionero que un blanco, cuya conducta dejaba por cierto mucho qué desear, estaba cometiendo públicamente una acción más o menos culpable: un indio que se dio cuenta de ello le reprendió con indignación, diciéndole que no era propio de un cristiano lo que estaba haciendo, pues el Padre les enseñaba que debían evitar tales faltas.

Con lo indicado no pretendemos significar que ellos no cometan faltas, pues faltas son el robo y la borrachera,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

vicios tan difíciles de arrancar de entre estos indios; pero sí reconocen que la conducta del cristiano debe estar exenta de esas faltas por ser ofensas a Dios. Si queremos ser justos, debemos añadir y confesar que no sólo reconocen lo antes dicho, sino que procuran evitar esos vicios hasta donde llegan sus fuerzas; la borrachera y el robo, esos vicios que parece tienen metidos hasta los tuétanos, han disminuído mucho y en una proporción muy notable; la inmoralidad, asímismo, se ha logrado, si no extirparla, por lo menos disminuírla grandemente, hasta el punto de que los hijos naturales, que tánto abundaban antes, ahora son contadísimos, y esto que miraban como una cosa muy ordinaria, por lo frecuente, lo consideran como un oprobio.

El carnaval entre estos indios, particularmente durante los tres últimos días, ofrecía el aspecto repugnante de inmunda bacanal; era como el impetuoso desbordamiento de todas las pasiones manifestadas del modo más salvaje: parecía que todos los sedimentos selváticos, que durante el año yacían más o menos tranquilos en el fondo de su conciencia, eran removidos con satánico ímpetu, apareciendo al exterior con toda su asquerosa fetidez; que todas las inclinaciones más perversas, herencia secular legada a ellos por sus mayores, rompían el dique que las retenía aprisionadas durante el transcurso del año y se desbordaban, cual torrente impetuoso que arrasaba todo miramiento y consideración que se les oponía al paso. En una palabra: era el tiempo en que el indio se mostraba con toda la crudeza de su salvajez, sin atenuaciones de ninguna clase. Aquello era una borrachera continuada. Día y noche no cesaban de tomar chicha; aquellos días los pasaban en una excitación casi no interrumpida, y en este estado era cuando cometían mil barbaridades de lo más repugnante. Consecuencia de todo ello era el quedar sumidos en un sopor que los incapacitaba para cualquier acto durante muchos días, o bien contraían enfermedades gravísimas, que a algunos les causaban hasta la muerte.

Para evitar tamaños abusos y las tremendas consecuencias que éstos acarreaban, el Prefecto Apostólico, como Jefe Superior de Policía entre los indios, se vio precisado a dar algunas disposiciones encaminadas a reglamentar la cantidad de chicha que podía exigirse a las autoridades indígenas que, según costumbre, debían suministrar aquella

bebida al pueblo. Con esto se evitaron algunos crímenes, que parecerán increíbles a quienes juzgan que el suicidio es de gente civilizada; aquellos bárbaros para atender a las desmesuradas exigencias de sus conterráneos se endeudaban, y no pudiendo después pagar lo que debían, se ahorcaban. Emprendimos además una verdadera campaña contra el carnaval en la forma salvaje en que lo celebraban. Se les hizo comprender que, por tener costumbre en aquellos días de divertirse, comer y beber más de lo ordinario, no debían creer que ya no les obligaba la ley de Dios. En fin, tanto se ha insistido sobre el particular, que se ha llegado a cortar multitud de abusos: se ha conseguido desvirtuarlo de tal modo, que ya no se parece en nada a lo que era. Este año en varios pueblos, y singularmente en el de Sibundoy, apenas se ha conocido esta fiesta, a no ser por la presencia de unos pocos indios que salieron disfrazados por las calles, y por el ruido de los bombos con que se divertían en sus casas.

Esperamos que ha de perderse poco a poco el aspecto repugnante de tales fiestas, pues los jóvenes miran ya con menosprecio las bacanales a que estaban acostumbrados los viejos, y gustan divertirse de un modo más decente, lo que tenemos por progreso no despreciable.

Séame permitido, como fin y remate, y para probar que su instrucción religiosa es bastante regular, aducir el testimonio del Padre Capellán del Regimiento de *Boyacá*. En dicho Regimiento hubo doce indios que prestaron el servicio militar; en una de las conferencias catequísticas en que preguntó algo a los soldados, pudo convencerse, y así lo manifestó al suscrito, que los mencionados indios fueron de los que con más precisión y soltura contestaron. Esto demuestra que los conocimientos religiosos de los hijos de la selva no son superficiales, que se dan cuenta de lo que creen. Las consoladoras verdades de nuestra santa religión salvarán moral y materialmente a nuestros indios, como han salvado a los pueblos que no se han sustraído de esa benéfica influencia.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

IV

RELACIONES ENTRE BLANCOS E INDIOS

Odios de raza—Fundación del pueblo de San Francisco, para sedarlos. Otros trabajos de los Misioneros—Resultados.

Al tratar de la suave y benéfica influencia ejercida por la Iglesia sobre estos moradores del territorio, sean blancos o indios, no podemos diferir por más tiempo el deseo de informar sobre las amistosas y aun fraternales relaciones entre estas dos razas. Nos hemos abstenido hasta el presente de tratar este asunto, tal vez por un exceso de precaución; podemos ahora asegurar haberse desvanecido ya casi por completo el formidable odio con que se perseguían mutuamente.

En efecto, era un horror el modo como se trataban blancos e indios: eran dos razas antagónicas que se perseguían con un odio de muerte. Los blancos trataban a los indios como esclavos, y algunas veces como a bestias; se servían de ellos para todo y del modo que mejor les parecía; les robaban lo poco que estos infelices poseían; les obligaban al trabajo de sus tierras, sin recompensa de ninguna clase; si a alguno se le antojaba despojar a un indio del poco o mucho terreno que había desmontado, no se paraba en pelillos. El indio, por su parte, al ver el tiránico proceder de los blancos, devolvía con creces y con toda la fuerza de su salvaje condición los malos tratos; de lo que resultaba una lucha constante y encarnizada, bastando una ligera chispa para encender una espantosa llamarada, que sólo se apagaba con la sangre de algunos de los contendientes.

Antes de la creación de la Prefectura Apostólica existían en el territorio algunos Padres Capuchinos, a quienes el Ilustrísimo señor Obispo de Pasto, a cuya jurisdicción pertenecía el Putumayo, había confiado el cuidado espiritual de esos habitantes. Entró en cierta ocasión el muy Reverendo Padre Alfonso María de Ager para practicar visita a los religiosos allí residentes, y al venir en conocimiento de las discordias enumeradas, con el deseo de impedir tamaños desafueros, procuró convencer a los blancos que se reunieran en lugar determinado, completa-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Juegos de los niños indígenas delante de la escuela.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Juegos de los niños indígenas delante de la escuela.

mente separados de los indios; a éstos, que se decían dueños y señores de todo el Valle, les exhortó a que cedieran el lugar llamado Guairasacha, para fundación de un pueblo, como lo hicieron con muy buena voluntad. De este modo quedó establecida la población de blancos llamada San Francisco.

Así estaban las cosas en el Valle de Sibundoy cuando entró el Prefecto Apostólico. Se dio el Prelado inmediatamente cuenta de esta muy honda antipatía, de ningún modo extinguida a pesar de la mencionada fundación; era una tempestad que rugía escondida en el corazón de todos, y que el más insignificante motivo hacía desencadenar con una furia verdaderamente satánica. Emprendió pues una verdadera cruzada contra tales abusos, amonestando a unos y a otros, ya en público, ya en privado; comenzó la ímproba tarea de suavizar los continuos roces entre blancos e indios, consiguiendo al fin la casi total desaparición de la antipatía innata en todos ellos, normalizándose poco a poco las relaciones que han terminado por ser amistosas.

Actualmente pues ha desaparecido casi por completo esta dificultad; ningún reparo tienen los indios de tratar con los blancos, ni éstos se extralimitan habitualmente valiéndose de su superioridad. Prueba de ello es que los primeros admitan con mucha cordialidad a los segundos en sus casas; los tratan con bastante intimidad y hasta los invitan con ruda galantería, ofreciéndoles de lo que tienen a disposición. Entre unos y otros celebran sus contratos, se auxilian mutuamente en sus labores y no faltan indios que han escogido padrino blanco para el bautizo de sus hijos, lo que es de gran significación, toda vez que ellos tienen en gran estima el compadrazgo. Por fin ha llegado a un grado tal esta familiaridad, que muchos indios no oponen dificultad alguna en admitir blancos cerca de sus sementeras, cosa que antes procuraban impedir por todos los medios.

Creemos establecida definitivamente esta buena y fraternal armonía de un modo firme y seguro, en lo que entra, como factor no despreciable, la escuela; en ésta se tratan los niños blancos e indios con íntima familiaridad; se les ve jugar juntos y trabar tan estrechas amistades entre sí, que esterilizan por completo los gérmenes nocivos que intentan sembrar algunos de los ancianos.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

V

Las escuelas: poderosísimo auxilio nuestro en la transformación religiosa y civil de los indios—Desarrollo gradual de la instrucción primaria en el territorio hasta la fecha.

En anteriores informes se ha hablado mucho de la importancia y resultados de las escuelas dirigidas por la Misión; en el del año 1922 reseñámos el proceso de la instrucción primaria desde la creación de la Prefectura Apostólica, transcribiendo los muchos e importantes documentos que lo acreditan. Para evitar pues cansadas repeticiones nos limitaremos a poner aquí el adjunto cuadro, que expresa de un modo gráfico el progresivo desarrollo de la instrucción primaria en el territorio de la Misión.

Es ya insuficiente el número de escuelas para las necesidades del Caquetá y Putumayo, pues hay varios caseríos que se hallan privados de tan indispensable medio de progreso y civilización. El Reverendísimo señor Prefecto Apostólico ha expuesto al Gobierno esa inaplazable necesidad, y el señor Ministro de Instrucción Pública ha acudido al Congreso para que vote la partida correspondiente.

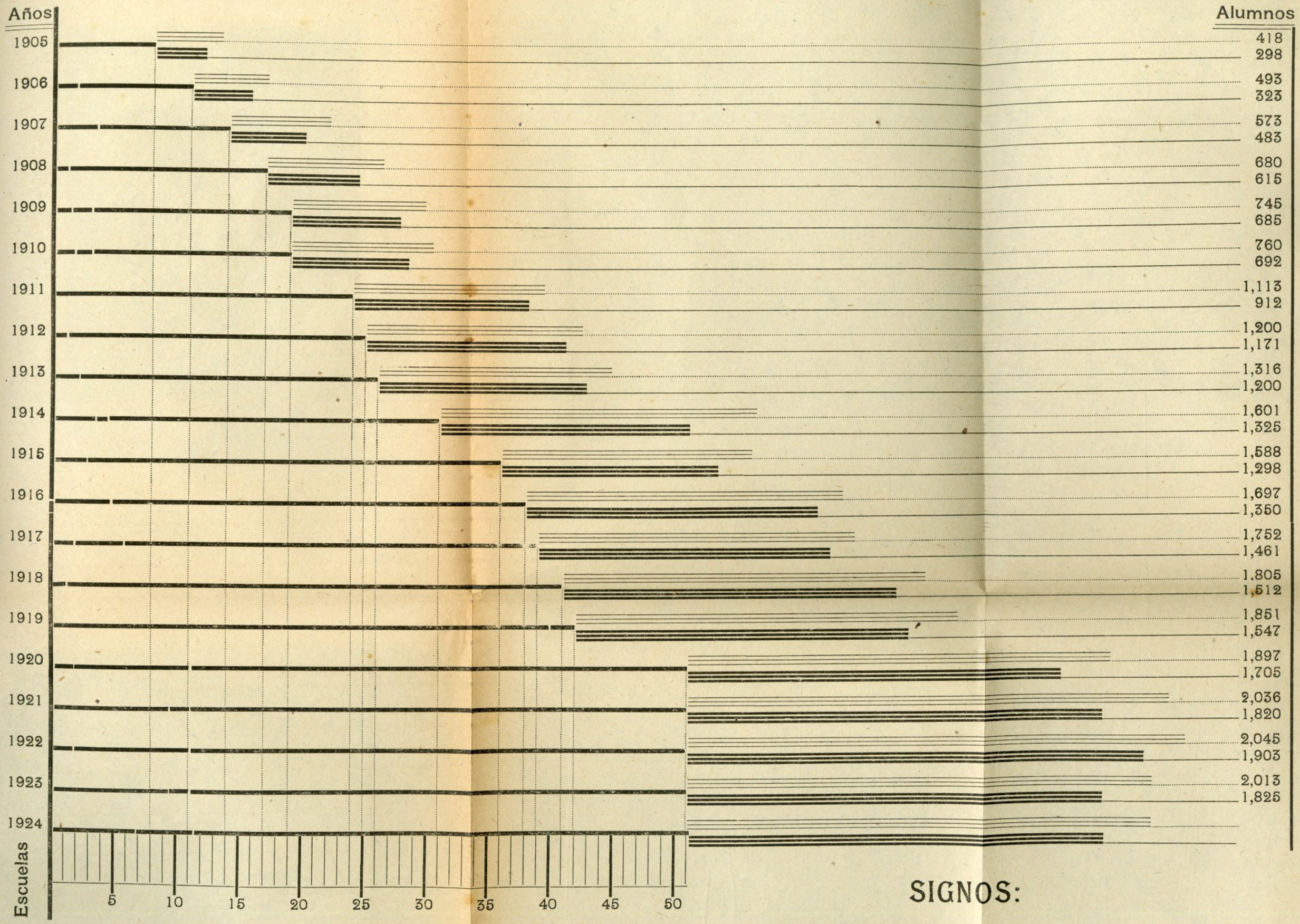
VI

POBLACIÓN DEL TERRITORIO

La inmensa extensión del Caquetá y Putumayo, las vegas de sus caudalosos e incomparables ríos, los innumerables pliegues de sus caprichosas cordilleras y altas montañas, las inexploradas y vírgenes selvas cuyos límites se confunden con el horizonte, dicen al atento observador que aquello no debe permanecer así, que lo ha hecho el Creador para que lo beneficie y utilice el hombre rey de la creación. Los Misioneros, que tan fácilmente se adaptan a los países a que los destina la Divina Providencia, desde los primeros días de su arribo a estos lugares se interesaron vivamente por la población del territorio. Así es que los vemos constantemente afanados en colonizar estas selvas. A la vez que reúnen a los indios en pueblos, emprenden largas y frecuentes excursiones por los vecinos Departamentos, con el fin de dar a conocer las riquezas del país y atraer colonos. Se

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Número de escuelas, matrícula y asistencia en los Territorios Escolares de Caquetá y Putumayo desde 1905 hasta 1924.



SIGNOS:

MATRICULA

ASISTENCIA

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Santiago. Escuela de niñas.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

necesitaría un libro para describir lo que ha hecho en ese sentido la Misión. Es conocida de todos la famosa expedición que con ese fin hizo el Reverendísimo señor Prefecto Apostólico a Antioquia y su marcha durante cuarenta días a través de la Nación, llevando al Putumayo familias enteras, soportando molestias y exigencias inauditas. No se habrán olvidado los molestos y costosos ensayos para aclimatar en Puerto Asís a los habitantes de los diferentes pueblos de Nariño y sur del Cauca, ni las tentativas hechas para llevar allá morenos de la costa del Pacífico, ya que los blancos poco medraban. No me extiendo tampoco en eso, porque en informes anteriores editados por cuenta del Gobierno se han publicado documentos muy interesantes, que prueban hasta la evidencia el empeño que la Misión ha tenido en poblar el territorio. Consideramos que la colonización con elementos sanos y hombres religiosos, dados al trabajo, es un medio muy eficaz para promover de un modo objetivo la cristiana civilización de los indios. Aunque el éxito no ha correspondido a nuestros esfuerzos y afanes, podemos decir, no obstante, que tampoco han sido estériles ni mucho menos. Hé aquí el número de pueblos, caseríos y lugares, y número de habitantes cristianos:

1. Santiago (Putumayo). Cuenta con indios	2,550
2. Sucre (Putumayo), blancos	600
3. Sibundoy (Putumayo), indios	1,635
4. San Andrés (Putumayo), indios	500
5. San Francisco (Putumayo), blancos . . .	500
6. Mocoa (Putumayo), indios y blancos . .	500
7. Umbría (Putumayo), indios y blancos . .	150
8. San José (Putumayo), indios y blancos .	50
9. San Diego (Putumayo), indios	80
10. Puerto Asís (Putumayo), blancos	300
11. San Miguel (Putumayo), indios	90
12. Santa Rosa Sucumbios (Putumayo), indios y blancos	46
13. Yocoropuí (Putumayo), indios	64
14. Montepa (Putumayo), indios	48
15. Macaguajes Montoyá (Putumayo), indios	90
16. Güepí (Putumayo), indios	200
17. Colonia Tagua (Putumayo), indios . . .	30
Pasan	7,433

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Vienen	7,433
18. Puerto Limón (Putumayo), indios . . .	350
19. Quinoró (Putumayo), blancos y morenos	200
20. Santa Rosa, Alto Caquetá (Cauca), blancos	500
21. Valle de Las Papas (Cauca), indios . .	100
22. Descanse (Cauca), indios	350
23. Condagua (Cauca), indios	88
24. Yunguillo (Cauca), indios	300
25. Florencia (Caquetá), blancos	3,800
26. Belén del Andaquí (Caquetá), blancos .	1,500
27. Bodoquero (Caquetá), indios y blancos.	300
28. Orteguasa (Caquetá), indios	286
29. Palmichal (Caquetá), blancos	130
30. San Vicente (Caquetá), blancos	2,977
31. Guacamayas (Caquetá), blancos	500
32. Llanos del Yarí (Caquetá), indios	377
Total	19,191
Indios dispersos por el territorio, no cristianos	? 30,000

VII

RESEÑA HISTÓRICA DEL CAMINO AL PUTUMAYO

Principia la obra—Entrada a la región del Caquetá—Atrevimiento de los Misioneros en la ejecución del camino hasta Mocoa—Condiciones técnicas. Sistema adoptado en la organización de los trabajos—Ventajas de la vía llevada por Sibundoy y Mocoa.

"Reposa en nuestro poder, dice el doctor don Daniel Zarama en su acreditado periódico *La Reconquista*, copia de un interesante documento del siglo XVIII, el cual contiene, entre otras noticias de importancia histórica, el derrotero o itinerario que desde aquella época hasta nuestros días ha venido siguiendo el comercio harto reducido de Pasto con las comarcas amazónicas. Aun ahora, en vista de los desfiladeros y precipicios vertiginosos que era antes preciso atravesar, uno se sorprende de que hubiera habido persona capaz de imaginar siquiera la posibilidad de sustituír la antigua senda con el camino de herradura que existe en la actualidad.

"Fue el señor General don Rafael Reyes el primero de nuestros gobernantes que pensó en la apertura de esa vía, habiendo llegado a invertir cosa de treinta mil pesos ($ 30,000) oro en diversas tentativas al respecto, pero sin resultado práctico alguno que merezca mencionarse.

"Antes que él y que cualquiera otro, los Reverendos Padres Capuchinos, en su celo por la gloria de Dios y por la salvación de los millares de salvajes que pueblan el oriente colombiano, concibieron la idea de ejecutar tan importante empresa, con el contingente voluntario de los colombianos capaces de darse cuenta de los beneficios de todo género a que ella iba encaminada. Bien pronto hubieron de persuadirse de que el medio adoptado era de todo punto ineficaz para el objeto que se proponían. No obstante, con el trabajo personal de los indígenas de *La Laguna*, pudieron construír pocos kilómetros de camino entre el pueblo del mismo nombre y el río Encano, en la cuenca de La Cocha o Mar Dulce.

"Los Misioneros desistieron de su empresa en vista de que el Gobierno Nacional envió ingenieros para la construcción de un camino al Putumayo, y reanudaron sus trabajos cuando el Gobierno abandonó la obra.

"Invitaron pues de nuevo a los lagunas, y por vez primera se hizo efectivo el trabajo subsidiario de los indígenas del valle de Sibundoy. Se desplegó de parte de los Misioneros una actividad asombrosa, pero su trabajo no adelantaba ni podía adelantar con tan escasos medios. Idearon abrir una suscripción nacional, y publicaron una hoja, y dirigieron invitaciones a varios personajes connotados del país, pero tampoco esa medida dio resultado, pues no llegó a doscientos pesos ($ 200) la suma recolectada.

"Fue en esas circunstancias cuando, según dice el General Rufino Gutiérrez, el Reverendo Padre Fidel de Montclar hizo viaje a Bogotá, y allí el Gobierno, conociendo que era punto de honor y de alta conveniencia para el país, dictó la Resolución de 21 de septiembre de 1909, por la cual dispone se abra el camino por cuenta de la Nación por los valles de La Cocha y Sibundoy, se comisiona al Gobernador de Nariño para establecer los trabajos por administración directa, destina la suma de cuarenta mil pesos ($ 40,000), y ordena que la suma apropiada se consuma totalmente en pago de trabajadores, sin establecer remunera-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ciones de personal innecesario, y que la inspección superior de la obra esté a cargo del Reverendo Padre Fidel de Montclar, cuyas indicaciones deben ser atendidas por el empleado a quien se encargue de la dirección técnica y administrativa de los trabajos. En estas condiciones, y sin que hubiera intervención directa, técnica ni administrativa extraña a los Misioneros, se empezó la obra el 25 de octubre de 1909."

Entrada a la región del Caquetá.

El camino arranca del pueblo de indígenas de La Laguna, a unos siete kilómetros de Pasto. Aquel pueblo era el límite del mundo civilizado; de allí para adelante comenzaba la región misteriosa del Caquetá, desconocida a casi la totalidad de los colombianos, y a la que se penetraba a pie y al través de mil peligros, después de haber pasado el temible páramo del Bordoncillo y salvado innumerables precipicios.

Del pueblo de La Laguna sube el camino a buscar la depresión que se llama El Diviso, a una altura de 3,344 metros sobre el nivel del mar, y desciende luégo a la playa del lago de La Cocha, que se halla a 2,900 metros. Este hermosísimo lago tiene 25 kilómetros de largo por 7 de ancho y una profundidad media de 30 metros. Desde su ribera se disfruta de un magnífico panorama de los más bellos que se conocen. Está rodeado de espesa selva, y toda su cuenca es de terrenos sumamente fértiles. Siendo de imperiosa necesidad crear aquí una colonia que beneficiase tan admirables terrenos y fuese el lazo de unión entre la Colombia salvaje y la civilizada, idearon los Misioneros la fundación de un pueblo en estos bellísimos parajes, y con ayuda de los lagunas trazaron el plano de la población, que dedicaron a la Divina Pastora de las Almas. Existen actualmente, aunque no reunidas en pueblo, ciento cincuenta casas dispersas en las orillas del lago.

Después de haber el camino orillado La Cocha, asciende a San Antonio, en las faldas del Bordoncillo, a una altura de 3,300 metros, de donde baja al incomparable valle de Sibundoy, a 2,200 metros. Este valle tiene la figura ovalar y mide próximamente cuatro leguas de largo por tres de

ancho. El gigantesco Patascoy, con su inmensa mole, aumenta el interés de esta bella comarca. Cinco pueblos se hallan aquí: Santiago, con 2,550 habitantes; Sucre, con 600 blancos; Sibundoy, con 1,635; San Francisco, colonia de blancos, con 500, y San Andrés, con 500. El camino pasa por los cuatro primeros y deja a un lado el último. Es este un país ideal, de un clima sumamente apacible (17 grados centígrados), y la tierra feraz como ninguna; pudiera contener cómodamente una población de 100,000 habitantes. El camino atraviesa todo el valle.

El ingeniero doctor don Samuel Chaves, enviado por el Gobierno Nacional para examinar la obra de los Misioneros, dice, refiriéndose a este trayecto:

"Esta sección del camino, obra exclusiva de los Misioneros, merece especial mención, ya en cuanto al proyecto, ya en cuanto a la construcción de la obra. Las cuatro leguas de Santiago a Sibundoy se desarrollan con una pendiente del 4 por 100 por las últimas lomitas que mueren en el valle. De Sibundoy a San Francisco, distante entre sí media legua próximamente, el camino sigue rigurosamente una línea recta por las llanuras del valle. El terreno es arcilloso en general, cubierto con humus; en uno que otro trayecto aparecen los pantanos, pero estas circunstancias se han tenido presentes en la ejecución. Los pantanos se han cubierto con fuertes enmaderados, sobre los cuales se han puesto capas de cascote; el humus se ha extraído completamente, y se ha sustituído con arcilla y cascote, de manera que en esta sección la mesa del camino es irreprochable. Otro tanto podemos decir de los desagües, bien construídos, profundos, en los lugares pantanosos, y que presentan suave pendiente o caída a las aguas, consiguiendo así dos objetos: la buena conservación del camino y la desecación de las zonas contiguas a éste. Para que esta sección reúna las condiciones de una perfecta carretera, sólo se necesitan dos requisitos: alguna fácil ampliación de las curvas del camino, con uno que otro relleno en algunas alcantarillas, perjudiciales a la pendiente, y perfecta macadamización con piedra triturada. El camino en esta sección, que pudiéramos extender hasta el Putumayo, atraviesa tres ríos: el San Pedro, el San Francisco y el Putumayo, y una multitud de arroyos, estos últimos alcantarillados."

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Atrevimiento de los Misioneros en la ejecución del camino hasta Mocoa.

El río Putumayo nace cerca del pueblo de San Francisco, en una extremidad del valle de Sibundoy, y a poca distancia de su nacimiento, engrosado con los ríos San Francisco, San Pedro, Quinchoa y una multitud de arroyos, se presenta ya majestuoso e imponente, pero se precipita luégo entre rocas y peñascos en busca del valle del Amazonas.

El camino pasa el Putumayo casi en sus fuentes, deja el valle de Sibundoy y asciende a la depresión llamada Portachuelo, a una altura de 2,800 metros sobre el nivel del mar, desarrollándose con pendiente general de 12 por 100 por los *talwegs* que forman los arroyos del Putumayo. Salvada la cordillera que en forma de anfiteatro circuye el valle, desciende el camino por la cuenca del Mocoa, tributario del Caquetá. El Portachuelo por este lado divide las hoyas de los dos importantes ríos que tiene Colombia en el Amazonas. Sigue el camino por la derecha del Mocoa, atravesando las quebradas Minchoy, Zuzunga, Vijagual, Sachamates, Cerreños, La Tortuga y Campucana. De esta sección dice el ingeniero Chaves:

"Los arroyos nombrados, como los que luégo nombraremos, nacen en el escarpado cerro *La Tortuga*, que en dondequiera que sea, ofrece abruptos infranqueables, hablando en sentido económico. Ciertamente que desde la Zuzunga, maravilla el atrevimiento con que la obra fue concebida, y más aún la economía y rapidez relativas con que se ha ejecutado. Podemos decir que desde el Vijagual hasta Campucana, a un miriámetro de Mocoa, el camino ha sido tallado en roca. Nada más abrupto que las faldas del cerro de *La Tortuga*, que desciende a bañarse en las aguas del Mocoa. La zona ha sido obligada, y más obligada aún la ubicación del camino; un metro más arriba o más abajo de la actual situación de la vía, ésta se hubiera hecho imposible, pues se tropieza a cada paso con abruptos de rocas masivas, en cortes de 20 a 80 metros, completamente a plomo. Esta es la razón por que se forman los gradientes en los infranqueables riachuelos de Cerreños, La Tortuga y Campucana, pues los pasos de tales arroyos han sido perfectamente obligados. Para particularizar, manifestamos que a

un kilómetro de Sachamates, en el trayecto que estudiamos, se encuentra el pequeño pero caprichoso riachuelo llamado Cerreños. La constitución de este *talweg* es verdaderamente soberbia: la quebrada se precipita en toda su extensión hasta el río Mocoa, en chorreras de 20, 40 o más metros, con la circunstancia de que toda la hoya es de roca de formación porfídica. Las rocas de Campucana han sido una de las más grandes dificultades que ha encontrado el camino; en primer lugar, por ser paso absolutamente obligado, y en segundo, porque son abruptos perpendiculares de 40 metros próximamente. La naturaleza de la roca es siempre la misma; rocas masivas de construcción granítica y porfídica, que consumen gran cantidad de energía."

De este trayecto habla el General don Rufino Gutiérrez, Visitador Fiscal, cuando dice:

"Allí es donde mejor pueden apreciarse el poder del hombre y la fuerza de la dinamita. Compárense las dificultades que esta bravía naturaleza presenta con las del Boquerón del Dagua, las rocas de Chirajara o la Moravia, o con cualesquiera otras de las vías públicas del país, transitables si se quiere a pie, y se verá que nada hay semejante y que nunca en Colombia se hizo un camino parecido en menos tiempo, con menor gasto y tan sin bombo y aparato."

No se crea que la extensión de roca que describen los mencionados señores sea corta: mide, sumando diferentes trayectos, seis leguas de longitud.

Condiciones técnicas.

El doctor don Daniel Zarama, que visitó el camino, dice en *La Reconquista* del 28 de junio de este año:

"Quien desee conocer las condiciones técnicas del camino, no tiene más que acudir a los informes oficiales de ingenieros e inspectores que lo han recorrido, y que están publicados en éste y en otros periódicos de Pasto y Bogotá. Sabiamente los Capuchinos adoptaron la única vía practicable, económicamente hablando, con tal acierto y sagacidad que no sería dable apartarse de ellas sin tropezar con dificultades insuparebles. Veinticuatro leguas mide el camino desde esta ciudad (Pasto) hasta Mocoa, y pueden recorrerse fácilmente en tres jornadas cortas. Para llegar

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

al último punto por la antigua senda eran necesarios antes doce o más días a pie o a lomo de indio."

De esta misma obra dice el General don Rufino Gutiérrez:

"La ejecución la encuentro no sólo buena, sino muy buena, y mucho más si se atiende a que en largos trayectos se ha hecho la obra en páramos, que casi son lagunas, y en laderas rocallosas sobre precipicios vertiginosos, que no tienen comparación en el país... Conozco casi todos los caminos de la República, y no encuentro ninguno en que se revele más el poder del esfuerzo humano. Todo él, con excepción del valle de Sibundoy, de cinco leguas de longitud, ha sido labrado sobre montañas vírgenes y rocas graníticas, donde no había antes un solo tambo.

"Si se considera que para sostener a los peones había que llevarlo todo de Pasto, y empezar a hacer ranchos para que ellos durmieran; que la patriotería que despertó en Colombia lo sucedido en La Pedrera reclamaba la inmediata apertura del camino y que a los encargados de la dirección de él, que son por la naturaleza de su instituto únicamente Misioneros, les estaba prohibido nombrar o pagar empleados extraños que fueran sus colaboradores, la obra de los Padres Capuchinos es sencillamente admirable y se ha ejecutado en menos tiempo y con mayor economía que cualquiera otra de la Nación.

"He oído críticas, porque en lo construído hasta este último lugar se han formado lodazales y han ocurrido derrumbes, pero esto es injusto. En todos nuestros caminos, aun en los abiertos a raíz de la Conquista, sucede lo mismo en tiempo de lluvias. En la actualidad llueve permanentemente en aquellas regiones del Putumayo y Caquetá... El camino que hace pocos meses fue construído en tierras vírgenes, es natural que los daños causados por las aguas sean mayores que en caminos viejos; sin embargo, no he tenido que bajar de mi cabalgadura más que para pasar un derrumbe y el río Putumayo, cuyo puente lo destruyó una monstruosa avenida. En septiembre empezará la época seca, y entonces ha de quedar este camino, con pequeñas mejoras de reparación que se le hagan, como el mejor de herradura del país.

"En general el camino no pasa, dice el doctor Chaves, la pendiente exigida para los caminos de herradura.

"De las cuarenta leguas de extensión que tendrá el camino, veinte no excederán la pendiente del 4 por 100.

"El ancho de la vía, exceptuando cortos trechos tallados en rocas difíciles, es de tres metros. Se cubre la mesa del camino, en las partes que no son rocallosas, con una capa de guijo o piedra menuda que le da mucha solidez."

Sistema adoptado en la organización de los trabajos.

"Estudié detenidamente—dice el General Gutiérrez—la organización de los trabajos de apertura del camino de Mocoa hacia Puerto Asís, y la he encontrado muy semejante a la de la actual empresa del ferrocarril de Buenaventura, que es la mejor que conozco.

"En todas las obras de administración he encontrado tal severidad y economía, lo mismo en la comprobación que en la inversión de los gastos, que me vi precisado a llamar sobre ello la atención a los Reverendos Padres, por temor de que eso resultara contraproducente... Los directores viven tan modestamente como el más pobre capataz, y no devengan un centavo del Tesoro Público.

"La organización de los trabajos, afirma el ingeniero doctor Chaves, es muy económica, y sencillo el método empleado. Hecha la trocha del trazado por el Reverendo Padre encargado de la dirección general de la obra, se entregan tareas de cien, doscientos o más metros a un precio convencional, en cuya tasación tienen gran tino los Misioneros. El contratista de la tarea o caporal acomete la obra con veinte o más peones, a quienes suministra los víveres a más del salario convenido. Esto sería imposible si la empresa del camino no tuviese una agencia o almacén de víveres, los que se dan a los caporales al mismo precio que se hallan en el mercado de Pasto; los gastos de arrastre, comisiones, etc., etc., se cargan al camino. Esto último es una nueva forma para conseguir alguna rebaja en el precio de la obra de mano, pues si los víveres se cargasen con los arrastres, los peones cobrarían mayor jornal, de modo que en esto hay verdadera compensación.

"Consultando los documentos oficiales (se lee en *La Reconquista* a que hemos aludido), llama sobremanera la atención la rapidez y economía con que se ha ejecutado la obra. Esto depende del sistema adoptado por los Capuchi-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

nos. En vez de pagar, como ordinariamente se acostumbra, determinado jornal a los trabajadores, ellos establecieron los contratos parciales que, estimulando a los contratistas, producen ventajas incalculables en el trabajo, en el tiempo y en el dinero."

Ventajas de la vía llevada por Sibundoy y Mocoa.

Los que han criticado el trazo del camino por el valle de Sibundoy y por Mocoa, o desconocen el territorio del Caquetá o no tienen en cuenta el objeto de los caminos. Si la vía se hubiese practicado por el río Guamués, además de dejar a un lado el feracísimo valle de Sibundoy y los pueblos que lo habitan, y condenar a eterno aislamiento a Mocoa, Condagua, Yunguillo, Limón, Guineo y San Vicente, sólo en parte habría cumplido su objeto, pues habría sido únicamente camino del Putumayo. El camino llevado por Mocoa, a la vez que une a Colombia el Putumayo, el Aguarico, el Napo y el Amazonas, da entrada también al Caquetá, pues pasa a una legua de Limón, puerto de este río, al que se llega ya a caballo, por medio de una trocha.

Los Misioneros con eso han dado prueba de mucho sentido práctico, y han manifestado que conocen palmo a palmo el territorio del Caquetá. Una sola y única vía nos comunica con las dos grandes arterias que tiene Colombia en la hoya amazónica, y además facilita la comunicación entre Nariño y Tolima por el río Caquetá. Pocos se han dado cuenta de esa circunstancia, que tánta importancia da al camino por Mocoa y Puerto Limón. La distancia de este puerto a Tresesquinas, confluencia del Caquetá y el Orteguasa, es relativamente corta, como es asímismo corta la distancia de ese punto a Florencia, donde llega el camino del Tolima.

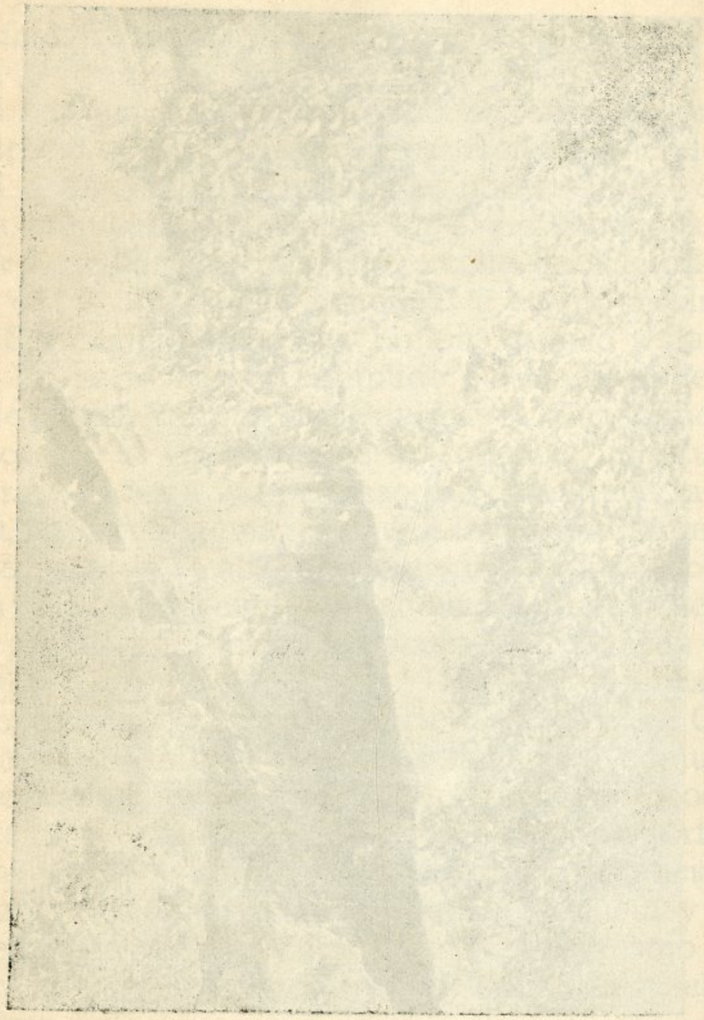
El señor Visitador Fiscal, refiriéndose a las hablillas de quienes se creen autorizados para censurarlo todo, dice así:

"He oído criticar el que para salir al Putumayo no se haya bajado por la hoya del Guamués o por otras vías, que quizá habrían resultado un poco más cortas y tal vez menos costosas. Quien se fije que por esas vías no se encuentra más terreno cultivable que las orillas de La Cocha, ni un solo indio, debe convenir en que la ruta trazada es la me-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Peñascos de la cordillera que húbose de atravesar para llegar al Putumayo. Era preciso agarrarse de las partes salientes de las rocas y poner las puntas de los pies en las hendiduras de las peñas para trepar por los escarpados montes.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental



jor, porque atraviesa los terrenos de La Cocha, por donde son más ricos y laborables; el feracísimo valle de Sibundoy, llamado a un porvenir halagüeño, y tierras bastante buenas desde Campucana hasta Puerto Asís, en las cuales empieza con entusiasmo la colonización, y donde se encuentran los habitantes por miles."

Refiriéndose a los errores que pueda haber en el camino, dice el señor Visitador Fiscal:

"Pero los errores son de tan poca significación, que no merecen el gasto que demandaría su corrección, porque con esto no se ganaría quizá una hora de tiempo, y la mejora en comodidad para los transeúntes, y facilidades para la conservación, tienen todavía más escasa importancia. El tráfico por allí, durante muchos años, no exigiría que nadie que no quiera hacer de esto arma político-religiosa, se preocupe por el asunto."

VIII

CAMINO AL PUTUMAYO

(Continuación).

Autorizada opinión sobre la importancia de la obra de los Misioneros Capuchinos—Concepto que ha merecido de los ingenieros mandados por el Gobierno para examinarla—¿Porqué los Misioneros han mostrado tánto interés en la apertura del camino al Putumayo?—Actividad que desplegaron en la empresa—Opinión de la prensa respecto de la obra evangelizadora de los Misioneros del Caquetá y Putumayo.

Autorizada opinión sobre la importancia de la obra de los Misioneros Capuchinos.

"El que estas líneas escribe residió algunos años en el oriente del Ecuador, y puede hablar con conocimiento de causa en lo que respecta a aquellas regiones (1).

"No me cansé durante todo ese tiempo de recomendar, ya por medio de la prensa, ya particularmente, la necesidad imprescindible de construír un camino al río Morona, que no sólo hubiera contribuído a sostener la integridad del te-

(1) Tomado de un escrito del señor Juan Anzola Martínez. 1911.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

rritorio patrio, sino que también hubiera abierto nuevos mercados a la producción nacional y hubiera hecho aptos para la colonización una inmensa cantidad de territorio.

"Desgraciadamente, ya por causa de las revoluciones, ya por apatía de los gobiernos, ese camino está aún en proyecto, y lo que no pudo hacer la República hermana, está a punto de realizarlo Colombia, con la cooperación de esos buenos Capuchinos.

"El valor del caucho que se extrae del Amazonas alcanza a la enorme suma de cuarenta millones de dólares ($ 40.000,000). Para realizar este trabajo se necesitan muchos miles de caucheros, y como estos operarios generalmente ganan muy buenos salarios, también gastan considerables cantidades, especialmente en artículos alimenticios. En el Amazonas es corriente que cualquier peón pida de adelantos al patrón quinientos o mil fuertes.

"Las provisiones actualmente vienen de Europa y Estados Unidos; mas debido a la enorme distancia, los víveres se deterioran y los precios a que se venden los artículos son fabulosos, siendo el precio corriente de la carne de un peso cincuenta centavos plata el kilo, y no es raro pagar por una arroba de papas diez o doce soles.

"Ahora bien, terminado el camino a Puerto Sofía (Puerto Asís), y establecida una población en la desembocadura del Putumayo, Colombia puede acaparar en su mayor parte el comercio de víveres en el Amazonas, que puede alcanzar a muchos millones. Esto sin contar con la explotación del caucho y otros productos vegetales, la importación de mercaderías extranjeras, el tráfico de pasajeros, etc., etc.

"Amén de las ventajas pecuniarias que este gran movimiento comercial aportaría a la riqueza nacional, Colombia no tendrá dificultad ninguna para conservar tan extensos territorios, que están llamados a un gran porvenir en época no muy lejana. Toda la gran cadena de mesetas que se extiende desde la cordillera andina hasta el nivel de los grandes afluentes navegables del Amazonas, son fructíferas por excelencia y el clima es en extremo saludable.

"Precisamente la región se presta, para el cultivo de toda clase de frutos, sin temor a sequías ni a heladas, en especial el maíz, la yuca, la caña, el café, el cacao, el tabaco, legumbres, etc,. etc.; para la cría de ganado no tienen rival

esos climas, pues se desarrolla rápidamente y no sufre enfermedad alguna.

"En el Macas, a mil metros sobre el nivel del mar, el único pasto que se usaba era el gramalote morado, y nunca he visto un ganado más gordo y lucido; la carne era exquisita; le daban sal cada quince días. Las grandes planadas de los ríos navegables no se prestan para cultivos, debido a las inundaciones, mosquitos, paludismo y demás calamidades que afligen a los climas tropicales. En cambio todas esas regiones contienen caucho, y no sería raro encontrar la siringa o hebea, en las selvas colombianas.

"El cultivo de esa variedad gomífera es el más productivo y el que constituye mayor riqueza, puesto que no se tumba el palo para extraer la goma, sino que se trabaja sobre parado.

"En Bolivia, Perú y Brasil existen grandes agrupaciones caucheras divididas en *estradas*, que contienen cada una de ciento veinticinco a ciento sesenta árboles de hebea a cargo de un cauchero. Este encargado de la *estrada* debe picar los árboles todas las mañanas para extraer el caucho en pequeños vasitos de hoja de lata (pichuelas), que coloca bajo la incisión. Obtenida la leche, la cuajan con humo en una especie de paleta de madera, a la que van agregando el *latex*, y al terminar queda formada la *bolacha* o caucho de pará, que se cotiza a mayor precio que todos los demás.

"Hay haciendas en el Beni que cuentan con dos mil estradas, y se calcula el producto de cada una de ocho a diez quintales durante la temporada de picas que dura seis o siete meses; el resto del año dejan descansar los árboles.

"En la explotación de los ríos Santiago y Morona, realizada por el que suscribe el año de 1908, encontráronse regulares cantidades de siringa en todos los afluentes del río Santiago, que no se trabaja debido a la ferocidad de los jíbaros y a las dificultades de comunicación. Obtuviéronse muestras excelentes iguales al caucho de Pará, que figuraron en la exposición permanente de *El Grito del Pueblo*, de Guayaquil, y como ya he dicho anteriormente, no sería raro encontrar esa especie en los ríos de Colombia.

"La comunicación de Bolivia al Beni y de Lima al Ucayali, además de ser larga, es penosísima y llena de peligros. De Piura al Marañón sería más corta, pero este río es inútil para la navegación, hasta pasado el Pongo de Manseriche.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

"Los países que tienen mayores facilidades para comunicarse con el Amazonas desde el Pacífico, son Ecuador y Colombia. Se puede asegurar, sin temor de equivocación, que la terminación del camino al Putumayo fomentará extraordinariamente el comercio de Colombia, y en especial el de Pasto; facilitará la provisión de víveres a las innumerables colonias caucheras de la cuenca del Amazonas, contribuirá grandemente a civilizar las numerosas tribus salvajes diseminadas en aquel vasto país, y por último, concluirá con la anarquía que hoy reina en aquellas factorías, donde no impera más ley que la fuerza.

"Actualmente está para terminarse el gran ferrocarril Madeira-Mamoré, que pondrá en comunicación con el Amazonas el Acre y el Beni. Este ferrocarril se ha hecho necesario por las muchas dificultades que para la navegación opone el río Madera. Concluído el camino a Puerto Asís, la comunicación con aquella importantísima región cauchera será fácil, y en general con toda esa arteria inmensa que forma el colosal Amazonas.

"Terminaré felicitando a Colombia por el paso dado en pro de su desarrollo, a la ciudad de Pasto directamente interesada en esta gran obra, y finalmente a esos humildes y virtuosos Capuchinos, que con tesón inquebrantable han realizado tan importante vía de comunicación."

Concepto que ha merecido de los ingenieros mandados por el Gobierno para examinarla.

De la misma obra dice el General don Ernesto Borrero, Comandante que fue de la fuerza acantonada en Puerto Asís:

"No vacilo en asegurar que entre todos los caminos de grande extensión en terreno quebrado, que he recorrido en la República, no hay ninguno mejor que éste; lo cual no quiere decir que no sea susceptible de mejoramiento, que podría obtenerse paulatinamente."

Dice también ese erudito Jefe y notable militar:

"Como acto de justicia no puedo menos de hacer notar que la dirección de la obra me ha parecido muy hábil y acertada. El trazado es magnífico y a la vez admirable, dadas la naturaleza y constitución del terreno."

La carta que el doctor Josué Mora, médico de la fuerza y Colonia de Puerto Asís, dirigió al Reverendísimo Prefecto Apostólico el año de 1913, explica el motivo de la injusta prevención que muchos han tenido contra los Misioneros y su obra antes de conocerlos. Este precioso documento me evita tener que entrar en explicaciones para convencer a muchos escépticos. Deseo la lean los enemigos de la Misión. Dice así:

"Antes de salir de la región en tan buena hora encomendada a la protección de usted, quisiera en gracia de la verdad y en nombre de la justicia manifestar a Su Reverencia las muy gratas impresiones que he recogido durante el tiempo que he permanecido en el territorio del Putumayo, y sólo espero repasar el camino de ésta a Pasto, para dar cumplimiento a mi cometido.

"Cuando salí de Bogotá fui recomendado por algunos de los diarios más importantes de la capital, para que les diese un informe, o por lo menos una opinión referente a la vía recientemente construída entre Pasto y Puerto Umbría, sobre el Uchipayaco. Confieso a usted, Reverendo Padre, que los continuos sueltos y algunos editoriales que entonces circulaban contra la Misión, influyeron tánto en mi ánimo, que a la capital de Nariño llegué con ideas preconcebidas contra los Capuchinos.

"Cuando salímos de Pasto en dirección al Putumayo, tanto la tropa como los Jefes y Oficiales marchámos con la alegría inefable que experimenta el ciudadano que de remotas tierras viene a prestar su contingente en defensa de la Patria. Las malísimas noticias que circulaban en la misma culta ciudad de Pasto sobre la *horrible vereda, senda, atajo o sendero*, que ponía en comunicación la ciudad con el Putumayo, dieron lugar a que unos y otros nos aprestásemos para un viaje de primitivos exploradores.

"Hasta el Encano llegámos sin tropiezo alguno, y como de allí en adelante encontráramos trozos de mal camino, creímos que allí principiaba nuestra dolorosa peregrinación en busca del anhelado fin. Siempre con la misma expectativa avanzámos hasta las poblaciones indígenas de Santiago, Sibundoy y San Francisco, siempre por un camino muy superior a todos los de hoy en el Departamento del Cauca, y en nada inferior a los buenos de la República.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

"De la misma manera pasámos por la *pascana* de Sachamates y llegámos felizmente a Mocoa, sin más percances que los naturales que suelen acompañar a los viajeros en todos los caminos de nuestra República.

"Lo mismo que le hablo del camino de Pasto a Mocoa, puede extenderse al de esta ciudad al Uchipayaco. Es verdad que esta última parte del camino ha sido deteriorada por el invierno, y si hoy no existe ninguno de los antiguos puentes, culpa es del Gobierno, que así lo ha abandonado.

"Doy a usted y a los Reverendos Padres las más expresivas gracias por la benevolencia que han tenido conmigo, lo mismo que con todos los individuos que llegan a estos remotos lugares. La casa de los Capuchinos es la casa de todos.

"No quiero terminar ésta sin felicitar a Su Reverencia, en representación de la comunidad, por obra tan grandiosa y digna de los antiguos conquistadores, con la sinceridad y agradecimiento que se merecen tan insignes benefactores del territorio.

"De Pasto tendré el gusto de remitirle copia del informe de que le hablo (sin pretensiones de ingeniero).

"Mientras tengo el gusto de verlo, quedo en ésta a las órdenes de Su Reverencia, atento y seguro servidor y amigo, etc."

El Inspector General de Caminos de Nariño, después de haber visitado la vía que construían los Misioneros, dijo en el informe rendido a la Gobernación de Nariño:

"Todo lo cual pone de relieve, muy alto, palpable aun para los espíritus más ofuscados por un insano egoísmo, que la intervención de los Reverendos Padres Misioneros Capuchinos en esta empresa ha sido a la vez que indiscutiblemente decisiva en el éxito, ventajosa en sumo grado para los intereses fiscales, ya que no quiere vérsela sino a través del prisma de las conveniencias materiales, las cuales resultarían muy mezquinas en el presente caso, siendo así que los infatigables apóstoles de la Religión católica que la han acometido, no persiguen sino el nobilísimo fin de facilitar con la apertura de esa vía el concurso de elementos civilizadores que contribuyan a hacer eficaz su ardua labor de difundir las salvadoras doctrinas del Evangelio en aquellas apartadas regiones de nuestro vasto territorio del Caquetá, en donde no alumbra aún el hermoso sol de la

civilización cristiana y cuyas incalculables riquezas han sido halago seductor de la insaciable codicia de la turbulenta República peruana."

No menos explícitos fueron los doctores Víctor Triana y Jeremías Bucheli, enviados por el Gobierno para visitar la misma obra; en su informe se expresaron así:

"Estamos pues convencidos de que el celo, prestigio y buena dirección de los Padres Misioneros Capuchinos han podido ser los únicos factores capaces de alcanzar el resultado obtenido, tan favorable para el Gobierno Nacional que costea la obra, como incalculablemente benéfico para esta ciudad (Pasto); pues no está lejano el día en que sus pobladores deben ir en busca de las inmensas riquezas que brinda la naturaleza exuberante de las regiones del Oriente."

El Visitador Fiscal, tántas veces citado, dice lo siguiente:

"Los defectos que es natural reconocer y aconsejar se corrijan, son pálidas sombras de un cuadro en que resplandece con todas las luces el mérito, y cuya vida será perdurable, y aquilatará más de día en día. Cuando se calmen las pasiones y empiece a cosecharse los frutos de esa obra, se hará justicia merecida a los iniciadores y ejecutores de ella."

Terminamos con las frases del doctor Samuel Chaves, que tánto honran a los Misioneros:

"Además, creo que la Patria tiene para con los Misioneros una deuda inmensa de gratitud, pues las energías y esfuerzos que han gastado para llevar a cabo una obra que se decía impracticable, los hacen dignos del título de *benefactores de Colombia*."

¿Porqué los Misioneros han mostrado tánto interés en la apertura del camino al Putumayo?

Para dar una satisfactoria contestación a la pregunta que antecede, me permito reproducir la hoja que el Reverendísimo Prefecto Apostólico publicó en Pasto en noviembre de 1906, con el título *Los salvajes del Caquetá, Putumayo y camino a Mocoa.*

"A pocas leguas de Pasto, al otro lado de la Cordillera Oriental, se hallan miles de indígenas que hace cuatro si-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

glos resisten los esfuerzos que la Iglesia y la Patria han hecho para introducir la civilización en sus selvas vírgenes. Elevadísimas montañas, coronadas de helados páramos, valles profundos cubiertos de fangosas ciénegas, escarpadas rocas, hondos precipicios y peligros sin cuento, deben salvarse para llegar a las vastas soledades donde moran esos nuestros hermanos.

"En varias ocasiones, abnegados Misioneros, venciendo todo género de obstáculos, han logrado con heroicos sacrificios arrancar de los bosques y reunir en pueblos a muchos de esos salvajes imbuyéndoles, con los rudimentos de nuestra santa religión, hábitos de trabajo y sociabilidad. Pero cuando las más halagüeñas esperanzas sonreían al ministro del Altísimo, presagiando que la luz del Evangelio iba a difundirse rápida por aquellos antros del salvajismo, sucesos inesperados, guerras civiles o cambios en la política, obligaban a los Misioneros a retirarse, destruyéndose en pocos días la labor de muchos años, y quedando aquellos desgraciados otra vez envueltos en la sombra de la infidelidad.

"Este recuerdo ha venido no pocas veces a turbar nuestro corazón e infundirnos profundo desaliento en las horas de prueba, cuando Dios exige del Misionero sacrificios heroicos y una abnegación sin límites en el desempeño de su sagrado ministerio. ¿Conque todos estos trabajos y privaciones, nos decíamos, han de resultar estériles también y de ningún fruto para la salvación y cristiana civilización de estos pobres indios? ¿Los setecientos sesenta y dos niños repartidos en las varias escuelas de la Misión, y con tántas fatigas y desvelos reunidos, han de volver otra vez a las bárbaras costumbres de sus padres, y secarse las semillas de vida eterna que con tanto cariño hemos depositado en sus tiernos corazones? Se ven ahora estos pobres objeto de mil atenciones, y mañana quizá queden otra vez abandonados, porque las circunstancias nos obligarán también a dejar este territorio, como tántos otros Misioneros que nos han precedido. ¡Pobres indios, eternamente salvajes!

"Conmovidos por este pensamiento, hemos rogado de lo íntimo de nuestra alma al Señor que mire con ojos de piedad esta porción de su rebaño que nos ha confiado. Resueltos estamos, con el socorro divino, a agotar todos los

medios que nos sugiera la salvación de estos infelices, a fin de que no se pierda el trabajo de los Misioneros y resulte infructuosa para aquéllos la sangre de Jesucristo. Deseamos asegurar a todo trance la cristiana civilización de los indios del Caquetá y Putumayo.

"Pero, ¿cómo?... ¿De qué manera? Acercándolos al mundo cristiano y civilizado, removiendo los obstáculos que han impedido el aunamiento de los esfuerzos que se han hecho para su civilización, quitando la insuperable barrera que los ha mantenido tantos siglos alejados de sus hermanos; en una palabra, abriendo un camino para penetrar a las selvas del Caquetá y Putumayo.

"Esa ha sido la idea que hemos acariciado los Misioneros Capuchinos desde que nos encargamos de tan difícil Misión; a eso han tendido los sacrificios que nos impusimos al comenzar el camino que conduce del pueblo de La Laguna a La Cocha, y que sólo dejamos cuando el Gobierno resolvió abrir una vía que condujera al Putumayo. Pero ahora que el mismo Gobierno, debido a un sinnúmero de obras que lleva entre manos ha desistido de tal empresa, volvemos al mismo trabajo con más empeño, porque estamos más convencidos de su utilidad. No contando con recurso alguno pecuniario para este trabajo, apelamos a la caridad pública, mediante una suscripción voluntaria que desde hoy abrimos.

"La obra que emprendemos no puede ser más cristiana y patriótica, y esperamos que todos los colombianos contribuirán a la medida de sus recursos. El camino es de absoluta necesidad para la civilización cristiana de tántos infieles que moran en suelo colombiano. ¿Cómo, pues, no hacer un esfuerzo para sacarlos de tan lastimoso estado? Hoy día en todas las naciones católicas se organizan sociedades y se fundan revistas para colectar limosnas que se invierten en la obra de las Misiones. ¿Colombia, nación católica, no contribuirá con sus limosnas a la apertura de este camino que asegurará de un modo estable la evangelización de los salvajes que todavía vagan errantes por los dilatados y espesos bosques del Caquetá y Putumayo?"

Actividad que desplegaron en la empresa.

"Habíamos dejado los caballos asegurados en el último rancho y avanzámos a pie hasta colocarnos en condiciones

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

de poder apreciar toda la grandiosidad del espectáculo que a nuestra atónita mirada se presentaba. Imagine el lector un paraje en lo más escarpado y abrupto de nuestros Andes, en una larga angostura formada por dos empinadas cordilleras, y en el fondo serpenteando el río Mocoa. A nuestros oídos llegan incesantes detonaciones, que repercutiendo de risco en risco hacen el efecto de potentes baterías de artillería en el fragor de un reñido combate. Mil seiscientos hombres, desplegados en numerosas guerrillas y ocupando una extensión de diez kilómetros, asemejan un aguerrido ejército, que se esfuerza en vencer los obstáculos que opone el enemigo a su avance. La ilusión es completa.

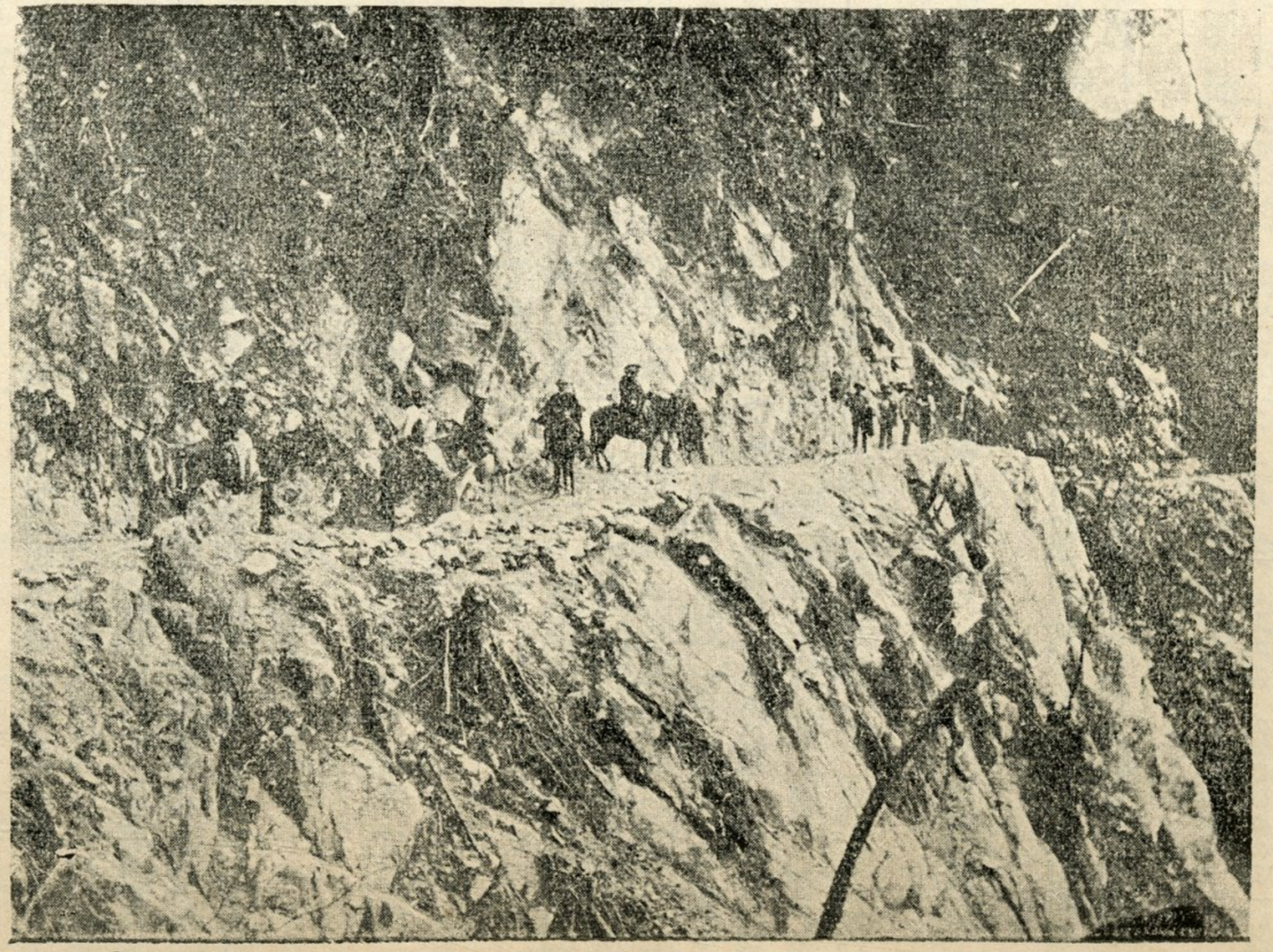
"Es la civilización, dije a mis compañeros, que capitaneada por la Iglesia y al mando de sus denodados campeones, los Misioneros, penetra a paso de vencedores en estas selvas, para plantar en lo más espeso de sus bosques populosas ciudades y repetir por vez milésima los ejemplos que diera en los eriales de la vieja Europa y en las pampas de la joven América.

"En efecto, mil seiscientos trabajadores divididos en multitud de cuadrillas, provistos de suficiente herramienta, a órdenes de los Reverendos Padres Capuchinos, se empeñan en romper la valla, al parecer insuperable, que impedía el acceso al mundo amazónico. Grandes e imponentes rocas vuelan por los aires, hechas pedazos a impulso de la dinamita, que, manejada por hábiles oficiales, hace estragos en aquellas peñas que habían desafiado los siglos.

"Nada resiste a la constancia de esos abnegados religiosos que han recibido el encargo de llevar la luz del Evangelio a las selvas del Caquetá y Putumayo; han comprendido que para desempeñar su misión y librar de la esclavitud a tantos miles de salvajes, no quedaba otro arbitrio que romper los Andes, y.... los Andes caen hechos añicos y ceden al empuje de estos héroes de la civilización.

"Dos días estuvimos entre aquellos precipicios, y hubo tiempo para recorrer toda la zona ocupada por los peones. Un sinnúmero de chozas, a guisa de tiendas de campaña, ocupaban aquellos riscos, y una estricta disciplina se notaba en todas las cuadrillas. La ilusión de un ejército en campaña volvió a sugestionarme con fuerza; lo único que desvanecía mis ilusiones bélicas era la falta absoluta de oficiales, pues allí todos eran soldados rasos, digo, trabajadores.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental



Camino del Putumayo construído por los Misioneros Capuchinos. En trayectos de muchos kilómetros se le labró en peña viva, en altísimas y enhiestas rocas.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Tres Misioneros, auxiliados de tres o cuatro ayudantes, constituían toda la oficialidad y plana mayor de aquel singular ejército, y lo más raro es que hasta la fecha no ha habido desorden ni insubordinación de ninguna clase." (*La Sociedad*).

Opinión de la prensa respecto de la obra evangelizadora de los Misioneros del Caquetá y Putumayo.

Entre los varios periódicos y revistas que han hablado extensamente de nuestra Misión, citaremos solamente unos pocos.

El Semanario Comercial de Pasto, en su número 24, de junio de 1911, decía:

"Si el Caquetá no es ya asilo de fieras y de los hombres semianimales; si la agricultura y la ganadería han prosperado en esas tierras vírgenes, trabajadas ya con instrumentos modernos; si la luz de la inteligencia ha penetrado en esos cerebros incultos, y si la flecha y arcos mortíferos han desaparecido de sus manos, no es obra de ellos, que todo esto se debe a la fecunda labor de los Misioneros, llevada a cabo con asidua y constante abnegación."

La Reconquista de Pasto ha hablado frecuentemente de los Misioneros del Caquetá, poniendo en las nubes su labor en beneficio del territorio.

El periódico *Sursum*, de Popayán, dice así:

"En catequización, en instrucción pública, en enseñanza de agricultura, en prácticas cívicas, morales y sociales, en todo han obtenido los Padres prodigiosos resultados. Bien puede haber defectos en su organización, pero hasta el sol tiene sus manchas, y esos defectos no pasan de ser lunares. Por lo que atañe a la conducta de los Padres, a la consagración y al desprendido manejo de los intereses que se les confían, sólo puedo decir elogios.

"La obra de catequización y colonización emprendida por los Padres, con los recursos que les han enviado juntas formadas en las principales ciudades de la República, está dando opimos frutos, que la hacen acreedora al apoyo incondicional de los colombianos."

Son palabras del General don Rufino Gutiérrez.

El General Benjamín Guerrero, en carta dirigida al Excelentísimo señor Presidente de la República, dice así:

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

"Allí donde antes huían cual bravíos animales, a esconderse en la montaña los hijos del desierto al distinguir a un hombre civilizado, hoy hay elementos de ciencia. Oír a estos indiecitos de los bosques entonar cánticos al Creador y el himno nacional, es conmovedor. Los religiosos les levantan el espíritu hacia lo inmortal, les enseñan a conocer y adorar a Dios, como amar a la Patria. Ya quisiera yo ver a los filántropos que alardean de grandeza, como a los que critican, sin comprender ni apreciar la obra del Misionero católico, someterse a las durísimas penalidades a que se sujeta aquél, sin esperar recompensa en el mundo."

La Sociedad de Bogotá habló frecuentemente de la Misión de los Padres Capuchinos en el Caquetá, y sería necesario un libro para copiar los ventajosos conceptos que ha emitido de la labor de los Misioneros. Nos contentaremos con referir algunos párrafos:

"Puerto Asís será con el tiempo un emporio de riqueza y un baluarte de la integridad colombiana, y cuando en la nueva ciudad se oiga el abejeo rumoroso del trabajo, flote al viento el glorioso estandarte tricolor, y orgullosas del nombre y condición de colombianas, las tribus reducidas y civilizadas velen, con el arma en el brazo, por el honor de la gran madre que es la patria, los émulos y detractores de los que tan alta empresa coronaron, dispararán todavía el dardo envenenado de sus negras ingratitudes, contra quienes no han cometido otro crimen que inmolarse en el altar de todos, ni otra falta que la de dar lecciones de abnegación y no han recibido otros gajes que el beso de la muerte en las dilatadas selvas, testigos mudos pero elocuentes de sus virtudes y de sus sacrificios."

Terminamos con unas expresivas frases del periódico *La Bola*, de Pasto, con motivo de una recia persecución que se suscitó contra los Misioneros:

"No necesitan ellos nuestra voz de aliento, porque les sobra espíritu de sacrificio en el cumplimiento de su elevado ministerio; pero les enviamos efusivas congratulaciones por la tempestad que los combate; ella indicaría por sí sola el mérito de su obra de civilización, si no lo demostraran por otra parte los frutos que ya hemos visto en Pasto, cuando en más de una ocasión se han exhibido aquí numerosos grupos de indiecitos piadosos que saben leer y escribir y tienen nociones de algunos otros conocimientos de la vida civilizada. La obra del camino que conducirá a Mocoa, que está perfectamente organizada y avanza rápidamente, es otro hecho positivo que clama en favor de los Capuchinos. ¡Adelante, valerosos mensajeros de la verdad y del progreso!"

IX

NAVEGACIÓN POR EL RÍO PUTUMAYO

Razones que la aconsejan—Itinerario—Información documentada.

Mucho hemos dicho en otros informes sobre la navegación del Putumayo; pero siendo un asunto de tan extraordinarias proporciones y de una trascendencia incalculable para el rápido desarrollo del ideal evangelizador y civilizador que preside todos nuestros actos, nos permitimos insistir sobre él, aportando una serie de datos que hemos podido recoger, los que creemos han de determinar al Gobierno y Cámaras Legislativas a prestar su decidido apoyo, para que sea cuanto antes un hecho el establecimiento de la mencionada navegación.

Razones que demuestran la necesidad de la misma.

Van ya unos cuantos años de nuestra permanencia en esta región. Durante éstos no hemos cejado un solo punto de empujar el progreso del territorio, y por ende conseguir la civilización y catequización de los indígenas.

Para lograr ese objeto se abrió el camino nacional, se crearon colonias de blancos, se ha dado vigoroso impulso a la agricultura, se ha procurado fomentar la ganadería y arraigar varias otras industrias, para que todo junto fuera el fundamento, el germen de la futura riqueza del territorio. Se ha conseguido nuestro objeto, pero no hay cómo exportar fuera de la región los productos agrícolas y el ganado, que desarrolla prodigiosamente. Los vecinos Departamentos tienen plétora de lo que produce el territorio, y aunque así no fuera, el subido costo de los fletes y transportes por tierra haría imposible cualquier transacción comercial. ¿Cómo se solucionará pues el problema? Con la

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

navegación fluvial. Esta no sólo dará salida a los productos del territorio Caquetá-Putumayo, sino que facilitará el comercio con el Exterior a los Departamentos de Nariño, Cauca y Huila. Tomemos como ejemplo la capital de Nariño y estudiemos por dónde le es más ventajoso comunicarse con el Exterior. Actualmente lo hace por Barbacoas, Tumaco, etc. La vía es la siguiente:

Vía Pasto-Barbacoas-Tumaco, etc.:

	Días.
De Pasto a Barbacoas	6
De ésta a Tumaco (sin las demoras en tiempo de sequía)	1
De éste a Colón	5
Hasta un puerto de Europa	24
Total	36

Vía Pasto al Exterior, por el Putumayo:

	Días.
De Pasto a Puerto Umbría	4
De éste a Puerto Asís	1
De éste a San Antonio (bocana del Putumayo) .	7
De éste a Manaos	3
De éste a un puerto de Europa	15
Total	30
Diferencia a favor de la vía Putumayo	6

No es pues despreciable el ahorro de tiempo que ofrece esta vía del Putumayo, y esto sin contar los días de obligada demora, por la falta de agua en los ríos Patía y Telembí, que a veces es hasta de doce y quince días; ni con la grande irregularidad de los vapores del Pacífico, que es sobradamente conocida, ni con la cuarentena de Panamá.

Fuera de lo expuesto, la navegación del Putumayo abriría al territorio y vecinos Departamentos mercados en el Brasil y Perú, pues Iquitos y todo el Departamento de Loreto, Manaos, Belén del Pará y todo el Amazonas recibirían de Colombia lo que ahora piden a Europa y Norte América.

Por la vía Putumayo podríamos recibir las mercancías directamente del vapor extranjero al nacional, sin gravamen de ninguna clase, según se nos comunicó de Manaos en carta que a continuación copiaremos, todo lo cual, reunido a lo antes dicho, hace que reporte inmensas ventajas esta nueva vía a la de Panamá-Tumaco.

Otra razón muy poderosa existe en favor de la apertura de este nuevo medio de comunicación, y es la muy obvia de que facilitaría el pronto complemento de nuestra obra, dando vida exuberante a la región, pues como hemos dicho antes, facilitaría la exportación a buen precio de los productos de la tierra, lo cual determinaría la entrada de numerosas familias que están fluctuando entre el deseo de venir a colonizar y el temor de no poderse radicar definitivamente, por no tener seguridad de vender el fruto de su trabajo. Cesando pues este inconveniente, y aun ofreciendo entonces el territorio más campo de acción y sólidas garantías de vivir con más holgura que en los vecinos Departamentos, determinaría una nutrida corriente de inmigración, que en poco tiempo transformaría completamente la faz del territorio, ayudándonos poderosamente a reducir los indios a la vida social y arrancarlos al salvajismo.

Que los artículos se venderían a muy buen precio, puede deducirse de las noticias que desde Manaos nos han comunicado el Padre Gaspar y el doctor Márquez. El primero nos dice que hay en dicha ciudad gran demanda de toda clase de cereales, y que se pagan a precios subidísimos, pues casi todo le llega de la Argentina y Estados Unidos. Esto demuestra palpablemente que aun en tiempo normal los productos del territorio y de los vecinos Departamentos tendrían buena acogida en aquella ciudad, pues competirían ventajosamente con los de las antedichas naciones, por la vecindad de Colombia y facilidad de transportes que brinda el Putumayo.

Además de Manaos, que es una ciudad de unos ochenta mil habitantes, en la desembocadura del Amazonas está la populosa ciudad de Belén, que tiene unas doscientas mil almas. Como es sabido, esos dos grandes centros han vivido del comercio del caucho, y por consiguiente la agricultura y sus similares han sido relegados a segundo término. Desarrollándose admirablemente el ganado en todo el territorio, y siendo el Putumayo perfectamente navegable, se tiene un magnífico artículo de exportación, con medios fáciles para realizarlo y con extraordinarios rendimientos para los

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

empresarios, como lo prueban informes que tenemos a la vista.

Mucho ha de interesar al Gobierno la solución pronta de ese asunto, cuya importancia es evidente: desde el momento en que se establezca la navegación, queda absolutamente asegurada la vida de las colonias, evitando así considerables desembolsos; entonces podrán sostenerse sin dificultad, con el producto de su trabajo. Dará a la vez un aumento considerable a las rentas de aduana, y abrirá una fuente de riqueza al país. Se crearían capitales de importancia, porque además de los productos agrícolas que se exportarían ventajosamente, se extraerían con facilidad las muchas riquezas naturales que encierra esta región. Permítasenos reseñar aquí algunas de las más notables:

Muy cerca de Alvernia existe una fuente de petróleo que ha de ser muy importante por cuanto, a pesar de que baja mezclada con el agua de una quebrada bastante caudalosa, siéntese el olor a gran distancia, y la mencionada agua tiene un pronunciado gusto a petróleo. Esto, a nuestro humilde parecer, denota un yacimiento regular del precioso líquido, que tal vez se podría explotar con relativa facilidad, máxime quedando a no mucha distancia de Puerto Asís. Siendo este aceite tan apreciado, no dudamos que desde el momento que se estableciese la navegación se encontraría alguna compañía que emprendiese por su cuenta los trabajos indispensables para explotar éste y otros yacimientos, que se hallan en varios lugares de este mismo territorio.

Existe cerca de Alvernia un yacimiento de carbón mineral, que por un extremo está a flor de tierra. La calidad de éste es excelente, según nos dijeron algunas personas competentes que tuvieron ocasión de conocerlo. Un herrero catalán que trabajó por cuenta de la Misión lo ha utilizado, y asegura que su calidad no cede ante el que se gasta en España.

Toda la región de Alvernia es aurífera; conócense dos o tres minas de este mineral que están explotando algunos individuos de aquellas inmediaciones. Procedente de este lugar he visto una pepita de oro del tamaño de una haba regular. El río Cascabel arrastra gran cantidad de este precioso metal, y aun se nos ha comunicado que en sus orígenes, con poco trabajo, sacan cantidades notables.

Entre San Francisco y Mocoa existe una cantera enorme, puesto que es todo una montaña, de mármol de clase superior; estamos convencidos de que sería muy apreciado en todas partes. De esta cantera se ha extraído algo para un monumento dedicado al Corazón de Jesús, en Pasto.

En toda la región comprendida desde Yunguillo hasta Puerto Asís se encuentran en estado silvestre vainilla, ámbar, zarzaparrilla, incienso, espliego y multitud de clases de bálsamo a cual más fragantes; y en toda la región, caucho, balata, un sinnúmero de plantas medicinales y toda clase de maderas preciosas.

Pues bien, éstos y otros muchos productos, cuya enumeración omitimos por no hacernos interminables, son una fuente de riquezas naturales de un valor incalculable, cuya exportación sería un factor importantísimo para dar vida al territorio. Con la esperanza de tan fácil lucro se colonizaría éste rápidamente; determinaría un trabajo intenso, del que resultaría beneficiado el país, que podría resarcirse abundantemente de las sumas que ha invertido para levantar de la nada esta hermosa y rica porción del suelo patrio.

Gastos que reportaría la introducción y exportación de mercancías por la vía del Putumayo.

Con el fin de presentar del modo más completo posible el resumen de los datos que pueden demostrar las ventajas de la navegación por el Putumayo, vamos a copiar, por vía de información, y para corroborar las razones antes aducidas, algunos documentos.

Merece el primer lugar una nota recibida del señor don Ricardo Sánchez Ramírez, Cónsul colombiano en Manaos, con la cual contestó muy galantemente a unas preguntas que le hizo el Reverendísimo Prefecto Apostólico. Dice así:

"En respuesta a su atento oficio, tengo el honor de suministrarle los siguientes datos:

"Primero. El flete por el transporte de mercancías de Nueva York y Europa a Manaos no se cobra por tonelada; se cobra por metro cúbico, a razón de un peso y veinticinco centavos oro el metro.

"Segundo. No existe, en absoluto, tráfico fluvial entre Manaos y Puerto Asís. Es, por tanto, imposible obtener una

EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

tarifa de tonelaje. Para la llevada de mercancías será preciso contratar expresamente una lancha, la que cobraría cinco mil dólares por el viaje de ida y vuelta, según cálculos de los comerciantes de esta plaza.

"Tercero. Manaos no es puerto libre. Antes, por el contrario, tiene la más alta tarifa de aduanas conocida en el mundo. De ahí la enorme carestía de la vida. Pero las mercancías, colombianas o extranjeras, que pasen por Belén y Manaos en tránsito para Puerto Asís, no pagan gravamen alguno, de acuerdo con el artículo 2º del Convenio Martins-Vásquez Cobo."

Una vez obtenidos estos datos, y con el fin de poder apreciar del modo más exacto posible las ventajas que podían asegurar esa nueva vía comercial, consultó el Reverendísimo Prefecto Apostólico a uno de los más acreditados comerciantes de Pasto, quien tuvo la amabilidad de estudiar detenidamente el asunto, cuyo resultado reza así:

"Con sumo gusto doy cumplimiento a su muy atenta carta de fecha de ayer, retornándole a la vez la que Su Reverencia se sirve remitirme con carácter devolutivo.

"El tipo de flete hasta Tumaco, partiendo de Nueva York, está comprendido en varias tarifas, según la clase de mercancías de que se trate; por analogía debe suceder lo mismo con los fletes desde Nueva York a Manaos.

"Tomando un término medio de estos fletes varios desde Nueva York a Tumaco, resulta que la tonelada de peso o cúbica (40 pies cúbicos por tonelada) paga el flete de 77-30 dólares. La misma tonelada desde Tumaco a Barbacoas paga $ 37-70 oro colombiano. Tomando un cambio del 110 por 100 para los dólares, vendría a costar una tonelada cúbica o de peso, desde Nueva York hasta Barbacoas, $ 122-73 oro colombiano; el pie cúbico costaría $ 3-07 en igual moneda.

"Suponiendo que el flete de $ 0-65 oro que la ha indicado el señor Cónsul colombiano (1), desde Nueva York a Manaos, sea el flete medio por pie cúbico, la tonelada costaría $ 26, con lo que obtendríamos una ventaja de $ 51-30 sobre

(1) El dato que suministró el Cónsul colombiano de Manaos es exagerado, pues el flete de ida y vuelta, de la lancha **Yaquirana**, que podía transportar más de cuarenta toneladas, no costó al Padre Gaspar sino 2,655 dólares.—**N. del A.**

el flete hasta Tumaco. Lo que sí viene a echar por tierra sus loables aspiraciones es el elevadísimo precio del fletamento de un vaporcito de treinta toneladas, desde Manaos a Puerto Asís. Haciendo el cálculo sobre la base que Su Reverencia me indica, de un vapor de treinta toneladas de capacidad, resultaría que el transporte de una tonelada de mercancías, desde Manaos a Puerto Asís, costaría $ 116-67, que agregados a los $ 26 desde Nueva York a Manaos, más el cambio de 10 por 100 de prima, formarían un total de $ 145-93 oro colombiano, con una diferencia en contra de $ 23-20.

"Bien es verdad que yo parto de la base de que el flete del vaporcito se carga todo a la mercancía que sube a Puerto Asís, y despreciando la que puede bajar para la exportación a Manaos, pero al hacerlo así ha sido para ponernos a salvo de la contingencia de que acaso no siempre hubiera en Manaos la mercancía suficiente para la capacidad del buque, el cual debe tener un itinerario fijo para el mejor servicio y comodidad del comercio.

"No obstante de que los anteriores números nos ofrecen un desengaño desconsolador, le declaro sinceramente que su proyecto, después de meditado y estudiado, me entusiasma, y lo considero de una trascendencia salvadora, no sólo para aquellas infelices tribus que con él vendrían por ensalmo a la civilización, sino para desarrollar la importantísima riqueza de esta gran región, riqueza que en su mayor parte yace paralizada por falta de transportes reducidos que permitan la competencia con los productos similares que se exportan de otros países.

"Su proyecto no sólo es importante, es grandioso, y por serlo, tengo especial complacencia en contribuír a su éxito, siquiera con mi humildísima opinión. Para realizar esa gran obra, sólo hay un medio, al menos por ahora. Este medio es de que la misma Misión adquiera dos vaporcitos, cuyo tonelaje no sea mayor de 30. El costo de estos vapores en Manaos no sería mayor de 15,000 dólares; esto le digo teniendo en cuenta lo que me cuesta un vaporcito que tengo de poco menos tonelaje que los que yo le indico. Hagamos ahora un buen cálculo de lo que costaría el sostenimiento de uno de estos vapores durante un mes, que es lo que tardaría en un viaje redondo, según las noticias que tengo:

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

"Un capitán, su sueldo de mes . . . . . $ 150
"Dos prácticos para el río, a $ 60 mensuales . 120
"Dos maquinistas, a $ 60 mensuales 120
"Tres fogoneros, a $ 30 mensuales 90
"Un mayordomo 50
"Un cocinero 30
"Cuatro marineros, a $ 25 mensuales 100
"Víveres para catorce hombres, a $ 1 diario . . 420
"Combustible de leña, a $ 16-66 diarios (no lo consume) 500
"Interés de $ 7,500, por capital invertido, al 12 por 100 75
"Reserva para reparaciones e imprevistos . . . 136

"Gasto total en un mes, oro colombiano . . . $ 1,791

"Como verá Su Reverencia por el cuadro que antecede, en el que se señalan sueldos magníficos, en el que está comprendido un crecido interés para el capital invertido, y en el que se señala una cantidad que no ha de gastarse en reparaciones e imprevistos, podría la Misión señalar un flete de $ 60 oro por tonelada, y aun obtendría una utilidad de $ 100 más. Con esta nueva base tendríamos el resultado siguiente, haciendo comparación:

"Flete por tonelada, de Nueva York a Barbacoas ... ... $ 122 73
"Flete por tonelada, de Nueva York a Puerto Asís ... ... 86 ..

"Diferencia en favor del proyecto y del comercio (1) ... ... $ 36 73

que casi es igual al flete que se paga desde Tumaco hasta Barbacoas."

En un informe pasado se copiaron unas cartas que dirigió el Reverendísimo Prefecto Apostólico al Ilustrísimo señor Obispo de Manaos y al Reverendo Padre Superior de los Capuchinos residentes en la misma ciudad. Sobre los

(1) Según lo expuesto en la nota anterior, sería aún mucho mayor la diferencia en favor del proyecto de navegación y comercio por la vía del Putumayo.—**N. del A.**

En el corazón del Caquetá.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

puntos cuya investigación se solicitaba, escribe el Reverendo Padre Superior lo que sigue:

"Doy cumplimiento a los deesos de Vuestra Reverencia. Voy a comunicarle todas las informaciones de orden práctico referentes a las cinco preguntas por Vuestra Reverencia formuladas, las cuales paso a exponer:

"Primera. El transporte de una tonelada de mercancías importadas de los Estados Unidos o de Europa, y puestas en esta ciudad de Manaos, exigía el precio de libras 2; actualmente importa cerca de libras 4, debido a la gran dificultad de los transportes, ocasionado por la conflagración europea.

"Segunda. No siendo conocido aquí el trecho del río Putumayo que va desde la frontera peruana hasta Puerto Asís, Colombia, se dificulta obtener navegación directa de Manaos a ese puerto indicado. Existe, empero, navegación directa de Manaos a Iquitos, Perú; de esta ciudad sale vapor semanal hasta El Encanto, y de esta población salen embarcaciones pequeñas que suben el Putumayo hasta la frontera, en donde el Gobierno del Perú sostiene un destacamento. Es pues conocido el trayecto comprendido desde Manaos a Iquitos, Encanto y Yuvineto.

"En la villa de El Encanto existe una importante Misión dirigida por franciscanos ingleses, quienes reciben todas las mercancías que les son necesarias por la vía de Manaos, en donde tienen un proveedor.

"Podrá servir como comisionista para esa vía Putumayo, además del indicado proveedor, el señor propietario de los *Almacenes Rosas*, con quien me entendí personalmente, comerciante muy acreditado y conocido en esta plaza.

"Tercera. El transporte de una tonelada de mercancías de Manaos a El Encanto y frontera colombiana es regulado, con poca diferencia, por el costo que de Europa a Manaos.

"Los Gobiernos del Brasil y Perú no ponen ninguna dificultad al paso de mercancías debidamente manifestadas. Habiendo transbordo para nueva línea de vapores, págase el almacenaje y otro gravamen, que es insignificante, por tonelada.

"En resumen: la Misión del Putumayo podrá recibir con enormes ventajas las mercancías por la vía del Putu-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

mayo, aseguradas ya desde Manaos hasta la frontera colombiana. Queda pues al cuidado de esa Prefectura Apostólica estudiar prácticamente el tráfico a vapor en el trayecto de Puerto Asís a Yuvineto, lo que será relativamente fácil..."

No abrigando ya duda alguna respecto a la importancia y facilidad de la empresa, y persuadidos de que no se le pondrían obstáculos de parte del Perú, ya que, según se nos había dicho, las relaciones de esta República con Colombia eran sumamente amistosas, ordenó el Reverendísimo Padre Prefecto Apostólico al Padre Gaspar de Pinell pasara a Manaos, se informara personalmente de las cosas y, si pintaba bien el asunto, contratara un buque para subir hasta Puerto Asís. Estaba en aquellos días en el territorio el doctor Tomás Márquez, Visitador Fiscal, a quien agradó tánto nuestro proyecto, que se ofreció acompañar al mencionado Padre. En folleto aparte publicamos el resultado de aquella atrevida expedición, que habría solucionado definitivamente el problema que tánto nos preocupa, si las autoridades peruanas no hubiesen cometido el atropello de que allí se habla.

X

(1) EXCURSIÓN APOSTÓLICA A LOS MACAGUAJES

Por el camino: catequización de una familia huitota—En busca de los salvajes—Misión en Quinoró—Fiesta de Pentecostés: escena curiosa—Llegada a los macaguajes y catequización de los mismos—Algunas horas extraviado en la selva.

Escribe el Reverendo Padre Bartolomé de Igualada una importante relación de su viaje, emprendido hace poco tiempo para administrar los sacramentos a los indios y blancos dispersos por el Caquetá y Putumayo. De este escrito entresacamos los siguientes conceptos:

El 24 de abril se acabaron mis dudas respecto a la excursión apostólica esperada y deseada con tánto anhelo. Temí hasta el último instante que no se permitiría empren-

(1) Deberíamos insertar aquí una larga e importantísima relación que el muy Reverendo Padre Gaspar de Pinell ha escrito, relativa a su viaje a Manaos; pero es tan interesane y da tántas noticias sobre las costumbres de los indios y condiciones del territorio, que nos ha parecido conveniente publicarla por separado.

derla por temerse alguna complicación a mi recién restaurada salud.

El día ya citado y muy de mañana salímos con el Reverendo Padre Justo, de la residencia de Sibundoy, con entusiasmo indescriptible. Iba en busca de esos pobres indios medio perdidos en las selvas, y que sólo de vez en cuando pueden recibir los auxilios de nuestra santa religión; pero además llevábamos autorización para alargar este viaje apostólico hasta los confines de la Prefectura Apostólica, en busca de nuevas tribus indígenas, de las que apenas si se tienen noticias, puesto que es sumamente difícil encontrar quiénes tengan datos sobre ellas.

Me tiene ya montado en un hermoso jamelgo, duro de paso, pero resistente, y en marcha recorriendo el camino que debía conducirme a Limón. A los tres días de bajada nos despedímos de la cordillera andina y llegámos a la inmensa llanada del Caquetá, en donde trocámos el fatigado caballo por la canoa, famosa embarcación, cuya patente a buen seguro que corresponde a nuestro padre Adán, y comenzámos la navegación, abandonándonos a merced de las aguas del riachuelo llamado *Churuyaco*, y al poco rato entrámos ya al majestuoso e imponente Caquetá, del que no sabíamos cómo ni cuándo saldríamos.

A las cuatro de la tarde atracámos a una islita, en donde vivía una familia huitota, y luégo comenzámos a prepararlos a todos para recibir los sacramentos, toda vez que no podíamos demorarnos, porque al día siguiente debíamos continuar viaje sin falta. Al oscurecer pregunté al indio dueño de la casa si tenía alguna noticia de los *aucas* (así llaman a los salvajes que no tienen trato con los civilizados), que se dice que hay muy abajo del río Caquetá. Le dije asímismo que llevábamos el intento de apurar todos los medios para dar con tales salvajes, dado caso que existieran. "Padre, me respondió, ellos no quieren tratar con los blancos, y desde que asesinaron a diez y seis caucheros, ni noticia se ha tenido de tales indios. Vivían hace tres años en algunos quebradones y moraban en casas muy grandes; ahora quién sabe dónde estarán... Tal vez a Vuestras Reverencias los respetarán, pero... de todos modos quien podrá darle datos más precisos sobre esos indios es Marcos Pajajoy."

En esto había ya llegado la noche, y los indios nos ofrecieron una buena cantidad de chontaruros (fruto de cierta

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

palmera), y como realmente nos hallábamos con bastante necesidad, fuimos sacándolos uno tras otro de la olla en que los cocinaron, y sin ningún cumplido los acabámos todos, con gran contentamiento de los moradores de la casa.

Muy de mañana celebrámos la santa misa y distribuímos la sagrada comunión a aquellos indios, quienes la recibieron sin faltar ni uno, y luégo proseguímos nuestro viaje río abajo. A los tres días de navegar llegámos a la quebrada Solano, en donde creímos encontrar a Marcos, que debía orientarnos sobre el lugar en donde podían encontrarse los temibles salvajes que tánto deseábamos visitar. Al preguntar por nuestro hombre, me contestaron los de la casa: "Ahí no tiene; ese Marcos descontando deuda, allá lejos cauchando en la quebrada Sencella. Trabajoso será encontrando, ¿quién será buscando dentro del monte?" Con todo, seguímos preguntando a los indios, casi todos oriundos del Bajo Caquetá, y nos refirieron cómo abandonaron aquellas regiones por diversas causas. Especialmente me llamó la atención el relato de un indio de la tribu de los hachotes, quien, entre otras muchas cosas, nos dijo: "Yo escapé de aquella tierra porque los otros indios mataron a la gente de mi pueblo." En esta vi un indio de aspecto completamente salvaje, quien al verme se vino dando grandes risotadas y golpeándome familiarmente la espalda; juzgué que sería un saludo acostumbrado por los de su raza y dejélo hacer. Sirviéndome de intérprete le pregunté de dónde era, y supe que su tribu era la de Yusiguen, y que los indios muynanes mataron casi toda su tribu, escapando tan sólo tres mujeres y siete hombres. Añadió que al escapar él de la matanza estuvo durante un año completamente perdido en la selva, y que en ese tiempo se sustentó con frutas y algunos animales cazados con bodoquera. Esos muynanes, prosiguió, son muy feroces, y cuando descubren en la selva huellas humanas, van siguiéndolas hasta encontrar al que persiguen, para victimarlo.

Así que terminaron sus narraciones, les dijimos que si querían acompañarnos a los muynanes les regalaríamos cuanto pidiesen de lo que traíamos; pero a pesar de cuanto hicimos, no lográmos que se resolviesen. "Taita Padre, contestaron, más que todo dando a ese gente no acompañando será; mucho miedo tiene allá yendo nosotros gente." Y, efectivamente, grande debía ser el temor que les infundían

los salvajes muynanes, cuando ni a la vista de la tela y demás objetos que llevábamos quisieron venir con nosotros.

Viendo que nada conseguiríamos, proseguímos la excursión hacia Quinoró.

Con muestras de gran alegría nos recibieron los habitantes de ese pueblo. Aquí permanecímos varios días dando una misión en regla, que fue de resultados muy consoladores. Durante esos días no dejámos de averiguar el paradero de los salvajes muynanes; tampoco hubo quien quisiera acompañarnos en nuestro viaje de exploración. Tuvimos pues que contentarnos con atender y administrar los auxilios de nuestra santa religión a las tribus ya conocidas. Contratámos indios tamas, y el 17 de mayo seguímos nuestro viaje en dirección al río Mecaya, en cuyas cabeceras están los indios macaguajes.

Día y medio empleámos para llegar a la desembocadura de aquel río, por el que subímos sin detenernos. Doce días estuvímos subiendo. Sufrímos todas las penas y aguantámos todas las molestias imaginables: lluvias torrenciales, que nos empapaban hasta los huesos, y de las que ni los cauchos nos protegían; rayos abrasadores de un sol de fuego que caía sobre nosotros como plomo derretido; insectos y nubes de mosquitos que no nos daban un punto de reposo, etc., etc.

En esas llegó el día de la fiesta de Pentecostés, y naturalmente quisimos celebrar el santo sacrificio de la misa. Pero hé aquí que cuando llegué al *Gloria* noté fuertes sacudidas en el árbol cuyo tronco sostenía el altar; levanté los ojos y vi un mono encima, y precisamente de los más corpulentos de estas selvas, que estaba dedicándose sosegadamente a sus ejercicios gimnásticos. ¡Allá fue la inquietud de los indios bogas! Me mostraban el animal y me instaban para que cogiera la escopeta, sin preocuparse gran cosa de la figura que habría hecho yo revestido de los ornamentos sagrados y la escopeta en la mano. "¡Ve!.. ¡Ve!.. me decían, gordo tiene! ¡Ve! harta manteca tiene!" Seguí el santo sacrificio, pensando dar gusto a los indios así que terminase la celebración; pero el mono, como si entendiera latín, se fue precisamente al *Ite Missa est*. Este día nos trajo ya algún alivio. Como a eso de las doce notámos que la corriente del río bajaba unos palos cortados, al parecer, con herramienta. Esto nos dio a entender que dentro de poco

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

íbamos a encontrar seres racionales, lo cual nos dio un fuerte alegrón, porque lo ansiábamos mucho; estábamos recorriendo esos mundos hacía días y días interminables. Pronto vamos a llegar al término del viaje, nos dijimos, y efectivamente, como a las tres de la tarde encontrámos unas canoas de indios, aseguradas con bejucos a la orilla. Desembarcámos rápidamente, creyendo que habíamos llegado a la ranchería de los salvajes, pero encontrámos solamente restos de una casa quemada; los indios vivían internados en la selva, según nos lo indicaba una pequeña trocha que allá mismo divisámos.

Como el día estaba ya muy avanzado, no nos quedó más remedio que sentar reales en aquel lugar; ordenámos a los indios que nos acompañaban hacer un pequeño rancho dónde pasar la noche. Fue aquélla verdaderamente toledana: desencadenóse una terrible tempestad de agua y viento que nos molestó soberanamente. El viento cuidó primero de desbaratar completamente el rancho, y una vez nos tuvo al descubierto, una lluvia torrencial nos empapó de agua, dejándonos mohinos y cabizbajos hasta que llegó el nuevo día.

Asegurada la canoa, nos dispusimos a emprender viaje por dentro de la selva, en busca de los indios macaguajes. A las tres horas de andar por aquellas sendas, en las cuales no penetra siquiera un rayo de sol, comenzó a herirnos de frente alguna mayor claridad, que se fue intensificando a medida que nosotros avanzábamos, hasta que alcanzámos a divisar un desmonte... luégo una sementera...; a la media hora encontrámos otra, hasta que por fin vimos la cumbrera de una casa de salvajes. Imponderable es la satisfacción que siente el Misionero cuando después de tántos días de penalidades, y de un viaje que bien puede decirse efectuado *per ignem et aquam*, ve que ha llegado ya a encontrar los indios en pos de los cuales iba.

Efectivamente, grande fue la satisfacción que experimentámos, y un ¡por fin!... de contento se escapó de nuestros labios. Era la primera vez que íbamos a tratar con esos macaguajes, y por lo mismo comenzó a preocuparnos el modo como nos recibirían. Resolvimos no demorar en averiguarlo, y seguímos silenciosa y lentamente por entre los matorrales que medio nos ocultaban, hasta que nos hallámos en frente de la casa, es decir, no casa sino tan sólo

dos caedizos de hojas de palma que formaban una vivienda que tan sólo servía para resguardar del sol y de la lluvia. En esa vivienda únicamente encontrámos dos mujeres. Tuvimos qué hacer maravillas de mímica para darnos a entender.

Sin embargo dieron muestras de que tenían ya idea de quién era el Misionero, pues luego que nos hubieron mirado muy bien y a su sabor, comenzaron a cuchichear en su lengua, y el resultado de ello fue salir una a recoger unas cuantas ramas verdes que le sirvieron de escoba para limpiar algo el interior de la casa, en señal de respeto. Al poco rato llegaron algunos hombres cargados de cacería, y con ellos pudimos entendernos. De las averiguaciones que hicimos se dedujo claramente que todavía nos faltaba algo que sufrir, antes de llegar al lugar en donde vivía el cacique de estos indios; estaba ése a un día más de camino adentro de la selva, en las cabeceras del Sencella. Yo no podía aguantar más. Me sentía enfermo. Un agudo dolor de cabeza y un malestar general no me dejaban sosegar un punto, de modo que tuvimos que quedarnos un día completo en ese rancho, en donde creía que recibiría el primer ataque de paludismo; pero no fue así, sino que luégo de haber descansado un día me sentí nuevamente con fuerzas para proseguir el camino que nos faltaba recorrer para llegar a los macaguajes.

Seguímos pues viaje, y con nosotros todos los indios de la casa en donde nos hospedámos. Fue ese un día de perlas para ganar méritos y ofrecer sacrificios a Dios Nuestro Señor: llovió desde muy temprano, y la lluvia era torrencial, acompañada de un antipático cortejo de rayos y truenos que llegaron a darnos en qué pensar. Pasámos todo el día empapados como una esponja, pues además de la lluvia que nos caía sobre las espaldas teníamos que vadear un sinnúmero de riachuelos, dándonos el agua hasta la cintura. Divisámos al fin la ranchería adonde nos dirigíamos. La componían seis chozas, como la anteriormente mencionada, pero éstas mucho más capaces, pues en cada una vivían varias familias.

Dejámos la escopeta en señal de paz, y me dirigí a un anciano que estaba acurrucado cerca del fuego; pero como si no pudiese resistir mi presencia, de repente se volteó dándome las espaldas; otros, más ágiles, escaparon corrien-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

do hacia la selva, sin esperar razones que pudieran convencerlos, de modo que tuvimos un recibimiento poco halagüeño. Con todo, probablemente instruídos por los indios que nos siguieron desde la casa anteriormente descrita, poco a poco, y uno en pos de otro, fueron regresando los fugitivos, perdiendo el recelo que les inspirámos al principio, lo que nos dio pie para comenzar nuestra obra de catequización.

Varios días estuvimos con estos indios, y tuvimos la satisfacción de acercar a toda esa tribu a Dios Nuestro Señor, lo cual era precisamente el fin de nuestro viaje.

Llegó por fin el día de seguir nuestra expedición. Nos despedímos de estos indios regalándoles telas, medallitas y chucherías, que ellos aprecian mucho, y volvimos sobre nuestros pasos, es decir, desandámos el camino que antes recorrimos, puesto que en el río Mecaya nos esperaba la canoa para proseguir la excursión.

Debido a las fuertes lluvias de esos días, encontrámos el Mecaya desbordándose. Con todo, nos embarcámos, y al soltar la canoa nos dimos cuenta del peligro. Bajaba ésta como una flecha; las rápidas vueltas del río y la velocidad con que nos llevaba la corriente nos pusieron varias veces en inminente riesgo de que se voltease la embarcación o de que diéramos contra algunos de los enormes troncos medio sumergidos.

Como teníamos ya los víveres mohosos y casi inservibles, nos deteníamos de vez en cuando para proveernos de carne, pues aquellas orillas del Mecaya parecían un cercado de toda clase de animales, por lo que solamente debíamos parar un momento, disparar la escopeta y luégo recogíamos la carne que necesitábamos, y seguíamos. Voy a relatar un caso algo serio que me ocurrió uno de esos días por la tarde, percance que nunca olvidaré.

Necesitábamos carne, y para obtenerla comencé a perseguir una manada de monos que estaba cerca. Sin darme cuenta de lo que hacía, me fui internando en la selva siguiendo los monos, hasta que, al querer regresarme a la orilla del río, me encontré completamente desorientado. Estaba solo, a gran distancia del río, sin brújula, sin poder ver el sol, y por consiguiente, sin medio alguno para orientarme. ¡Qué angustias tan terribles comencé a sentir entonces! Me puse a andar a grandes pasos en dirección que

creí debía llevarme al río; pero después de largo rato me encuentro con una profunda ciénaga que me cerraba el paso, en la que pululaba una nube de mosquitos. Esto me dio a entender que me había equivocado y que había seguido el camino o dirección opuesta a la que debía haber recorrido. Volví sobre mis pasos y comencé a dar vueltas y más vueltas por la selva, y a cada momento se aumentaba mi angustia, porque el sol declinaba y por lo mismo dentro de poco iba a quedar a oscuras y sin poderme mover, en un lugar en donde abundan las culebras y toda clase de alimañas. Hice un supremo esfuerzo, un esfuerzo de desesperado, y después de un buen rato de andar me detuve y me puse a gritar con todas las fuerzas de mis pulmones, y... nada; volví a emprender una carrera loca, y seguí gritando fuertemente. Me detuve otra vez, y ¡qué satisfacción sentí entonces! Oí apenas como la voz apagada de un hombre que gritaba sin duda a gran distancia. Seguí la dirección de esa voz, y a poco la oí con más claridad; al rato, y casi ya a oscuras, llegué a donde estaba esperándome el Padre Justo, con la inquietud que puede suponerse.

Después de tres días de bajar por el río Mecaya, entrámos de nuevo en el imponente y caudaloso Caquetá. Nuestra canoa fue deslizándose a merced de sus tranquilas aguas. Pasámos al Putumayo por La Tagua, y después de muchos días de navegar contra la corriente, llegámos a Puerto Asís. No me detengo en referir las peripecias de esa navegación porque son ya conocidas, por haberlas contado otros con más gracia de lo que pudiera yo hacerlo.

XI

LABOR DE LA MISIÓN EN PRO DEL TERRITORIO

Es de justicia que tratemos en el presente informe, aunque no sea sino a grandes rasgos, del estado y labor de la Iglesia en esta vastísima región.

Sabido es que si algo ha progresado este territorio en el orden material, si se ha logrado ponerlo en vía de un rápido y franco engrandecimiento, de modo que a no tardar pueda competir, bajo algún respecto, con los vecinos Departamentos, debido es a la Iglesia, que por medio de sus Misioneros ha logrado tales ventajas. No hemos esca-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

seado ciertamente, antes al contrario, hemos prodigado nuestras energías, procurando, al mismo tiempo que la evangelización de los indios, el engrandecimiento material del territorio. Estábamos firmemente persuadidos de que éste era el único medio para dar estabilidad a nuestras labores apostólicas y afianzarlas lo suficiente para que pudieran resistir las contrariedades a que están expuestas las Misiones en estas Repúblicas suramericanas por la instabilidad de los Gobiernos.

Pero además de este motivo, ya de sí suficiente para determinarnos a procurar a nuestra obra el firme sostén del progreso material, hay otra razón no menos poderosa para impulsarnos a ello: la cláusula del Convenio de la Santa Sede con el Gobierno de esta República, que dice:

"Artículo XIII. El Jefe de la respectiva Misión aunará al fin primordial de su cargo, que es la civilización cristiana, el fomento de la prosperidad material del territorio y de los indios en él establecidos...."

Debido pues a todo esto, hemos procurado hermanar, en cuanto han alcanzado nuestras fuerzas, las dos cosas: progreso material y educación religiosa y moral; el primero como medio para conseguir lo segundo. Creemos, sin pecar de inmodestos, que la Iglesia ha hecho mucho en ambos sentidos. Con respecto al progreso material, único que interesa a los modernistas, está en la conciencia de todos cuantos han visitado el territorio del Putumayo, que a la Misión se deben todos sus adelantos; ella los ha iniciado, alentado y sostenido; desde la construcción del camino que abrió la puerta de este nuevo mundo, hasta el fomento de pequeñas industrias que alhagan al indio de pocas aspiraciones; desde la introducción de máquinas de aserrar, calderas de vapor, centrífugas para fabricar azúcar, hasta la aclimatación de pastos extranjeros y buenas razas de ganado vacuno.

Nos permitimos trasladar aquí los conceptos de un admirador de los Misioneros, porque expresan admirablemente lo que nos proponemos demostrar, conceptos que en uno de sus informes publicó el Reverendísimo Prefecto Apostólico:

"No hace sino un año que me había ausentado de esta región, y no parece ya la misma: noto en todas partes un

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Sibundoy. Escuela de niños dirigida por los Hermanos Maristas.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

movimiento febril; dondequiera que dirijo los ojos veo extensos cultivos y hermosos rebaños; oigo en todas partes los golpes del hacha y el crujir de los árboles al desplomarse sobre la tierra; me interrumpen el paso numerosas recuas de mulas, que se hallan en continuo trajín, llevando y trayendo cargas; me llaman la atención centenares de individuos que todos los días llegan a estas selvas en busca de trabajo; ni falta el ruido continuo de las máquinas que da a éstas, antes solitarias selvas, aire de progreso moderno. Los indios, que poco ha carecían de aspiraciones, se los ve ahora afanosos buscando trabajo por todas partes, y descuajar las selvas seculares, movidos por el ejemplo de los blancos. En pocas partes se ha operado en un plazo tan corto un cambio tan notable. Ha logrado la Misión sugestionar a todos e imprimir a todas las cosas un movimiento incontenible. Parece que todo va a vapor."

"La Misión católica—escribía un amigo—es el alma de este territorio, y si por un momento desapareciera, se paralizaría la vida en estas selvas, volviendo otra vez al caos de donde había salido."

Desde que el Prelado eclesiástico transcribía los conceptos mencionados, se ha consolidado notablemente el progreso en estos lugares. El ejemplo de la Misión ha estimulado a no pocos, y nuestros planes de engrandecimiento del territorio han calado hondamente en el alma del pueblo de los vecinos Departamentos. Podemos pues informar que ya no es fácil que se paralice la vida en estas selvas, debido precisamente a los medios de que han sabido rodearla los Misioneros. Además, la presencia del sacerdote atrae a los colonos que ven en el ministro de Dios una prenda de su bienestar temporal y una garantía de su felicidad eterna.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

XII

(1) AMAZONIA COLOMBIANA

El peligro existe.

Llega muy tarde la prensa capitalina a estos apartados rincones de nuestros territorios. Nos hemos enterado de lo mucho que en los últimos días se ha hablado del avance peruano en estas selvas. Lo que publican los diarios es seguramente exagerado, y las noticias quizás tendenciosas; pero el peligro existe en realidad. La Nación no se ha preocupado suficientemente de estos ricos territorios del Caquetá y Putumayo, y sólo cuando algún notición estalla, como una bomba de dinamita, saca de su letargo a nuestros conciudadanos. Entonces despiertan asustados, se creen víctimas de una sorpresa, tocan alarma, alborotan la República, hacen mítines, ruidosas manifestaciones, desfiles imponentes, pronuncian elocuentes discursos, escriben entusiastas artículos, y el sentimiento patriótico llega a lo sublime.

Pero ahí queda todo. Al rato se dan cuenta de que el enemigo no está tan cerca como se habían figurado, y.... a la cama otra vez, muy tranquilos. Pero ¿qué fue aquel ruido que los asustó tánto? ¿Fue sola aprehensión? ¿Hubo algo de positivo? Sí que lo hubo y muy serio, y el peligro existe y muy real. Es tiempo de hablar claro y recio para que lo oigan hasta los sordos.

En algunas ocasiones parecía que la Nación tratara seriamente de estos territorios. En tiempo del General don Rafael Reyes se enviaron al Putumayo algunos soldados al mando del General don Pablo J. Monroy, pero quedaron punto menos que abandonados en aquellas soledades. Todos clamábamos para que se abrieran caminos que nos permitieran defender aquella rica porción de nuestro suelo. Se encomendó al ingeniero Miguel Triana el estudio de la región y el levantamiento de planos para la pronta apertura de un camino que partiendo de Pasto facilitara la entrada y defensa del Putumayo. Con la publicación de un libro lleno de fantasías creyó aquel ingeniero haber puesto una pica en Flandes. No habiendo dado resultado esa comisión, se celebró un contrato con don José Jurado, pastuso, conocedor de aquellos lugares, para que hiciera lo que no pudo el doctor Miguel Triana. Quedó el trazado para uso de los micos y monos de la selva. Posteriormente se encomendó la misma empresa al ingeniero Víctor Triana, quien, con el trazado hasta el pueblo de Santiago, dio por terminado su trabajo. En la Administración del doctor Carlos E. Restrepo se mandó al Caquetá una fuerza más o menos respetable, y todos recordámos con dolor lo que en La Pedrera sucedió por nuestra imprevisión.

(1) Hacemos nuestros los siguientes artículos del señor Delfín Iza, pues en ellos, de modo claro y preciso, expónese la situación del territorio de la Misión.

Cuando creíamos que no había remedio a nuestro mal, la Providencia nos deparó un auxiliar, despreciable en concepto de muchos, pero que fue el instrumento de que se valió Dios para salvarnos. Unos pobres religiosos Misioneros, encargados de catequizar los indígenas de nuestro territorio, comprendiendo que su labor apostólica no sería duradera si quedaban aislados en estas selvas, acometieron por su cuenta la apertura del camino que, por indolencia o por otro motivo, se había creído impracticable. Con algunas limosnas que recogieron compraron herramientas, y con ayuda de los indios comenzaron la magna obra. Lograron interesar a favor de aquella empresa al Gobierno, que al fin le dio la importancia que tenía; y rompiendo peñas y volando rocas y secando pantanos, construyeron los Misioneros un camino que, en concepto de los peritos y entendidos en la materia, es un prodigio de audacia y obra de titanes.

Merced al auxiliar que nos deparó la suerte pudimos llegar sin tropiezo a orillas del río Guineo, y sus correntosas aguas, aunque con peligro, nos pusieron en pocas horas en sitio donde el Putumayo es completamente navegable a vapor.

Los mismos atrevidos Misioneros que tallaron el camino en la peña en trayectos de muchos kilómetros, emprendieron la fundación de un puerto en el Putumayo, mientras proseguían la construcción del camino que debía terminar en Puerto Asís. Gracias a las felices ocurrencias de

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

esos benditos frailes dispuso el Gobierno de una base de operaciones en el Putumayo, y conocedor de las intenciones poco amistosas del Perú, mandó a Puerto Asís una fuerza respetable, con los respectivos elementos bélicos. No había peligro que se repitiera lo de La Pedrera, porque nuestros soldados ya no quedaban aislados.

Fuese porque el Perú se dio cuenta de que las condiciones de Colombia en el Putumayo habían mejorado notablemente, o fuese por otro motivo, desistió de su actitud amenazadora. Al poco tiempo Colombia retiró la fuerza y elementos bélicos de Puerto Asís, y aquella colonia quedó abandonada a su suerte, sosteniéndose únicamente por los esfuerzos de la Misión. Para premiar a los religiosos sus servicios se les quitó la dirección del camino y se le puso en otras manos, con la mejor intención, seguramente; pero aquella obra se encaprichó como las mulas resabiadas, y.... allí quedó, donde lo habían dejado los Padres. Aunque tarde se la encomendó nuevamente a su cuidado, pero destinándole anualmente exiguas sumas que apenas alcanzaban a conservar lo que anteriormente se había hecho. Mucho se ha clamado a fin de que se construyan las pocas leguas que faltan—diez leguas—de aquel camino, el más importante de la Nación. Se han dado muchas quejas, se han hecho en diferentes ocasiones varias solicitudes al Gobierno, representándole la necesidad inaplazable de terminar el camino de Umbría a Puerto Asís, trayecto en el que naufragan con frecuencia las canoas; pero.... como quien oye llover. Si Puerto Asís desaparece, allá se las hayan esos atrevidos Misioneros que se metieron en camisa de once varas. Los peruanos están lejos y nosotros podemos dormir tranquilos.

Pero, ¡santo Dios!, ha estallado otra vez la bomba, y ahí nos tiene nuevamente alarmados, corriendo azorados de una a otra parte en demanda de noticias, formando mil proyectos y viendo ya el enemigo a pocas leguas de Neiva, en las mismas puertas de la capital de la República. ¡En todo somos exagerados! Esa misma exageración hace que pasado el peligro real o imaginario no nos preocupemos más de lo ocurrido.

Seamos lógicos a lo menos una vez. Examinemos fríamente el asunto, y veamos si nos asustamos vanamente, o si en realidad hay motivo para ello.

Estos territorios del Caquetá y Putumayo son una rica y extensísima región cruzada por los dos mencionados ríos y un sinnúmero de afluentes. Desgraciadamente una barrera no interrumpida de montañas, más o menos elevadas e inaccesibles, la separan de lo restante del país; pero afortunadamente también, atendido nuestro abandono, es inaccesible por la parte del Amazonas a causa de los saltos de Araracuara, y sólo hay una entrada que nos era muy fácil defender hace pocos años, y que por nuestro descuido la ocupan ahora el Brasil y nuestro contrincante el Perú. Esa entrada es el río Putumayo, que casi desde los Andes es perfectamente navegable a vapor hasta el Amazonas. Los vapores peruanos suben tranquilamente hasta Yuvineto, donde tienen un puesto militar, y si les diera la real gana subirían hasta Puerto Asís, como lo han hecho ya alguna vez.

Por La Tagua—istmo de cuatro leguas que separa el Putumayo del Caquetá—pueden los peruanos pasar embarcaciones desarmadas al Caquetá, navegar hasta la desembocadura del Caguán y del Orteguasa y subir todavía por ellos. Esta es la pura y desnuda realidad. Preguntamos ahora: ¿es real o imaginario el peligro? ¿Qué debemos hacer para conjurarlo? Por el próximo correo daremos nuestra humilde opinión.

¿Qué debemos hacer para conjurar el peligro de perder el Caquetá y el Putumayo?

A nuestro humilde modo de entender, la respuesta es obvia, y la solución sencilla. ¿Cuáles han sido las maniobras del Perú para apoderarse de estos territorios y qué ardides emplea en la actualidad para conservarlos?

Nuestro contrincante desde un principio vio claro que la ocupación del Putumayo era la llave para entrar y extenderse poco a poco por el Caquetá y los otros ríos. A ese fin y haciendo ingentes gastos ha tenido constantemente un servicio de vapores en el Putumayo y sostenido puestos militares en sus riberas. Con el mismo objeto ha construído caminos que unan este río con el Napo y poderse comunicar más rápidamente con Iquitos. En una palabra: no ha perdonado medios para penetrar y mantenerse en el Putumayo. Ahí tiene Colombia indicada la senda que debe

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

seguir: penetrar, cueste lo que cueste, al mismo río y conservarse allí aunque para ello sea necesario acudir a medios extraordinarios.

Perú tiene en su favor la ventaja de poder subir por el río sin que nadie se lo impida, y con sus vapores introducir colonos, soldados y cuantos elementos necesite; pero tiene en contra suya la gran distancia que lo separa de Iquitos y sobre todo de las poblaciones de la cordillera. Para proveerse de víveres y otras cosas debe recurrir a Europa o a Norte América, y el elemento humano—colonos, militares y empleados que tánto se debilitan en estos climas—no puede renovarlos sino con extraordinarios dispendios de tiempo y dinero.

Colombia carece de medios rápidos de transporte por el río, porque el Perú, que ocupa la parte inferior del Putumayo, tiene buen cuidado de vigilar que no pase para Colombia embarcación alguna o vapor que pudiera ésta utilizar para sus transportes. Colombia se halla pues rigurosamente bloqueada por la banda del Amazonas; no tiene salida al mar. En cambio tiene otras inmensas ventajas sobre su rival. Ocupa toda la cordillera, y merced al camino que abrieron los Misioneros Capuchinos, puede, en cuatro días, de Pasto llegar a caballo a Puerto Umbría, y de ese lugar en siete horas a Puerto Asís, descendiendo en canoa por el río.

La fuerza armada que entra allí tiene las espaldas completamente guardadas, y puede con mucha prontitud recibir cuanto necesite de la capital de Nariño, y hasta de los pueblos del valle de Sibundoy, que no distan sino dos días de Umbría. El elemento humano—militares, colonos, empleados, etc.—puede renovarse con mucha facilidad, porque los pueblos de la cordillera están a cuatro pasos.

En estas condiciones salta a la vista lo que debe hacer Colombia: terminar sin pérdida de tiempo el pequeño trayecto de camino que resta, para llegar sin peligro a Puerto Asís, darle vida a esta nuestra avanzada con el establecimiento de una colonia penal, y poner allí una respetable fuerza armada, cuyos miembros sean a la vez que militares o policías de fronteras, colonos, debiéndose preferir a los que han vivido ya algún tiempo en esos lugares.

Como se trata de defender el territorio en cualquier evento, y además es de necesidad inaplazable no dejar

aislados a nuestros nacionales, blancos o indios, que viven desparramados por aquellos parajes, hemos de hacernos a embarcaciones a vapor. Siendo imposible que nos permita el Perú introducirlas por el Amazonas, no nos queda otro arbitrio que construírlas en Puerto Asís. No es eso una utopía. Recuérdese que mucho antes que el ferrocarril llegase a Cali tuvimos vapores en el río Cauca, vapores que se construyeron allí con elementos introducidos a lomo de mula. Sobre eso la prueba que voy a dar no tiene vuelta de hoja.

Hace tres años que el doctor Luis Cuervo Márquez, entonces Ministro de Gobierno, poseído de la necesidad urgente de tomar medidas serias para defender nuestros territorios del Amazonas, pidió a Inglaterra dos lanchas que debían llegar a Tumaco en piezas fáciles de trasladar desde aquel puerto hasta Puerto Asís. No se cumplieron las instrucciones que se habían dado a la casa constructora, y las lanchas llegaron a Tumaco en piezas enormes, imposible de ser trasladadas a través de los Andes; pero se comisionó a los Misioneros Capuchinos, y éstos, para quienes parece que no hay imposibles, se dieron maña y metieron a Puerto Asís una de las mencionadas lanchas.

Desgraciadamente la caldera es de pocos caballos de fuerza y no tiene la potencia suficiente para vencer la corriente del río, que por cierto no es mucha.

El ensayo hecho, aunque no haya dado el resultado apetecido por las razones que dejo expuestas, prueba que es factible, y, nos atrevemos a decir, hasta fácil introducir los elementos necesarios para construír embarcaciones a vapor en Puerto Asís. En todas las cosas el primer ensayo generalmente no sale bien; pero sería una falta de sentido común desistir de la empresa por aquella primera contrariedad. En el presente caso podemos decir que el primer ensayo ha dado resultados mucho más satisfactorios de lo que se podía esperar, y los habría dado completos si la caldera, en lugar de ser sencilla, hubiese sido multitubular, error que puede todavía corregirse.

Ciertamente que nos arredramos por cualquier cosa. Nos parece un obstáculo imposible de vencer el bloqueo que nos tiene puesto el Perú por el lado del Amazonas, cuando tenemos tántas facilidades para neutralizar sus intentos y maniobras. Contrátese con alguna casa alemana,

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

inglesa o norteamericana, la construcción de dos o tres lanchas de vapor en Puerto Asís, y veremos que por arte de birlibirloque disuonemos de una pequeña flotilla en el Putumayo, dejando a nuestro contrincante con un palmo de narices. Ese es el mejor modo de obligarle a ratificar el Tratado aprobado ya por los respectivos Gobiernos, y terminar de una vez este engorroso asunto, que tántos perjuicios nos ocasiona. Sin las trabas que ha puesto el Perú a la navegación del Putumayo, serían hoy éste y el Caquetá dos importantes arterias por donde les entraría una vida exuberante a los Departamentos de Nariño, Huila y pueblos del sur del Cauca.

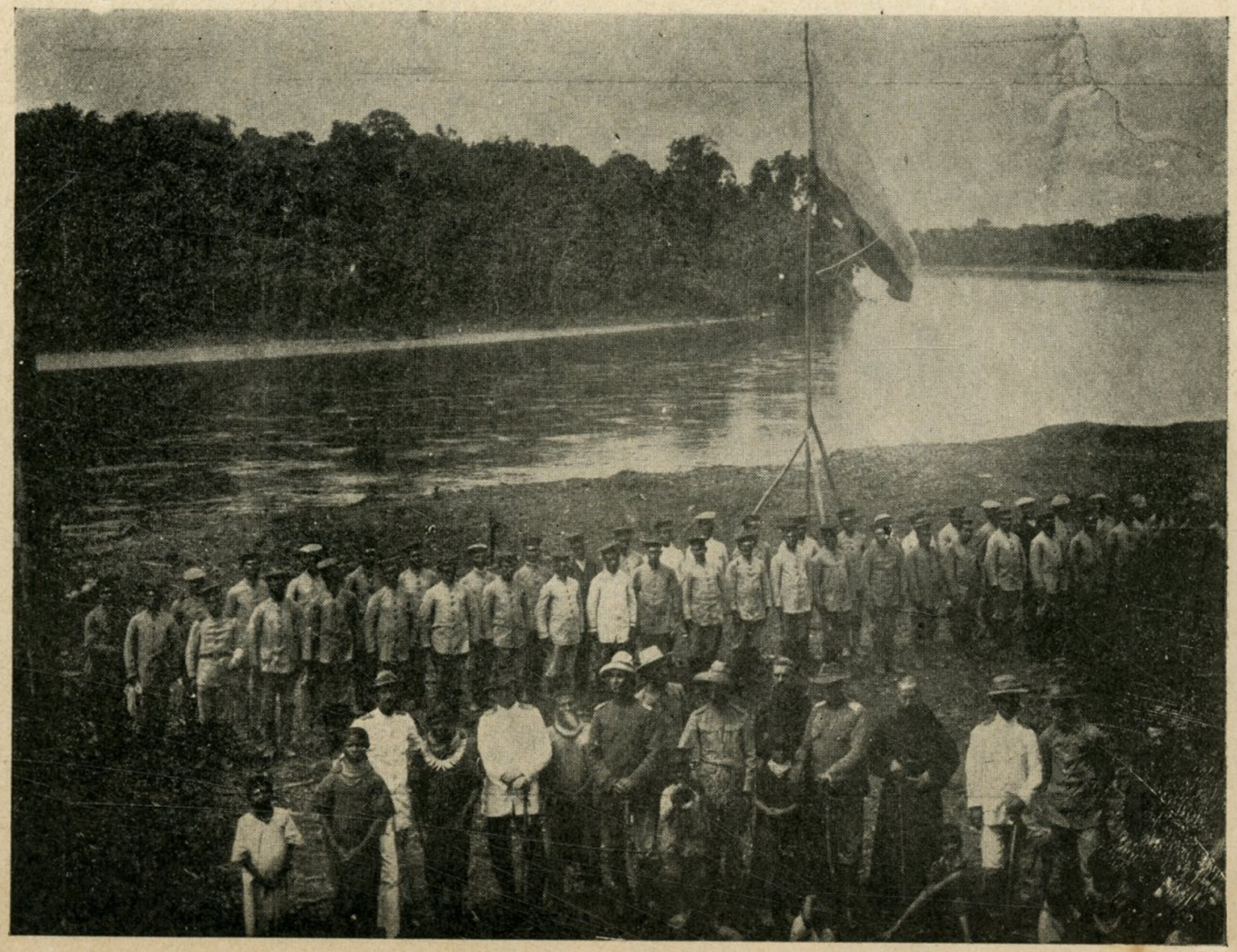
Puede que en otro artículo insistamos sobre este tópico, facilidades que presenta y ventajas que reporta.

Nuestra flotilla en el Putumayo.

La lógica es inexorable en sus consecuencias. El Perú dispone de lanchas con las que sube y baja por el Putumayo y sus afluentes, sitúa colonias militares y agrícolas en los puntos más estratégicos, provee rápidamente a su mantenimiento y defensa, vigila cuidadosamente los movimientos y sigue constantemente los pasos de su rival, y sabe a perfección y mejor que nuestro Gobierno lo que pasa en la Amazonia colombiana. Nosotros, en cambio, no disponemos de nada, absolutamente de nada para navegar aquellos caudalosos ríos. Alguna canoa tripulada por dos o tres indios que lleva ahora un Misionero, más tarde un cauchero, y que sube penosamente por la orilla a fuerza de palanca, es toda nuestra flota en un territorio que comprende la cuarta parte de la Nación. Sentadas así las premisas no se necesita gran penetración para sacar la consecuencia y decidir por quién ha de quedar el Putumayo. Se nos presenta, pues, la disyuntiva: o creamos una flotilla en el Putumayo, o el Perú seguirá imponiéndonos la ley en asuntos de aquel territorio.

Si nos creemos con derecho sobre aquella región, si pensamos que realmente han de servir de algo aquellas selvas, y si queremos conservarlas para las generaciones que vendrán después de nosotros, debemos tomar inmediatamente el partido que nos dictan las más elementales reglas de prudencia y humana previsión: crear una flotilla de va-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental



Puerto Asís. Primera guarnición militar. Grupo de Oficiales, Misioneros y algunos indígenas

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

pores en el Putumayo. Supongamos que nuestro Gobierno, convencido de esta necesidad apremiante, con los recursos que la Ley 100 del año pasado pone a su disposición, introduce por Tumaco lo necesario para construír en Puerto Asís unos vaporcitos adecuados y los provee de los elementos indispensables. Al instante cambiarán los términos del problema. Los colombianos de estos ríos que han perdido la confianza en nuestros Gobiernos, reaccionarán inmediatamente, se abrirán fincas, se harán dehesas, se plantarán grandes extensiones de maíz, caña, cacao, plátano, etc., y como por encanto surgirán de estas selvas, bulliciosas colonias.

Recordamos con intenso placer lo que fue Puerto Asís cuando aquellos colonos, llevados allá por los Misioneros, tenían la firme convicción de que muy pronto se arreglarían las diferencias con el Perú, y creían que la navegación a vapor por el Putumayo era ya un hecho. Aquello parecía una colmena, todo el mundo trabajaba con entusiasmo; les parecía que ya no quedaba terreno en aquellas selvas, y el Misionero frecuentemente tenía que dirimir las diferencias que se suscitaban por cuestión de linderos.

Recordamos asímismo, pero con amarga pena, lo que sucedió posteriormente. Transcurría el tiempo, y no columbrándose por ninguna parte las risueñas esperanzas que se les había hecho concebir, principiaron los colonos a desfilar uno en pos de otro. Viendo los Misioneros en peligro lo que con tántos afanes habían creado, hicieron innumerables gestiones para que en cualquier forma se estableciera la navegación en aquel río.

Se nos han facilitado los copiadores de los oficios que con ese motivo se dirigieron a los Ministros de Obras Públicas, Agricultura y Comercio, de Gobierno y Relaciones Exteriores, y de los que se mandaron a nuestros Cónsules en Manaos e Iquitos, de los escritos muy oportunos para interesar el comercio de Nariño y de las cartas que se enviaron al Ilustrísimo Obispo de Manaos y al Superior de Capuchinos de la misma ciudad, para ver si asomaba por alguna parte un rayo de luz.

Pareció que se despejaba el horizonte, pues nuestro Ministro de Relaciones Exteriores manifestó al señor Prefecto Apostólico que las relaciones con el Perú eran muy cordiales, y que tal vez aquella República no pondría obs-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

táculo alguno a las embarcaciones que subieran a Puerto Asís o bajaran hasta el Amazonas.

Sin pérdida de tiempo el Reverendo Padre Gaspar de Pinell, Viceprefecto Apostólico, acompañado del doctor Tomás Márquez, salió de Puerto Asís, y después de varios días de navegación en canoa llegaron los expedicionarios al Amazonas, donde tomaron un vapor que los condujo a Manaos. Contrataron allí la lancha *Yaquirana* y avisaron a Pasto por cable que salían para Puerto Asís. Causó la noticia inmensa sensación en todo el territorio, lo mismo que en el Departamento de Nariño, y en pocos días se almacenaron en nuestro puerto del Putumayo centenares de cargas de papas, cereales de todas clases, víveres de varias especies y un sinnúmero de objetos, producto de aquel industrioso Departamento, y varios comerciantes se dispusieron a emprender viaje a Manaos y Belén del Pará.

La lancha, portadora de tántas esperanzas, después de tres días de navegar por el río, fue detenida por otra lancha peruana, armada en guerra. Los peruanos del Departamento de Loreto y los brasileros del Amazonas sintieron, tanto como los colombianos del Putumayo y Caquetá, de Nariño y Huila, el atropello cometido por la lancha *Callao*, atropello que privaba a todos de las inmensas ventajas que habían columbrado en las operaciones mercantiles iniciadas.

A pesar del fracaso y contratiempos sufridos no se desistió de la empresa, y se probó de ensayar el comercio con los peruanos y brasileros en simples canoas; pero la desesperante lentitud de estas rudimentarias y pesadas embarcaciones fue un obstáculo insuperable.

Volvamos a nuestra suposición. El Gobierno ha puesto en el Putumayo una flotilla. Esas pocas lanchas a la vez que recorren las aguas del Putumayo y hacen acto de presencia en aquellos parajes, sirven de vehículo para comunicar rápidamente las incipientes colonias que ya no se consideran perdidas en aquellas impenetrables selvas, y se establece entre ellas cambio de productos y de afectos. Además, en aquellas pavorosas soledades los colonos, sean de la nacionalidad que se quiera, peruanos, brasileros, ecuatorianos o colombianos, por el momento dejan a un lado esas diferencias, y la necesidad hace que se miren todos como hermanos. Reciben lo que necesitan, sobre todo los artículos alimenticios, de quien se los vende en mejores condiciones de bondad y baratura.

Las lanchas colombianas, que tendrían su base de operaciones en Puerto Asís, tomarían en dicho punto, en inmejorables condiciones de bondad y baratura, toda clase de productos alimenticios que les mandarían los hacendados de Nariño, que no tienen dónde exportar el excedente de las cosechas de sus fértiles tierras, situadas en la cordillera. Los brasileros y peruanos del Bajo Putumayo y del Amazonas y los ecuatorianos del Aguarino y del Napo utilizarían muy agradecidos el servicio de nuestras lanchas, que les eximirían de comprar a precios fabulosos artículos frecuentemente deteriorados que les llegan de Europa y Norte América. Y así como los vapores peruanos suben de cuando en cuando hasta Puerto Asís, arriando la bandera de su nación al llegar donde encuentran autoridades colombianas, de la misma manera y con igual procedimiento bajarían nuestras lanchas al Encanto y otros lugares donde haya autoridades de aquella nación. Insensiblemente y de un modo natural se establecerían en firme transacciones comerciales, pues los barcos que subirían a Puerto Asís, para no venir vacíos, traerían mercancías del Exterior, lo que harían también las lanchas colombianas al regresar de las visitas a los lugares ocupados por los peruanos.

No se nos diga que todo eso descansa sobre una base falsa, cual es suponer que nuestros barcos podrían llegar sin obstáculos a los puestos militares peruanos, porque replicaremos que aun cuando no fuera así, el comercio se impondría entre los colonos ocupados en la extracción del caucho y la balata y dispersos en el Putumayo y sus afluentes. Los comerciantes de aquellos ríos hacen caso omiso de esas triquiñuelas, y miran ante todo a su logro personal, y como por otra parte no se ha declarado la guerra entre Colombia y Perú, no hay motivo para que se echen los trastos por la cabeza.

El Perú ocupa desde Cotué hasta Yuvineto, y Colombia desde Puerto Asís hasta La Tagua. Quedan de hecho como neutrales las veinticinco leguas que separan los dos puntos. En ese intermedio se pueden dar cita las embarcaciones que suben de Brasil y Perú y las que bajan de Colombia, y hacer cuantas operaciones mercantiles les convengan. Los tratados entre Brasil y Perú permiten navegar por el Putumayo a las embarcaciones brasileras que se dirijan a cualquier Estado limítrofe, o viceversa, en recipro-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

táculo alguno a las embarcaciones que subieran a Puerto Asís o bajaran hasta el Amazonas.

Sin pérdida de tiempo el Reverendo Padre Gaspar de Pinell, Viceprefecto Apostólico, acompañado del doctor Tomás Márquez, salió de Puerto Asís, y después de varios días de navegación en canoa llegaron los expedicionarios al Amazonas, donde tomaron un vapor que los condujo a Manaos. Contrataron allí la lancha *Yaquirana* y avisaron a Pasto por cable que salían para Puerto Asís. Causó la noticia inmensa sensación en todo el territorio, lo mismo que en el Departamento de Nariño, y en pocos días se almacenaron en nuestro puerto del Putumayo centenares de cargas de papas, cereales de todas clases, víveres de varias especies y un sinnúmero de objetos, producto de aquel industrioso Departamento, y varios comerciantes se dispusieron a emprender viaje a Manaos y Belén del Pará.

La lancha, portadora de tántas esperanzas, después de tres días de navegar por el río, fue detenida por otra lancha peruana, armada en guerra. Los peruanos del Departamento de Loreto y los brasileros del Amazonas sintieron, tanto como los colombianos del Putumayo y Caquetá, de Nariño y Huila, el atropello cometido por la lancha *Callao*, atropello que privaba a todos de las inmensas ventajas que habían columbrado en las operaciones mercantiles iniciadas.

A pesar del fracaso y contratiempos sufridos no se desistió de la empresa, y se probó de ensayar el comercio con los peruanos y brasileros en simples canoas; pero la desesperante lentitud de estas rudimentarias y pesadas embarcaciones fue un obstáculo insuperable.

Volvamos a nuestra suposición. El Gobierno ha puesto en el Putumayo una flotilla. Esas pocas lanchas a la vez que recorren las aguas del Putumayo y hacen acto de presencia en aquellos parajes, sirven de vehículo para comunicar rápidamente las incipientes colonias que ya no se consideran perdidas en aquellas impenetrables selvas, y se establece entre ellas cambio de productos y de afectos. Además, en aquellas pavorosas soledades los colonos, sean de la nacionalidad que se quiera, peruanos, brasileros, ecuatorianos o colombianos, por el momento dejan a un lado esas diferencias, y la necesidad hace que se miren todos como hermanos. Reciben lo que necesitan, sobre todo los artículos alimenticios, de quien se los vende en mejores condiciones de bondad y baratura.

Las lanchas colombianas, que tendrían su base de operaciones en Puerto Asís, tomarían en dicho punto, en inmejorables condiciones de bondad y baratura, toda clase de productos alimenticios que les mandarían los hacendados de Nariño, que no tienen dónde exportar el excedente de las cosechas de sus fértiles tierras, situadas en la cordillera. Los brasileros y peruanos del Bajo Putumayo y del Amazonas y los ecuatorianos del Aguarino y del Napo utilizarían muy agradecidos el servicio de nuestras lanchas, que les eximirían de comprar a precios fabulosos artículos frecuentemente deteriorados que les llegan de Europa y Norte América. Y así como los vapores peruanos suben de cuando en cuando hasta Puerto Asís, arriando la bandera de su nación al llegar donde encuentran autoridades colombianas, de la misma manera y con igual procedimiento bajarían nuestras lanchas al Encanto y otros lugares donde haya autoridades de aquella nación. Insensiblemente y de un modo natural se establecerían en firme transacciones comerciales, pues los barcos que subirían a Puerto Asís, para no venir vacíos, traerían mercancías del Exterior, lo que harían también las lanchas colombianas al regresar de las visitas a los lugares ocupados por los peruanos.

No se nos diga que todo eso descansa sobre una base falsa, cual es suponer que nuestros barcos podrían llegar sin obstáculos a los puestos militares peruanos, porque replicaremos que aun cuando no fuera así, el comercio se impondría entre los colonos ocupados en la extracción del caucho y la balata y dispersos en el Putumayo y sus afluentes. Los comerciantes de aquellos ríos hacen caso omiso de esas triquiñuelas, y miran ante todo a su logro personal, y como por otra parte no se ha declarado la guerra entre Colombia y Perú, no hay motivo para que se echen los trastos por la cabeza.

El Perú ocupa desde Cotué hasta Yuvineto, y Colombia desde Puerto Asís hasta La Tagua. Quedan de hecho como neutrales las veinticinco leguas que separan los dos puntos. En ese intermedio se pueden dar cita las embarcaciones que suben de Brasil y Perú y las que bajan de Colombia, y hacer cuantas operaciones mercantiles les convengan. Los tratados entre Brasil y Perú permiten navegar por el Putumayo a las embarcaciones brasileras que se dirijan a cualquier Estado limítrofe, o viceversa, en recipro-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cidad de igual concesión que hace el Brasil a las embarcaciones mercantes peruanas.

Estamos seguros que desde el momento en que los brasileros de la extensísima región del Amazonas se dieran cuenta que tenemos lanchas en el Putumayo, entrarían inmediatamente en relaciones comerciales con nosotros, a despecho de la casa Arana, que es la única interesada en que sigan las cosas en el estado anormal que tienen ahora. El mismo Perú cambiaría de política, pues le interesa mucho poner término al estado violento actual que le pone en la necesidad de hacer no pocos sacrificios sólo para favorecer los intereses particulares de una casa comercial que en tan mal predicamento lo ha puesto ante el mundo civilizado.

No debe tampoco olvidar nuestra hermana que el Departamento de Loreto se ha sublevado ya alguna vez, que Iquitos se considera muy distanciado moral y materialmente de la metrópoli, y que en caso de que revivan los anhelos de secesión en aquel territorio, le conviene al Perú no tener disgustada a Colombia, que se halla relativamente cerca y que, por la gran facilidad de comunicaciones con aquel Departamento, puede inclinar la balanza ya a éste, ya al otro lado.

Y en fin, si hubiera que apelar a la *suprema ratio* para defender nuestros derechos en el Caquetá y Putumayo, tendríamos ya trazado el camino, y nuestra flotilla, que pudiera ser aumentada hasta donde nos conviniera, trasladaría rápidamente soldados y elementos de guerra a todo el Putumayo, con cuya posesión quedaría también asegurado el Caquetá hasta el salto de Araracuara.

Económicamente no debe arredrarnos el asunto, pues con la mitad de lo que destina la Ley 100 del año pasado para defensa de nuestros territorios, hay más que suficiente para conseguir la flotilla que tántos bienes nos ha de acarrear.

ASUNTOS DEL CAQUETÁ Y PUTUMAYO

¿Es ignorancia de la geografía o abandono de nuestros intereses?

Las grandes ciudades del mundo situadas en el interior de los continentes, sienten una irresistible necesidad de acercarse al mar. El océano es el lazo que une las diferentes naciones del globo, y acerca de un modo prodigioso los distintos pueblos de la tierra. ¡Ay de aquella nación que se deja encerrar por las cordilleras y sufre verse alejada de ese medio de comunicación que la divina Providencia ha puesto al servicio del hombre! Colombia conserva puertos importantes en el Pacífico y en el mar de las Antillas; pero corre inminente peligro de ver cerrada la puerta que debe darle entrada al mar Atlántico por el Amazonas.

Para apreciar debidamente la importancia de esta salida al mar, es necesario tener muy presente algunas consideraciones. Las miradas codiciosas de Europa se dirigen hacia el continente africano, y los esfuerzos de Inglaterra han logrado casi unir el norte de Africa con las colonias del sur, es decir, dentro de poco se podrá atravesar en ferrocarril todo el continente africano, desde el Cairo hasta el Cabo. Africa, en un plazo muy cercano, se verá radicalmente transformada, y la población y civilización europea la invadirán.

Ahora bien: basta dar una ligera mirada al mapa para notar la distancia relativamente corta que separa las costas, africana-occidental y americana-oriental. El mar que separa estas dos costas unirá muy pronto las ya importantes repúblicas americanas del Brasil, Uruguay, Paraguay y Argentina con las florecientes colonias europeas establecidas en Africa. El Amazonas adquirirá entonces una importancia que no nos es dable apreciar en toda su magnitud, pues dará entrada a ese mar al Perú, Ecuador, Colombia, Bolivia y Venezuela. Con razón el Barón de Humboldt, hablando de ese gigantesco río, dijo que estaba llamado a ser el centro de la civilización del mundo. Quizás aquel eminente sabio no sospechó que su predicción iba a realizarse tan pronto. La pujanza que van adquiriendo el Brasil y la Argentina, el extraordinario desarrollo de su apenas naciente comercio, y el increíble aumento de Buenos Aires y Río de Janeiro, hacen adivinar un porvenir comparable con el de las más poderosas naciones de Europa. Las ciudades bra-

EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

sileras de Manaos y Belén del Pará, situadas en el Amazonas, con una población de 80,000 habitantes la primera y 200,000 la segunda, viene también a confirmar la profecía de Humboldt; y el interés que manifiesta el Perú en favor de Iquitos y de su territorio amazónico, son datos preciosos que dan fuerza a lo que estamos asegurando.

No olvidemos esta reflexión, y sigamos. Colombia tiene una vía expedita para llegar a este gran centro del movimiento mundial; dispone del Putumayo que, casi desde Mocoa, puede llevarla sin tropiezo hasta el Amazonas y el mar; por medio de este río podrá tomar parte en el concierto de las naciones que se darán cita en el centro de la inmensa y portentosa red hidrográfica del rey de los ríos.

El caudaloso Caquetá, por el cortísimo istmo de La Tagua, puede fácilmente, pues todo es plano, salir al Putumayo y utilizar su prodigiosa cuenca, aislada del Amazonas por el salto de Araracuara. ¿Porqué, pues, Colombia no ha dado toda la importancia que tiene a este asunto? ¿Será por ignorancia de la geografía o porque no despierta nuestro interés sino lo que atañe directamente a nuestra ciudad, provincia o departamento? En este último caso debiéramos ser más sinceros y no hacer tántos alardes de amor a nuestra patria grande, a Colombia, nuestra gloriosa madre que nos cobija a todos. Prefiero creer que por ignorancia desatendemos los intereses patrios, y que si conociéramos las riquezas que posee nuestra nación y la posición privilegiada en que la ha colocado Dios, no permitiríamos que por nuestro abandono fuera poco a poco perdiendo los encantos y preseas que la hacen tan amable.

¿Qué debemos hacer, pues? Ante todo tomar en nuestras manos un mapa de Sur América y ver la posición que ocupamos en la parte oriental del nuevo Continente. Dar luégo un vistazo a nuestra carta geográfica, buscar en ella los ríos Caquetá y Putumayo, y seguirlos hasta su entrada en el gran Amazonas, sin descuidarnos de mirar también la dilatada cordillera oriental de los Andes, que, en los innumerables pliegues de sus caprichosas ramificaciones y en los hermosos valles y frías mesetas formadas en el seno de estas montañas y sobre sus elevadas cimas, puede albergar grandes ciudades y cobijar una numerosa población.

Esta diligencia y estudio nos enseñará: 1º Que Colombia es quizá la nación que tiene más facilidades para intervenir ventajosamente en el gran comercio mundial del Amazonas; 2º Que siendo el Putumayo la única vía para llegar a lo que con justicia se ha dado en llamar Mediterráneo suramericano, debemos atenderla a costa de los mayores sacrificios. Hay cosas que realmente son importantes, necesarísimas seguramente, pero pueden aplazarse, el tiempo no las envejece ni perjudica; pero hay otras que urgen, no se pueden diferir, el tiempo las destruye, y si uno se demora en prestarles atención, las halla luégo pasadas, se han perdido irremisiblemente. El Putumayo y Caquetá pueden pasarse y perderse, como se pasó y perdió Panamá.

Hace diez años que los Misioneros Capuchinos, presa de entusiasmo sobrehumano, llevaron hasta Umbría un camino que cruzó los Andes; fueron detenidos en su victoriosa marcha, y a pesar de ser plano el terreno y relativamente poco lo que resta de aquella importantísima vía, no se le ha hecho avanzar ni un metro. Fundaron los Misioneros un puerto en el Putumayo para que tuviésemos una base de operaciones en aquel importantísimo río, y Puerto Asís agoniza en aquellas selvas abandonado a su suerte, aislado de la banda de la Cordillera porque no le llega el camino, y triste y solitario cuando mira el río, porque no le visitan nuestros barcos, que no nos hemos cuidado de conseguir; y Puerto Asís, nuestra avanzada en aquellas soledades, nuestro único puerto en la Amazonia colombiana, pide a gritos que por piedad no lo dejemos morir. Y nosotros tan guapamente satisfechos, poniendo a todo eso oídos de mercader.

El Perú irá difiriendo el tratado de fronteras y a la vez avanzando en la ocupación de aquellos territorios, y nosotros, muy tranquilos, con los brazos cruzados, ni terminaremos el camino que nos conduce a un punto navegable del único río que nos puede llevar al Amazonas, ni se nos dará un ardite perder un importantísimo puerto que nos coloca en inmejorables condiciones sobre nuestro rival; y llega a tanto nuestra despreocupación, que no sería de extrañar dejáramos perder hasta el camino que nos abrieron unos abnegados zapadores del Evangelio. Si se pierden el Caquetá y Putumayo, como irremisiblemente se perderán por nuestra ignorancia y abandono, ¿a quién culparemos? Quizás unos a otros nos recriminaremos por nuestra poca previsión o por nuestra indolencia, y como la culpa es muy fea y la responsabilidad sumamente grande, puede ser que busquemos un cabrito emisario para cargarle nuestros pe-

EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

cados, que en este caso bien podrían ser los Misioneros, ya que el Evangelio les manda, según dicen, aguantar las injurias que se les hacen.

NAVEGACIÓN DEL CAQUETÁ Y PUTUMAYO

Raudales de Araracuara e istmo de La Tagua.

Con mucho interés hemos leído los bien pensados artículos del literato doctor J. E. Rivera, *Los caminos del Caquetá* y *Necesidad de la navegación por el Caquetá.* Felicitamos muy de veras al erudito escritor huilense por sus importantes trabajos sobre estas regiones. Mucho sería de desear que su ejemplo fuera imitado por quienes tienen competencia y autoridad para tratar de esas cosas: no se ignoraría tan lastimosamente la geografía de una importantísima parte de Colombia, y los gobiernos no procederían tan a oscuras en negocios de importancia capital.

Como el objeto de tales trabajos es ilustrar al público, nos permitimos rectificar algunos conceptos que pudieran extraviar el criterio del Gobierno con perjuicio de los intereses nacionales. La navegación del Caquetá, importantísima para la región de San Vicente del Caguán y la de Florencia, y para todo el Huila en general, tiene el inconveniente de los raudales de Araracuara, que le impiden llegar al Amazonas y entrar en relaciones comerciales con Europa, Norte América y otros países de nuestro Continente. El doctor Rivera soluciona el tropiezo con el apoyo del río Yarí, que desemboca en el Caquetá, abajo de los raudales y es navegable en un gran trecho, lo cual permite esquivar los saltos por medio de un camino terrestre entre los dos ríos, arriba de la correntada, camino que, según los informes que le dieron los colonos de Florencia, no tendría más de tres leguas. Según los mismos informes, se gastan diez días, bajando en canoa, desde los raudales de Araracuara hasta La Pedrera.

Preguntamos al doctor Rivera: ¿porqué nos quiere llevar al salto de Araracuara y obligar al Gobierno a construír allí una carretera, cuando mucho más arriba encontramos el istmo de La Tagua, que en tres o cuatro horas nos lleva al Putumayo? ¿No sería mucho más económico y puesto en razón que la colonia penal, que aconseja se ponga para abrir una carretera en el Yarí, se ocupe en construírla para unir el Caquetá con el Putumayo? Nos pierde el desmedido

afán de querer hacer muchas cosas a la vez, de lo que resulta que las dejamos todas a medio palo sin terminar ninguna. Comencemos por lo más fácil y hacedero, y así progresivamente podremos acometer lo más difícil.

La trocha de La Tagua para pasar del Caquetá al Putumayo no se ha perdido como la del Yarí, lo que prueba su preferente utilidad e importancia. Por ella transitan con alguna frecuencia los Misioneros en sus excursiones apostólicas; por ella han pasado en el espacio de pocos meses los Comisarios Especiales del Putumayo, señores Mora y Puertas, al practicar la visita al territorio de su jurisdicción, y por ella acaba de viajar el Representante doctor Federico Puertas J., en una excursión emprendida con el fin de reconocer y estudiar el país. Con muchísimo menos trabajo que la carretera del Yarí se puede abrir la de La Tagua, y se conseguirán, no digo los mismos resultados prácticos, favorables a la colonización y defensa nacional, sino incomparablemente superiores.

La Tagua está relativamente cerca de la cordillera, y por consiguiente es mucho más fácil de atender al sostenimiento de la colonia penal, o de cualquier otra que se ponga allí. El Putumayo, desde aquel punto, es navegable en vapores como los del Magdalena, sin tropiezo y sin transbordo alguno hasta el Amazonas, y su distancia es relativamente corta. No hablamos a humo de pajas, ni por informes más o menos verídicos de caucheros, más o menos competentes para apreciar estas cosas; hablamos por lo que hemos visto por nuestros propios ojos y han presenciado los colonos de Puerto Asís, los vecinos de Mocoa, los moradores del Valle de Sibundoy y los habitantes de Pasto. Todos han visto y podido conferenciar con varios ingleses y norteamericanos que desde Manaos han subido en vapor hasta Puerto Asís, a 147 millas más arriba de La Tagua.

Nos permitimos poner aquí las distancias que separan a Manaos de la Tagua, de Florencia y de San Vicente de Caguán; algunas son rigurosamente matemáticas, medidas por ingenieros oficiales, tales son las de Manaos a la desembocadura del Putumayo:

De Manaos a la boca del Putumayo, millas . .	757
De este punto a La Tagua, millas	895
	1,652

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Las 1,652 millas que separan La Tagua de Manaos pueden, bajando, recorrerse en nueve días. El istmo de la Tagua se atraviesa actualmente en cuatro horas, y si hubiese carretera, se reduciría casi a la mitad. De Florencia, aunque se tenga que bajar en canoa hasta donde es navegable a vapor el Orteguasa, no se gastaría sino tres días para llegar a La Tagua. De San Vicente a la desembocadura del Caguán en el Caquetá se gastan tres días a vapor y otro día para subir hasta La Tagua.

Total de distancia por la vía del Putumayo:

De Florencia a Manaos, bajando, días 12
De San Vicente a Manaos, bajando, días 13

Las distancias que damos se entiende que es navegando a vapor. Si no se quiere llegar a Manaos, sino únicamente al Amazonas, para dirigirse a Iquitos, etc., la distancia disminuye de 757 millas, o sea cuatro días de navegación.

San Vicente del Caguán, Florencia y todo el Huila, por La Tagua, se pueden fácilmente comunicar con el Perú —que difícilmente podremos desalojar del Putumayo,—con el Ecuador, cuya frontera está en la boca del río San Miguel, a un día de La Tagua, bajando por el Putumayo, y sobre todo con Nariño por Puerto Asís, distante solamente día y medio, al que desde Pasto se llega actualmente en cuatro días de a caballo y uno de canoa.

Cuanto más estudia uno este territorio, más se convence de la sin igual importancia de la navegación por el Putumayo. Ahí está la solución de un sinnúmero de problemas que tánto afectan a Colombia. Pónganse sin pérdida de tiempo vapores en el Putumayo, y veremos surgir en estas misteriosas selvas multitud de colonias que transformarán como por encanto estas sombrías e inútiles regiones. Nariño, Huila y el Cauca, cual torrente incontenible, invadirán el Putumayo y el Caquetá sin pararse hasta llegar al Amazonas.

El interés muy laudable del doctor Rivera por la región de San Vicente de Caguán, río que desemboca bastante más abajo de La Tagua, le obliga a prescindir de la navegación del Putumayo—que la Providencia ha puesto a nuestra disposición para llegar al Amazonas—como le obligó a dejar a un lado la región de Florencia, donde se hallan tántos elementos de vida y prosperidad.

Estamos totalmente acordes en lo de la necesidad inaplazable de la navegación del Caquetá y Putumayo para colonizar estos riquísimos territorios, y en confirmación de su tesis aduciremos los modestos resultados que los esfuerzos titánicos de los Misioneros han dado para colonizar esos parajes. Trajeron del corazón de Antioquia una colonia que cuidaron y mimaron como a una hija predilecta; pero los colonos comenzaron a desfilar uno en pos de otro cuando se dieron cuenta de que quedaban aislados en aquellas selvas. Reclutaron, en distintas ocasiones y en todos los pueblos de Nariño y en algunos del Cauca, colonos para Puerto Asís, y si bien aquella colonia no ha sucumbido, eso es debido a los inconcebibles sacrificios que se han impuesto los Misioneros, y a los esfuerzos desesperados que han hecho para sostenerla. Con la mitad de tales esfuerzos y sacrificios Puerto Asís sería hoy un puerto y colonia florecientes con sólo que los peruanos no hubiesen impedido el arribo a dicho puerto de las lanchas que en diferentes ocasiones trataron los Capuchinos de hacerle llegar. La colonia que les ha dado excelentes resultados es la de Sucre, en el Valle de Sibundoy, debido a que no se halla muy distanciada de los pueblos de Nariño.

Está pues perfectamente demostrado que no se puede dar un paso en firme en asuntos de colonización del Caquetá y Putumayo si no se comienza por su navegación. En nuestros anteriores artículos hemos probado que no es excesivamente difícil llegar a eso por la vía de Tumaco, y ahora en vista de lo que dice el doctor Rivera, añado que, si la aprobación del tratado de frontera con el Perú va para largo, convendría ensayar la introducción de lanchas por el Yarí, y por la Tagua pasar al Putumayo las que fuese necesario. Las dificultades se sueltan con ingenio, y a fuerza de voluntad y constancia se superan y vencen todos los obstáculos. Con un servicio de lanchas, introducidas por la vía que sea más fácil, se entraría en relaciones comerciales con el Brasil y se obligaría al Perú a dejar paso libre a nuestras mercancías de importación y exportación, y si no pondríamos de otro modo término a un estado inaguantable de cosas.

DELFÍN IZA

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

XIII

INVERSIÓN DE LOS DINEROS RECIBIDOS DE LA JUNTA NACIONAL DE MISIONES

Para cumplir lo dispuesto en los cánones 1519, 1520 y siguientes, sobre administración de bienes eclesiásticos, el Prefecto Apostólico creó en la Misión un Consejo Administrativo, el que anualmente hace un presupuesto de las entradas y gastos probables para el próximo año. Hé aquí lo que se destinó en el presente año económico para el sostenimiento de cada centro de Misión:

Para Florencia, doscientos pesos ($ 200) mensuales. Con esa cantidad deben alimentarse y atender a los ordinarios menesteres tres Misioneros y siete religiosas franciscanas. Débense asímismo cubrir los gastos que demandan los frecuentes viajes para visitar varios pueblos o caseríos que se hallan a respetable distancia, en regiones desprovistas de todo.

Para San Vicente del Caguán, cien pesos ($ 100) mensuales. Hay aquí dos Misioneros, tienen un radio extensísimo de acción, y por consiguiente las mismas necesidades que los de Florencia.

Puerto Asís y Orfelinato, setecientos pesos ($ 700) mensuales. Tenemos aquí un orfelinato, con ciento veinte niños de ambos sexos, al cuidado de siete religiosas franciscanas. Hay tres religiosos que atienden además del orfelinato y colonia, a varios caseríos o tribus indígenas que se hallan a mucha distancia. No creo tenga nadie por excesiva la suma de $ 700 mensuales para cubrir los gastos de Puerto Asís; cada alumno del orfelinato, entre alimentación, vestido, etc., gasta por lo menos quince centavos ($ 0-15) diarios, los que multiplicados por ciento veinte dan diez y ocho pesos ($ 18) diarios, y quinientos cuarenta pesos ($ 540) mensuales. Con los ciento sesenta pesos ($ 160) restantes, deben comer los tres Misioneros y las siete religiosas, y cubrirse los gastos que demandan los frecuentes viajes.

Mocoa, ciento cincuenta pesos ($ 150) mensuales. Tiene tres Misioneros, los que con esa cantidad deben atender, además de su alimentación, a los muchos gastos que demandan los frecuentes viajes a varios pueblos, que se hallan a mucha distancia.

Santiago, cien pesos ($ 100) mensuales. Hay dos Misioneros y siete religiosas, que tienen a su cargo doscientas niñas. Depende de este centro el pueblo de San Andrés.

Santa Rosa, cincuenta pesos ($ 50) mensuales. Hay un Misionero, que cuida del pueblo y vecindario.

Sibundoy, doscientos pesos ($ 200) mensuales. Con eso se atiende a la alimentación del Prefecto Apostólico, Vicario Delegado, Secretario y dos Misioneros y un Hermano lego, que cuidan de los pueblos de San Francisco y Sucre; se auxilia también a siete religiosas, que tienen a su cargo ciento cincuenta niñas.

Para gastos de la Curia y viajes frecuentes del Prelado y extraordinarios de los Misioneros, que deben con frecuencia cambiar de lugar por motivo de salud, doscientos pesos ($ 200) mensuales.

Para obras materiales se han destinado las cantidades siguientes:

Para la construcción de la iglesia de Sucre, que se hace de tapia, doscientos pesos ($ 200) mensuales.

Para la de Mocoa, por el mismo sistema, cien pesos ($ 100).

Para la de Puerto Asís, por el mismo sistema, cien pesos ($ 100).

Para la construcción de la casa y escuela de los Reverendos Hermanos Maristas de Sibundoy, por el mismo sistema, cien pesos ($ 100).

Total de gastos ordinarios mensuales, dos mil doscientos pesos ($ 2,200), o sea veintiséis mil cuatrocientos pesos ($ 26,400) anuales.

En los doce últimos meses se han hecho los gastos extraordinarios siguientes:

En la construcción de la casa central de la Misión en Sibundoy, tres mil pesos ($ 3,000).

En la compra de tela para hábitos de los religiosos, mil doscientos pesos ($ 1,200).

En la compra y traída de Europa de treinta imágenes para las iglesias de la Prefectura Apostólica, mil seiscientos pesos ($ 1,600).

En la consecución de 1,200 litros de vino de celebrar, traído de Europa, quinientos cuarenta pesos ($ 540).

Gastos de viaje de Barcelona a la Misión del Prefecto

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Apostólico y cuatro nuevos Misioneros, dos mil doscientos cincuenta y cinco pesos ($ 2,255).

Viaje de dos Misioneros, que después de varios años de permanencia en la Misión, por motivo de salud, tuvieron que regresar a España, novecientos dos pesos ($ 902).

Total de gastos extraordinarios en los últimos doce meses, nueve mil cuatrocientos noventa y siete pesos ($ 9,497), que sumados a los ordinarios dan la cantidad de treinta y cinco mil ochocientos noventa y siete pesos ($ 35,897).

Recibidos de la Junta Nacional de Misiones en el último año económico, veinticuatro mil pesos ($ 24,000). Gastados, treinta y cinco mil ochocientos noventa y siete pesos ($ 35,897). Diferencia, once mil ochocientos noventa y siete pesos ($ 11,897).

No hago constar aquí un sinnúmero de gastos de menor cuantía, verbigracia, en auxiliar a los enfermos, socorrer a los pobres, atraer a los indios, etc., etc., que sumados dan una cantidad considerable.

CONCLUSION

Mucho es lo que ha trabajado la Iglesia y notables los esfuerzos hechos por Colombia en estas regiones; pero como la corona no se da a los que comienzan sino a los que terminan la empresa, y el éxito en todos los casos es fruto de la constancia, es necesario que la Religión y la Patria, que tan de acuerdo han marchado en este importantísimo asunto, no abandonen un momento la obra comenzada. Un descuido en las actuales circunstancias podría ser de consecuencias desastrosas, y la negligencia en la prosecución de los proyectos concebidos y obras comenzadas, quizás haría desvanecer las esperanzas mejor fundadas, perdiéndose inauditos esfuerzos y sacrificios sin cuento. Preparado está el terreno para una gran cosecha; la Iglesia ve delante de sí campos extensos donde la semilla del Evangelio puede producir el ciento por uno, y Colombia encuentra despejado el camino para seguir avanzando hacia la meta de sus justas aspiraciones sobre el territorio.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ESTADISTICA DE LA MISION DEL CAQUETA Y PUTUMAYO—AÑO DE 1923

NOMBRES DE LOS CENTROS DE MISION	NOMBRES DE LOS MISIONEROS	PERSONAL DE LA MISIÓN						OBRAS PÍAS DE LA MISIÓN				OBRAS PARA LA EDUCACIÓN					SACRAMENTOS ADMINISTRADOS Y SEPULTURAS ECLESIÁSTICAS				
		Religiosos de otras órdenes	Religiosas	Terciarios seculares	Católicos	Conversiones	Infieles	Iglesias	Cementerios	Hospitales	Cofradías	Sermones y conferencias	Escuelas	Alumnos de ambos sexos	Orfelinatos	Alumnos	Bautismos	Confirmaciones	Matrimonios	Comuniones	Sepulturas eclesiásticas
Sibundoy	Reverendísimo Padre Prefecto Apostólico, muy Reverendo Padre Benigno de Canet de Mar, Reverendo Padre Estanislao de las Corts, Reverendo Padre Plácido de Calella y Venerable Hermano Gaspar de Berneck	3	7	.....	1,635	....	.....	1	1	....	....	180	6	243	....	....	99	10	36	17,669	46
San Francisco	Reverendo Padre Justo de San Martivell	....	....	57	500	....	.....	1	1	....	....	53	2	61	....	....	29	16	9	4.316	15
Sucre	Reverendo Padre Andrés de Cardona	....	....	37	600	....	.....	1	1	....	....	78	2	90	....	....	26	19	13	5,483	8
Santiago	Reverendo Padre Bartolomé de Igualada	4	8	.....	2,550	....	.....	1	1	....	....	104	8	459	....	....	102	64	25	19,600	59
Mocoa, Limón, Umbría y Condagua	Reverendo Padre Florentino de Barcelona, Reverendo Padre Valentín de Barcelona y Venerable Hermano Ladislao del Contadero	....	....	75	1,588	....	.....	4	4	....	....	156	6	282	....	....	106	99	55	3,800	67
Santa Rosa, Valle de las Papas, Yunguillo y Descanse	Reverendo Padre Lorenzo María de Pupiales	....	....	43	950	....	.....	4	4	....	....	73	6	202	....	....	30	77	29	1,631	31
Puerto Asís, San Miguel y Güepí	Reverendo Padre Ignacio de Barcelona, Reverendo Padre Narciso de Batet y Venerable Hermano Ildefonso de Tulcán	....	8	21	998	....	10,000 (?)	3	3	1	....	119	5	201	1	97	135	215	45	3,595	77
Florencia, Pescado, Montañita, Guacamayo, Angostura, Concepción, Limón y Quinoró	Muy Reverendo Padre Gaspar de Pinell, Reverendo Padre Gabriel de Tarragona y Jorge de Fondarella	....	7	197	4,216	....	20,000 (?)	8	8	1	....	131	11	363	....	....	215	300	67	23,490	103
Belén del Andaquí	Ilustrísimo señor Esteban Rojas, Obispo Dimisionario de Garzón	....	....	.....	1,500	....	.....	1	1	....	....	121	2	63	....	....	35	.....	59	13,425	55
San Vicente del Caguán	Reverendo Padre Querubín de La Pinya y Reverendo Padre Clemente de Tortellá	....	....	.....	2,977	....	.....	1	1	....	....	67	2	49	....	....	23	135	37	7,030	32
Pun, San José de la Victoria (Departamento de Nariño)	Reverendo Padre Cura Párroco de Potosí (Diócesis de Pasto), encargado de esta estación	....	....	.....	800	....	.....	1	1	....	....	15	1	70	....	....	25	.....	15	1,500	13
	Totales	7	30	430	18,314	....	30,000	26	26	2	....	1,097	51	2,083	1	97	825	935	390	101,539	506

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Puerto Asís. Casa actual de la Misión.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

APENDICE

CONFERENCIA LEIDA POR EL REVERENDISIMO PADRE FRAY FIDEL DE MONTCLAR, PREFECTO APOSTOLICO DEL CAQUETA Y PUTUMAYO, EN EL TEATRO FAENZA, EL DIA 20 DE AGOSTO DE 1924, CON MOTIVO DEL CONGRESO NACIONAL DE MISIONES. FUE ILUSTRADA CON MUCHAS E INTERESANTES PROYECCIONES.

QUÉ FUERON ANTES DE LA CREACIÓN DE LA PREFECTURA APOSTÓLICA LOS TERRITORIOS DEL CAQUETÁ Y PUTUMAYO; QUÉ SON EN LA ACTUALIDAD; QUÉ PUEDEN LLEGAR A SER

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Excelentísimos e Ilustrísimos señores, señoras, señores:

Subían penosamente dos Franciscanos Capuchinos, montados en humildes cabalgaduras, por el fragoso camino que conduce a la ciudad de los Pastos. La Santa Sede acababa de crear la Prefectura Apostólica del Caquetá, y los Superiores los destinaban a la nueva Misión. En su viaje ascensional por los Andes, más de una vez han dirigido la mirada hacia la cadena de montañas envueltas perennemente en densas nieblas, tras las cuales se dice está el territorio que deben misionar. En el archivo del antiguo convento de Franciscanos de Popayán han hallado documentos raros y en los pueblos de tránsito recogido extrañas noticias: algunas personas les han referido sucesos funestos, cosas espeluznantes de aquel país....

Han dejado las cabalgaduras; tienen ante sí una imponente cordillera que deben atravesar para llegar a la Misión. Preguntan: ¿por dónde es la entrada?, ¿cuál es el camino? Se les contesta que ellos deben abrir el camino y forzar la entrada. Del otro lado de esas elevadas cumbres se adivina una región misteriosa de donde debe estar alejado todo humano consuelo, allí deben de tener su asiento la tristeza y la melancolía; hasta en esos tétricos peñascos les parece ver escritas las siniestras palabras que Dante leyera en la entrada de otro fatídico lugar. Dura es la prueba a que se pone su vocación de Misioneros.

Lo sublime del sacrificio, la belleza y poesía de lo heroico, que tánto les había seducido, parece que han perdido sus encantos. Es necesario apelar a los más elevados y poderosos motivos para no desfallecer.

En Dios puesta su confianza se deciden, y apoyados en un largo bordón y con la menos ropa posible para aligerar el peso, emprenden la subida, y después de grandes esfuerzos logran salvar la cordillera y coronar la altura: están a más de 4,000 metros sobre el nivel del mar. Sienten mucha fatiga y ganas de descansar; pero es peligroso dete-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

nerse. Prosiguen la marcha para no quedar helados en aquellas cimas; orillando las peligrosas ciénagas formadas por las nieblas que coronan eternamente aquellos gigantes americanos, hunden los pies hasta la rodilla en las heladas aguas de aquellos páramos andinos.

Son muchas las horas que llevan de camino, y las fuerzas les van faltando. Tratan con inauditos esfuerzos de salvar la barrera que separa dos mundos: el civilizado y el salvaje. Ateridos de frío, extenuados por la fatiga, sus pies sangrando y aturdidos por la lluvia que un viento frío y huracanado les arroja a la cara, llegan a temer que acabe allí su misión. Hacen un supremo esfuerzo, y sin tiento y casi sin aliento logran iniciar el descenso de la vertiente opuesta. Protegidos por algunos arbustos de una vegetación rudimentaria pasan la noche más penosa y triste que imaginarse pueda. ¡Oh qué penosos son los comienzos de nuestro apostolado!, dicen los fatigados Misioneros, no nos abandonéis, Señor. Consiguen al siguiente día divisar, no la tierra de promisión donde mana leche y miel, sino una inconmensurable y enmarañada selva donde el puma y jaguar, en consorcio de enormes y venenosas serpientes, le disputan al indio el dominio de aquellas incultas regiones. Hé aquí la heredad que el Padre de familias les encomienda para que se la cultiven.

Veamos, señores, qué país es éste, qué era antes de la creación de la Prefectura Apostólica, qué es en la actualidad, qué puede llegar a ser.

I. Sentado sobre un vetusto y carcomido tronco de un gigantesco árbol que debió ceder al peso de los años o de los siglos, trata uno de los Misioneros de darse cuenta del país. Ha llevado consigo varios papeles y los hojea con ansia y viva curiosidad. En los documentos recopilados por don Antonio B. Cuervo, lee que en el siglo XVIII los Franciscanos hicieron varias entradas al territorio, que en ellas sufrieron grandes fatigas, corrieron muchos peligros, y algunos perdieron la vida en manos de los indios o a consecuencia de las enfermedades; pero que merced a su constancia y sacrificios, convirtieron en las dilatadas provincias del famoso Caquetá, Mocoa y Putumayo, cuarenta y ocho tribus de gentiles.

Halla luégo en el tomo IV de Misiones católicas que en el año 1765 el Teniente Gobernador y los Oficiales reales de Popayán informaban que los Misioneros habían descubierto y convertido nuevas naciones de indios en diferentes regiones desconocidas; que el Padre fray José Joaquín Barrutieta misionó el Andaquí; que el Padre fray José Cuervo fundó la Concepción. En la misma obra del doctor Cuervo halla otro extenso informe del Padre fray Bonifacio Castillo, que, con fecha 17 de abril de 1773, rinde al Gobernador y Comandante General de Popayán, sobre los trabajos verificados en las Misiones del Caquetá y Putumayo; encuentra allí que en las riberas del último habían fundado los pueblos de San Diego, El Seráfico Padre, San Antonio, Agustinillos y La Concepción; que desde este pueblo en cuatro días se llegaba a Santa María, otro pueblo que habían fundado en el Caquetá.

Lee en *Varones ilustres de la Orden Franciscana*, que los Franciscanos de Quito, entrando por el río San Miguel, donde había una ciudad llamada Ecija, navegaron el Putumayo, evangelizaron varias tribus de indios antropófagos; pero que en una sublevación perdieron la vida casi todos, llegando los pocos sobrevivientes a Ecija en el más lamentable estado. Se informa, por los documentos hallados en este libro, que al terminar el siglo XVIII las Misiones de aquellos territorios se habían reducido a la más mínima expresión, lo que motivó la creación del Obispado de Mainas y su agregación al Colegio de Propaganda Fide de Ocopa, confiado a los Franciscanos, y la expedición de la famosa cédula real del año 1802, en la que el Perú hace estribar sus derechos.

Lee a continuación las interesantes cartas del Jesuíta P. Laínez, que a mediados del siglo XIX pasó como una nube benéfica por aquellos parajes, muriendo a los dos años, víctima de su apostólico celo. Hojea la novelesca relación de don Rafel Reyes, admira el tesón y constancia de aquel hombre y sus compañeros; le sorprende el arrojo y espíritu aventurero de los caucheros que en los últimos tiempos se internaron en aquellas selvas, dominaron a las feroces tribus de antropófagos y extrajeron enormes cantidades de goma.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

¿Qué maldición pesará sobre esta infortunada tierra, se pregunta—dejando a un lado los papeles,—para que hayan fracasado tántos sacrificios, tan diversos ensayos y combinados esfuerzos para sacarlo de la barbarie? ¡Ni el heroísmo y abnegación de los Misioneros, ni el espíritu aventurero de los quineros y caucheros, han servido de nada: todo se ha desvanecido como una ilusión, y el Caquetá y Putumayo han quedado nuevamente envueltos en las sombras de una tenebrosa noche sin que por parte alguna se vea clarear la aurora de un hermoso día! No hay motivo para creer que nuestros pobres trabajos y débiles esfuerzos no corran la misma suerte.

Reúne a los pocos hermanos suyos que en aquellas soledades le han precedido y les expone lo que acaba de descubrir en aquellos papeles. Los Misioneros, con sus tristes relaciones, extreman la nota pesimista. Han hecho ya algunas excursiones por aquellas selvas, han visitado varias tribus, conocen bastante el país, y aseguran que todo lo que se haga es punto menos que inútil. El territorio es una región vastísima, separado del resto de Colombia y del mundo civilizado por altísimas cordilleras e infranqueables montañas, sin caminos y sin vías de comunicación; los ríos, aunque algunos sean navegables, no se los puede utilizar porque no hay embarcaciones, fuera de primitivas canoas que invierten meses enteros en los viajes; y aunque las hubiera, el Perú no permite la salida al Amazonas. En una palabra: es un país condenado a eterna barbarie.

Es verdaderamente triste haberse de sacrificar sin esperanza alguna de éxito; pero en fin, dice a sus desalentados hermanos: nos ha enviado Dios, El nos ha de dar la recompensa, no por los resultados que obtengamos, sino según la voluntad con que trabajemos. A los muchos sacrificios de los que nos han precedido añadamos los nuestros; quizás movido el Señor a piedad salve a este infortunado territorio.

Se forman proyectos e idean planes, se ordenan varios trabajos y emprenden nuevas excursiones....

En la orilla de un impetuoso río, cuyas aguas al chocar contra las peñas forman grandes olas y temibles remolinos, encontramos detenido el Misionero. Lleva varios días de andar por la selva; ha recibido sobre sus espaldas lluvias

torrenciales, y en su cabeza ha soportado los rayos de un sol de fuego; ha dejado jirones de su hábito en la maleza y troncos de los árboles, y sus lastimados pies sangran, heridos por los abrojos y asperezas del camino. Ha vadeado ríos con agua hasta el pecho, ha pernoctado en chozas improvisadas, y ha sentido desfallecer sus miembros debilitados por el hambre y el cansancio. Ahora se dispone a pasar el río por una maroma formada de bejucos que los indios han tendido sobre la corriente, asegurándolo en los árboles de ambas orillas.

Algunos días después lo encontramos atravesando un profundo y ensordecedor torrente en un tronco de árbol tendido sobre el abismo; luégo bajando como una exhalación en una débil canoa por un impetuoso río a una velocidad vertiginosa; más tarde en una extensa playa de un anchuroso río, meditabundo y pensativo: parece una estatua; diríase que es una de las mitológicas deidades de la selva. Mientras las aguas se deslizan majestuosas, y los árboles, a la luz de la luna, proyectan sobre la arena misteriosa sombra, llega a sus oídos una inimitable sinfonía de viariadísimas voces de innumerables animales que pueblan la selva, distinguiéndose entre todas la del tigre, señor de aquellos bosques. Se halla muy lejos del poblado, está convencido de que es inútil esperar auxilio alguno de los hombres; eso le obliga a dirigirse con más vehemencia al Creador, cuya grandeza se descubre en aquella primitiva e imponente naturaleza. Algunos días después volvemos a encontrarlo delante de una choza explicando a la luz de las estrellas las verdades de nuestra santa Religión a los indios que asombrados le escuchaban; y al siguiente, celebrando el santo sacrificio de la misa en un altar improvisado con troncos de árboles, mientras acarician su rostro las auras de la vecina selva, y llegan del fondo del bosque misterioso rumores que semejan una plegaria de la naturaleza!

Han transcurrido algunos meses, y nuevamente hallamos al Misionero. Después de navegar varios días, de algunos sustos, no pocas molestias y un sinnúmero de peripecias, encontró una tribu de indios. Ignora su lengua, y es preciso hacerse entender con gestos y señas. Por fortuna uno de los indios que le acompañan entiende algo, y le sirve de intérprete. Se afana para aprender su lengua y captarse la voluntad de los salvajes. Estos van casi desnu-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

dos, algunos lo están completamente; viven de la pesca y cacería; sus casas son chozas de hojas de palmera. El clima es ardiente, el calor sofocante. El Misionero hace esfuerzos para adaptarse a aquel medio. Para ello es preciso que su naturaleza se haga un acróbata, y que sus sentidos, su imaginación y hasta sus instintos aprendan una gimnasia muy difícil y penosa; sólo quedan intactos su inteligencia y su voluntad para hacer brillar en aquellas oscuras inteligencias la esplendente luz de la fe.

Después de algún tiempo ha conseguido que los nuevos amigos que deja en aquella selva lo despidan con cariño y que lo recuerden en su ausencia; hasta le suministran preciosos datos sobre la existencia de otras tribus, y alguno se ofrece a acompañarle. Emprende una nueva correría, pero ahora no embarcado, sino a pie, por dentro de la selva y bajo una bóveda inmensa formada por las ramas de corpulentos y seculares árboles, que se prolonga por varios días. Atraviesa ciénagas, vadea ríos, duerme debajo de los árboles; pero todo lo da por bien empleado, porque ha encontrado varias tribus y ha podido ejercer su apostólico ministerio y esparcir la simiente evangélica en aquel campo que, si bien harto estéril, se halla ya bajo la influencia del divino sol que vino a este mundo para hacer germinar toda suerte de virtudes. En unas tribus ha sido recibido con agrado, y su labor ha sido benéfica; en otras, con indiferencia, y ha perdido el tiempo; en algunas, con manifiesta hostilidad, y ha corrido inminente peligro. Ha sentido consuelo por las buenas disposiciones de algunos indios, ha experimentado profundo desaliento por las pocas esperanzas que han dado otros, y ha pasado noches terribles con grandes sustos por las señales inequívocas que ha sorprendido durante el día. En algunas ocasiones sólo una precipitada fuga y el auxilio de indios amigos han podido librarle de la muerte.

Han transcurrido algunos años. Las plantas del Misionero han hollado en todas direcciones la selva, y el sudor de su frente y las lágrimas de sus ojos fecundado aquellas soledades. Se ve ya, como en los días de la creación, al espíritu de Dios cernerse sobre el caos. No tardará en adquirir forma la nebulosa informe que cubre aquel mundo que yace en las sombras y oscuridad de la muerte.

II. De lo más espeso de la selva parten algunos sencillos y armoniosos cantos que hieren agradablemente nuestros oídos: son alabanzas y oraciones que se dirigen al Creador. Avancemos. Es un grupo de niños que como bandadas de avecillas canta, y como cervatos triscan y juguetean en torno de una choza grande que llaman escuela. En su puerta se ve al Misionero que con amor paternal participa de la alegría de sus hijos en Jesucristo. Hasta se divisa una capilla construída de ramas de árboles y cubierta con hojas de palmera, y se oye una campana que en aquellas inmensas selvas suena como la voz del Omnipotente que manda salir del caos maravillas no imaginadas.

Tengamos paciencia. Al Misionero le llegan nuevos compañeros que, adiestrados con la experiencia por él adquirida, seguirán sus huellas, proseguirán su obra, y, multiplicados los esfuerzos, aumentarán también los resultados. Se hacen nuevos pueblos y se organizan mejor los existentes. Se crean escuelas para los niños y se infunden hábitos de trabajo a los adultos. Se construyen iglesias con material y forma adecuados, y el culto al verdadero Dios reviste un esplendor y majestad que penetra hasta lo más hondo de aquellas naturalezas primitivas.

Está el Misionero en pleno período de actividad. Vedlo: un día lo encontraréis rodeado de indios de huraño y feroz aspecto, a quienes enseña con símiles y comparaciones sencillísimas las sublimes verdades y misterios de nuestra santa religión. Otro día lo hallaréis en lo más espeso del bosque; lleva una bolsita de seda colgada del cuello, le descansa sobre el pecho; dentro está la sagrada hostia, el divino Salvador Sacramentado: lleva el viático a un enfermo. Para llegar a su choza no hay sino una estrechísima senda, los bejucos y lianas de una enmarañada y exuberante vegetación le impiden el paso. Mientras que con la mano izquierda aprieta cariñosamente contra su pecho el tesoro que lleva, con la derecha esgrime un descomunal machete a cuyo filo caen al paso del Creador los tallos y ramas de aquella floresta tropical. Pasados algunos días lo veréis con el hábito levantado hasta la cintura al frente de una cuadrilla de indios, abriendo una trocha o trazando un camino para comunicar más fácilmente un pueblo con otro. Poco después tropezaréis con él talando la selva para hacer sementeras y enseñar a aquellas rudas gentes el modo de beneficiar la tierra sobre la que nos ha puesto el Creador.

EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Se ha iniciado una transformación radical en aquellas selvas; pero una barrera de escarpadas montañas, helados páramos y profundas ciénagas las tiene incomunicadas con los pueblos civilizados. En ella se han estrellado los sacrificios de los antiguos Misioneros, y en la misma se han embotado los bríos y empujes de los quineros y caucheros y cuantos aventureros han intentado penetrar en el territorio. ¡Qué triste suerte la de este infortunado país! Si los Misioneros tenemos que abandonarlo prematuramente, si por algún trastorno social, por tántos misterios que oculta el porvenir, se ven estos pueblos incipientes privados de sacerdote, todos nuestros trabajos, los incalculables sacrificios, las halagüeñas esperanzas, todo correrá la misma suerte que lo anteriormente hecho por este infortunado territorio.

Se subleva el espíritu ante tal posibilidad, y los Misioneros no se resignan a que sus trabajos tengan ese triste fin. Es necesario, pues, vencer lo imposible: hay que aplanar los montes, rellenar los valles, volar los peñascos y demoler las cordilleras. La época de los milagros no ha terminado. Los Misioneros se transforman en zapadores y los sacerdotes en ingenieros, y acometen lo que se había tenido por imposible: la apertura de un camino desde Pasto al Putumayo, a través de los Andes, sobre helados páramos y en montañas de granito. El milagro se obró; y se aplanaron los montes, y se rellenaron los valles, volaron los peñascos y dieron paso las cordilleras.

Es imposible referir en pocas palabras la historia de aquella prodigiosa obra y enumerar los sacrificios que su realización demandó a mis abnegados hermanos los Misioneros del Caquetá. Obra de titanes la llamó el General Lucio Velasco, en carta dirigida al Ministro de Guerra, después de su excursión al Putumayo. De "trazado magnífico y a la vez admirable, dada la naturaleza y constitución del terreno," lo califica el General Ernesto Borrero, Comandante de la fuerza acantonada en Puerto Asís. "Maravilla el atrevimiento con que la obra fue concebida, y más aún la economía y rapidez relativas con que se ha ejecutado," exclama el ingeniero Samuel Chaves, enviado por el Gobierno para examinarla. "Allí es donde mejor pueden apreciarse el poder del hombre y la fuerza de la dinamita," dice don Rufino Gutiérrez. "Nada hay semejante, nunca en Colombia se hizo un camino parecido en menos tiempo, con menos gasto y tan sin bombo y aparato," prosigue el mismo testigo de vista, señor Gutiérrez. No es del caso referir otros muchos y muy autorizados testimonios en favor de esta grandiosa obra, que pasma a los mismos que la ejecutaron y la creen exclusivamente obra de la Providencia Divina que quiso salvar al territorio.

Roto el cerco de montañas que encerraba e incomunicaba el Putumayo, llenos de ardor se lanzaron los Misioneros a otras arriesgadas empresas, juzgándolo ya todo fácil y hacedero. Acometen la fundación de un puerto y colonia en el Putumayo, que sea la llave de la inmensa región amazónica y eslabón que úna las incomparables mesetas andinas de Nariño con las ilimitadas llanuras e interminables selvas que se prolongan hasta el Brasil y Venezuela. Surge Puerto Asís de aquellas soledades en donde antes no se oía sino el rugido del puma y del tigre y el graznido del loro y guacamayo. Se reúnen los indios de algunas tribus y traen colonos de los diferentes pueblos de Nariño; se talan grandes porciones de selvas y se hacen extensas sementeras de maíz, yuca, plátano, caña, etc. Atravesando todos los Andes desde Tumaco al Putumayo se introducen trapiches, calderas multitubulares de vapor y la maquinaria necesaria para la producción de azúcar en grande escala. Se crea un Orfelinato, se funda un hospital, se ponen almacenes de ropa y cuanto puedan necesitar los moradores de la nueva población. El Gobierno Nacional, para contener el avance y quebrantar los bríos y amenazas del Perú, manda una fuerte guarnición a Puerto Asís, y la colonia fundada por los Misioneros se convierte en una plaza fuerte colombiana.

Todo hace presagiar que aquel puerto será un importantísimo centro en el que se darán cita los comerciantes para exportar al Brasil y Perú los productos de clima frío de Nariño e introducir las mercancías que tan fácilmente por esta vía pueden llegar del Exterior. Se prometen los Misioneros grandes cosas; su optimismo les hace soñar en un Puerto Asís, centro de una fecundísima labor apostólica que, extendiéndose por aquellas inmensidades, no se contenga en las fronteras colombianas.

Llenos de entusiasmo, sueñan en nuevas empresas: poblar aquellas selvas, sembrar de colonias las cordilleras y

EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

crear una serie de pueblos que, dándose la mano, unan la Colombia civilizada con la del Putumayo. Han oído decir los Misioneros que los hijos de Antioquia son muy honrados y laboriosos, que en el Quindío han hecho prodigios y transformado en vergeles aquellas agrestes montañas. Les falta tiempo para dirigirse allá. Predicando una cruzada recorren varios pueblos de aquel Departamento, reúnen numerosas familias y, desafiando las mil y una dificultades, emprenden, llevando hombres, mujeres y niños, una odisea que dura cuarenta días; tal vez la primera en Colombia.

Se funda Alvernia. De ella el señor José M. Arango, primer ayudante de la colonia, al año de su fundación, se expresaba así: "Nuestra incipiente población está situada en una hermosa altiplanicie, rodeada de verdísimas colinas.... el clima es sumamente suave; temperatura media, veintiún grado centígrado, mejor clima que Medellín.... Existen diez y ocho aberturas cubiertas ya de frutos de todas clases. La feracidad de la tierra es verdaderamente prodigiosa.... No existen mosquitos en el perímetro de muchas leguas." El señor César Acosta, ingeniero encargado de trazar la población, en su informe oficial decía: "Es una bella altiplanicie, tanto por el horizonte amplio que permite divisar parte de las selvas del Caquetá y Putumayo, como por los vientos de Oriente que la refrescan continuamente de un modo regular. Está bañada por todas partes de agua; con clima sano y delicioso.... rodeada de tierras exuberantes." Los colonos de Alvernia creyeron de su deber dirigirme un escrito para manifestar su gratitud a la Misión por lo que se había hecho por ellos.

Pero eso no basta; es necesario abrirle nuevas puertas al territorio, y construír nuevos caminos que den vida a las colonias que se crean. Construídos, de cuenta de la Misión, 20 kilómetros de camino para unir Alvernia con Mocoa—y conseguido a fuerza de empeños, que se decrete la construcción de una vía que dé entrada al Putumayo por Alvernia y Mocoa a los pueblos de Huila—se hacen activas gestiones para que se acorte por este medio la comunicación con la capital de la República.

Eso no basta todavía. El territorio es inmenso. Todos los Departamentos, principalmente los vecinos, deben contribuír a su colonización. Los Misioneros en sus excursio-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Primeros trabajos de una colonia.

nes por el Caquetá habían navegado el Orteguasa, subido por El Hacha, y con sus consejos reunido en sus orillas a los restos de las empresas de extracción de quinas y caucho, y con el entusiasmo y espíritu colonizador de los hijos del Huila, fundado Florencia. Los Misioneros, por la ruta seguida por los franciscanos en el siglo XVIII, habían llegado a Santa Rosa, cerca del valle de las Papas y fuentes del Caquetá. Con su presencia y consejos se había reanimado aquel casi extinguido caserío, y el Cauca podía ya enviar al territorio sus colonos. Nariño, interesado como nadie en el adelanto del Putumayo, no podía permanecer indiferente. Se había fundado ya San Francisco en un extremo del valle de Sibundoy; faltaba otra colonia en el centro, de la que partiera un camino para dar entrada al territorio a los pueblos del Juanambú; y en un delicioso paraje surgió Sucre con grandes alientos y risueño porvenir.

A los pueblos y colonias les hace falta además de los medios de vida material el alimento del espíritu, la educación civil y religiosa. Para proporcionársela se crean escuelas en todos los caseríos y rancherías donde pueda reunirse número suficiente de niños; y con ingenio, constancia y habilidad se consigue vencer la repugnancia natural del indio a todo lo que sea innovación en sus costumbres; y con los hijos de la selva y de los colonos se forman hermosos planteles de educación en aquellos parajes donde hasta entonces había reinado la más completa ignorancia. Para dirigirlos vienen en nuestra ayuda inteligentes y abnegados preceptores: dos casas de Hermanos Maristas y cuatro de religiosas franciscanas secundan admirablemente la labor del sacerdote.

El optimismo del Misionero es sin igual, su entusiasmo no tiene límites, en su celo apostólico se ha llegado a figurar que muy en breve el Caquetá y Putumayo serán el jardín de Dios, el vergel de la Iglesia, lo mejor de Colombia. ¡No contaba el bueno del Misionero con la veleidad de los hombres y la inconstancia de las cosas! Los colonos antioqueños de Alvernia fueron poco a poco decayendo de ánimo y abandonando la colonia, porque el camino que debía comunicarlos con el Huila no llevaba trazas de comenzar y quedaban aislados. El arreglo de fronteras entre Colombia y Perú, que debía facilitar la navegación del Putumayo y salida al Amazonas, se iba difiriendo año tras año; los pro-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

ductos de Puerto Asís no podían exportarse, tenían que abandonarse grandes y hermosas plantaciones de caña, plátano, etc.; la ropa, herramienta, medicinas y otros artículos del Exterior debían seguir recibiéndose por Pasto a un precio fabuloso, y todo eso sin esperanza de verle el fin. Lo dicho, juntamente con las enfermedades que en diferentes ocasiones castigaron fuertemente la colonia, sembró hondo y peligroso desaliento entre los colonos.

Se vio entonces la Misión en la necesidad de extremar todos los medios y acudir con todos sus recursos para salvar aquella colonia, en la que los Misioneros tenían fincadas tántas esperanzas. Se elevaron memoriales al Gobierno, se hicieron brillantes exposiciones al comercio, se escribieron interesantes informes para dar a conocer las facilidades y ventajas de comunicación por el Putumayo, se pidieron datos a los Cónsules colombianos de Manaos e Iquitos, etc., se acudió al Obispo de Manaos, al Superior de Capuchinos de aquella ciudad y hasta al Nuncio Apostólico; todo se ensayó para conseguir la navegación del Putumayo.

Pareció que el horizonte se despejaba y que mientras se concertaba el arreglo de fronteras, podía iniciarse de un modo particular la navegación que debía salvar a Puerto Asís y a todo el territorio. Con esa esperanza sale para Manaos el Padre Gaspar de Pinell, acompañado del doctor Tomás Márquez. Contrata una lancha, la llena de lo que necesita la colonia, y con la documentación legalmente despachada, emprende viaje a Puerto Asís. El cable ha comunicado la fausta noticia. Se almacenan en el puerto centenares de cargas de víveres para llenar la lancha a su regreso a Manaos. En aquel barco están concentradas todas las esperanzas del Putumayo. ¡Pero después de cuatro días de navegar, a medio camino de Puerto Asís, es detenida por una lancha peruana armada en guerra, que le obliga a retroceder, perdiéndose así la última esperanza!

Con todo, la Misión no se da por vencida, ensaya otros medios, trata de buscar salida a los productos de Puerto Asís por el Aguarico y Napo. Fúndase con ese fin un centro de Misión en Güepí, y se hacen expediciones por la banda del Ecuador, para ver si se puede salir al Amazonas por la vía de Napo. Esos empeños tampoco dan resultado. Vino posteriormente la escasez de recursos por la mala situación

económica del país, las enfermedades hicieron presa en los Misioneros que ocupaban los puntos más avanzados y comprometidos, y nos vimos en la dura necesidad de replegarlos, abandonar puntos estratégicos y hacer esfuerzos extraordinarios para retener Puerto Asís, llave del Putumayo.

Con ayuda de Dios pudimos capear la tormenta. Ha calmado la tempestad, y aunque un tanto maltrechos por la pasada borrasca, hé aquí el estado actual de la Misión.

Está dividida en dos secciones principales: Caquetá y Putumayo, que corresponden con alguna pequeña variante a las divisiones civiles del territorio, o sea a las dos Comisarías Especiales que respectivamente llevan este nombre.

En la primera tenemos dos centros: Florencia y San Vicente del Caguán.

Florencia—Con su distrito de varios caseríos y pueblos en cierne, de entusiastas y laboriosos colonos, está en vías de ser un importantísimo centro agrícola y comercial. Se asegura que tiene ya en la actualidad más de 20,000 cabezas de ganado vacuno. Es la capital de la Comisaría Especial del Caquetá. El Prefecto Apostólico tiene aquí permanentemente uno de los principales centros de Misión y un Vicario Delegado con facultades de Vicario General. Tenemos también una casa de religiosas franciscanas, alemanas, que dirigen las escuelas de niñas, y son una providencia para pequeños y grandes.

San Vicente del Caguán—Puerto sobre el río del mismo nombre, y situado casi al comienzo de los dilatadísimos llanos de San Martín, en los orígenes del Yarí. Es una de las principales entradas al Caquetá, y está llamado, al igual de Florencia, a ser un gran centro agrícola y comercial. Hay aquí también residencia de Misioneros.

Las dos mencionadas poblaciones facilitan al Huila la penetración a la Amazonia colombiana.

Santa Rosa del Alto Caquetá—Está situada casi en los orígenes de este caudaloso río; se desarrolla con lentitud, pero en firme, y debido a su ventajosa posición e inmejorable clima atrae a los colonos del sur del Cauca; es capital del distrito que comprende los pueblos de Descanse, Yunguillo y Condagua, y la llave que abre a dicho Departamento la puerta del territorio que será con el tiempo la más rica porción colombiana. Hay también residencia de Misionero.

EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Mocoa—Antigua capital de todo el territorio, lo es hoy de la Comisaría del Putumayo. Al igual de las plantas que tienen honda raigambre ha sobrevivido al aislamiento y al abandono en que sucesivamente ha ido quedando el territorio a la salida de los antiguos Misioneros, quineros y caucheros. Cuando sea un hecho la navegación del Putumayo, y llegue aquí el importantísimo camino del Pitalito, que dará al Huila fácil y rápido acceso a Puerto Asís, y esté terminada la vía que con idéntico fin el Cauca abre por Santa Rosa, será Mocoa uno de los centros más prósperos e importantes del territorio. Es también centro de Misión, que atiende a Limón y Quinoró, puerto en el Caquetá, y a Umbría, puerto en río Guineo, afluente del Putumayo.

San Francisco y Sucre—Dos florecientes colonias de nariñenses que, colocadas en las mismas fuentes del Putumayo, son fuertes eslabones de la gran cadena de pueblos que debe unir a Colombia la gran región que tiene por fronteras Ecuador, Perú, Brasil y Venezuela. En el mismo valle se hallan los pueblos indígenas de Sibundoy, Santiago y Sa Andrés, donde se puede apreciar el cambio obrado en la psicología del indio, en sus costumbres y en su modo de ser; tiene aquí su residencia el Prefecto Apostólico. Hay dos centros de Misión, dos casas de Hermanos Maristas y otras dos de Religiosas franciscanas.

Puerto Asís—Está situado en la margen izquierda del Putumayo, donde el río es sin interrupción perfectamente navegable hasta el Amazonas; es la llave de nuestra más importante arteria comercial en la gran Amazonia colombiana. Es difícil predecir lo que será ese puerto cuando hayan terminado nuestras diferencias con el Perú; allí se darán cita los pueblos de Nariño, sur del Cauca y Huila, para exportar el sobrante de sus productos e importar del Exterior lo que les falte. Es uno de los principales centros de Misión, la que tiene aquí un floreciente orfelinato a cargo de las religiosas franciscanas. De este punto extienden los Misioneros su influencia hasta la frontera ecuatoriana y límites de los territorios ocupados por los peruanos.

En todo el territorio de la Misión tenemos 50 escuelas, con más de 2,000 alumnos; de 15 a 20,000 católicos, entre blancos e indios. Somos entre sacerdotes, Hermanos legos capuchinos, Hermanos maristas y religiosas franciscanas, 57 Misioneros. En el año pasado hubo 86,000 comuniones.

La Misión, puesta su confianza en Dios, dirige la proa al porvenir, en cuyos arcanos vislumbra tiempos venturosos para nuestros queridos Caquetá y Putumayo. ¿Qué perspectiva presentan estos territorios? ¿Hay esperanzas de que puedan llegar a ser algo?

Os invito a dar una ojeada al más grandioso cuadro de la naturaleza, obra única en nuestro planeta. Un lago de miles de kilómetros de longitud y de una superficie casi imposible de calcular. Llega desde Venezuela a la Argentina, y a sus riberas se asoman casi todas las naciones suramericanas. Con justicia se le ha llamado el Mediterráneo de Sur América. Ese lago que apellidan Amazonas, por medio de los ríos Casiquiare y Negro, se comunica en el Norte con el Orinoco, y en el Sur por el Paraguay y Paraná, con el río de la Plata. A ese mar de agua dulce, que se extiende de Norte a Sur por todo el Brasil, sale Bolivia por el río Beni, Perú por Hullaga, Ecuador por el Napo, y Colombia por el Putumayo. En ese mar interior se dan cita Norte América con sus enormes transatlánticos y las naciones del antiguo continente por los ferrocarriles que cruzan el Africa y ponen a los viajeros y a sus mercancías, en poco tiempo frente a las costas del Brasil, y en ocho días, de París a Sur América.

En las riberas de ese incomparable lago hormiguean las ciudades y en las márgenes de los mil y cien ríos que le tributan sus aguas se ve una constelación de villas y pueblos. De las extensas y frías sabanas que coronan los Andes y de los numerosos y fértiles valles que forman los pliegues de las montañas, desciende constantemente nueva savia humana que sostiene y rejuvenece los pueblos de la llanura, debilitados por las deletéreas influencias del clima tropical.

El intercambio de productos de las diferentes zonas es activísimo: el banano y los incontables frutos tropicales, las resinas, las gomas, la vainilla, las innumerables plantas aromáticas, medicinales o de adorno, las maderas preciosas en infinita variedad, los hidrocarburos y preciosos metales de todas clases, son rápidamente transportados a la cima de la cordillera, y de ésta desciende a la planicie toda clase de cereales, legumbres, tubérculos y productos animales de clima frío.

Merced a los sistemas y medios de locomoción rápida, los hombres en poco tiempo pasan del centro de la Ama-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

zonia a las más altas mesetas de los Andes, y viceversa. Se han habituado los moradores de la llanura y los de las montañas a emigrar periódicamente como ciertas preciosas aves, y con ese ardid mudan anualmente de estación, regularizan sus humores y normalizan su vida. Con razón el Barón de Humboldt predijo que sería el Amazonas el centro de la civilización del mundo.

A ese centro mundial sale Colombia, como he dicho, por el río Putumayo que, prestando su móvil lomo, casi desde los mismos Andes, facilita a los hombres y a las mercancías una rápida comunicación con todos los pueblos del antiguo y nuevo continente. Colombia aporta a ese centro un contingente mayor quizás que ninguna otra nación. Una cadena de montañas que extendiéndose desde la frontera del Ecuador llega hasta las fronteras del Guayabero, no lejos de Bogotá, es el marco colombiano del grandioso cuadro que contemplamos. Esas montañas van gradualmente deprimiéndose, formando terrazas gigantescas, valles amenísimos y planos inclinados caprichosísimos.

Se han establecido allí numerosas colonias, y merced a sus condiciones climatológicas han surgido populosas ciudades. Los frutos de todas las zonas, los animales de todas las latitudes, los productos de innumerables fábricas y las industrias de una densa población son transportados al Amazonas por los barcos del Putumayo, alimentados con los petróleos de sus abundantes minas o movidos por la energía eléctrica que producen los innumerables saltos y cascadas de agua de aquella prodigiosa cordillera. En busca de clima frío o templado acuden a nuestras montañas los moradores de los pueblos, villas y ciudades del Amazonas, y el comercio y la emigración son intensos y rapidísimos, pues un canal de cuatro leguas en La Tagua ha unido el Caquetá al Putumayo, y los barcos de aquel río, sin el inconveniente del salto de Araracuara, llegan sin obstáculo al Amazonas.

El cuadro que con tan poca gracia acabo de pintar no es una ficción. Los centenares de miles de colonos que anualmente abandonan el antiguo continente en busca de tierras en donde emplear las energías de que el Creador les ha hecho merced, y las trabas que Norte América pone a la inmigración, darán por resultado, en un plazo más o menos largo, la población del Amazonas, del Caquetá y Putu-

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Florencia, Capital de la Comisaría Especial del Caquetá. Una recepción.

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

mayo y de los innumerables afluentes suyos, y de los Andes colombianos que vierten sus aguas en el Mediterráneo suramericano.

Entonces la Misión del Caquetá y Putumayo, dividida y subdividida en diócesis, vicariatos y prefecturas apostólicas, el diminuto e insignificante grano de mostaza convertido en gigantesco árbol albergará bajo su sombra numerosos pueblos, y en sus ramas anidarán villas y ciudades que, como timbre de gloria, en las portadas de sus casas y en la fachada de las fábricas ostentarán la enseña del cristiano, la santa Cruz que recibieron de los Misioneros; y las ciudades y pueblos que la fe de los colombianos creara en aquellas soledades, serán los modelos que habrán copiado los pueblos y ciudades que como por ensalmo habrán surgido en las mesetas de las altas montañas, en las risueñas colinas, en los sombríos valles o en el fondo de las enmarañadas selvas. Entonces al canto de gloria, al himno de honor, que en todas partes resonará en alabanza de la Religión Cristiana, irá perennemente unido el venerando nombre de Colombia.

¿Qué medios se deben emplear para que no se frustren tan halagadoras esperanzas, tan risueño porvenir? Cuatro únicamente:

1° Que Colombia no descuide el apoyo material y moral de las Misiones.

2° Que a todo trance se remuevan los obstáculos que pone el Perú a la navegación del Putumayo. Debe terminar en una u otra forma el bloqueo que hace tiempo sufre aquella rica y extensa región colombiana, causa principal, por no decir única, del atraso del Caquetá y Putumayo, y de que los titánicos esfuerzos de la Misión para civilizar el territorio y catequizar a los indígenas, no hayan tenido todos los resultados que era de esperar.

3° Que si no es dable hacer entrar al Perú en razón, se introduzcan lanchas por Tumaco, Yarí, Magdalena, o por donde se pueda, y se pasen al Putumayo para iniciar el comercio con el Brasil y con el mismo Perú.

4° Que se termine cuanto antes el camino que construyó la Misión, de Pasto al Putumayo. Tiene 150 kilómetros, y no faltan sino 50 para llegar a Puerto Asís, adonde

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

arriban sin ningún inconveniente vapores como los del río Magdalena.

Otras muchas cosas necesarísimas, como la terminación de los caminos de Florencia al Orteguasa, de Mocoa a Pitalito, de Santa Rosa a empalmar con el último, y la navegación del río Caquetá, se obtendrán con que se consiga la navegación del Putumayo.

He dicho.

INDICE

Págs

PLAN Y DIVISIÓN DEL INFORME..... 3

PARTE PRIMERA

RESEÑA HISTÓRICA DE LA MISIÓN (1632-1905)

I—ANTIGUOS TRABAJOS APOSTÓLICOS EN EL CAQUETÁ Y PUTUMAYO. Datos desde 1632. Primera entrada al Putumayo. Contratiempos graves. Sangre que fecunda el Territorio. Número de tribus catequizadas. 5

II—ESTADO PRIMITIVO DE LOS INDIOS DE ESTA MISIÓN. Crueldad de los indios. Misioneros sacrificados. Tumulto sangriento. Antropófagos. Guerras salvajes. Bailes macabros. Costumbres..... 14

III—CÓMO SE VIAJABA EN EL TERRITORIO—Empresa arriesgada. Exposición del General Reyes. Graves dificultades. Incomunicación. Paso arriesgado. Documento antiguo. Derrotero para entrar al Putumayo. Tres siglos sin variar el itinerario..... 19

IV—PRELUDIOS DE ORGANIZACIÓN ECLESIÁSTICA. El Ilustrísimo señor doctor don Manuel J. de Caicedo pide Capuchinos para el Caquetá. Primera expedición. Se establecen los primeros Capuchinos en 1893. Informe de sus trabajos en 1899..... 24

PARTE SEGUNDA

RESEÑA DE LA MISIÓN Y SUS TRABAJOS (1905-1924)

I—INDIOS DEL BAJO PUTUMAYO Y SUS COSTUMBRES. Sus casas. Conocimiento confuso de Dios. Modo de curarse. Vestido. Uso del tabaco. Juego de la pelota. El tambor maguaré. Baile de los huitotos. Cómo se casan. Los brujos. Miedo que les causan y modo de sepultarlos..... 27

II—INDIOS DEL ALTO PUTUMAYO Y SUS COSTUMBRES. Tribus Sionas. Indumentaria. Labores propias de estos indios. Instrumentos de cacería. Cacería. Pesca. El pueblo. Los caciques. Los *curacas*..... 40

III—LA IGLESIA ENTRE LOS INDIOS. Asistencia a la misa los domingos y fiestas. Precepto pascual. Comunión. Piedad y devoción. Enseñanza catequística y sus frutos..... 44

IV—RELACIONES ENTRE BLANCOS E INDIOS. Odios de raza. Fundación del pueblo de San Francisco para sedarlos. Otros trabajos de los misioneros. Resultados..... 52

V—Las escuelas: Poderosísimo auxilio nuestro en la transformación religiosa y civil de los indios. Desarrollo gradual de la instrucción primaria en el Territorio hasta la fecha..... 54

VI—POBLACIÓN DEL TERRITORIO..... 54

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental

Págs.

VII—RESEÑA HISTÓRICA DEL CAMINO AL PUTUMAYO. Principia la obra. Entrada a la región del Caquetá. Atrevimiento de los Misioneros en la ejecución del camino hasta Mocoa. Condiciones técnicas. Sistema adoptado en la organización de los trabajos. Ventajas de la vía llevada por Sibundoy y Mocoa..... 56

VIII—CAMINO AL PUTUMAYO (CONTINUACIÓN). Autorizada opinión sobre la importancia de la obra de los Misioneros capuchinos. Concepto que ha merecido de los ingenieros mandados por el Gobierno para examinarla. ¿Porqué los Misioneros han mostrado tánto interés en la apertura del camino al Putumayo? Actividad que desplegaron en la empresa. Opinión de la prensa respecto de la obra evagelizadora de los Misioneros del Caquetá y Putumayo..... 65

IX—NAVEGACIÓN POR EL RÍO PUTUMAYO. Razones que la aconsejan. Itinerario. Información documentada..... 77

X—EXCURSIÓN APOSTÓLICA A LOS MACAGUAJES. Por el camino: Catequización de una familia huitota. En busca de los salvajes. Misión en Quinoró. Fiesta de Pentecostés. Escena curiosa. Llegada a los macaguajes y catequización de los mismos. Algunas horas extraviado en la selva..... 86

XI—LABOR DE LA MISIÓN EN PRO DEL TERRITORIO..... 93

XII—AMAZONIA COLOMBIANA. El peligro existe. ¿Qué debemos hacer para conjurar el peligro de perder el Caquetá y el Putumayo. Nuestra flotilla en el Putumayo. Asuntos del Caquetá y Putumayo. ¿Es ignorancia de la geografía o abandono de nuestros intereses? Navegación del Caquetá y Putumayo. Raudales de Araracuara e istmo de La Tagua..... 96

XIII—INVERSIÓN DE LOS DINEROS RECIBIDOS DE LA JUNTA NACIONAL DE MISIONES..... 114

XIV—ESTADÍSTICA DE LA MISIÓN—CONCLUSIÓN..... 116

XV—APÉNDICE. Conferencia leída por el Reverendísimo Padre fray Fidel de Montclar, Prefecto Apostólico del Caquetá y Putumayo, con motivo del Congreso de Misiones..... 117

UNIVERSIDAD EAFIT

Colección Patrimonial EAFIT

BIBLIOTECA
Universidad Eafit
6200000206953

COLECCIÓN
PILAR MORENO

UNIVERSIDAD EAFIT Biblioteca Sala de Patrimonio Documental